BESTIAS DE LA IRA Y LA LOCURA 3




# LA PRINCESA Y SU GRAN REY

KISS LEILANI

# La princesa y su gran rey

Bestias de la Ira y la Locura: Libro 3

**Kiss Leilani**

Derechos de autor © 2025 por Kiss Leilani

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, empresas, eventos o lugares es pura coincidencia. El uso de nombres de empresas y/o productos reales tiene un efecto meramente literario. Todas las demás marcas comerciales y derechos de autor son propiedad de sus respectivos dueños.

Edición y corrección: Morgan Waddle-Editing y Chidera Uzoigwe.

# Contents

. Chapter
. Chapter
Dedicación
. Chapter
1. A MEDIDA QUE PASA EL TIEMPO…
2. EL MENSAJE Y EL GOBERNANTE FELIZ.
3. PROFUNDAMENTE ENTERRADO
4. LA VISITA. LA PETICIÓN
5. DESTRUIDOS. DERROTADOS.
6. CUANDO LA CULPA MORA, HABLA.
7. PAJARITO HERIDO.
8. LA SABIDURÍA DE EVIELYN.
9. BENDITA COMPAÑERA DE ESLABONES.
10. SI TAN SOLO FUERA MÍA.
11. Mientras la esperanza florece…
12. CUIDANDO A SU MACHO.

13. UNA NOCHE FRÍA.
14. AMADO DESPIERTO. AMADO ESCALOVIZ.
15. SECO. VACANTE.
16. DAEMONIKAI EL IMPLACABLE.
17. CORTEJANDO A MI MUJER.
18. DESEOS Y RESOLUCIONES.
19. MI MUJER. MI AMADA.
20. CONDENACIÓN INMINENTE
21. CONDENAR
22. EL ALFA MAYOR.
23. LA REALIDAD COMO UN SUEÑO.
24. LO QUE SE PERDIÓ PARA SIEMPRE.
25. MI CORAZÓN PESADO.
26. EL COMANDANTE. EL DEPREDADOR.
27. LA RENDICIÓN DE EMERIEL.
28. EL LOCO.
29. SOLO… SIENTE, RIEL.
30. PAREDES TIEMBLARES. PAREDES DESMORONADAS.
31. DOS CORAZONES DESNUDOS.
32. ANTE EL CONSEJO
33. UN VÍNCULO TAN ANTIGUO COMO EL TIEMPO.
34. FUSIÓN: BAJO LA LUNA DESNUDA.
35. EN LOS BRAZOS DEL GRAN REY
36. LEJOS Y JUNTOS
37. LA RED DE LA PERDICIÓN
38. PRESAS DE CAZA
39. FUERA DE CONTROL

Chapter
40. UNA NOCHE OSCURA
41. EL AROMA DE LA VICTORIA
Acerca del autor

ESTA SERIE ES OSCURA. *Tan negra como la medianoche.*

Imagina todos los desencadenantes posibles, agrégalos o quítalos como desees y probablemente no estarás muy lejos.

Si eres un lector sensible, puede que este libro no sea para ti. Pero si aun así decides pasar las páginas, *hazlo* con precaución. Aprende a saber cuándo hacer una pausa, tomar un descanso y alejarte antes de retomarlo.

El material aquí expuesto puede, a veces, hacerte sentir *muy* incómodo, así que prepárate.

Espere desencadenantes.

Espere intensidad.

Espere *hardcore* .

{Para obtener una lista detallada de desencadenantes, visite mi sitio web: }

ASÍ COMO EL LIBRO 1 prepara el escenario para el Libro 2, el Libro 3 sienta las bases para el Libro 4, que concluirá toda la serie.

Esto significa que el Libro 3 no es una simple continuación, sino un nuevo comienzo. Una nueva etapa. Así fue como se diseñó esta serie.

Así que prepárate para adentrarte en esta historia de nuevo: el viaje continúa.

# Dedicación

A TODOS LOS QUE se sienten no sólo rotos sino también mal ensamblados, espero que un día alguien los desarme cuidadosamente, un fragmento a la vez, y los vuelva a armar, una delicada pieza tras otra, hasta que se sientan completos y radiantes nuevamente.

EN ESTA PÁGINA ES donde dejas atrás:

- La moral del mundo real,
- Valores,
- Normas culturales,
- Sentencias,
- Ética,
- Sesgos personales,

Antes de continuar esta montaña rusa.

Chapter One

# A MEDIDA QUE PASA EL TIEMPO...



**DOS AÑOS DESPUÉS.**

"¿Vamos a seguir ignorando el elefante en esta corte, Su Alteza?"

La corte había estado ocupada todo el día hablando de negociaciones y festividades. Uno pensaría que, después de una deliberación tan larga, los ministros solo desearían irse a casa y darse un baño caliente.

Pero no. La corte nunca estuvo del todo completa hasta que se abordó *el problema principal* . La última vez, la furia del rey Orestus fue tan aterradora que los ministros huyeron como ratas huyendo de un barco que se hunde.

Habían pasado seis meses desde la última vez que lo mencionamos, pero ahora estaba allí, asomando cabeza nuevamente.

Todas las miradas se posaron en el ministro Jacques, quien fulminaba con la mirada a Aekeira. Esta respondió a esa mirada con la suya.

El rey Orestus, a punto de levantarse, se detuvo. Con un suspiro, volvió a sentarse. "¿Qué quieres decir, Jacques?"

El supervisor de asuntos militares apartó la mirada de Aekeira el tiempo suficiente para ponerse de pie. "Me refiero *a esas chicas* , Su

Alteza. En este punto, nuestra gente está consternada. Una vez hablamos de enviarlas a las casas de cría, que..."

"Me negué *rotundamente* ", añadió el rey Orestus.

—Así es, Su Alteza. Sugerimos el burdel...

"Yo también me negué a eso."

El ministro Jacques asintió. "Es… bastante desconcertante a estas alturas. No tenemos una, sino *dos* mujeres en este reino que se niegan a servir a la tierra. No cumplen con sus roles en la sociedad, y usted, señor, las está permitiendo. Mírelas, están envejeciendo, acercándose al final de sus años de madurez. Aekeira es…"

"Te dirigirás a ellos como corresponde", espetó el rey.

—Me disculpo, Su Alteza. No estaba pensando con claridad. —El ministro Jacques dio un salto, carraspeando con nerviosismo—. *La princesa* Aekeira tiene veintisiete años, su hermana veinticuatro. La mayoría de las chicas de su edad ya tienen cuatro o cinco hijos. Sin embargo, aquí están, donde no tienen derecho a estar... en la corte de los hombres. Escuchando, incluso participando verbalmente en los procedimientos judiciales. Es más que espantoso.

Un murmullo de asentimiento recorrió la corte. Algunos ministros miraron a Jacques con pura admiración. Había expresado lo que ellos eran demasiado cobardes para decir.

Aekeira casi se rió. *Aquí vamos de nuevo.*

—Yo... eh... me gustaría secundar lo que ha dicho Jacques, Su Alteza. —El Ministro Murphy se puso rígido—. No tenemos muchas mujeres. No podemos permitirnos que las que tenemos se desperdicien. *La princesa* Emeriel engañó a esta corte durante más de veinte años, y en los dos años transcurridos desde entonces, no ha dicho nada sobre su castigo. Si se le perdona el pecado de engaño, lo menos que podría hacer es cumplir con sus deberes para con el reino.

—Quieres decir que debería dejarte estar entre sus piernas —dijo el rey Orestus con crudeza.

El ministro Murphy se sonrojó profundamente, recorriendo la sala con la mirada. "Quiero decir... sería para bien del reino..."

—¡Lo mejor para el reino sería que a alguien como tú lo colgaran en la plaza! —Emeriel se levantó furiosa de su asiento.

La sala se sumió en el caos. Aekeira hizo una mueca de dolor al ver que Emeriel lanzaba miradas asesinas a los ministros de alto rango.

—Hombres como ustedes —dijo Emeriel, furiosa, interrumpiendo el ruido—, que vagan por el reino violando a todo el que se cruzan en su camino, clavándoles el órgano a jóvenes y viejos, todo en nombre de *la 'mejora de la sociedad'. i* Deberían ser ahorcados y que les corten los órganos! —Miró a cada ministro con una mirada gélida—. i *Eso* sería por la mejora del reino!

Rugidos de indignación los rodearon.

"¿¡Cómo se atreve!?"

"¡Qué falta de respeto!"

"¡Qué mocoso más insolente!"

El rey Orestus agarró su mazo y lo golpeó con fuerza, rugiendo por encima del caos. "¡SILENCIO!"

Los murmullos se desvanecieron hasta convertirse en un zumbido bajo, pero no se detuvieron por completo.

Otro ministro se levantó con severidad. «Su Alteza, no puede permitir que tal insolencia quede impune. Nos insultó a todos, no solo a uno *de* nosotros. Tal desafío debe tener consecuencias».

Emeriel no se inmutó, sus fríos ojos estaban fijos en los buitres de la corte.

En momentos como este, a Aekeira le costaba reconciliar a Emeriel con su hermana. *¿Quién era ese extraño y furioso que se enfrentaba fuera de la cancha?*

Con el paso de los años, Emeriel había… cambiado.

Aekeira había visto cada cambio gradual, presenciado cada pequeña diferencia hasta que el cambio fue completo. Ahora, Em sentía el calor de una sola persona: la propia Aekeira.

Con todos los demás, era fría o ardía de ira. Sus defensas estaban constantemente en alto, y la cariñosa y compasiva Emeriel hacía tiempo que había desaparecido.

A esta Emeriel no le importaban los sentimientos de los demás. Decía lo que pensaba sin importarle las consecuencias, retando a cualquiera a desafiarla. Era casi como si *quisiera* ser castigada.

*Como ahora.*

Nadie, absolutamente nadie, se atrevió a delatar a los ministros. Otros que se atrevieron fueron desterrados o ejecutados.

Eran conocidos como los *Ministros de la Perdición* por una razón *,* así como el Rey Orestus era conocido como el *Rey Tirano.*

"No podemos tolerar semejante acto", se burló un ministro. "Exigimos castigo..."

Emeriel se burló, cruzándose de brazos. "Una panda de escoria que se esconde bajo el velo del poder..."

—¡Em...! —siseó Aekeira, con el miedo ardiendo en su interior—. ¡ *Detente antes de que vayas demasiado lejos!*

—Basta —espetó el rey Orestus—. Abandona la corte, Emeriel.

Emeriel parecía dispuesta a desafiarlo, con la mandíbula apretada y los ojos *encendidos* . Pero entonces su mirada se cruzó con la de Aekeira.

Algo en los ojos de Aekeira pareció trascender la furia. ¿Era el miedo, la preocupación o sus súplicas? No tenía ni idea, pero parte de la ira se desvaneció de su hermana, y sus hombros se desinflaron.

Sin decir una palabra más, Emeriel se dio la vuelta y salió furioso. *Gracias a los dioses.*

El rey Orestus se enfrentó a sus ministros. «Como ya he dicho, este asunto no está sujeto a discusión. Las princesas eran hijas de mi hermano. Ahora son *mías.* No serán tratadas de esa manera».

Su mirada recorrió la corte. «Aekeira ha transformado los jardines y las plantaciones. Gracias a ella, hemos tenido cosechas abundantes a lo largo de los años. El supervisor de agricultura será testigo de ello. ¿No es así, ministro Edward?»

El ministro se sonrojó y se aclaró la garganta. "Muy correcto, Su Majestad."

Y Emeriel ha regresado con los soldados, entrenando y cazando. Es excepcional en eso, habiendo abatido a más hombres en batalla que la mayoría de nuestros guerreros. Muchos de ustedes han presenciado sus habilidades de primera mano, ¿verdad, Ministro de Asuntos Militares?

El ministro Jacques se removió incómodo, incapaz de mirar al rey a los ojos. Asintió con rigidez.

El rey Orestus chasqueó la lengua. «Que no se separen de sus muslos para los hombres ni procreen hijos no significa que no sirvan a este reino. ¿Me oyes?»

—Pero ya están en edad de casarse —protestó otro—. Ya la han pasado, de hecho. Si no van a servir según las costumbres tradicionales, al menos deberían casarse. Podrían traer felicidad a algunos de nuestros hombres...

" *No* volveré a tolerar esta discusión en mi corte", siseó el rey, con la paciencia agotándose. "Soy el rey y *tomo* estas decisiones. Hasta que encuentre una solución, nadie, *nadie* , volverá a sacar a colación esta conversación sobre las princesas. ¿Quedo claro?"

Todos se enderezaron al instante, haciendo una profunda reverencia. «Sí, Su Alteza».

Aekeira respiró hondo. *Volverá a ser el tema* . Si no mañana, dentro de seis meses, otra vez. Porque la verdad era que todo el mundo hablaba de ello.

Desde su regreso a Navia, Aekeira había recordado la maldición que azotaba a los humanos: la escasez de hembras.

La forma en que estos buitres los observaban, hambrientos de la perspectiva de tener más mujeres entre ellos, era un recordatorio constante de cuánto deseaban que ella y Emeriel estuvieran en los burdeles o casas de cría. Y, sin embargo, no podía creer lo a salvo que habían estado desde su regreso, gracias al rey Orestus.

El mismo rey que una vez los había empeñado al mejor postor ahora se erigía como su mayor protector. Irónico, la verdad.

Les había proporcionado guardaespaldas que se tomaban en serio su función, asegurándose de que no les hicieran daño. El corazón de Aekeira oscilaba entre la gratitud y la desconfianza.

Tenía que haber una trampa. Un motivo. Hombres como el rey Oresto no cambiaban de la noche a la mañana.

El problema era que ella no tenía idea de cuál podría ser su motivo.

Su mayor preocupación a su regreso había sido el castigo de Emeriel por sus años de engaño. Sin embargo, el rey Orestus nunca lo mencionó. Ni en público ni en privado.

Los trató como si una mentira de esa magnitud no hubiera ocurrido. Como si Emeriel no se hubiera transformado repentinamente de niño a niña.

El reino, sin embargo, era otra historia. La corte estaba en tumulto, la ciudad alborotada. Y durante dos años, el rey Oresto hizo la vista gorda.

Incluso su hijo, el príncipe heredero, se dio cuenta y desarrolló un fuerte interés en la revelación del género de Emeriel.

Le confesó sus sentimientos y fue implacable en su búsqueda. Usaba su encanto para ocultar una férrea determinación por poseer a Emeriel, lo que, a veces, inquietaba a Aekeira.

*¿Era por eso que el rey Orestus los protegía con tanta fiereza?,* se preguntó Aekeira una vez. *¿Quería a Emeriel como su príncipe dorado?*

Pero esa teoría se desmoronó rápidamente cuando el rey descubrió el cortejo de su hijo. No solo montó en cólera, sino que además le prohibió al príncipe Daviel acercarse a Emeriel y Aekeira.

Como si fueran más preciados que su hijo predilecto. O, quizás, el rey creía que eran portadores de alguna enfermedad contagiosa y mortal. Aekeira se inclinaba más a creer esto último.

La actitud protectora del rey Orestus parecía menos la de un guardián cariñoso y más la cautela calculada de un hombre que guarda secretos. *Pero ¿qué podrían ser?*

¿Qué le impulsaba a protegerlos con tanta fiereza?

No es que Daviel se hubiera tomado en serio la orden de su padre. De hecho, su persecución se había triplicado desde entonces. Solo que más discreta, escabulléndose entre las sombras y por los rincones para encontrar momentos con Emeriel.

Aekeira sacudió los pensamientos del pasado y regresó al presente.

¿Cuánto tiempo pasará antes de que la gente se rebele porque "no cumple con su rol en la sociedad"?

A Aekeira le preocupaba más de lo que quería admitir.

***

Deslizando la aguja a través del lino, Aekeira tiró con cuidado hasta que el hilo emergió del otro lado.

Bordar siempre había sido su paz. Un ritual relajante que la ayudaba a tranquilizarse. Después de un largo día cuidando el jardín, necesitaba este momento de tranquilidad para trabajar en la labor que llevaba semanas tejiendo.

*¿Cómo estaba él?*

*¿Está bien?*

Su mano se quedó quieta.

Un estruendo familiar de anhelo la golpeó, amenazando con arrastrarla hacia abajo.

*Respira hondo. Respira hondo.* Cerró los ojos, luchando por calmarse.

"¿Estás bien, mi princesa?"

Aekeira parpadeó y abrió los ojos para aclararse las lágrimas contenidas. Otto estaba frente a ella, mirándola con preocupación.

—Estoy bien. —Aekeira forzó una sonrisa al hombre mayor.

Otto los había cuidado de niños, sirviendo como sirviente personal de su madre. Tras la muerte de sus padres, fue destituido, dejando a Aekeira y Emeriel a su suerte. El rey Orestus nunca les proporcionó sirvientes, guardias ni nada parecido.

Había sido… sorprendente por decir lo menos cuando, a su regreso, el rey no sólo reinstaló a Otto sino que también asignó tropas de guardaespaldas para protegerlos.

"¿Estás seguro?" presionó Otto.

—Sí. —Aekeira respiró temblorosamente—. Sí, estoy bien. No te preocupes, Otto. No es nada.

Parecía escéptico, sus ojos buscando la verdad en los de ella. Su preocupación era genuina, una bondad que hacía que Aekeira añorara los días más sencillos de su infancia.

A diferencia del rey Orestus, cuyos motivos eran un misterio, el cuidado de Otto era real. Estuvo presente la noche en que ella y Em nacieron, cuidando de su madre en una de las habitaciones subterráneas ocultas. Desde su regreso, se había convertido en su protector silencioso, siempre preocupado por ellas... sobre todo porque se negaban a hablar de Urai.

—De verdad que estoy bien —le aseguró Aekeira una vez más.

—Tu hermana no ha estado en su habitación en todo el día. —Otto se removió incómodo—. Se unió a la partida de caza, pero regresaron hace horas, y no ha vuelto.

Caso en punto.

Aekeira suspiró, colocando su labor con cuidado sobre la mesa antes de levantarse. *Pero tiene razón.* No había visto a Emeriel desde su abrupta expulsión de la corte. "Iré a buscarla."

Tras buscar por todos los lugares habituales, Aekeira finalmente encontró a Emeriel en el jardín del príncipe Daviel. Había evitado buscar allí, convirtiéndolo en su último recurso. Emeriel solía mantenerse alejada de ese lugar.

Con las manos cruzadas, su hermana permaneció inmóvil ante los prados, observando con la mirada las estrellas centelleantes. La noche era hermosa, con un brillo tenue, transmitiendo una sensación de serenidad. Pero Aekeira sabía que nunca era del todo segura.

Aekeira se acercó a Emeriel y también giró la mirada hacia el cielo.

—No nos van a casar —dijo Aekeira por fin, rompiendo el silencio —. Orestus lo puso fin. Diría que estamos a salvo otros seis meses, Em.

"No me llames así", murmuró Emeriel sin apartar la mirada de las estrellas.

Aekeira ignoró eso. Sus ojos siguieron la mirada de su hermana, pero sus pensamientos estaban en otra parte. "¿Crees que están bien?"

Emeriel permaneció en silencio.

"A veces no puedo evitarlo", admitió Aekeira. "¿Se ha vuelto salvaje? ¿Está mejor? ¿Ya lo ha consumido la oscuridad? ¿Piensa en mí?"

El anhelo resurgió. Se acercaba como una marea impetuosa, empeñada en arrasarla.

Luchó por evitar que se le escapara en las palabras. «A veces, lucho durante horas para *no* pensar en él».

"¿Por qué hablamos de ellos?", preguntó Emeriel con frialdad. "Acordamos no hacerlo".

"Tal vez sea hora de que lo hagamos".

"No lo creo", afirmó su hermana con firmeza, sin expresión alguna en el rostro. "Mejor no hacerlo".

*Nunca lo hicieron, ya no.*

Aekeira se tragó el nudo que tenía en la garganta. Era un arma de doble filo, en realidad, porque olvidar la ayudaba a seguir adelante... pero al mismo tiempo, anhelaba recordar.

Era la única manera de volver a sentirse viva. Recordar cómo se sentía *vivir de verdad.*

Para Emeriel, fue más fácil bloquearlo todo.

Al principio, Aekeira casi la pierde. El *vínculo de almas* había sido tan aterrador; había visto con impotencia cómo destrozaba a Emeriel. El dolor de estar separada de su amado la había llevado al borde de la locura.

Emeriel no comió durante días, apenas durmió y pasó la mayor parte del tiempo llorando.

Cuando no lloraba, caía en un estado vacío y distante, mirando fijamente a la nada durante horas, a veces días, sin apenas salir de la cama.

Aquellos eran tiempos oscuros. Tiempos muy oscuros.

Aekeira se estremeció al recordar lo peor. La vez que Emeriel desapareció.

El rey Orestus había revolucionado el reino entero buscándola. La encontraron dos días después en las grandes montañas, la frontera natural que separaba sus tierras de los territorios de Urekai.

Cuando llegaron hasta ella, estaba deshidratada, inconsciente y casi muerta. Ese lugar casi la había tragado entera.

Eso había sucedido hace dos años.

Desde entonces, Emeriel se había quedado… entumecido.

Con el paso del tiempo, dejó de llorar por él, dejó de preguntar por él, dejó de dejar que los recuerdos la atormentaran. Cuanto más comía y salía, más enterraba al gran rey y a todo lo relacionado con Urekai.

Ahora Emeriel era una bola de ira gélida. Una fuerza que nadie podía vencer.

Y se había vuelto imprudente. Se lanzaba a actividades peligrosas sin pensarlo dos veces. Juegos de caza, arenas de lucha, cualquier

cosa que pudiera brindarle emoción o desafío.

Emeriel siempre había sido alguien que lo sentía todo *demasiado,* pero para sobrevivir ahora, había aprendido a no sentir casi *nada* . Era más fuerte. Más dura. Vacía.

Aekeira no podía decir que lamentaba cómo habían resultado las cosas. Emeriel *tenía* que sobrevivir. Era eso o dejar que la agonía *del Vínculo de Almas* la devorara por completo y escupiera su cadáver.

Pero aun así, había momentos… momentos tranquilos y desgarradores en los que extrañaba a su hermana. La que solía reír. La que solía preocuparse. La que vivía.

Extrañaba *a su* Em, la que no se escudaba tras un muro de hielo y ira.

A este Emeriel ni siquiera le gustaba que le llamaran *Em* .

Aekeira miró a su hermana, que permanecía fría y distante en el jardín iluminado por la luna. Se preguntó si alguna vez volvería a ver esa faceta de Emeriel.

*Pero al menos estaba viva.*

Eso tenía que ser suficiente.

Chapter Two

# *EL MENSAJE Y EL GOBERNANTE FELIZ.*



LAS HOJAS CRUJIERON TRAS ellos cuando aparecieron dos soldados. «Sus Altezas», entonó uno, «disculpen mi intrusión, pero el Rey solicita su presencia en su estudio».

—Vamos. —Emeriel se giró y los siguió.

Aekeira apartó sus pensamientos tristes y siguió detrás.

El rey Orestus estaba sentado solo en su estudio, con las gafas de lectura apoyadas en el puente de la nariz. Su escritorio estaba abarrotado de pergaminos, mientras él garabateaba en un pergamino. Al llegar, levantó la cabeza y fijó su mirada primero en Emeriel.

—Estás aquí. —Dejó la pluma a un lado—. Me enteré de la cacería. Has vuelto a atrapar la presa más grande, Emeriel. ¡Bien hecho!

Emeriel hizo una reverencia rígida. "Su Majestad."

"Me ha llegado la noticia de que estabas intentando unirte a los torneos de mañana".

—Sí, Su Majestad. Pero los espacios estaban llenos. Debería haber preguntado antes.

Aekeira se mordió el interior de la mejilla hasta que notó el sabor metálico de la sangre. El año pasado, Emeriel había quedado en segundo lugar, pero regresó con innumerables moretones y una fiebre tan alta que tardó días en bajar.

En su apogeo, había clamado por el gran rey; sus sollozos delirantes resonaban por los pasillos. La fiebre había remitido, dejando solo amargos recuerdos.

—Los eruditos estarán aquí mañana. —El rey Orestus miró a Aekeira—. ¿Tienes libre el mediodía? Si no, puedo aplazarlo...

"¿Por qué nos tratan así?", interrumpió la voz de Emeriel, formulando la misma pregunta que atormentaba profundamente a Aekeira.

"¿Por dónde, querida?"

—Por aquí. —Emeriel hizo un gesto entre ellos—. Como si fuéramos humanos de verdad, no juguetes para repartir entre los ministros con las monedas más gordas.

Los ojos del rey se enfriaron.

"No puedo contar las veces que me azotaste por interrumpir los procedimientos judiciales de pequeña", declaró Emeriel con calma. "O las veces que obligaste a Aekeira a dar clases a los eruditos, incluso cuando no tenía nada que comer".

Aekeira se movió incómodamente.

Incluso siendo hombre, nunca me dejaste participar en los torneos. «Eres demasiado femenina», decías. «Eres el hazmerreír», lo imitó. «Valdrás más a cuestas que en el campo». ¿Lo recuerdas, *Su Alteza* ?

El rey Orestus la miró fijamente. "¿Puede un hombre no cambiar?"

Emeriel se burló. «Las serpientes como tú no cambian sus rayas».

—¡Em! —susurró Aekeira con vehemencia.

—¡No me digas que nos vendió! —replicó Emeriel—. ¡Sin pensarlo dos veces, en un abrir y cerrar de ojos, nos *vendió* ! Se sienta aquí en su trono fingiendo, pero no le importamos. Ni lo más mínimo.

—Lo sé. Pero hacerlo enojar no es la solución.

"Escucha a tu hermana, Emeriel."

"Con el debido respeto, vete a la mierda", respondió Emeriel.

—¡Emeriel! —rugió el rey Orestus.

Aekeira palideció. *"¡Em!"*

Emeriel alzó la barbilla, con la mirada clavada en el rey. Siempre había odiado al rey Orestus, pero nunca antes lo había antagonizado ni insultado abiertamente de esa manera.

—Para, Em —suplicó Aekeira—. No quiero que pases días encerrado sin comida ni agua.

Emeriel puso los ojos en blanco. "¿Qué opinas, rey Orestus? ¿Me encerrarás durante días? Después de todo, acabo de insultar descaradamente al rey tirano".

El rey Orestus parecía dispuesto a escupir fuego.

—Dad la orden, vamos. —Emeriel se cruzó de brazos—. Solo han pasado tres años, pero seguro que la vejez no ha hecho que el rey tirano olvide cómo hilvanar esas palabras. Adelante, da la orden.

El silencio era tan fuerte como una trompeta.

Finalmente, el rey Orestus suspiró y se levantó de su asiento, dirigiéndose a un estante lleno de pergaminos. Sacó dos, cada uno decorado con intrincados patrones dorados en las varillas de sus extremos. El sigilo…

Era inconfundible. Solo existía en un lugar.

El corazón de Aekeira dio un vuelco. Incluso Emeriel se quedó paralizado, inmóvil como una estatua.

"Recibí esto la noche antes de tu regreso", dijo el rey Orestus con calma. Desenrolló uno de los pergaminos, cuyo pergamino crujió suavemente. Comenzó a leer en voz alta:

**Del tercer gobernante de Urai, soberano de los Urekai, único monarca de los Clanes Occidentales y protector de la gran montaña.**

*Que esto se lea bajo la mirada de los dioses y la luz de la luna.*

Al rey Orestus, gobernante del reino humano, Navia.

Entregamos de nuevo en tus manos a las princesas de Navia, para que no sean peones en tus juegos de placer y poder. Regresan a tu reino bajo nuestra protección, y hazles saber que los ojos de los gobernantes de Urai velan por ellas, incluso desde la distancia.

Rey Orestus, los protegerás con todas tus fuerzas. Mantendrás sus vidas a salvo de la sombra del mal y los tratarás con la dignidad y el respeto que se deben a las princesas de sangre real y a las amadas por los soberanos más poderosos de Urai.

Pero presta atención, Rey Orestus, y recuerda mis palabras como si estuvieran grabadas en una roca. Si el más mínimo atisbo de peligro los alcanza, si una sola gota de su sangre es derramada por

tu mano o por cualquiera bajo tu mando, aprenderás el verdadero significado de la ira. Ningún rincón de Navia se librará de mi furia. Te mataré a ti y a todos tus seres queridos.

Excepto tu hijo. Hay destinos mucho más agonizantes que la muerte, rey Orestus.

No soy misericordioso. No perdono.

*Por la mano de Vladya Theriozydovkar Skyvakto, el tercer gobernante de Urai.*

El rey Orestus bajó el pergamino, pálido. Tomó el segundo y lo desenrolló con cuidado.

**Desde el Gran Gobernante de Urai, gran soberano de los Urekai, único monarca de los Clanes del Sur, protector de los Bosques Ilimitados y las Montañas Celestiales, hasta el Rey Orestus, rey tirano del reino humano.**

*Que esto se lea bajo la mirada de los siete dioses, la luz de la luna y Ukrae.*

Protegerás y albergarás a las dos hembras que te devolveremos mañana, con todo lo que te es querido.

Desde que desperté de quinientos años de locura, una locura provocada por tu gente, solo he tenido un pensamiento: descender sobre las tierras humanas como una tormenta de destrucción.

Sigo considerándolo, para ser sincero. Pero no me des otra razón para creer que es buena idea, porque déjame decirte, Rey Orestus, que se me están acabando las excusas para no declarar la guerra a los humanos.

Protege a las princesas, pues son los tesoros de Urai. Si se derrama una sola gota de su sangre, tus bosques se alzarán contra ti. Tus montañas se derrumbarán bajo nuestra presencia. Tus ríos se secarán bajo el paso de nuestras botas. Tus ciudades arderán. Tus campos se marchitarán bajo el fuego y la ceniza.

Los gritos de tu pueblo serán el coro que anunciará la caída de tu reino. Ni una sola piedra de tu ciudadela quedará intacta.

Esta es tu única advertencia.

Yo no soy misericordioso y no perdono.

*Por la mano de Daemonikai Vipertheriov Naelzharoth, Gran Rey de Urai.*

El rey Orestus bajó el pergamino y su rostro palideció.

Aekeira se había hundido en una de las sillas vacías durante la lectura; sus piernas temblorosas ya no la sostenían. Emeriel estaba sentada a su lado, igual de quieta.

"Han pasado dos años desde que recibí esto", dijo el rey Orestus con voz tensa mientras guardaba cuidadosamente las cartas en el estante. "No he podido dormir bien ni una sola noche desde entonces".

Al volverse hacia ellos, su mirada era penetrante e inquisitiva. «Me lo he preguntado una y otra vez. ¿Cómo demonios lograron estas mujeres, vendidas como esclavas, ganarse el favor de los dos Urekai más poderosos que jamás hayan existido? ¿Cómo se convirtieron en tesoros de Urai hasta el punto de recibir cartas personales de sus gobernantes?»

Aekeira miró a Emeriel. El rostro de su hermana estaba ceniciento, más pálido incluso que el del rey Orestus, con la mirada perdida al frente, en la nada. No parpadeó. No se movió.

—Firmaban con sus nombres *completos* —añadió el rey Orestus—. ¿Entiendes lo que eso significa? De joven, mi padre me contó que, en la historia de Urekai, sus nombres completos se consideran sagrados. No se pronuncian en voz alta a menos que sea en circunstancias muy graves o para transmitir un mensaje importante. Y aquí —señaló el estante—, no solo enviaban cartas *por separado* , sino que las firmaban con sus nombres *completos* .

Nos enviaron cartas. Las enviaron *antes de* nuestro regreso. ¿Por qué no se le había ocurrido a Aekeira antes?

De todas las razones que imaginaba para el cambio del rey Orestus, ésta nunca se le había pasado por la cabeza.

—Quiero *enviarlos* a ambos a los criaderos —su voz se endureció al volverse hacia Emeriel—. Pero lo que más deseo es castigarlos por su red de engaños en este reino.

"¿Vivir disfrazado de chico cuando en realidad eres una chica?", espetó, alzando la voz, haciendo que Aekeira se estremeciera. "¡Ojalá pudiera clavarte en la cruz de afuera!"

A Aekeira se le cortó la respiración y Emeriel se tensó a su lado, pero ninguno de los dos habló.

—Pero no puedo. —El pecho del rey Orestus se agitó—. ¿Me preguntaste por qué te trato así? *Esas cartas* son la razón. Puede que no me importen muchas cosas últimamente, pero me importa mi hijo. Algunos podrían argumentar que no me importa mi gente, pero sí. Y sé lo que pasará si desobedezco esas cartas.

Volvió toda su atención a Emeriel. "¿Algo más que quiera decir, *Princesa* Emeriel?"

Emeriel se levantó y salió furioso.

***

"Eso será todo por hoy", declaró el Gran Señor Zaiper, levantándose de su trono.

Los altos señores se pusieron de pie de un salto, haciendo una profunda reverencia al pasar. Razarr se puso a su lado. «Su Majestad parece estar de muy buen humor hoy».

"Oh, Razarr. Cada nuevo día trae su propia felicidad, eso es lo que es."

Caminando por los pasillos de Rocagris, los esclavos se escabullían de su camino, con la mirada baja, evitando incluso el aire que lo rodeaba. *No merecen compartir el mismo espacio que yo.*

—Gran Señor Zaiper. —Una voz que conocía demasiado bien lo detuvo.

Girando con un exagerado movimiento de su túnica, una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Zaiper. "Si no es Lord Ottai. Dime, ¿cómo estás, mi querido amigo?"

La mirada del cuarto gobernante estaba cubierta de disgusto.

—Sé de qué se trata —dijo Zaiper cruzándose de brazos con aire de suficiencia—. Anda, pregúntame.

—Escuché que ordenaste la ejecución de esos hombres. ¿Es cierto? —preguntó Ottai, furioso.

"Claro que sí. Robaron grano. Merecían morir."

—No *matamos* por robar. ¿Qué demonios te pasa? —siseó Ottai, acercándose, con el rostro a centímetros del de Zaiper—. Tenemos castigos, expiación. ¡La muerte no es la forma de manejar esto!

—Quizás, antes —concedió Zaiper encogiéndose de hombros—. Pero estoy pensando en cambiar las cosas por aquí. Me he dado cuenta de que hemos sido demasiado amables.

—¡No pueden ejecutar a cuatro de los nuestros porque tenían tanta hambre que robaron grano para sus familias! —La ira de Ottai se intensificó—. ¡Uno de ellos tiene una compañera embarazada! ¡Necesitaba comida!

—Todas son excusas, Ottai. —Zaiper apenas reprime un bostezo—. Debemos transmitir el mensaje de que la hambruna no es excusa para el robo. ¿Por qué sufrir la humillación pública de la muerte cuando se puede morir de hambre?

El cuarto gobernante lo miró con odio y repulsión. Si no estuvieran en un lugar tan público, a Zaiper no le cabía duda de que el gran señor le habría dado un puñetazo. ¿ *Todo esto por cuatro inútiles?* Ottai es un aburrimiento.

—¡El gran rey jamás habría permitido esto! —espetó Ottai.

El gran rey no ha ido a la corte en más de un año. Apenas puede salir de sus pensamientos lo suficiente como para reconocer la realidad. Ni siquiera sabe que hay una hambruna crítica en su reino. Zaiper *odiaba* referirse a *su* reino como Daemonikai, pero necesitaba dejar algo en claro. Así que no te quedes ahí sermoneándome sobre lo que "el gran rey" permitiría o no. El hombre está medio muerto. Los vivos tienen que seguir adelante.

Hablas con tanta insensibilidad, palabras impropias de un gobernante. Has gobernado junto a Daemonikai durante más de tres mil años. Deberías *ser* mejor que esto.

Zaiper se chasqueó los dientes, despidiendo a Ottai con un gesto. "Oh, deja de ser tan *remilgado* , Ottai. No te queda bien. ¿Cómo puede la dulce Morina tolerar esta actitud santurrona? Eres tan responsable de lo que pase en el tribunal como yo".

El macho se encabritó. "¡Jamás! Yo..."

Si te hubieras molestado en ir al tribunal, podrías haber participado en la toma de decisiones. Todo esto —no, *parte* de esto — podría haberse dicho en el tribunal. En cambio, pierdes el tiempo aquí, sermoneándome como un jovencito. —La voz de Zaiper bajó

un tono—. Quizás si dedicaras menos tiempo a cuidar dos causas perdidas, podrías marcar la diferencia.

El rostro de Ottai se retorció de furia. "¿Crees que no sé lo que haces? ¿Crees que no me doy cuenta de tus juegos? Quieres el trono, Zaiper. *Quieres ser Gran Rey* ."

Zaiper no se molestó en corregirlo. Ya no aspiraba a ser Gran Rey. Sus ambiciones habían crecido, se habían convertido en algo mucho mayor.

Ahora lo quería todo. Ser el único gobernante.

El que remodelará a Urai bajo su reinado.

¿Crees que aterrorizar a nuestra gente, ejecutarla por delitos menores como robar grano o hacer bengalas en reuniones públicas —algo que escapa a nuestro control— *te* dará lo que quieres? Esta gente te teme, Zaiper. Nunca te apoyarán. Nunca te votarán.

—Ah, pero ahí está lo bueno, Lord Ottai —dijo Zaiper con una sonrisa burlona, rodeando con un brazo los rígidos hombros de Ottai y arrastrándolo.

Todo el cuerpo de Ottai se tensó al contacto, pero no le quedó más remedio que caminar con él. «No necesito sus votos. Daemonikai se ha ido. No me hagas hablar de Vladya. ¿Y tú? Te importan más que tu propia gente. Soy el único que queda».

Ottai apartó la mirada, culpable. El hombre parecía más exhausto de lo que Zaiper lo había visto jamás, abatido por el peso del último año.

—Dime, Ottai —Zaiper lo acercó un poco más—. ¿Para qué necesito su voto si soy lo único que les queda?

"Me das asco."

Sonriendo, Zaiper soltó a Ottai. "Y tú, querido Ottai, me diviertes. Ambos sabemos que no es aquí donde quieres estar. Deberías irte... ¿a llevarle comida a Vladya, quizás? Atendiendo a tus amigos caídos como un sirviente obediente. Ve, entonces. Vuelve a tus deberes y déjame el reino a mí", sonrió con sorna. "Después de todo, no hay mano más capaz que la mía".

Zaiper se alejó y su risa resonó tras él.

El cuarto gobernante ya había perdido la batalla. No tenía cartas que jugar ni armas en su arsenal.

El reino ya estaba en manos de Zaiper y podía tomarlo.
Nada se interpuso en su camino. Absolutamente nada.

Chapter Three

# PROFUNDAMENTE ENTERRADO



YAZ, EL JEFE DE los soldados de Blackstone, preparó el banquete frente a la boca de la cueva, como solía hacerlo.

¿Cómo está? ¿Lo viste?

La voz sobresaltó a Yaz, quien se giró y movió instintivamente su mano hacia su espada.

Wegai estaba de pie sobre una roca a varios metros de distancia, observándolo. ¿Había estado tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que lo seguían?

—Baja la guardia, Yaiz'vlion. No soy el enemigo —dijo el jefe de soldados del gran rey, sin hacer ademán de acercarse.

"No me llames así", gruñó Yaz, lanzando una última mirada hacia la cueva. Luego, con todos los sentidos alerta, se dirigió hacia Wegai. "¿Qué haces aquí? Fue una imprudencia seguirme. Si te hubiera sentido en el bosque, te habría abatido."

"Estoy muy consciente. Por eso fui cuidadoso."

Desde la distancia, podrían parecer hermanos. Misma altura, misma anchura, mismo porte de guerreros.

Las cicatrices de Wegai estaban en su rostro debido a incontables batallas, mientras que Yaz las llevaba ocultas bajo capas de armadura y tela.

Sus amos compartían un vínculo más profundo que la mayoría, y aunque habían luchado codo a codo en muchas guerras, no eran amigos, solo dos jefes soldados unidos por el deber.

Yaz fue el primero en relajarse. "¿Qué te trae por aquí, Wegai? Dudo que me hayas seguido para charlar un rato."

—No, no lo hice. —Wegai echó a andar, y Yaz se puso a su lado—. Pasé toda la mañana junto a mi amo. —Wegai apretó la mandíbula —. Lo pierdo más cada día.

La mirada de Yaz volvió a la cueva. Su propio amo se acurrucaba allí.

Wegai se detuvo bruscamente. «Tenemos que recuperar a las hembras».

Yaz no dijo nada, ni pudo fingir sorpresa. Ese pensamiento lo había atormentado durante años.

Pero pensarlo era una cosa. Actuar en consecuencia era otra.

No podemos hacer eso, y lo sabes. Lord Zaiper jamás lo permitiría.

"Lord Zaiper no necesita saberlo."

—Eso en sí mismo es absurdo —se burló Yaz—. No podemos considerar algo de esa magnitud sin autorización. Las consecuencias serían...

—Señor Ottai —interrumpió Wegai—. Sigue siendo gobernante. Puede ayudar.

Yaz también lo había considerado. "¿Y si no lo hace?"

"Lo hacemos de todos modos."

"Es una decisión delicada", dijo Yaz. "Un paso en falso y le caeremos en gracia a Lord Zaiper. Ha estado esperando una excusa para deshacerse de nosotros."

Wegai contempló las montañas lejanas, con sus picos cubiertos de niebla. «No puedo permitir que esto continúe. Cada día los perdemos más. ¿A quién engaño? *Ya* los hemos perdido. Ahora nos agarramos a un clavo ardiendo».

Yaz no discutió. Wegai tenía razón.

Su amo había luchado con valentía, aferrándose a la promesa que le había hecho al gran rey. Yaz lo había presenciado todo: el sufrimiento, la resistencia.

Pero no había sido suficiente. Cuando las ganas de vivir flaquean y mueren, la vida misma se vuelve algo frágil y esquivo. Su amo, aunque aún no era completamente salvaje, tampoco era él mismo.

"Eran mejores cuando las damas estaban aquí", continuó Wegai. "Puede que no lo hayan demostrado, pero nuestros amos cuidaban de las princesas esclavas. Son una parte esencial de todo esto. Nunca debimos haber permitido que las enviaran lejos".

Yaz lo miró de reojo. «Lo dices como si pudiéramos haber hecho algo al respecto. Olvidas algo vital. Esas damas fueron *liberadas* . Ya no son esclavas. La primera vez que las trajeron aquí, no tuvieron elección. Ningún humano regresa a Urai por voluntad propia, especialmente aquellos que sufrieron tanto como las princesas esclavas».

Wegai se quedó en silencio.

—La hembra de tu amo lo pasó peor —murmuró Yaz finalmente—. Durante sus últimos días aquí, nuestra gente intentó matarla. Todos la odiaban. Tuvo que ser rodeada por tropas para que saliera de la ciudad sana y salva.

Eso fue hace dos años. Ahora las cosas son diferentes. Nuestra gente tiene más de qué preocuparse, como su pan de cada día. Wegai se giró para mirarlo. Tenemos que hacerlo, Yaz. Tenemos que intentarlo. Sí, puede que no todo salga bien, puede que haya desafíos, pero no rehuimos las peleas.

Wegai extendió la mano. "¿Qué dices, soldado jefe de Blackstone? ¿Te apuntas?"

Yaz sostuvo su mirada, con determinación en sus ojos. Apretó firmemente la mano de Wegai. "Lo soy."

***

La señora Sinai se encontraba en el estudio del Gran Señor Zaiper, sus dedos moviéndose suavemente sobre el gran escritorio cubierto de mapas y pergaminos mientras esperaba.

El suave tictac de un gran reloj en la esquina atrajo su mirada errante, luego las llamativas pinturas en la pared y la colección de artefactos antiguos exhibidos en vitrinas de vidrio.

"Si no es nuestra bella ama", la voz de Lord Zaiper rompió la quietud.

Con una sonrisa forzada, Sinai se giró para mirarlo. "Su Alteza."

"¿A qué debo esta agradable visita?" Zaiper se quedó frente a ella, divertido.

Ella pestañeó. "¿No puede una mujer visitar a su gobernante favorito de vez en cuando?"

Su risa resonó por toda la sala. "¿Creía que Daemonikai tenía ese título?"

—Sí. —Se encogió de hombros, tomando la ofrenda envuelta que había dejado sobre su escritorio. La levantó y se la entregó con un gesto elegante—. Pedí a mis sirvientes que prepararan tu comida favorita. Espero que te guste.

Zaiper arqueó las cejas con sorpresa. "¿Una comida también?" Tomó el paquete, lo olió con agrado y lo volvió a colocar en su escritorio. "Espero que todo esto no tenga que ver con esa tierra más allá de Aguas Cristalinas".

"¿Todo el mundo sabe de esto?", resopló Sinai, hosco. "Pero nadie quiere dármelo."

Zaiper negó con la cabeza y se apoyó en su escritorio. «Es porque es entre tú y Daemonikai. Te lo prometió; cuando llegue el momento, te lo dará».

—¡Han pasado seis siglos! —La voz de Sinai se alzó con frustración. Quería gritar, tirar algo. Cualquier cosa.

Esa tierra era su llave a una riqueza y un poder incalculables. ¿Por qué Daemonikai no se la entregaría?

Para entonces, ya habría construido un imperio. Quizás incluso se habría convertido en la amante más rica del reino. "¿Podrías entregármelo?"

—Podría. Pero no sería fácil. —Zaiper cruzó los brazos con pereza —. Dime, ¿no deberías preocuparte más por el bienestar de Daemonikai ahora, en lugar de por un simple pedazo de tierra?

Es un tipo difícil, perdido en el dolor. No es el único que perdió a sus seres queridos esa noche.

—Mmm —Zaiper se acarició la barba imaginaria—. Pero es el único que perdió *de* golpe.

"Mírate, viviendo tu mejor vida", dijo Sinai con amargura. "Lo que se suponía que sería un 'pequeño daño colateral' resultó ser mi mayor problema".

La diversión de Zaiper se desvaneció y su rostro se volvió frío.

Juramos no volver a hablar de esa noche. Sus ojos grises eran un torrente de furia. Juramos *no* volver a hablar de ello.

—Le pido disculpas, Su Alteza —replicó Sinai—. Por favor, perdóneme. Hablé sin pensar, sin pensar.

Nunca es tarde para empezar a pensar. No querrás hacerlo después de la muerte, ¿verdad?

Se le heló la sangre. *¿Acaba de amenazarme?*

—Sabes lo que pasa si lo que pasó esa noche sale a la luz, ¿no?

—Sí. —Sinaí no soportaba pensarlo—. Por favor, perdóname.

—Ten cuidado la próxima vez, Sinaí. —Sus palabras destilaban amenaza—. Hay cosas que deberían permanecer enterradas. Cosas de las que nunca se debería hablar…

El miedo la carcomía por dentro. "Está bien, está bien, dije que lo sentía."

Zaiper se acercó mucho, solo un suspiro los separaba. Le acarició el cuello, cerrándolo con la mano. No apretó, pero la presión era inconfundible.

Vladya se ha ido. Daemonikai pronto también se irá. Ottai es solo un viento que podría disipar, y entonces me convertiré en el único gobernante. Un lugar donde ni siquiera la verdad puede hacernos daño, pues podría hacerla desaparecer fácilmente. Estamos casi al final, Sinaí. Que siga así.

"Lo haré, lo haré", graznó ella, asintiendo.

—Bien. —La soltó, recuperando la sonrisa—. Ahora, hablemos del precio de ese terreno.

***

Tres días después. Tras el entrenamiento matutino, Emeriel se refrescó rápidamente antes de ir a desayunar.

A Emeriel aún le dolían los músculos, pero agradeció el ardor. Era lo único que sentía real últimamente.

Las grandes puertas de madera crujieron al entrar al comedor. Aekeira era la única sentada, bebiendo de su taza.

—Estás aquí, Em, toma asiento —dijo Aekeira cálidamente, señalando la silla a su lado.

Emeriel apretó la mandíbula, resistiendo el impulso de arremeter. No era culpa de Aekeira que el nombre con el que la había llamado toda su vida ahora le despertara recuerdos de la esclavitud y de Urai.

—¿Dónde están el rey y Daviel? —preguntó Emeriel con voz entrecortada, hundiéndose en el asiento.

"El rey tuvo una sesión de la corte temprano, creo. ¿Y el príncipe?" Aekeira se encogió de hombros con desgana. "Probablemente todavía esté en la cama."

Comieron en silencio. La comida sabía a aserrín, pero Emeriel se obligó a tragar. Últimamente, todo sabía a ceniza.

Cuando estaban a punto de irse, la puerta se abrió. El rey Orestus entró, flanqueado por sus guardias.

—¿Está todo bien, Su Majestad? —preguntó Aekeira con el ceño fruncido.

El rey dudó. Su mano tembló a su costado mientras miraba a Emeriel antes de desviar la mirada hacia Aekeira.

El rey tirano gobernaba con mano de hierro. Rara vez lucía tan… ansioso. Algo andaba mal.

"Emeriel, Aekeira..." se aclaró la garganta "...espero que no estuvieran... eh... molestas por, ya saben, lo que pasó en mi estudio el otro día."

"¿Y las cartas?", preguntó Aekeira desconcertado.

—No, no las cartas. —Orestus se removió incómodo—. La parte en la que perdí... eh... los estribos. Quiero disculparme por eso. Sobre... decir que te crucificaría por los secretos que escondes... no lo decía en serio.

A Emeriel se le acabó la paciencia. "Bueno, ¿qué demonios está pasando?"

Años atrás, jamás se habría atrevido a hablarle al rey de esa manera. Pero años atrás, le importaban cosas como el decoro y el respeto.

En estos días, apenas le importaba lo suficiente como para levantarse de la cama.

"¿Qué está pasando?" preguntó Aekeira.

"Están aquí." El rey parecía completamente aterrorizado.

"¿Quién está aquí?" La voz de Aekeira se convirtió en un susurro.

El tiempo se alargó y se distorsionó mientras el corazón de Emeriel retumbaba en sus oídos. Entonces dejó de respirar por completo. *Seguramente no querrá decir...*

—Los Urekai. Tres —dijo finalmente el rey Orestus—. Vienen a verlos a ustedes dos.

Aekeira jadeó y se llevó la mano a la boca.

Pero el sonido parecía lejano, apagado. El mundo se inclinó sobre su eje.

La audición de Emeriel fue reemplazada por un zumbido agudo y creciente que ahogaba todo lo demás.

*No. No. Ellos no.* No aquí. No ahora.

El comedor se desdibujó. La mesa, las paredes, incluso su hermana… todo se perdió en la distancia.

¿O estaba retrocediendo? Emeriel ya no estaba seguro. *¿Cuándo se había levantado?*

"¿Em?" La voz de Aekeira era débil. Vio cómo la boca de su hermana se movía, sus labios formando su nombre, pero no parecía real.

Aekeira estaba pálida. Demasiado pálida. El color desapareció por completo de su rostro, dejándola más blanca que un vampiro. *Así que esto no es un sueño.*

*Ellos estan aquí.*

Emeriel se tambaleó hacia atrás hasta que se estrelló contra algo sólido (una pared, tal vez), pero apenas registró el dolor.

Su respiración era entrecortada. *¡No, no, no…!*

Los pensamientos se le escaparon de las manos. Sus extremidades se tambaleaban, como si estuviera vadeando por un lodo espeso. Tenía que huir.

"¡Em!" Aekeira apareció de repente frente a ella y la abrazó con fuerza.

Emeriel retrocedió.

Demasiado cerca.

*Demasiado lleno de gente.*

Ella no quería que la tocaran. No soportaba la cercanía.

Pero Aekeira no la soltó. Por mucho que Emeriel la empujara, el agarre de su hermana se hacía más fuerte.

—¿Qué le pasa? —La voz del rey Orestus sonaba distante—. ¿Tengo que llamar al curandero?

—Estás bien, Em. Estás bien —la tranquilizó Aekeira—. Estoy aquí. No te soltaré.

Se oyeron pequeños y lastimeros gemidos. Los suyos.

Emeriel se mordió el labio y lo aisló todo. Las voces. El mundo.

Solo existía su lucha por respirar. El ardor en sus pulmones mientras su cuerpo se estremecía al unísono con el de Aekeira.

El tiempo se alargó.

Sin fin.

Sofocante.

Pero poco a poco, Emeriel sintió que el suelo volvía a sus pies. El zumbido en sus oídos se desvaneció, y el mundo a su alrededor se deslizó de nuevo en un lento retorno.

"Estoy bien ahora", graznó. "Puedes soltarme, Keira".

Su hermana la soltó, y las lágrimas surcaron el rostro de Aekeira. Sus ojos buscaron a Emeriel. Indagando. Buscando señales de que todo estaba bien.

Emeriel apartó la cara. *No me mires así. No me mires tan de cerca.*

Hacía años que no tenía un ataque tan intenso. *Hacía demasiado tiempo.*

—Por favor… despídelos. —Pequeña, ronca, apenas suya.

"Eh…"

—No —su voz se hizo más fuerte—. Deberían irse.

"Al menos escuchemos por qué vinieron".

Si Emeriel negaba con más fuerza, se le rompería el cuello y la cabeza se le caería por los hombros. «No quiero».

"No querrás decir eso—"

—No quiero verlos. No quiero saber por qué están aquí. Quiero que se *vayan* . —Su voz se elevó, aguda, y volvió a entrar en pánico.

Aekeira se secó las lágrimas y asintió lentamente, aunque sus ojos seguían llenos de tristeza. "No pasa nada, Em. Lo entiendo. No tienes que verlos si no quieres".

—Puedes ir a verlos si quieres. —El tono de Emeriel se volvió quebradizo—. Pero prométeme no decirme nada cuando regreses. *Si* regresas, no quiero oírlo.

"¿Por qué no volvería?"

"Si decides volver a Urai, no necesito saberlo", dijo con tono monótono. "No quiero saberlo. Podrías ir con ellos".

Aekeira se estremeció, con el dolor reflejado en sus ojos. "No lo dices en serio."

—¡Sí! ¡Déjame en paz! —gritó.

Aekeira se encabritó como si Emeriel le hubiera asestado un golpe. El dolor en los ojos de Aekeira quemó a Emeriel.

*Para. Deja de hacerle daño. No es su culpa.*

*Nunca le hiciste daño a Keira.*

La culpa aumentó y ahogó a Emeriel.

Pero ella lo dejó caer de golpe, enterrándolo profundamente bajo la fría pared.

Emeriel dejó que el hielo se infiltrara en su ser. El frío era más seguro. El frío significaba supervivencia.

Emeriel cuadró los hombros, se dio la vuelta y se alejó.

Chapter Four

# LA VISITA. LA PETICIÓN



CUANDO AEKEIRA ENTRÓ EN el gran salón y no vio al Señor Vladya, se sintió herido.

La decepción se apoderó de ella, luego el alivio. Al menos no necesitaba enfrentarlo todavía.

Recuperando rápidamente su compostura, Aekeira avanzó más hacia el interior de la habitación.

Yaz y el jefe de los soldados del gran rey *—¿cómo se llamaba?—* se pusieron rígidos y formales al verla llegar. Lord Ottai, que había estado mirando por la ventana, se giró para mirarla.

Esas túnicas negras, tan familiares y bellamente confeccionadas, la llenaron de tanta nostalgia que le costó mucho mantener la compostura. Porque también las recordaba en cierta persona.

—Princesa Aekeira. —Lord Ottai inclinó la cabeza con un respeto extraño.

Fue inquietante ver a tres de ellos inclinarse ante ella. Extrañamente reconfortante.

—Gran Señor Ottai —hizo una reverencia—. ¿A qué debemos esta visita?

"Es un asunto muy importante. ¿Tu hermana está de camino?"

"Ella no se unirá a nosotros."

El rostro de Lord Ottai se entristeció, pero no pareció sorprendido. «Gracias por recibirnos. Sé que tampoco debió ser fácil para usted».

"¿Cómo está... está bien?" Tenía que preguntar, tenía que saberlo.

—No. —El gran señor negó con la cabeza—. No lo es.

Su respiración se entrecortó y se tambaleó hacia atrás. Parpadeando furiosamente ante el escozor de las lágrimas, Aekeira se atragantó: "¿Es salvaje?"

El silencio que siguió fue insoportable. Notó la mirada de tristeza que se intercambiaba entre los dos jefes de soldados.

Se llevó la mano a la boca. "¡Dios mío...". El grito desgarrado le arrancó lo más profundo del alma.

"¿Puedo, Su Majestad?" preguntó Yaz.

Lord Ottai asintió. "Adelante, Yaz."

Yaz avanzó con cautela. «Mi amo aún no es salvaje. No del todo».

"¿Qué significa 'no del todo'?", espetó Aekeira, desesperada. "O es salvaje o no lo es".

—Significa que está cambiando, Su Alteza. Su mano es la de la bestia. No hay vuelta atrás —explicó Yaz con cuidado—. Vigilé su cueva durante días y logré verlo cuando salió a buscar comida. No estoy seguro de si es solo su mano o si tiene otras partes.

Las piernas de Aekeira temblaron con asombroso alivio.

"Normalmente, el cambio ocurre de golpe", continuó Yaz. "Uno adopta su forma de bestia y no puede revertirse. Pero hay casos raros en los que esto sucede. Cuando uno se transforma gradualmente, perdiendo partes del cuerpo una a una hasta que el cambio se completa."

—Entonces… ¿sigue siendo… hombre? —Aekeira no pudo ocultar la esperanza en su voz.

—No exactamente —respondió Lord Ottai.

Aekeira lo miró fijamente y su corazón se hundió.

Cuando uno llega al punto de inflexión, no queda nada de masculino en él. Su mente se pierde por completo. No reconocería nada ni a nadie. El gran señor hizo una pausa. Vladya entró en esa cueva una mañana y no ha salido en medio año.

Aekeira se desinfló como un globo y un sudor frío brotó de su piel.

¿Medio año?

Esto es malo. *Muy malo.*

"¿Y el gran rey?" logró preguntar.

"¿Puedo, Su Alteza?" dijo esta vez el otro jefe de soldados.

"Adelante, Wegai." Otta asintió.

Wegai dio un paso al frente. «El alma de mi amo se está muriendo».

Aekeira parpadeó. "Vuelve otra vez."

"A lo largo de los años tras la noche del eclipse lunar, muchos de los que perdieron a sus compañeros de vínculo quedaron tan afligidos que se volvieron salvajes... o su alma se volvió tan hambrienta que empezó a morir", dijo Wegai con voz grave. "Un vínculo alimenta el alma, Su Alteza. No teníamos ni idea de lo mal que lo estaba pasando hasta que la Princesa Emeriel fue arrebatada de su vida."

"¿Quieres decir que el amor de Em ha estado sosteniendo su alma, y cuando se la llevaron, comenzó a marchitarse?"

—Su *amor* , joven princesa —corrigió Lord Ottai suavemente.

Aekeira se estremeció.

Ese anhelo creció, tan intenso que la azotó como una tormenta en el mar. Aekeira, con el corazón tan apretado, gritó de angustia.

"¿Estás bien, joven princesa?" La preocupación de Lord Ottai era evidente al dar un paso hacia ella.

"Estoy bien, por favor, no me llames así", dijo con voz entrecortada, con una mano apretándose el corazón dolorido y la otra alzada en una súplica de distancia. "Por favor... no."

"¿Qué?" Lord Ottai estaba confundido. "¿La joven princesa?"

Los recuerdos la inundaron.

La arrastraron de regreso a todas las ocasiones en que su gran señor la había llamado así.

*"Nadie tiene derecho a ser esta hermosa y joven princesa".*

*"Bésame, joven princesa."*

Demasiado vívido, demasiado doloroso.

*Lo extraño tanto que siento como si me hubieran arrancado una parte y se la hubieran entregado.*

—¡Sí, por favor! —jadeó, cerrando los ojos con fuerza—. P-por favor.

"Está bien. Me disculpo, Princesa Aekeira."

Desesperada por distraer su mente del doloroso vacío en su corazón, Aekeira se obligó a concentrarse en la conversación.

—Su teoría no tiene sentido, Lord Ottai —dijo con voz tensa—. El gran rey no ama a mi hermana. Todos lo sabemos. Era incapaz de amarla.

"Él la *quería* ", afirmó Lord Ottai. "Quizás no fuera capaz de amar, pero sí la quería. Cuando le arrebataron todo lo que amaba, ella fue lo único que volvió a querer, y eso lo sostuvo."

Hizo una pausa, con la mirada cargada de tristeza. «Pero cuando la arrebataron, la herida abierta que nunca sanó se apoderó de nosotros y se extendió. Al igual que Vladya con su locura salvaje, el gran rey nos lo ocultó. Pero a diferencia de Vladya, él luchó contra ello desde el principio. Pero ahora, ya no puede».

Aekeira tragó saliva, con la garganta seca. "¿Qué pasa cuando uno ya no puede luchar? ¿Qué pasó con los demás que perdieron sus almas?"

Lord Ottai apartó la mirada. «Murieron. Aproximadamente un mes después de que desaparecen los síntomas, se vuelven salvajes o se suicidan. Todos y cada uno de ellos».

*¿Qué?* "Pero el Señor Vladya no tiene alma."

La suya es diferente. El alma de Vladya no está muerta, se perdió en la magia oscura. Está viva en el reino de los espíritus. ¿Dónde? Nadie lo sabe. Viva, pero inalcanzable.

La esperanza se encendió en sus ojos. "¿Entonces no está muerto? ¿Eso significa que... aún hay alguna posibilidad de que pueda recuperarlo?"

El cuarto gobernante se volvió hacia ella y negó con la cabeza. «No está muerto, pero no hay esperanza. Solo la magia oscura puede devolverlo, e incluso así, el precio es demasiado alto. Para hacer semejante intercambio, habría que renunciar a algo de inmenso valor. Como una vida».

Se volvió hacia la ventana. "Luego está la parte en la que *Hav'zie de Baah* podría 'tomar' pero nunca 'dar'."

Los hombros de Aekeira se desplomaron. Su esperanza desapareció. Había olvidado ese momento crucial. parte.

—Entonces, ¿el gran rey… podría morir? —preguntó.

Morirá cuando los síntomas desaparezcan. Por eso estamos aquí. —El gran señor respiró hondo—. Necesitamos a Emeriel cerca de él. La necesitamos para salvarle la vida .

"Em lo salvó una vez. Y solo recibió dolor a cambio", replicó Aekeira. "Más dolor del que nadie debería soportar. Odio de todos a su alrededor. Un desamor que casi la mata."

Los tres hombres apartaron la mirada; la culpa se reflejaba en sus rostros.

Lord Ottai suspiró, volviéndose hacia Aekeira. "Lo siento por..."

—Ahórrate la disculpa, Majestad. No es por mí, sino por Em —lo interrumpió Aekeira—. El problema es que no la aceptará. No quiere ver a ninguno de los dos y me hizo prometer que no le contaría nada de lo que se ha hablado aquí.

Lord Ottai se pasó la mano por el cabello.

"Cuando Emeriel lo necesitó, no estaba allí", continuó Aekeira, mientras años de ira contenida se intensificaban. "Mi hermana necesitó ser rescatada incontables veces, y el gran rey no aparecía por ningún lado. Lloró por él día y noche. Casi enloqueció por las ilusiones y las ensoñaciones. Casi fue tragada por las grandes montañas y casi murió de hambre. *¿ Dónde estaba el gran rey entonces* ?", gritó Aekeira.

"Emeriel tuvo que arreglárselas *sola* . Obligada a sobrevivir a la separación de su propio *vínculo de almas* . Em tuvo que hacerlo sola, y eso la *cambió* . Ya no es la chica que era. Es la persona que buscas, Lord Ottai. No puedes encontrarla, porque ya no existe", se quebró la voz de Aekeira. "Emeriel no salvará a tu gran rey esta vez, porque es Emeriel quien necesita ser salvada".

Tras ese arrebato, llegó el agotamiento. Aekeira luchó por calmarse mientras la tensión los rodeaba.

Por fin, Lord Ottai rompió el silencio. "¿Y tú, Aekeira? ¿Tú también deseas no ayudar a Vladya?"

Aekeira permaneció en silencio.

Lord Ottai acortó la distancia entre ellos. «Sé que no tenemos derecho a pedirte esto, a ninguno de los dos. Ningún derecho, después de todo. No tienes ninguna obligación con nosotros, no

tienes ninguna obligación con él. Ya no eres una esclava, no estás sujeta a la voluntad de nadie. Ahora eres una princesa en tu propio reino, libre de vivir tu vida como quieras». Le tomó la mano y la apretó suavemente. «Pero te lo ruego, Aekeira».

Sería tan fácil quedarse

Puede que aquí no los quisieran ni los quisieran, pero los trataban con justicia y respeto. Sería tan fácil rechazarlos.

Pero…

Los ojos de Aekeira se llenaron de lágrimas. «Tengo un enorme vacío en el pecho, lleno de tanta añoranza que algunos días… me cuesta funcionar», susurró. «Con los años, pensé que se cerraría, pensé que sanaría. Que tal vez el dolor se desvanecería». Bajó la cabeza. «Pero el dolor empeoró. El vacío se hizo cada vez más grande… y más grande. Lo extraño tanto que me *duele* . Me preocupo por él constantemente. Tanto que apenas puedo vivir mi propia vida». Sus ojos se encontraron con los de Lord Ottai, vulnerables y desolados. «Quiero que pare. Este dolor, este anhelo, desearía que todo terminara».

El cuarto gobernante tenía una expresión muy dulce en su rostro. "¿Qué dices, princesa?"

"Volveré contigo", suspiró ella, derrotada.

El alivio inundó el rostro de Lord Ottai. Le dedicó una suave sonrisa. «Gracias, Su Alteza».

Aekeira se sonrojó. "Es raro que me llames así".

Será mejor que te acostumbres. Para mí, para todos nosotros, ahora eres una princesa, no una esclava. Cuando volvamos a Urai, eso no cambiará. —Su sonrisa se desvaneció ligeramente, tornándose triste—. ¿De verdad crees que Emeriel no cambiará de opinión?

Aekeira recordó la clara agonía en los ojos de Emeriel al enterarse de la noticia. El miedo, el dolor, la ira y, en el fondo, *el anhelo.*

Em podía ocultarlo bien, pero Aekeira sabía que nunca había olvidado del todo al gran rey. Emeriel había fingido vivir, viviendo como un loco, pero la verdad estaba ahí .

*Em no vivía. Simplemente existía.*

Aekeira lo sabía, porque ella también vivía así.

Sus vidas habían terminado en Urai. Dos años después, aún no habían seguido adelante, aún no habían encontrado su lugar en Navia.

Puede que fuera su hogar, pero no lo sentían como tal. No como Urai.

Con un profundo suspiro, Aekeira tomó una decisión: «Intentaré hablar con ella de nuevo esta noche, pero no puedo prometer nada».

Lord Ottai asintió agradecido. «Gracias, Princesa. Conseguiremos una casa de huéspedes en la ciudad para pasar la noche, pero debemos partir mañana. Zaiper no tiene ni idea de que estamos aquí, y la gente está bajo su cuidado. Ya llevamos tres días fuera, y aún nos queda un viaje de dos días. No podemos quedarnos más tiempo que esta noche. Espero de verdad que funcione».

Aekeira también lo esperaba.

Chapter Five

# DESTRUIDOS. DERROTADOS.



LA SEÑORA SINAÍ REGRESÓ cojeando a sus aposentos, con el ánimo más sombrío que el cielo tormentoso del exterior. Cada paso le provocaba una punzada de dolor.

Hizo una pausa y lanzó una mirada furiosa por encima del hombro hacia Greyrock. *Zaiper, despiadado, sádico y vil.*

Ella era la amante de Daemonikai, no suya. Zaiper no podía acostarse con ella, ni tratar su cuerpo como si fuera suyo, cuando y como quisiera.

A Sinai le gustaba creer que conocía bien los aspectos más duros del sexo; incluso los prefería. Pero existía la crudeza, y luego estaba la *de Zaiper* .

El macho era un monstruo que se deleitaba con la sangre. Jugaba con cuchillas como si fueran juguetes, cortando carne con una sonrisa feliz. Y le gustaba estar seco.

Un escalofrío de repulsión la recorrió, haciendo que su cojera fuera más pronunciada.

Sinai siempre había sabido de las depravaciones de Zaiper. ¡Qué demonios!, había tenido innumerables aventuras con él durante un siglo entero por eso. Pero o bien él había empeorado con los años, o bien la estaba castigando por su desliz de hacía tres días.

"¿Está bien, Señora Sinaí?"

Sinai enderezó la espalda, disimulando el dolor lo mejor posible. —Señora Gaille. ¿Qué la trae por esta parte de la fortaleza?

"Oh, ya sabes cómo somos las damas", dijo Gaille con una sonrisa tonta, acercándose con una sonrisa empalagosa que le hizo doler los dientes a Sinai. "Nos gusta el aire fresco dondequiera que lo consigamos".

"¿De verdad?" El tono de Sinai era cortante.

—En efecto. —Gaille recorrió con la mirada el Sinaí, apretando los labios—. Aunque alguien ha estado visitando las habitaciones de mi amo con más frecuencia de la esperada. ¿Cuántos días ya?

Sinai levantó la barbilla desafiante. «Tu amo y yo tenemos asuntos que atender».

"¿Negocios, dices? Negocios entonces." La voz de Gaille destilaba veneno. "No te acerques a mi amo, Señora Sinaí. Es *mío* ."

Sinai se burló. «El tuyo y unos cuantos cientos más. No te hagas ilusiones, Gaille. Tu amo no pertenece a nadie ni a todos».

El rostro de Gaille se enrojeció de ira, pero respiró profunda y mesuradamente.

Sinai observó divertido cómo la otra mujer luchaba por controlar su ira.

Finalmente, Gaille habló con los dientes apretados: "¿Te gustaría que me sentara junto a tu amo?"

La risa de Sinai resonó por el pasillo, aguda y burlona. «Ambos sabemos que lo has intentado antes. Muchas veces, incluso. Y cada vez te rechazó como a un saco de patatas podridas».

Las doncellas de Gaille jadearon al unísono; sus rostros reflejaban conmoción e indignación. Su ama se puso roja de furia, con las venas latiendo visiblemente bajo su piel. Sinai casi esperaba que se transformara en ese mismo instante.

"Mi amo es deseado por todos, pero inalcanzable para cualquiera." Sinai sonrió. "A diferencia de tu amo, que monta cualquier cosa con un agujero, hombre o mujer, cualquier cosa con pulso, o sin él, para el caso."

La sonrisa de Gaille fue una cruel taja en su rostro. «Al menos mi amo me desea», replicó, cruzándose de brazos. «Mi amo podrá tener muchas, pero aun así *me desea* . Me desnudo, me meto en su

cama por la noche, y él me recibe con los brazos abiertos. *A diferencia de ti».*

La diversión del Sinaí murió.

Eres la única amante de tu amo, pero él no te desea. —Gaille sonrió con suficiencia—. Dos milenios juntos, y él nunca te eligió. Fue de la reina Evielyn desde el principio. Incluso después de su muerte, no te mira. ¿Y ahora? Ahora, le pertenece solo a Emeriel.

*Emeriel.* El nombre le dio a Sinai un puñetazo en el estómago.

La sangre le hervía bajo la piel. "¿Qué acabas de decirme?"

Gaille se acercó con los ojos brillantes. "Ya me oíste. Preferiría pertenecer a una *humana* que a su ama Urekai. Un año con ella bastó para conquistarlo, mientras que tú llevas dos mil años y ni siquiera has conseguido que te mire." La risa de Gaille fue un sonido áspero y triunfal. "Tú, Ama Sinai, eres la broma de todas las bromas."

Un grito escapó de la garganta de Sinai mientras cambiaba a su forma bestial, sus músculos se ondulaban y sus huesos crujían.

Gaille reflejó su transformación, cambiando también.

Con un rugido, se abalanzaron el uno contra el otro, con garras y colmillos al descubierto. La sangre salpicó el suelo de piedra mientras las garras arañaban la piel y el pelaje, cada una intentando desgarrar a la otra.

Las doncellas se dispersaron y sus gritos se oían distantes.

En el fondo, Sinai sabía que los soldados llegarían pronto y que el castigo vendría. Pero en ese momento, le importaba un bledo.

***

"Es hermoso de noche, ¿no?"

La princesa Emeriel se giró, sobresaltada por la voz del príncipe Daviel. La luz de la luna bañaba el acantilado, brillando sobre el río. «Tu padre me decapitará si te ve en esta parte del palacio, mi príncipe», dijo a regañadientes.

El príncipe simplemente sonrió, acercándose hasta quedar junto a ella al borde del acantilado. «Mi padre amenaza con ello, pero jamás

lo hará. Por alguna razón, tú y tu hermosa hermana están fuera de su alcance».

Emeriel volvió su mirada hacia las estrellas.

Una mano la rodeó por la cintura y ella se estremeció.

—Los Urekai tienen a mi padre con los pantalones revueltos todo el día —continuó Daviel, ajeno a su incomodidad—. He oído que van a pasar la noche en el pueblo. Todos abandonaron el Hogar Merabis por ellos.

La casa de huéspedes más popular y lujosa del pueblo siempre había estado llena de visitantes. Pero si los Urekai estaban allí, no era de extrañar que no hubiera ningún otro ser humano.

"No deseo hablar de eso."

El príncipe giró la cabeza para observarla. «Bueno, soy un pretendiente preocupado. No quiero que te vayas con ellos». La sujetó por la cintura con más fuerza, posesivamente. «Quiero que te quedes aquí, conmigo».

La atrajo hacia sí, rodeándola firmemente con ambos brazos por la cintura. «Llevo más de seis meses cortejándote, Emy. Dame una oportunidad».

Toda la atención de Emeriel estaba centrada en sus brazos alrededor de ella, luchando contra el impulso de alejarse.

Había tenido pretendientes en el pasado. Les había permitido cortejarla, en un intento de superar su situación... de llenar su vacío interior. El príncipe Daviel era el más grande de todos.

Parecía que realmente le importaba. Para ser un hombre que la había antagonizado en el campo de batalla cuando la creía hombre, había cambiado de actitud hacía tiempo tras su regreso.

El príncipe Daviel era exquisitamente guapo, causando sensación entre las damas nobles. Hacía todo bien, y todas las doncellas sentían envidia de Emeriel. Sin embargo, ella no sentía nada por él.

Su tacto, como el de los demás, la incomodaba. Por decirlo suavemente. Le ponía los pelos *de punta* .

"Dame la oportunidad de demostrarte mi amor, Emeriel", suplicó. "Nunca daré por sentado el tuyo. Te apreciaré por siempre".

Él se inclinó y sus labios buscaron los de ella.

Ningún pretendiente se había atrevido antes. Emeriel habría desviado el ataque con un empujón certero, un puñetazo rápido o una réplica mordaz. Pero esa noche, se sentía vulnerable, con las defensas deshilachadas.

El beso fue una agonía.

Era como si mil agujas diminutas le pincharan la piel desde todos los ángulos y su estómago se revolviera con náuseas.

El recuerdo de los labios de otro, de su tacto, la inundó. Los besos profundos del rey Daemonikai, la sensación de su lengua contra la suya. El recuerdo asaltó todo el ser de Emeriel.

El anhelo se elevó, abriéndose paso desde lo más profundo de su estómago…

*No, no, no.*

Ella apartó sus labios de los de Daviel, tropezando hacia atrás tan rápido que perdió el equilibrio y cayó con fuerza al suelo.

"¿Estás bien?" Daviel intentó alcanzarla, pero ella se puso de pie, retrocediendo, poniendo la mayor distancia posible entre ellos.

"Estoy bien", jadeó, sacudiéndose la ropa con manos temblorosas, intentando contener la desesperación que la invadía. "Démoslo por terminado, príncipe Daviel".

—Pero Emeriel...

"Buenas noches."

Se dio la vuelta y se alejó. Con cada paso, la desesperación se acercaba cada vez más hasta que la atrapó, arrasándola por completo.

***

La princesa Aekeira empujó la puerta de Emeriel; las bisagras crujieron en el silencio.

La habitación estaba envuelta en sombras; la única luz se filtraba por la ventana. Emeriel yacía inmóvil bajo las sábanas.

"¿Estás dormido?" La voz de Aekeira era vacilante.

No hubo respuesta, pero Aekeira se adentró en la habitación. "Sé que no, Em." Se sentó en el borde de la cama. "Me has evitado todo el día."

Todavía no hay respuesta.

"Los Urekai están en Merabis. Lord Ottai, Yaz y Wegai".

Todavía no hay respuesta.

—Sé que no quieres saber por qué están aquí, Em. Lo entiendo. —La mirada de Aekeira se fijó en la pared—. Pero también te conozco. Y sé, en el fondo, que te arrepentirás de esto pronto si se van sin tu presencia.

Nada.

Ni siquiera un movimiento en la ropa de cama.

—Si no estuviera segura, lo habría dejado pasar —dijo Aekeira con un tono más bajo, suplicante—. Pero te conozco, Emeriel. Bajo toda esta determinación creada por el dolor, hay una Em que aún se preocupa. Una Em cuyo mundo aún gira en torno a su gran rey. Él no está bien, Em.

¿Estaba realmente dormida?

¿Sabes que Lord Vladya logró luchar contra su salvaje durante dos largos años? ¿Un macho que habría sucumbido hace tres años? Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios de Aekeira. Me alegra saber que resistió tanto tiempo. Ahora, necesitan que lo ayude a continuar la lucha. Y el rey Daemonikai...

—No quiero oírlo —dijo por fin la voz de Emeriel, apenas audible. Suplicante.

—Su alma se está muriendo —dijo Aekeira de todos modos—. No ha ido a la corte en más de un año. Pasa cada momento de su vida perdido en sus pensamientos. Si esto continúa, lo perderás para siempre.

El cuerpo de Emeriel se tensó bajo las sábanas y Aekeira vio sus dedos clavándose en su muslo.

Aekeira retiró suavemente las sábanas, revelando el agarre de Emeriel, con los nudillos blancos. La sangre le picaba donde las uñas de su hermana le habían perforado la piel.

Con cuidado, Aekeira soltó sus dedos, sujetando la mano de Em. "Sé que no es lo que quieres. Sé que, bajo todo eso, hay una Em que se siente mejor sabiendo que su macho está bien en el otro extremo del mundo, aunque no estén juntos". Apretó la mano de Emeriel. "¿Puedes decir que Em, su macho, no está bien?"

"No puedo volver allí", susurró Emeriel. "No puedo volver a verlo. No puedo... no puedo hacerlo". Una respiración temblorosa. " *No quiero".*

Aekeira quería ver su rostro, pero Emeriel permaneció de espaldas y con la espalda rígida.

"La Emeriel que conozco no es cobarde", dijo Aekeira. "La Emeriel que conozco enfrenta sus desafíos, por imposibles que parezcan, en lugar de huir de ellos. ¿Qué le pasó a esa Em?"

"Ella fue derrotada." Con una voz aún más baja y temblorosa.

*Oh, Em…* —No, no lo era. Sigue ahí, eso lo sé —dijo Aekeira con firmeza, con lágrimas en los ojos—. Ven a Urai con nosotros, Em. Él también te salvó la vida. No solo perdonó tu engaño, sino que también te salvó, tanto en Urai como aquí en Navia. Ahora, te necesita.

Poniéndose de pie, Aekeira soltó la mano de Emeriel. «En el fondo, sabes dónde quieres estar. Sabes por qué sangra tu corazón. Si de verdad te hubieras rendido, si de verdad hubieras seguido adelante como crees, habrías dejado de tomar esos malditos supresores de calor que dijiste que tomarías».

La respiración de Emeriel se entrecortó.

—Pero no lo hiciste. —Aekeira se quedó junto a la puerta. Bajó la voz—. Porque no importa lo que te digas, una parte de ti… la parte que ama a su gran rey por encima de todo, aún anhela a su hombre. Piénsalo, Em.

Aekeira cerró la puerta suavemente detrás de ella, dejando a Emeriel sola en la oscuridad.

***

La señora Sinaí irrumpió en sus aposentos, furiosa. Pasó una noche en el calabozo, todo por culpa de esa puta desnutrida. Ella necesitaba matar algo.

—¡Prepárame un baño ahora mismo! —ladró, y sus sirvientas se estremecieron.

"S-su baño está listo, señora", balbuceó uno de ellos, apenas capaz de sostener la mirada de Sinai.

Tras apartar a las sirvientas, Sinaí se quitó la ropa y se metió en el baño caliente. Pero ni siquiera el calor reconfortante logró calmarla.

*Esa perra tuvo suerte.* Si las hubieran metido en la misma celda, solo una habría salido con vida.

*Eres la única amante de tu amo, pero él no te desea. Dos milenios juntos, y él nunca te eligió... ¿Y ahora? Ahora, le pertenece solo a Emeriel.*

Sinaí apretó los puños. ¡Qué sabía ella, zorra estúpida!

Su demonio la quería.

Su demonio era *suyo* .

Incluso Emeriel lo había admitido cuando huyó de Urai, con la cola entre las piernas, para no regresar jamás.

Sinaí siempre había deseado dos cosas en la vida: ser rica y ser la Gran Reina. La primera llegaría tarde o temprano, pero la segunda... la segunda siempre estaba fuera de su alcance. Siempre había algún obstáculo en su camino.

*La enfureció* más allá de toda razón.

Daemonikai era terco como una mula, pero mientras estuviera vivo, le pertenecía.

Aun así, no estaría mal expandir sus alas un poco. Para asegurar su futuro en otro lugar.

Zaiper. Era ambicioso y peligroso.

Nadie sobrevivía a las repercusiones de un alma muerta, y si Daemonikai moría, Sinaí aseguraría su lugar al lado del próximo gran rey.

Dejó que la idea se le pasara por la cabeza, con una lenta sonrisa curvando sus labios mientras imaginaba la reacción de Gaille. *¡Oh, qué delicioso sería* ***!***

Pero no. Aún no podía actuar al respecto.

Daemonikai ya había vencido a un ser salvaje. ¿Y si él también luchaba sin alma?

Él era impredecible, y Sinai no era tan tonta como para arriesgar su futuro antes de saber en qué dirección soplaría el viento.

Ella esperaría. Ya fuera que Daemonikai viviera o muriera, el Sinaí estaría listo.

De una forma u otra, ella reclamaría lo que era legítimamente suyo.

Ella sería la Gran Reina.

***

"¿Estás seguro de que la princesa vendrá?", preguntó Yaz mientras estaban listos, con las maletas preparadas y los caballos ensillados para el viaje.

La princesa Aekeira miró hacia la puerta por lo que parecía la centésima vez y admitió con sinceridad: «No lo soy».

El señor Ottai había estado inusualmente callado, perdido en sus pensamientos.

A su lado, Wegai la miró. "¿Y tú? ¿Cómo te va?"

Aekeira negó con la cabeza. "No muy bien. No quiero hacer esto sin Em. No soporto la idea de dejarla aquí, separada de ella otra vez..."

Sus palabras vacilaron al ver a Lord Ottai, con la mirada fija en la puerta tras ella. Aekeira se giró y vio a Emeriel cruzar la puerta abierta.

Los dos soldados principales se enderezaron mientras Lord Ottai avanzaba a su encuentro. Se detuvieron en medio de la sala, a una distancia prudencial.

—Tu gente me odia —dijo Emeriel en voz baja y resignada—. No aguantaré ni dos días allí.

"Los protegeremos", prometió Wegai, haciendo una profunda reverencia. Yaz asintió. "De ahora en adelante, los protegeremos a ambos, como lo hacemos con nuestros amos".

—No tienen que hacer esto —dijo Lord Ottai, sorprendiéndolos a todos—. Comprendo que no tenemos derecho a pedirles esto. Cuando Daemonikai los liberó, quería que tuvieran libertad de elección. No podemos obligarlos, ni lo haríamos.

Emeriel irguió los hombros. «Quiero hacer esto, Lord Ottai. De lo contrario, no estaría aquí». Su mirada se mantuvo firme al encontrarse con la del gran señor. «Pero tengo condiciones».

"¿Qué son?"

"Ya no viviré en las sombras. No me esconderé. Me vestiré de mujer, de princesa, como soy."

"Como debe ser", asintió Lord Ottai. "Ya no son esclavos de Urai, Emeriel. Son invitados. Ya he tomado medidas para asignarles sirvientas a ti y a Aekeira".

"Y cuando todo esto termine, quiero que me traigas de vuelta aquí". Ella no dudó ni un segundo. "Cuando el gran rey se haya recuperado por completo, regresaré a Navia".

El gran señor la estudió, escrutándola a los ojos.

Finalmente, asintió solemnemente. «Tienes mi palabra. Aunque puedas ayudarlo o no, si se vuelve demasiado, solo tienes que decirlo y te alejaré de Urai».

Emeriel le sostuvo la mirada. "Voy a prepararme."

Y luego ella se fue.

***

Su carruaje cruzó temprano las puertas de la Sombra del Cuervo, el primero en llegar. El segundo carruaje, que transportaba a Lord Ottai, Yaz y Wegai, aún no se veía por ninguna parte, pero Aekeira sabía que no se quedaban atrás.

Cuando los caballos se detuvieron, ella salió al aire fresco de la tarde y contempló la fortaleza que tenía frente a ellos.

Ravenshadow no había cambiado mucho en los últimos dos años.

Los recuerdos volvieron a inundarme. Los interminables recados, el trabajo constante para evitar los látigos de los esclavistas, el miedo y la presión incesantes, las noches sin dormir. Por un instante, fue como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero lo tuvo.

Aekeira estaba allí ahora, no como una esclava uniformada, sino como una princesa. A su lado, Emeriel, vestida con un atuendo real aún más extravagante, permanecía rígida, con la mirada fija en la fortaleza. Sus ojos...

"¿Estás bien, Em?" preguntó Aekeira.

Emeriel parpadeó; el dolor manifiesto en sus ojos dio paso a la indiferencia. "Estoy bien."

Su presencia había llamado la atención, los Urekai abandonaron sus tareas y volvieron su mirada hacia ellos.

Los murmullos crecieron como una marea. Los susurros se extendieron entre la multitud a medida que se reunían más y más Urekai.

Aekeira enderezó los hombros y levantó la barbilla, mirándolos fijamente. *No habíamos hecho nada malo.*

"¿Qué miran?", espetó Emeriel, sin miedo, mientras miraba fijamente a los espectadores.

—Em —Aekeira tiró de la manga de su hermana—. No te enfades con ellos abiertamente.

Emeriel la miró con incredulidad, *como si estuviera loca* . "¿Por qué no? Ya no les tengo miedo".

Alzó la voz, clara y firme: «Ya no les tengo miedo a ninguno de ustedes».

Una hembra Urekai dio un paso al frente. Emeriel se puso rígido, preparándose para su hostilidad.

Pero la hembra lloró. "Por favor, devuélvannoslo, se lo ruego."

Otra la siguió, tomando la mano rígida de Emeriel. «Perdónanos, princesa humana. Por favor... ayuda a nuestro gran rey».

Cada vez llegaban más Urekai, rodeándolos en un círculo cada vez mayor.

Aekeira parpadeó en estado de shock, con el corazón acelerado mientras se acercaban más.

Muchos lloraban, con rostros llenos de esperanza y tristeza, y tardó un instante en darse cuenta... *estaban felices de ver a Emeriel.* No estaban enojados ni llenos de odio.

¿Qué diablos estaba pasando?

Aekeira sintió que una mano agarraba la suya y se sobresaltó.

Una chica Urekai se paró frente a ella. «Por favor, ayuda a nuestro gran señor. Te lo imploro».

Más manos se extendieron, tomando las de ella, sujetándola como si sus vidas dependieran de ello.

A su alrededor, la multitud se agolpaba.

Pero no hubo violencia. No hubo gritos de odio.

Sólo lágrimas, rogándoles *ayuda* .

Chapter Six

# CUANDO LA CULPA MORA, HABLA.



LA PRINCESA EMERIEL SE quedó sin palabras y se notaba.

Cada parte de sus brazos fue tomada, sostenida por las manos de Urekai, pero ninguno de ellos hizo ningún movimiento para lastimarla.

Hace dos años, apostaron a quién sería lo suficientemente rápido para matarla. Ahora, su tacto era delicado, como si estuviera hecha de un cristal delicado que temían que se rompiera bajo sus dedos.

Estos seres orgullosos, que se creían superiores a los humanos y a todas las demás especies, ahora le rogaban, *imploraban su ayuda* . Dejando a un lado su odio hacia los humanos.

La tensión se desvaneció de Emeriel, reemplazada por algo mucho más inquietante: *el miedo* **.**

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que le subía por la espalda, helándole la sangre. *¿Cuán gravemente enfermo estaba su Amado?*

*No, no, no. No hagas eso. Ya no es tu Amado. Nunca lo fue. Piensa en él solo como su gran rey.*

El vínculo no se había quedado inactivo, esperando a ser activado. Se había debilitado. Desvanecido.

*Muriendo.*

—¡Fuera del camino, todos! —La voz autoritaria de Lord Ottai atravesó la multitud.

Wegai apareció junto a Emeriel mientras la multitud se separaba. "Los acompañaremos adentro".

Wegai dirigió a Emeriel, mientras que Yaz guió a Aekeira.

Dentro, se detuvieron en la intersección de pasadizos. «Tus antiguas habitaciones en Blackstone ya están preparadas para ti, Aekeira. Pero yo haré que te preparen una habitación, Emeriel, en Frostfall, cerca de los aposentos del gran rey», dijo Lord Ottai. «No te preocupes, nadie les pasará nada malo dentro de estos muros. He asignado a mis soldados de mayor confianza para que vigilen. Ha sido un largo viaje para todos. Descansaremos esta noche. Mañana será un nuevo día».

***

A medianoche, mientras el resto de Ravenshadow dormía, Emeriel se quedó sola en el pasillo fuera de sus aposentos, mirando fijamente la oscuridad y dejando que el silencio la envolviera.

*¿Qué tan enfermo estaba?*

Emeriel odiaba lo mucho que le molestaba. Se había esforzado tanto por librarse de sentimientos como este. Los había sumergido profundamente hasta quedar insensible a ellos.

Pero ahora, allí estaban, arrastrándose de nuevo al frente como traidores en la noche, robándole el sueño.

Había vuelto a ese lugar maldito. La fuente de tanto dolor... y, sin embargo, todavía se sentía como en casa.

Sus hombros se alzaron con una respiración profunda y luego cayeron. *¿Qué podía hacer por él? ¿Y si no podía ayudarlo?*

La noche se arrastraba. Se quedó allí hasta que sus piernas se arquearon. *¿Qué traería el mañana?*

Finalmente, cuando sus piernas ya no aguantaron el peso de sus pensamientos, regresó a su habitación. Tumbada en la cama, miró fijamente al techo.

¡Mis supresores de calor! Emeriel saltó de la cama. La comprensión la golpeó con la fuerza de un carruaje cargado, y el

sudor frío le recorrió la piel.

*¿Cómo pudo olvidarse de empacar lo más importante? ¿Y si entraba en celo?*

Se le hizo un nudo en la garganta y entró en pánico.

No quería pasar por eso, ni aquí ni ahora. Si podía evitarlo, nunca más.

*¿Qué pasaría si el gran rey desencadenara su calor?*

El miedo se instaló como rocas en su pecho.

Emeriel se aferró a las sábanas, obligándose a mantener la calma. A respirar.

*No pasa nada. No te has saltado ninguna dosis en dos años. Seguro que una o dos dosis saltadas no te harán daño, ¿verdad?*

*Además, no puede desencadenar tu calor desde un lecho de muerte, y una vez que se recupere, abandonarás Navia con la velocidad del trueno.*

*Estarás bien.*

*Estarás bien.*

Se lo repitió una y otra vez. Poco a poco, su pulso se estabilizó. Secándose la frente sudorosa, se volvió a acostar. *Estarás bien.*

El paso del tiempo pasó desapercibido mientras su mente se alejaba muy, muy lejos.

Sólo cuando la primera luz del amanecer entró por la ventana, sus ojos finalmente se cerraron.

***

EN EL REINO DE LOS ESPÍRITUS: LOS OCÉANOS MUERTOS

El río estaba tranquilo.

El Gran Rey Daemonikai se sentó con las piernas cruzadas en la orilla arenosa, rodeado por el suave murmullo del agua y el aliento de vida.

Este lugar se estaba convirtiendo rápidamente en uno de sus favoritos. Tranquilo. Translúcido.

"Oh, si no es mi compañero de vínculo, huyendo de la realidad".

Él giró la cabeza y allí estaba ella.

*Evie.* Su hermosa compañera, su sonrisa tan cálida como siempre.

—Compañera. —La rodeó con sus brazos por la cintura cuando ella se acercó, atrayéndola hacia sí.

Evie rió suavemente, sentándose en su regazo. Él abrió los muslos para hacerle espacio, rodeándola con los brazos.

"Este lugar es tan tranquilo, querida mía", murmuró.

—Sabes que ya no soy así, mi amor —dijo con dulzura, con una sonrisa firme—. Estoy muerta.

No digas eso. Nadie ha muerto. Ni aquí ni en ningún lugar. Estamos los dos aquí, juntos.

—Pero este lugar no es tu realidad. —Su tono era suave y paciente —. Tu espíritu vaga, amado, y te está matando.

—Puedo tocarte, puedo sentirte. —Hundió la cara en su cabello—. Me basta.

Pero algo andaba mal. Su olor era… diferente.

Respiró hondo de nuevo, intentando recuperar la familiar sensación de confort. Pero no la encontró.

*«Me equivoqué»,* le susurraron sus instintos.

—Tu aroma ha cambiado. —Daemonikai se apartó un poco para mirarla—. Es diferente.

—Es igual que siempre, cariño. Eres tú quien ha cambiado. —Evie presionó su frente contra sus labios y él la besó—. Ahora quieres un aroma diferente. *Lo anhelas* .

*Cierto.* "No digas esas cosas". Daemonikai se apartó de nuevo, frunciendo el ceño. "Es ridículo".

"La culpa es una compañera cruel, amada. Mancha incluso las cosas más bellas."

"Explícamelo, querida."

"Cuando la culpa habita, habla."

Ella lo confundió aún más. "¿Qué significa *eso* ?"

Pero Evie solo le sonrió. Esa sonrisa brillante e inmutable que conocía desde hacía milenios.

Daemonikai suspiró y lo dejó ir.

No quería pelear. No quería pensar demasiado. Solo quería quedarse aquí, en este santuario.

Aquí, donde el mundo exterior no podía alcanzarlo.

Aquí, donde ella todavía estaba con él… viva en sus brazos.

Este lugar, donde su necesidad por *el otro* no lo persigue.

***

El Gran Señor Ottai permanecía junto a la puerta, contemplando el cuerpo inmóvil de Daemonikai, tendido en la cama. El gran rey parecía casi sin vida, su palidez contrastaba con las sábanas oscuras.

La única señal de vida era el leve y apenas perceptible movimiento de su pecho. Tan sutil que habría que acercarse para apreciarlo.

Su respiración se había ralentizado aún más en las últimas semanas, con cada respiración más larga. Más superficial de lo normal para cualquier ser vivo.

El guardia Urekai de turno ofreció un saludo respetuoso, mientras Livia, que había estado atendiendo a Daemonikai con compresas frías para regular su fiebre ardiente, se levantó y se inclinó profundamente.

—¿Cómo está? —preguntó Ottai, adentrándose en la habitación.

—Sigo negándome a comer, Su Alteza. No he despertado en los últimos cuatro días —respondió la criada jefa.

*El tramo más largo hasta ahora.*

Una semana sin alimento y cuatro días sin abrir los ojos. Normalmente, se despertaba cada dos días, permaneciendo consciente durante unos breves treinta minutos antes de volver a caer en la inconsciencia.

Ahora, su sueño se hizo más largo. Más profundo.

"¿Su temperatura?", preguntó Ottai, recorriendo brevemente con la mirada el festín intacto.

—Lo he mantenido controlado lo mejor que he podido, pero apenas aguanta. —Livia miró el rostro febril del gran rey—. Se está calentando más rápido.

Ottai asintió levemente. «Gracias, Livia. Eres una de las pocas humanas en las que puedo confiar. Lo has hecho bien».

—Es un honor, mi señor. —Dudó—. ¿Tuvo éxito su viaje?

—Sí. —Los labios de Lord Ottai se curvaron en una leve sonrisa—. Han vuelto a Urai.

La mujer mayor sonrió radiante. "Qué alivio."

—Así es. Has estado aquí todo el día. Ve a descansar un poco, Livia.

Llamó a las criadas, quienes rápidamente recogieron los platos de comida intactos. Con una inclinación de cabeza, Livia y el guardia se marcharon con ellas.

Ottai tomó asiento junto a Daemonikai en el sofocante silencio.

—Sé que el lugar donde te has refugiado debe ser mucho más atractivo que la realidad, Daemon. Quizás por eso no puedo juzgarte con tanta dureza —dijo Ottai, con la mirada fija en la figura inmóvil —. Pero este lugar donde te has escondido... no es real. —Suspiró.

La noche del eclipse lunar está a la vuelta de la esquina. No podemos hacer esto sin ti. Tu gente te necesita. Yo te necesito. —Un nudo se le formó en el pecho—. Por favor, regresa antes de que te perdamos para siempre.

Ottai esperaba contra toda esperanza que algo, cualquier cosa, se moviera en el interior del gran rey.

Pero no hubo respuesta.

Sin cambios.

Nada.

***

*Emeriel ha vuelto.*

La señora Sinaí irrumpió en el pasillo, sus hombros temblando por la fuerza de su furia.

¿Por qué Ukrae de repente decidió hacer de su vida un infierno?

¿Por qué el destino conspiraba contra ella, arrebatándole la paz que tanto le había costado conseguir?

¿Qué había hecho ella para merecer este tormento?

*¡Emeriel se atrevió a regresar!*

Dos años de paz destrozados por una simple mosca que pudo espantar. Una que *debería* haber aplastado hace años.

Sinai dobló una esquina y allí estaba ella.

La señora jadeó y se detuvo bruscamente. De no haber estado observando con tanto fervor, podría haber pasado de largo sin percatarse de que la «dama» que tenía delante era Emeriel.

La transformación fue asombrosa. Tanto que dejó a Sinai boquiabierto.

Atrás quedaron los toscos uniformes de esclavos. En su lugar, una túnica de elaborado diseño, adornada con intrincadas piedras y diamantes que brillaban con cada movimiento.

Su cabello, antes recogido en un moño apretado, ahora caía por su espalda como una cascada negra, adornado con piedras brillantes y un delicado encaje que reflejaba la luz. *Impresionante. Imponente.*

Esto era muy distinto del dócil y pequeño esclavo que siempre intentaba pasar desapercibido. Este Emeriel llamaba la atención.

Su presencia irradiaba un aura de poder y autoridad. *Confianza.*

Caminaba con los hombros en alto, la cabeza aún más alta, como si la fortaleza misma le perteneciera. Detrás de ella, Wegai se erguía en su melancólica y protectora gloria, junto con otros dos soldados.

Sinaí. La odiaba. Tanto.

Los pasos de Emeriel vacilaron al ver a Sinaí, y eso, al menos, satisfizo a la señora. *Sí, conejita, ten miedo. Tienes toda la razón.*

Pero Emeriel no mostró miedo.

Su rostro permaneció indiferente mientras reanudaba su paso, dirigiéndose directamente hacia el Sinaí.

"Mira lo que trajo el gato", se burló Sinai. "Es el esclavo asqueroso. El esclavo mentiroso y engañoso. ¿Cómo te atreves a aparecer por aquí otra vez? Es un milagro que nadie te haya clavado dos garras en los ojos ya".

Emeriel se detuvo a su lado. Lentamente, giró la cabeza hacia un lado, sosteniendo la mirada de Sinai con una mirada fría y condescendiente.

Sus ojos recorrieron Sinaí de la cabeza a los pies, descartándola como si no fuera más que una mosca molesta que ni siquiera valía la pena aplastar, y continuó su camino.

No se dijeron palabras.

Sin reconocimiento.

Nada.

Emeriel simplemente la miró y siguió caminando.

*¿Qué demonios?*

La señora se burló, atónita. *¿Acaso Emeriel acaba de... despedirme?*

Ella tenia

Emeriel la miró, la atravesó y decidió que el Sinaí no *valía la pena* .

Y esto *enfureció* al Sinaí hasta sus cimientos.

Se abalanzó, agarró un puñado del cabello de Emeriel y *tiró* . Una sensación de satisfacción la inundó al oír a la mujer gritar de sorpresa. Por fin, una reacción.

Pero antes de que pudiera saborear el momento, Wegai intervino, agarrando firmemente la muñeca de Sinai.

"¿Cómo te atreves a marcharte mientras te hablo?", gritó Sinai furiosa mientras Wegai le desenredaba con cuidado el cabello de Emeriel. *"¿Te atreves a despedirme?"*

Emeriel se alisó el cabello, serena. Su expresión permaneció exasperantemente tranquila.

El Sinaí bullía. ¿De dónde provenía este nuevo aplomo? ¿Dónde estaba el miedo? ¿Dónde estaba el encogimiento?

¿Esta chica había pasado tanto tiempo con Daemonikai que había adoptado ese comportamiento molesto e imperturbable suyo?

Su furia ardía aún más. "¿Crees que porque ya no eres esclava tienes derecho a bailar por aquí vestida así *?* ¡No eres mejor que las ratas que corretean por las alcantarillas! ¿Cómo te atreves a volver?"

Wegai se movió, pero Emeriel le indicó que no lo hiciera, acercándose más… al espacio personal de Sinai, y sostuvo su mirada con fría indiferencia.

—No has cambiado, señora. Sigues siendo la misma mujer ruidosa y molesta que se mete donde no le corresponde —dijo Emeriel.

Las fosas nasales de Sinai se dilataron. *¿Qué me acaba de decir?* "¿¡Qué me acabas de decir!?"

—No te respondo. Ni ahora ni nunca —continuó Emeriel con tono firme y completamente despreocupado—. Y te agradecería que no me tocaras.

"¿Has PERDIDO LA CABEZA?" gritó Sinaí.

—Siempre haciendo ruido —dijo Emeriel simplemente—. No te metas en mi camino, y yo no te meteré en el tuyo. Quítame las manos de encima, señora. No estoy aquí para dramas.

Sinaí estaba demasiado estupefacto para hablar.

Emeriel irguió los hombros, mirando fijamente a Sinai. "Espero que no nos encontremos en el futuro, Señora". Luego se dio la vuelta y se alejó.

Chapter Seven

# PAJARITO HERIDO.



LA PRINCESA AEKEIRA SE paró frente a la cueva, con el amanecer a su alrededor, contemplando la profunda oscuridad. "¿Estás segura de que está ahí?"

Yaz asintió solemnemente. "Lleva aquí meses. Es improbable que se haya ido durante mi ausencia".

¿Dijiste que nunca habías estado ahí? ¿Ni una sola vez?

—Sí. Lo prohibió. Amenazó con destrozar a cualquiera que se atreviera. —Un músculo le palpitó en la mandíbula—. El señor Vladya no quiere que lo vean así. Vino aquí a morir, Su Alteza.

Aekeira se sonrojó. "¿Por qué me llamas así?"

"Eso es lo que eres ¿no?"

—Lo es. —Miró hacia la entrada de la cueva—. Pero siempre me llamabas «Esclava». Escuchar que me llamas de otra manera ahora me resulta… extraño. Por favor, llámame Aekeira.

Yaz pareció considerarlo mientras se adentraba en la cueva. Rocas dentadas sobresalían del suelo y las paredes. Cuanto más se adentraba, más estrecho se hacía el camino.

Aekeira miró su extravagante atuendo, deseando haber usado algo más sencillo. Pero las pocas prendas que tenía eran igual de elaboradas.

Se levantó el grueso dobladillo del vestido mientras trepaba por las rocas, imaginando ya lo incómodo que sería. Quizás Lord Ottai le proporcione unos más sencillos cuando ella y Emeriel se instalen.

La cueva se extendía, enorme y vacía.

El eco de sus pasos era el único sonido que la acompañaba. *Quizás sí se fue.*

Entonces lo oyó. Un gruñido bajo desde el otro lado de la cueva.

Aekeira erigió apresuradamente una barrera mental contra la punzada de miedo que la atravesaba. *No viniste aquí a acobardarte.*

Cuadrando los hombros, siguió el sonido.

"No deberías estar aquí, quienquiera que seas".

*Su voz…*

Se quedó quieta, conteniendo el sollozo que le subía por la garganta. Giró la cabeza bruscamente, buscando la fuente, pero el eco de las paredes le impedía localizarla.

Ella entrecerró los ojos en la oscuridad, pero no vio a nadie.

"Ve a explorar otra cueva... Espera." Olfatea, olfatea. Pausa. Un *olfateo mucho más fuerte* . "Maldito jovencito. ¿Cómo te atreves a oler como... a oler como..."

"¿Un humano que debería estar al otro lado del mundo ahora mismo?", preguntó Aekeira, sin dejar de observar las sombras.

Silencio.

Una repentina ráfaga de viento la azotó por la espalda. Su calor la envolvió por detrás, como una manta protectora. *Está justo detrás de mí.*

Ella no se movió, mirando al frente, resistiendo el impulso de girarse. "No tengo derecho a oler como ella, ¿verdad?"

"¿A-Aekeira?"

*Él me reconoció.*

El alivio invadió a Aekeira, con lágrimas en los ojos. "¿Quién más podría ser?", preguntó con voz entrecortada.

Sintió el roce de su nariz contra su cuello e inclinó la cabeza hacia un lado, dándole un mejor acceso.

Una inhalación larga y lenta.

"Esto parece un sueño", gruñó.

—No lo es. Estoy aquí, en Urai. —Sin poder contenerse más, se dio la vuelta y lo abrazó por el cuello, atrayéndolo hacia sí—. Estoy aquí.

Él se quedó quieto.

Entonces él la abrazó de vuelta. Sus brazos la rodearon por la cintura, *apretándola* contra él. Una era una mano, la otra una pata grande y peluda con garras afiladas y alargadas.

Aekeira no se inmutó. No le importaba. Lo único que importaba era que él estaba allí... y la recordaba.

—Aekeira… —suspiró.

Nunca había escuchado tantas emociones reunidas en una sola palabra.

*"Mi Aekeira."*

Ese sollozo le arrancó la garganta.

Se aferró a él con más fuerza, hundiendo el rostro en su cuello. Su aroma, limpio y familiar, llenó sus sentidos.

Y por primera vez en años, se sintió relajada. Con los pies en la tierra.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, se apartó, sollozando. "¿Cómo me reconociste?"

***

La puerta del estudio del Gran Señor Ottai se abrió de golpe con una fuerza que hizo temblar los estantes. "¿Los trajiste aquí sin siquiera pensar en consultarme?"

Ottai se detuvo a mitad de su escritura, con la pluma suspendida sobre el pergamino, y levantó la vista con calma. El hombre estaba furioso.

Ottai casi esperaba ver humo saliendo de las orejas de Zaiper.

—La última vez que lo comprobé, también soy un gran señor —dijo Ottai con serenidad—. No necesito tu permiso para hacer nada.

—¡Deberías *habérmelo* dicho! —ladró Zaiper, con los puños apretados.

Ottai dobló el pergamino con cuidado y lo dejó a un lado. "¿Cuántas decisiones has tomado a lo largo de los años sin consultarme?"

"Esos dos fueron liberados. ¡Los enviaron a casa! ¡No los necesitamos aquí de nuevo!"

—No estoy de acuerdo. —A Ottai no le importó su enojo—. De hecho, la gente también está en desacuerdo. Deberías haber visto cómo los recibieron. Nuestra gente se alegra por el aliento de esperanza en estos tiempos desdichados.

¿Qué esperas lograr con esto?

Ottai arqueó una ceja. "Pensé que era obvio. Daemonikai y Vladya necesitan a sus hembras de vuelta."

—Este no es lugar para ellos —espetó Zaiper, dando un paso al frente—. Que regresen a casa. Ahora mismo.

Ottai resopló. Hacía mucho tiempo que no veía a Zaiper tan alterado, y era satisfactorio. Muy satisfactorio.

Me dijiste que hiciera lo que hago mientras tú haces lo tuyo. Esto es lo que *hago* . Tomó el pergamino y lo devolvió a su lugar en el estante.

Luego se giró para mirar a Zaiper. «Y ni se te ocurra tomar cartas en el asunto, *Segundo Gobernante.* Yaz y Wegai ahora son responsables de protegerlos. Los protegerán con sus vidas. Cualquier acción contra ellos será respondida con represalias».

Ottai no había creído posible que Zaiper pareciera aún más enfurecido, pero el hombre estaba lleno de sorpresas esta mañana.

"Quizás sea hora de que discutamos esto en la corte. Qué sientes realmente por el gran rey y Vladya. Cuánto preferirías que nunca se recuperaran", reflexionó Ottai. "Sería un tema interesante cuando todos supieran cuánto disfrutas con sus luchas. Ya puedo imaginar el alboroto".

—¡No tienes ni idea de lo que hablas! —tronó la voz de Zaiper—. ¡Claro que quiero que se recuperen!

Ottai resopló de nuevo. "Podrías haberme engañado."

Zaiper finalmente pareció controlarse. Trató de reprimir su ira.

Quizás la gente tenga algo que decir sobre todo esto. ¿Qué tan alterado estás por el regreso de dos humanos? Cuéntamelo, Zaiper. Ottai se recostó en su silla y se reclinó, mirándolo fijamente. "¿Por qué te preocupa tanto? Al fin y al cabo, son solo humanos inofensivos."

"¿Por qué deberían afectarme?", se burló Zaiper. "¡Humanos débiles e impotentes, no valen la arena en mis pies!"

"Aun así, parece que tienes miedo de estas dos hembras."

"¡NO TEMO A NINGÚN HUMANO!", alzó las manos. "Podría aplastarlos en mi puño y esparcir sus restos por el desierto antes de temerles jamás."

—Excepto que no harás tal cosa. —Ottai se levantó y se acercó a él. Su voz se endureció—. Permíteme ser claro. No tienes jurisdicción sobre ellos. No están en Rocagris; están en Piedra Negra y Cascada Helada. Cualquier cosa que hagas, bajo el pretexto de ejercer la ley, se considerará ilegal y *se* llevará ante los tribunales.

"¿Acabas de amenazarme?" gruñó Zaiper.

"Nuestro pueblo ha recuperado la esperanza y está sediento de sangre", declaró Ottai. "Si a esos dos les sucede algo, cantaré *como un canario* sobre cuánto disfrutan del sufrimiento de Daemonikai y Vladya. Un solo daño".

Ottai pasó junto a Zaiper, salió de su estudio y le dio una última orden por encima del hombro: «Cierre la puerta al salir, Lord Zaiper».

***

El Gran Señor Vladya secó suavemente las lágrimas del rostro de Aekeira con su mano sana, bebiéndola.

Devorando con avidez la vista de ella.

Todas las emociones, tanto las familiares como las enterradas hacía tiempo y las desconocidas, lo invadieron.

Había estado muerto estos últimos años. O al menos, así lo sentía.

Cuando Aekeira abandonó a Urai, le había quitado cada átomo de vida de su cuerpo.

Si perder su alma lo había hecho sentir vacío antes, no era nada comparado con el *vacío* que su ausencia había dejado.

Vladya pensó que podría soportarlo. Había estado tan seguro.

Pero no había contado con el sufrimiento. El dolor constante y agotador que conllevaba mirar a su alrededor y no verla jamás.

No esperaba la búsqueda interminable. Siempre buscándola en una habitación que ya no ocupaba.

A medida que los días se convertían en semanas y meses, sintió como si le hubieran arrancado el corazón y se lo hubieran devuelto.

Roto, destrozado y sangrando.

Junto con la locura que se apoderaba de él, Vladya estaba tan perdida.

No había contado con que la extrañaría tanto.

No había contado con tantas cosas.

Su mirada continuó recorriéndola. Esta no era la esclava que había conocido. Esta era la princesa que no había conocido.

Ahora lucía impecablemente. Desde su elegante peinado y sus joyas sencillas pero exquisitas, hasta la fina tela de su vestido.

Ella era impresionantemente hermosa.

*Y ella era real.*

Vladya odiaba la parte de él que susurraba que esto podría ser solo otra de sus numerosas ilusiones y sueños. Esos tortuosos sueños que había tenido deseando su regreso.

"¿Señor Vladya?"

*Sí, esto es real.*

Ella sonaba mucho mejor que en cualquiera de sus incontables, incontables ilusiones.

"¿Deseas…?" se aclaró la garganta, el sonido oxidado por la falta de uso, "¿Deseas ir más allá, a mi morada?"

Sus ojos, aún húmedos por las lágrimas contenidas, escrutaron su rostro. *¿Qué ve?*

¿Vió ella a un hombre medio loco?

¿Un gran señor fracasado escondido en una cueva?

¿O el que le rompió el corazón?

Probablemente los tres.

"Está bien", susurró.

La condujo a lo más profundo de la cueva, al corazón de su exilio autoimpuesto.

Allí, el tiempo carecía de importancia. El mundo exterior era distante, tal como Vladya lo había previsto.

—Siéntate aquí. —Señaló un pequeño cojín—. ¿Quieres té?

Aekeira miró a su alrededor, visiblemente sorprendida, mientras observaba la habitación. «Esto no es lo que esperaba».

—Lo sé. —Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Ella esperaba ver un lugar vacío, quizás lleno de cráneos y sangre seca de sus víctimas. No un hogar cálido y acogedor—. Mientras uno espera lo inevitable, digamos que tiene mucho tiempo libre. A veces voy a buscar comida. Algo que hacer mientras... espero.

"Volverse loco", terminó ella en voz baja por él.

Vladya se volvió hacia la mesa desvencijada, ocupado preparando el té. «La locura no es algo a lo que temer. Se puede combatir, los síntomas se pueden mitigar, pero al final, no se puede evitar».

Su mirada se desvió hacia su mano. La que había sido una pata durante meses, sin cambios.

En términos humanos, es más como controlar una enfermedad incurable durante el mayor tiempo posible antes de que te acabe con la vida. —Le entregó a Aekeira la taza de té humeante.

Aekeira se lo llevó a los labios.

Como de costumbre, Vladya seguía con la mirada cada uno de sus movimientos. No podía apartar la mirada.

Era como si los años nunca hubieran pasado. Se veía igual que el día que se fue.

Apretó las manos, luchando contra el impulso de tocarla. El deseo de tocarla, de sentir su piel contra la suya, era casi *insoportable* .

"¿Cómo has estado, Aekeira?"

"He estado... bien."

Notó el ligero temblor en sus manos alrededor de la taza tibia mientras tomaba otro sorbo.

Sus ojos se alzaron para encontrarse con los de él. "¿Cómo estás tan... consciente?"

Vladya se encogió de hombros. «Tengo mis días buenos y mis días malos». Se sentó frente a ella. «Los días buenos son así. Cuando soy consciente del mundo y todo lo que conlleva. Pero los días malos…». *Solo queda la destrucción.*

—Por eso dejaste la fortaleza. —Dejó la taza en la mesa cercana.

"Me convertí en un verdadero peligro para ellos. Tuve que irme."

Los ojos de Aekeira se dirigían a cualquier lugar menos a él, mientras sus dedos jugueteaban con el borde de su manga.

Ella lo estaba evitando. Poniendo distancia entre ellos.

Sentado justo frente a él, pero muy lejos.

—Aekeira —su voz bajó una octava.

"¿Mmm?"

"Mírame."

Una respiración temblorosa. "Lo soy."

"Eres un terrible mentiroso, mi pajarito."

Sus ojos se clavaron en los de él. «No me llames así». Las lágrimas volvieron a inundar sus ojos. Pero a diferencia de antes, cuando eran lágrimas de alegría, esta vez estaban llenas de profundo dolor. Y de ira.

Se levantó de golpe. "No puedo hacer esto. Tengo que irme".

***

*Me duele todo el mundo.*

Para Aekeira, volver a verlo dolió, fue como abrir una vieja herida.

Ver su rostro increíblemente hermoso, revivir el pasado, recordar el dolor, fue insoportable.

Saber que pronto lo perdería de nuevo, que tendría que pasar por ese mismo dolor otra vez... era diez veces insoportable.

Ella ya lo estaba perdiendo, poco a poco.

Una de sus manos era ahora una pata, y Aekeira temía imaginar dónde terminaba la túnica bajo su túnica. *No puedo volver a hacer esto.*

Creía que podía con ello. Creía estar lista para afrontar el pasado de nuevo. Pero ahora, frente a él, se dio cuenta de lo poco preparada que estaba.

Ella no estaba lista **.**

El señor Vladya también se levantó. « No te vayas, Aekeira». Dio un paso hacia ella.

Aekeira negó con la cabeza. "Por favor, no."

Tenía que irse, porque aunque no estaba lista para afrontar todo esto de nuevo, *todavía lo deseaba.* Patético, ¿verdad?

Ella todavía ansiaba ver su rostro.

Anhelaba estar en sus brazos.

Escucha su voz todo el día.

Quédate a su lado y disfruta del momento.

El anhelo que había pasado años enterrando había despertado con una sacudida... levantándose... a punto de tragarla por completo.

"¡Tengo que irme!" Su voz sonaba desesperada.

—No, Aekeira. —Otro paso adelante.

Aekeira se dio la vuelta y corrió hacia la entrada.

Ella no llegó muy lejos

En un instante el Señor Vladya estuvo sobre ella y la presionó contra la pared.

Los sollozos resonaron en las rocas y le tomó un momento darse cuenta de que era ella.

Sus emociones se desbordaban. Sentimientos que había enterrado profundamente durante años, ahora estaban a punto de estallar.

"¡Suéltame!", gritó, golpeándole el pecho a ciegas con los puños. "¡Suéltame, por favor!"

—Joven princesa, lo siento mucho. —Su voz era la más suave que jamás había oído.

Me hiciste daño. Esa mañana, en tu cama... Pensé que por fin estábamos llegando a algo. ¡Pero me dejaste como si no significara nada! —sollozó, con las palabras atropelladas—. ¿Tan poco te importaba? Me evitaste una semana, ¡y luego me dejaste a un lado!

"Por favor, perdóname, cariño."

*¡Dos años! ¡* Dos años me parecieron veinte! Respiraba cada día, pero nunca me había sentido tan muerta. ¡ *Me rompiste el corazón!* —gritó, con lágrimas corriendo por su rostro—. ¡ *Me rompiste* !

Él la besó.

Aekeira forcejeó, golpeando frenéticamente su pecho con los puños. Pero sus manos la sujetaron con suavidad.

Ella luchó. Luchó duro.

No sentir ese beso.

No volver a *sentirlo* .

Negar las sensaciones.

Pero fue una causa perdida.

Sus labios sobre los de ella, su lengua en su boca. El beso se filtró profundamente en su alma. Calmando el dolor. Calmando la tormenta.

Como un suero, alivió el dolor punzante de las heridas que había arrastrado durante tanto tiempo.

Sus forcejeos cesaron, y Aekeira sollozó contra sus labios. Llorando desconsoladamente, sus lágrimas se mezclaron con el beso.

Aún así, no se detuvo.

La besó, *y la besó, y la besó.*

El tiempo pasó.

El mundo que los rodeaba desapareció.

Una eternidad después, él rompió el beso, lamiendo sus lágrimas con una ternura poco común. «Te pido disculpas con todo mi ser por lastimarte de esta manera».

La cruda verdad, el profundo pesar en su voz, la hicieron abrir los ojos.

Su rostro era un reflejo de su propio dolor. "Lo siento mucho, mi pajarito".

—Me hiciste daño —gritó con impotencia, jadeando mientras las lágrimas seguían fluyendo—. Me h-hiciste daño.

Nunca fue mi intención. Darte tu libertad fue la única decisión que pude tomar entonces. Dejar que lo que había entre nosotros continuara... fue imprudente por muchas razones. Su tono rebosaba de remordimiento.

No tengo alma, Aekeira. Eso solo lo hizo imposible. También estoy en un camino hacia la locura, otra razón. Y tú... eres humana. No eres una Sirena. Incluso si tuviera mi alma, no es posible que se forme un vínculo entre nosotros. Cuando Daemon se ofreció a liberarte, pensé que era lo mejor.

Al escucharlo expresado de esa manera, Aekeira comprendió.

Francamente, ella misma había pensado en todo esto a lo largo de los años. Podía entender por qué hizo lo que hizo.

Sin embargo, la comprensión no alivió el dolor.

—¿Y ahora? —susurró—. ¿Y ahora qué?

Ahora, lamento esa decisión más que nada. Te envié lejos para que no me vieras volverme salvaje, pero a la hora de la verdad, eras

todo lo que quería a mi lado. Mientras luchaba contra ello, me encontré esperando —rezando— recuperarme lo suficiente para cruzar al mundo humano y traerte de vuelta aquí, Aekeira, a donde realmente perteneces.

La miró a los ojos. "Ojalá nunca te hubiera dejado ir".

Chapter Eight

# LA SABIDURÍA DE EVIELYN.



DE PIE ANTE LA residencia del gran rey, Emeriel contempló la grandeza del lugar. Las sofisticadas decoraciones, las enormes puertas dobles talladas con dos leones, cuyas fauces se abrían en feroces rugidos.

La última vez que estuvo allí, era una esclava aterrorizada por sus secretos, llevándole la cena.

Eso era lo mejor de estar de vuelta, la libertad de ese miedo agobiante. Ya no había secretos. Ningún engaño la agobiaba. Así era ella.

"¿Estás lista?" preguntó Lord Ottai a su lado.

Ella inclinó la cabeza y dio un paso hacia adelante.

—Una cosa más —dijo, deteniéndola—. No le gusta comer. Si lo intentas y se le salen las garras, déjalo ir. No lo empujes, o podría arañarte como los demás. No está… en sus cabales.

Emeriel asintió brevemente.

Conducida a la habitación del rey Daemonikai, se detuvo en la puerta mientras las doncellas Urekai se marchaban. Luego, respirando hondo, la abrió y entró.

Su olor la impactó primero.

Fue abrumador. Un asalto a sus sentidos después de dos largos años sin él.

Se tambaleó en el sitio, con las rodillas dobladas. Agarrándose a la pared, Emeriel intentó estabilizarse. *Todo olía a él.*

Y allí estaba. Tumbado tranquilamente en la cama.

Magnífico. Guapo. Tal como lo recordaba.

*Demasiado parecido a un sueño.*

Su vínculo estaba latente, lo único a lo que se había aferrado al tomar la decisión de regresar. *Volver a verlo sería fácil,* se había convencido. *Sin el vínculo, no habría sentimientos.*

Pero eso era una mentira.

Nada la habría preparado para la explosión de sentimientos que la embargó. Tantos a la vez que la marearon.

No estaba preparada para la puñalada en el pecho, ni para las mariposas que revoloteaban en su estómago. Desplegaron sus alas, remontando el vuelo, vivas y libres de nuevo.

Emeriel no había sentido tanto en años.

Su respiración se aceleró mientras sus ojos lo absorbían. Devorando vorazmente cada detalle de él.

*Contrólate, Emeriel. Ya no hay vínculo al que culpar. Esto es solo tuyo. Ten moderación.*

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Estaba agradecida de estar a solas con él. Nadie podía ver cuánto luchaba. Lo difícil que era estar en la misma habitación con él otra vez.

El esfuerzo que le tomó no correr a través de la habitación y caer sobre él, solo para sentir su cuerpo contra el de ella una vez más.

Los recuerdos fueron lo más duro.

Esas noches robadas en sus brazos, escondidas en la cabaña, haciendo el amor una y otra vez. La niebla del calor y el paso del tiempo habían borrado los recuerdos, y ella había sobrevivido bloqueándolos.

Pero ahora, aquí en esta habitación con él, los años se redujeron, desaparecieron, y parecía que fue ayer.

Los recuerdos que una vez habían sido borrosos de repente se volvieron vívidos y brillaron con mucha claridad.

Todo el cuerpo de Emeriel *tembló* .

Salió de la habitación a trompicones, cerrando la puerta tras ella. Apoyándose en ella, jadeó en busca de aire. Tenía las rodillas débiles, el corazón demasiado frágil.

Era más fácil luchar por el control cuando él no estaba a la vista.

*Eres más fuerte que esto, Emeriel. Contrólate.*

Le tomó un tiempo, pero finalmente se sintió más tranquila.

Tranquila, volvió a entrar en la habitación y se sentó en la silla junto a la cama, esperando a que la opresión en el pecho se aflojara. Hasta que respirar se volvió menos difícil.

—Mi rey —susurró Emeriel—. Hola, mi rey.

Tomó su mano y la apretó suavemente. Su piel febril le ardía en la palma. "¿Cómo has estado? ¿Dónde estás?". En cuanto empezó a hablar, se le hizo más fácil. "Si me oyes, vuelve. Tu gente te necesita".

El nudo apretado en su pecho empezó a deshacerse.

Muy pronto, llegará la noche del eclipse lunar. Les aterra afrontarla solos. Hay hambruna, y los jóvenes se mueren de hambre. Me miraron —a *mí, un humano*— con hambre en los ojos, en lugar de desdén. ¿Te lo imaginas?

Aferrándose a su mano, el calor se filtró en su piel. *Demasiado caliente.*

Se levantó de la silla, tomó la palangana con agua fría y una toallita. Volviendo a su lado, la sumergió en el agua y le secó la cara.

—No los estás dejando en buenas manos, mi Rey. Lord Zaiper anhela gobernar, pero no le importa el pueblo. No como a ti. Te necesitan. *Siempre* te necesitan.

Su mano se movió de su frente a su cuello. Su cuerpo irradiaba un calor que parecía aumentar con cada segundo que pasaba.

Emeriel se quedó sin aliento mientras retiraba la ropa de cama para lavarse el cuerpo.

Su brazo izquierdo estaba cubierto de líneas oscuras, como grietas llenas de sangre ennegrecida, que se extendían hacia arriba y desaparecían debajo de su ropa de dormir.

Con manos temblorosas, Emeriel levantó su prenda, siguiendo el sombrío camino, trazándola hasta su pecho. Las líneas más gruesas y negras latían desde el centro de su pecho.

*Su alma realmente estaba muriendo.*

—Oh, mi amado —susurró Emeriel temblorosamente mientras miraba la marca de su lenta muerte.

Sus dedos recorrieron las venas oscurecidas, su frente se apoyó en su pecho. "¿Cómo pudiste dejar que el dolor te llevara hasta este punto? No puedes irte así."

***

EN EL REINO DE LOS ESPÍRITUS: LOS OCÉANOS MUERTOS

"Nuestros hijos no quieren hablar conmigo", dijo Daemonikai.

Evie le apretó la mano, ofreciéndole consuelo.

Caminaban de la mano por la playa, al ritmo suave de las olas del mar golpeando la orilla.

"¿Myka también?"

—Sí —suspiró Daemonikai—. Lo encontré antes, pero no dijo ni una palabra. Simplemente... desapareció. Es desalentador.

"Lo sé. Puede que no recordemos el momento de nuestras muertes —ningún muerto lo hace—, pero sí tenemos conocimiento de las circunstancias que las rodearon. Myka se siente culpable por no haberme protegido. Y Alvin, por haberle provocado esto a nuestra gente. Por fallarte", dijo Evie con tristeza. "No creo que se lo perdone jamás".

"Ojalá pudiera decirles que los perdono", dijo Daemonikai con amargura. "Ojalá pudiera hacerles ver que nada de esto es culpa suya. Soy yo quien debería llevar esa carga, no ellos".

Cada vez que se acercaba, sus ojos se abrían de par en par al verlo y desaparecían, como volutas de humo arrastradas por el viento. Horas después, reaparecían en otra parte de la interminable orilla, y la búsqueda comenzaba de nuevo.

"Ojalá pudiera al menos hablar con ellos", murmuró. "Pero no me dejan. Tengo tanto que decir".

—Lo sé. —Evie le frotó el brazo con dulzura—. Lo sé, mi amor.

Caminaron en silencio un rato. Los únicos sonidos eran el graznido de las gaviotas y el rugido incesante del océano.

*"Oh, mi amado."*

Ambos se detuvieron y levantaron la cabeza de golpe.

Daemonikai frunció el ceño mientras observaba el entorno. "¿Oíste eso?"

—Sí. —Evie lo miraba con dulzura—. ¿Lo hiciste?

Él asintió lentamente. "Pero... no me llamaste."

—No. Lo hizo *ella* . La mujer que es la verdadera razón por la que estás aquí.

Daemonikai frunció el ceño. "Me estás confundiendo otra vez. Estoy aquí por *ti* ".

No, mi amor. Estás perdida en el reino de los vivos porque lo único que debería anclarte allí —tu alma— está muriendo. Y así, tu espíritu vaga hacia el otro lado. Atraída por este lugar, los Océanos Muertos.

La mirada de Daemonikai recorrió el lugar, abarcando la vasta extensión de agua y cielo. «Así que ahí es donde estamos».

Sí. Toda alma a punto de morir experimenta esto. Su espíritu vaga hacia el más allá, buscando alegría y paz, encontrándolas en los lugares que más anhela. Tus seres queridos que han partido pueden sentir tu presencia. Ellos deciden si vienen a hacerte compañía.

—Vaya. Eso es algo que nunca nos enseñaron en esas sesiones de estudio *de «Muertos y vivos»* . —Daemonikai sonrió—. ¿Así que me haces compañía?

—Sí, lo soy. Nuestros hijos también. —Evie le devolvió la sonrisa y siguió caminando, arrastrándolo suavemente—. Pero siempre que los buscas, se retiran.

La sonrisa de Daemonikai se desvaneció al seguirla. "¿Pero por qué?"

*"Vuelve, amado."*

Esa voz otra vez. Lo recorrió por completo, extendiéndose como el mejor vino. «No fuiste tú».

Evie movió la cabeza de un lado a otro. "Ya sabes quién."

—No es posible. —Apretó la mandíbula y apartó la mirada—. Está muy, muy lejos.

—No lo creo. Para que su voz atraviese el velo entre los mundos y te llegue hasta aquí, debe estar en Urai, cerca de tu cuerpo físico —replicó Evie, con una leve sonrisa en los labios—. Es la primera en encontrarte, incluso aquí.

El corazón de Daemonikai se encogió y reprimió los sentimientos que se agitaban en su interior.

Las emociones que creía haber enterrado hace mucho tiempo.

"No me gusta. La realidad no tiene cabida aquí", dijo. "Quiero quedarme aquí contigo".

—No, no lo harás. —Evie se detuvo y se giró para mirarlo de frente —. La culpa es una compañera cruel; empaña hasta las cosas más hermosas.

"Esta es la segunda vez que dices eso", señaló Daemonikai frunciendo el ceño.

—La culpa te impulsa, querida. No por nuestras muertes, sino porque la quieres. —Evie levantó una mano cuando él abrió la boca para protestar—. Déjame terminar, por favor. Crees que me deshonras al reconocer estos sentimientos. Prefieres quedarte aquí, no porque de verdad quieras estar aquí, sino porque la realidad es más *tentadora* . No sabes cuánto tiempo más puedes luchar contra lo que sientes. Y crees que deberías luchar... porque si no lo haces, te sientes culpable por reemplazarnos. Reemplazarme a mí.

Eso era tan absurdo como falso. Daemonikai abrió la boca para expresar la protesta que se le había quedado atascada en la garganta...

Pero no salió nada.

Su boca se abrió y se cerró, pero no salió ningún sonido, porque de repente un caballo pisoteó su pecho.

*Ella está equivocada.*

¿Pero lo es?

Ahora toda una *manada* de caballos se precipitaba sobre su pecho.

—No seas así, Daemon —dijo Evie con dulzura—. Te amo. Siempre te amaré. Pero no soy tu alma gemela. ¿Crees que no sabía lo difícil que te costó aceptarme? Tu bestia se resistió, se tomó su tiempo. Ni siquiera entraste en celo cuando yo entré en él.

Sus ojos brillaron de tristeza. «Al principio, pensé que algo andaba mal conmigo, que yo era defectuosa. Pero ahora lo veo. Fue porque no era la indicada para ti».

"No digas ese tipo de cosas", dijo Daemonikai con voz áspera.

Ukrae nunca tuvo la intención de que estuvieras solo, Daemon. Me entregó a ti, sabiendo que tu verdadera pareja no existiría hasta dentro de cinco mil años. Ella es tu persona especial. Yo solo estaba destinado a llenar ese vacío. *La reemplazaste* conmigo, no al revés. *La deshonras* al negar tus sentimientos, no a mí.

Ella le acarició la mejilla. «Ella es tu compañera predestinada, querido. El principio y el fin. Deja ir la culpa. Deja de huir de lo que sientes. Deja de permitir que la amargura y el dolor te ganen».

Daemonikai parpadeó con fuerza, manteniendo los ojos secos. «No deberías ser tan perspicaz», se quejó. «No eres real».

Evie se rió. "Ojalá."

Esa misma risa suave que antes lo conmovía por dentro. Ahora, no había nada.

Por primera vez, admitió la verdad. Lo que realmente sentía por la mujer con la que había pasado los últimos cuatro milenios ya no era amor, *sino culpa.*

*Afrontar la verdad dolió.* Debería saberlo, había estado huyendo de ella durante muchísimo tiempo.

"Ella es tuya, querida. No deseches algo tan hermoso, tan gratificante, tan sano." Los ojos de Evie se llenaron de melancólica ternura. "¿Por qué vivir en el pasado cuando el presente es tan prometedor, una oportunidad para forjar un futuro radiante y feliz? Deja de hacerte daño. Me duele verte así."

"No es fácil", dijo con voz ronca.

—Lo sé. —Su voz se alzó—. Pero el Daemonikai que conozco es tan fuerte que es invencible. ¿Cómo podemos descansar en paz, sabiendo que nuestras muertes los llevaron tan lejos, a la autodestrucción? —Hizo una pausa—. ¿Por qué creen que nuestros hijos se niegan a hablar con ustedes?

Daemonikai levantó la cabeza de golpe. "¿Qué quieres decir?"

Evie se acercó y le puso la otra mano en la mejilla. «Solo especulo, pero si sus sentimientos se parecen en algo a los míos, entonces están cargados de culpa, dolor y una profunda tristeza. Ver a su padre —su *padre fuerte e inquebrantable*— recorrer todos los límites de la destrucción que conoce nuestra especie, es una carga pesada».

Daemonikai apartó la mirada; su pecho estaba demasiado pesado.

"De la locura salvaje a un alma moribunda por su culpa. ¿Cómo crees que se sienten?"

Las lágrimas cayeron de sus ojos.

"Tus hijos necesitan saber que su padre ha vuelto a ser feliz. Necesitan verte prosperar", murmuró Evie, recogiendo sus lágrimas con las yemas de los dedos. "¿Quieres aliviar su culpa? Entonces quizás deberías empezar por abordar la tuya".

"¿Cómo puedes decirles que se dejen llevar, que se absuelvan de toda culpa, si tú no puedes hacer lo mismo? Nuestros hijos inteligentes descubrirán tus mentiras. Antes de decírselo, *demuéstrales* ", afirmó Evie con firmeza. "Demuéstrales que has seguido adelante, que estás en un lugar feliz. Demuéstrales que tu vida no está en suspenso por lo que pasó, por lo que ellos creen que es su culpa. Demuéstrales que no te estás muriendo por ello".

*—Estás ardiendo. Intento limpiarte con agua fría. Espero que no te importe, Su Gracia. —La* voz de Emeriel volvió a sonar. Suave como el agua, un ungüento para el alma.

Una sensación casi de felicidad floreció en Daemonikai. Si su corazón pudiera latir en esta forma espiritual, se *aceleraría* .

*Cielos, había extrañado esa voz…*

—Para ser un hombre tan observador, eres experto en ignorar lo que no quieres ver. —Se secó las lágrimas, con los labios curvados—. Una de ellas es lo mucho que te importa Emeriel. Se llama así, ¿verdad?

Daemonikai asintió, con las mejillas calientes.

Ya no puedes culpar a tu bestia ni al vínculo, querida. Tu bestia no está aquí, y el vínculo no está latente, está muriendo junto con tu alma. No son ellos la razón por la que escuchas su voz ahora. Ni la razón por la que estás tan desesperada por escucharla más.

—Evie, lo siento. —Su culpa, la culpa que ya no podía ocultar, era evidente en su rostro.

Ya no podía fingir más.

No tenía fuerzas para seguir negándolo.

"Tranquilo, idiota", dijo Evie con una risita. "Te apoyo, Daemon. Siempre lo he hecho. Quiero que seas feliz. Quiero mirar atrás y

saber que mi ser querido está vivo de nuevo. No solo respirando, sino vivo de verdad. Cualquiera puede respirar, pero no todos *viven de verdad* ". El dolor brilló en sus ojos. "Quiero que *vivas* de nuevo".

Chapter Nine

# BENDITA COMPAÑERA DE ESLABONES.



"CUANDO SE FUE, SE llevó todo el color, inundando mi mundo de blanco y negro", suspiró Daemonika. "Nunca me di cuenta de lo mucho que iluminó mi vida, desde el día que la conocí como Galilea, hasta que se fue".

Cerró los ojos, admitió. «Entonces... entonces simplemente caí en picado hacia la oscuridad hasta tocar fondo».

Admitirlo en voz alta por primera vez fue como deshacerse de doce capas pesadas que Daemonikai no sabía que llevaba puestas.

—Ay... mi amor, lo sé. —Evie esbozó una sonrisa amable y llorosa —. Te conozco mejor que tú mismo, Daemon.

Respiró hondo; el aire de repente se sintió más ligero, más fresco. Por fin pudo decirlo sin ahogarse en la tristeza, sin la lluvia de culpa.

Fue emocionante.

—No sé qué hice para merecer una mujer como tú, Evie —dijo Daemonikai con una sonrisa.

—Yo tuve suerte —exhaló Evie lentamente—. Siempre lo he tenido.

Galilea me hacía sentir cosas extrañas. Pero no me importaba, porque me distraía de mi sufrimiento. Hasta que descubrí por qué me hacía sentir así. —Miró fijamente el océano—. Me sentí tan enojado, engañado... Culpable. Pensé que alejarla era lo mejor.

—Pero no fue así ¿verdad?

Al principio, solo sentía vacío. Luego, las pesadillas se hicieron más frecuentes, seguidas de sueños de ella en sus brazos, en su vida. Era una tortura.

Allí vio a la familia que había perdido, el vacío que una vez fue el centro de su universo. Al otro lado, vio el *vínculo de almas* que había perdido: una mujer cuyo cuerpo anhelaba, a cuyo aroma era adicto.

Daemonikai se había adentrado en una nueva versión del infierno.

"Esos recuerdos...", dijo Evie en voz baja. "Los que recuperaste de tu época salvaje... no te facilitaron las cosas, ¿verdad?"

Como si ese infierno no fuera suficiente, llegaron esos recuerdos perdidos.

Daemonikai recordó la noche en que inundaron su mente. Imágenes vívidas y fragmentadas.

Emeriel alimentándolo con la mano con paciencia.

Su bestia montándola una y otra vez.

La oleada de rabia que sintió cuando destrozó al amo de esclavos que se atrevió a tocarla.

Cómo lo había citado a la corte, y él había respondido, impulsado por la necesidad de protegerla. Una necesidad de poseerla. De mantenerla a salvo.

Encontrando una extraña satisfacción en su presencia. Emeriel había sido su faro de luz frente a sus instintos insensatos.

Recordó haberla sostenido en sus brazos en la oscuridad de la noche mientras ella se acurrucaba valientemente contra su pelaje.

Recuerdos de cómo ella había arriesgado su vida repetidamente para estar con él. Satisfacer su lujuria sexual. Acudir a él durante sus celos, y él, a su vez, hundirse en sus rutinas, incluso en su estado salvaje. Sus instintos, en la línea de: « *Debe tomarla, debe hacerla mía».*

*"No quiero que mueras."* Recuerdo su llanto al decir esas palabras. Había abrazado su forma bestial en el pasillo después de que él la salvara de unos asesinos armados. *"Te van a matar, y me duele mucho. Por favor, no mueras."*

—*Toma* —susurró, desnudándole su delicado cuello—. *Bebe de mí. Toma lo que necesites.*

Aún podía saborear el dulce néctar de su sangre, la celestial sensación que se deslizaba por su garganta. Recordó sus lágrimas, sus súplicas para que siguiera vivo y volviera a su forma masculina.

Emeriel lo había amado con todo su corazón.

En un estado salvaje donde él no tenía nada para darle excepto dolor, ella le había dado *todo.*

Ese fue el comienzo de su enfermedad.

Daemonikai se apartó del torbellino de recuerdos y contempló las conchas que lo rodeaban. «Emeriel es un pequeño ser rebosante de amor y luz».

—Los dioses no cometen errores, querida —coincidió Evie.

Ahora que por fin se abría, le era más fácil confiar en ella. Abrirle los ojos... sus dudas.

Esa chica merece algo mejor que cargar con un anciano como yo. Un hombre que una vez arrasó una aldea entera.

—Eso fue hace milenios, querido. —Evie se agachó para recoger una concha en espiral—. Lo que se merece es estar con su *alma unida* . Que el pasado se quede donde debe estar... atrás. Ahora eres un hombre mejor. Uno maravilloso. Si no lo fueras, nuestra gente no te sería tan devota. Y lo es.

Examinó la concha un momento, con una sonrisa de felicidad en el rostro, antes de arrojarla de nuevo al océano. «Ya te has asegurado un lugar en la historia como el mayor gobernante de Urai, un título que conservarás por toda la eternidad. Estoy muy orgullosa del hombre en el que te has convertido».

"A nuestra gente no le gusta por lo que representa." Los ojos de Daemonikai siguieron el movimiento de las conchas mientras se desvanecían bajo las olas. "Odian la idea de que mi *Alma Vinculada* sea humana. La habrían matado hace dos años si no la hubiera liberado."

La sonrisa de Evie se desvaneció. Asintió con la comprensión reflejada en sus ojos. «La gente necesitará tiempo. Te aman profundamente. Con el tiempo, aceptarán y protegerán lo que te importa. Tengo fe en que Emeriel los conquistará».

Hizo una pausa y se giró para mirarlo. «Pero no dejes que sus reservas se conviertan en la piedra de toque que los separe de

nuevo, querido. Durante cinco milenios, has vivido para ellos y sus expectativas. Los pusiste primero, como debe ser un rey, y los amas profundamente. Pero es hora de que hagas algo por ti, mi amor. Malditos sean los demás. Después de todo, nos perdiste al salvarlos».

Daemonikai se estremeció; sus palabras dolieron como una bofetada.

Evie tomó su mano. "Es la verdad. Nos perdiste al salvarlos, y mira lo que te está haciendo. Salvaste miles de vidas esa noche, pero quienes podrían haberte mantenido cuerdo y con los pies en la tierra se perdieron."

Y por eso, estás al borde de la muerte, dejándolos desprotegidos y a merced de alguien como Zaiper. Al final, no le sirves a nadie así. Ni a ellos, ni a ti misma. Esta vez, sé egoísta, querida. Toma lo que quieras. Prioriza a Emeriel. Protégela. No pierdas tu *vínculo de almas* por nuestra gente.

Daemonikai absorbió sus palabras, dejándose llevar por ellas. Un profundo silencio se instaló entre ellos, roto solo por el rítmico romper de las olas.

"¿Sabes por qué se está muriendo tu alma, amado?" preguntó Evie.

*Sí.*

Daemonikai siempre se había dicho a sí mismo que era por su dolor. Esa era la historia a la que se aferraba cuando aparecieron los primeros síntomas.

Pero en el fondo, donde el sol nunca tocaba, atrincherado entre muros y cerrado con llave de hierro, él sabía la verdad. Claro que sí.

Fue por culpa de Emeriel.

Ella fue su mayor pérdida.

Y eso hizo que su culpa se disparara.

Evie asintió, y su silencio fue suficiente confirmación. "Ahora, ¿irás a tu *Unión de Almas* y te reconciliarás con ella? Espero que arregles las cosas. Cuando llegue el momento, tu espíritu regresará aquí, no porque tu alma esté muriendo, sino para despedirse. Y entonces, tus hijos estarán listos."

Daemonikai se detuvo y se giró para mirarla una vez más. *Siempre había sido fácil hablar con Evie.*

Mientras otros lo veían como el gran rey, Evie siempre había visto más allá de la corona, más allá del título, al hombre que se escondía debajo. *El mortal, con sus propios sentimientos, miedos, imperfecciones e inseguridades.*

"Me temo que no sé por dónde empezar", admitió Daemonikai, dejando entrever su preocupación. "Anhelo *volver* a intentarlo con ella, pero podría fracasar. ¿Y si mi corazón está demasiado herido? Me preocupo por Emeriel, la extraño muchísimo, pero ¿y si no puedo amarla como se supone que debemos amar? ¿Y si estoy demasiado vacío?"

"Demonio-"

La lastimé muchísimo la noche después de que se revelara su secreto, y en los días siguientes. ¿Y si he quemado el puente entre nosotros para siempre y no logramos encontrar nuestro equilibrio? ¿Y si no logramos reconciliarnos?

—Demasiados "y si...", querida. —Evie suspiró, con una sonrisa en las comisuras de los labios—. Incluso en espíritu, piensas demasiado.

Entonces, su expresión se tornó seria. "Lo mejor que puedes hacer es darle una oportunidad, querida. Ábrete a la posibilidad, ve paso a paso y esfuérzate al máximo en cada paso. Lo resolverán. Ambos están sufriendo y pueden sanarse mutuamente". Miró a su alrededor. "El primer paso es encontrar el camino de regreso a casa. Este no es lugar para ti".

"Gracias-"

—Shh. —Evie le puso un dedo en los labios—. Nada de eso. Gracias *por* ser el mejor compañero de vínculo que cualquier mujer podría desear. Hiciste que mi vida fuera plena. Ahora, regresa y vive la tuya.

"No sé el camino de regreso", confesó Daemonikai.

La sonrisa de Evie se suavizó al alejarse. «Sigue su voz y te guiará a través de las minas de la muerte, hasta la frontera entre los mundos. Puede que te lleve tiempo, pero encontrarás el camino».

Su presencia se volvió más ligera, casi etérea. «Sé fuerte, mi querida invencible. Y ten cuidado. La travesía es peligrosa. No muchos logran cruzar el Mar Frío. Espero que tú sí».

Daemonikai se quedó allí, observando cómo su forma se disolvía en el suave resplandor del otro mundo.

Sus palabras permanecieron, resonando en él. *Seguiría la voz de Emeriel. Encontraría el camino de regreso.*

No importan los obstáculos. No importa cuánto tiempo haya tomado.

***

"No hay mucho que pueda hacer."

Dejó de caminar y se giró para mirar a Zaiper con enojo. "¿Qué demonios significa eso? ¡Haz algo al respecto!"

El Emeriel que Sinai enfrentó esa mañana era muy distinto del tímido esclavo que había conocido dos años atrás. El cambio... todo era diferente. Sinai odiaba admitir lo mucho que la inquietaba.

¿Y ahora Zaiper decía esas tonterías? "¡Hagan algo para que se vayan! ¡No pertenecen aquí!", rugió Sinaí.

—¡Dije que no puedo hacer mucho! —rugió Zaiper con tanta fuerza que las piernas de Sinaí se congelaron.

Ottai no cede ni un ápice en esto. Primero, liberó a mis prisioneros que esperaban ser ejecutados por robar grano, ¡y ahora esto! Si hubiera sabido que planeaba traer a esas chicas de vuelta, lo habría impedido *antes de* que las trajeran aquí. *Pero ahora, incluso el pueblo lo sabe.*

Sinai se obligó a contener la ira. Zaiper ya estaba nervioso, y necesitaba calmarlo.

"¿Desde cuándo le importa Emeriel a la gente?", siseó. "Que yo sepa, estaban apostando a quién la mataría primero."

—Ya que quieren recuperar a su gran rey —espetó Zaiper—. Esos secuaces le son tan devotos que es *repugnante* . —Se detuvo frente a Sinai, con el rostro enrojecido—. ¿Qué tiene él que yo no tenga?

*Infinidad.*

Sinaí podía contar con ambas manos y aún así necesitaba dedos extras.

No es que ella fuera tan tonta como para decir eso en voz alta.

¡Podría liderarlos! ¡Podría ser el gran rey! ¿Por qué están tan obsesionados con un hombre que ya ni siquiera quiere estar aquí? —Sus ojos ardían con los colores de su bestia.

¿Primero salvaje, luego un alma moribunda? Si la guerra nos alcanza ahora, no podrá ayudarnos. ¿Qué ven en un hombre que prefiere unirse a su familia muerta antes que gobernar? —Zapier reanudó su paseo—. *Me tienen* ... Podría hacerlo mucho mejor.

Sinai se mordió el interior del labio, reprimiendo el impulso de poner los ojos en blanco.

En cuanto a liderazgo, Zaiper era peor que un fracaso. Diez Zaipers fuertes no eran rival para un Daemonikai medio muerto.

—La gente no sabe lo que tiene al dejarte pasar —dijo Sinai con una sonrisa forzada—. Eres mucho mejor hombre que Daemonikai.

Zaiper volvió a hacer una pausa, entrecerrando los ojos. «Solo lo dices para tranquilizarme. Todo el mundo sabe lo que sientes por tu amo».

"¿Y cómo me ha tratado todo este tiempo? Me estoy cansando de amar a un hombre que apenas me ve." La mentira le supo amarga.

Su Daemon la ve. No puede vivir sin su sangre, así que sí, era suyo. Pero Sinai necesitaba estar del lado ganador por ahora.

Zaiper se dio la vuelta, se acercó a la ventana y miró a lo lejos. «La gente se aferra a Daemonikai porque aún vive. Si estuviera completamente muerto, se verían obligados a entrar en razón, ¿no?»

Se giró, con voz pensativa. "Mmm... quizás sea hora de que me encargue de la vida de Daemonikai. Con la planificación adecuada, el método adecuado, puedo acabar con él ahora que no puede defenderse". Una sonrisa calculadora se extendió. "Poético, ¿no crees? Seré el hombre que extinguió a todo el linaje Naelzharoth".

Chapter Ten

# SI TAN SOLO FUERA MÍA.



EL GRAN SEÑOR VLADYA la besó nuevamente.

Toda su resistencia se desvaneció como cera bajo la llama, acumulándose a sus pies. Apretando su cuerpo contra el de él, Aekeira unió su lengua con la suya, devolviéndole el beso con avidez mientras sus lágrimas corrían libremente.

*Dioses de la luz, ella lo ha extrañado mucho.*

Al igual que la primera vez, su beso se prolongó eternamente. Aekeira se olvidó por completo de respirar, perdiendo la noción de todo una vez más.

Para cuando él rompió el beso, ella jadeaba. Ya no estaba pegada a la pared, sino que se encontraba recostada sobre una gruesa manta, con el Señor Vladya medio encima de ella.

Por un agujero en el techo de la cueva, la luz del atardecer se filtraba, proyectando rayos dorados sobre ellos. ¿Dónde se había ido la mañana?

Con los párpados pesados y el cuerpo vibrando de deseo, Aekeira apenas podía pensar con claridad.

—Te deseo —confesó en un susurro, bebiendo con avidez su visión.

El Señor Vladya la miró fijamente. "Yo también te deseo tanto, Aekeira", gruñó, alejándose. "Pero, por desgracia, no podemos. No

me conviene".

"¿Qué... qué quieres decir?" Aekeira se esforzaba por despejar su mente de las estrellas, aún perdida por sus besos que le derretían el cerebro.

—Reactivará mi lujuria sexual. —Había hambre en sus ojos, pero también moderación.

Se incorporó, confundida. "¿Tu lujuria sexual se apagó...?"

Tras tu partida, los primeros meses fueron… insoportables. Intentar resistir solo el deseo sexual casi me llevó al límite. Mi bestia y yo no queríamos saber nada de las hembras que Daemonikai me traía. Por mucha sangre que bebiera, el hambre no se apaciguaba. —El dolor brilló en sus ojos—. Fue horrible.

Aekeira podría imaginarlo.

"Pensé que podría con ello", dijo Lord Vladya con expresión distante. "Tras dos meses de resistencia, lancé mi primera matanza".

Algo dentro de Aekeira se marchitó y murió. La lujuria que la atormentaba se desvaneció como si nunca hubiera estado allí, y un frío gélido la reemplazó.

"¿Cuántos?" preguntó con voz ronca. Terrible.

"Seis."

Aekeira se quedó sin aliento.

Se apartó por completo, sentándose al borde de la cama. «Tomé seis vidas». Su tono era neutral, pero el dolor se reflejaba en sus ojos grises. «Tres humanos, tres Urekai. Tenían familias. No estaban destinados a morir así».

*Con razón se exilió en este lugar.* Aekeira se humedeció la garganta vendada. "¿Qué pasó después de...?"

Desperté gruñendo, medio loco, encadenado a mi cama. Daemonikai me había encontrado y me había sometido. Recuerdo el deseo imperioso de matarlo. De matar *a todos —recordó* con el rostro demacrado—. Pero Daemonikai me miró fijamente a los ojos y dijo: «Hago esto por tu bien». Luego me dejó allí el resto del día.

El corazón de Aekeira, tan traicionero como siempre, se le acercó. Acercándose a donde estaba sentado, tomó su mano —pata— entre las suyas, sin importarle sus largas y afiladas garras.

Para cuando regresó al día siguiente, mis demonios se habían calmado. Solo entonces envió a las hembras. Nos obligaron a mí y a mi bestia salvaje a satisfacer la lujuria que me había llevado al límite. —Su mirada vacía parpadeó y luego la miró—. Me salvó la vida. Por primera vez en meses, pude respirar de nuevo. Pero…

"¿Pero?" insistió ella.

Esa fue la última vez que sentí ese ansia irresistible de sexo. El instinto que impulsa a nuestra especie a necesitar sexo por necesidad se durmió. Latente.

Aekeira se quedó boquiabierta. "¿Es eso malo? Suena mal. ¿Te ha pasado algo?"

¿No había estado con otra mujer en *dos años* ?

Había algo diferente en sus ojos ahora. En la forma en que la miraba. Como si la viera por primera vez.

Intenso. Más concentrado.

Su corazón empezó a latir con fuerza y se retorció bajo esa mirada penetrante. "¿Mi señor...?"

"No es malo, solo... imposible", dijo Lord Vladya en voz baja. "No quería creerlo. Si me aferro a la esperanza y vuelvo a decepcionarme, temo que será mi punto de quiebre. Así que no espero. No tengo esperanzas."

Ella se esforzó por seguirle el ritmo. "No... no entiendo".

"Nuestra especie tiene dos impulsos obligatorios que deben satisfacerse de vez en cuando, o no podemos funcionar..."

—Sí, lo sé. Para beber sangre y tener sexo —respondió Aekeira.

El Señor Vladya asintió. "Correcto. Sed de sangre y lujuria sexual. Debemos complacernos de vez en cuando para mantener la mente despejada y a la bestia satisfecha. La sed de sangre nunca se aquieta, pero la lujuria sexual sí. ¿Sabes cuándo se aquietan nuestros instintos de lujuria sexual, Aekeira?"

Ella negó con la cabeza.

Cuando dos parejas unidas están separadas por la distancia, no sienten deseo sexual hasta que se reencuentran. —La mirada de Lord Vladya no se apartó de la suya—. Sí, todavía se excitan, todavía sienten deseo, pero no en un estado abrumador, de ese que vuelve

inquietas y locas a nuestras bestias cuando una se abstiene durante semanas.

"Así es como quienes se unen en una guerra durante meses, incluso *años* , sobreviven sin su pareja", continuó. "Sus almas reconocen la ausencia de su pareja y aplacan el instinto hasta que vuelven a estar juntos".

—Vale, ya lo entiendo. ¿Pero qué tiene eso que ver contigo?

"Mis instintos están dormidos ahora", reiteró. "No tengo ni idea de cómo sucedió, pero creo que estar con esas mujeres me dejó claro en lo más profundo de mi ser que tú, Aekeira, no estabas disponible. Fue entonces cuando mi lujuria sexual se apagó."

Aekeira se dio cuenta y abrió los ojos como platos, tan redondos como la luna llena. "¿Dices que pasó por mi culpa?"

"Por ti", confirmó.

Su corazón latía más rápido. "Pero no estamos unidos".

"Esa es la parte que no puedo explicar, la parte que no entiendo", dijo el Señor Vladya.

Entonces, se inclinó, su aliento cálido contra su cuello. "Pero sé que si te tumbara sobre estas sábanas y me hundiera profundamente en ti, mi deseo sexual se despertaría de nuevo."

A Aekeira se le quedó la respiración atrapada en la garganta.

"Si tomara tu dulce cuerpecito hasta que gritaras mi nombre tan fuerte que los pájaros alzaran el vuelo y el bosque escuchara tu música, justo como tanto deseo, entonces ese impulso, en todo su esplendor animal y lujurioso, resurgiría con fuerza."

—¡Señora Vladya! —Sus mejillas se pusieron rojas como un tomate, y Aekeira bajó la cabeza rápidamente.

Sonrió levemente y se apartó. "Pero no lo haré. Ese instinto fue el más difícil de controlar, hasta el punto de matar por él. No lo extraño." Se puso serio. "¿Qué clase de conexión tenemos que incluso mi *yo desalmado* te reconoce?"

El fuego iluminó sus ojos. "¿Cómo supo mi instinto que la única hembra que realmente queríamos estaba lejos, y en lugar de buscar otra hembra en la que fijarnos, se quedó inactivo? ¿Qué significa eso para ti y para mí?"

*No lo sé.* Aekeira se estremeció, con la mente aturdida. *Su instinto se apagó por mi culpa.*

Se levantó, arrastrándola hacia arriba. "Quería, más que nada, rastrearte y arrastrarte de vuelta aquí", dijo. "Ukrae, estaba listo para cruzar a Navia y traerte de vuelta, incluso si eso significaba llevarte contra tu voluntad mientras pataleabas y gritabas. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Pero no podía. No estaba en condiciones de viajar largas distancias".

*Cállate, corazón mío. Por favor, cállate.* "¿Querías venir a por mí?"

*te* deseé , pero no pude ir a buscarte. Solo podía esperar que algún día regresaras a mí.

Los ojos de Aekeira se llenaron de lágrimas y su corazón cantó.

—Pero me aterra la esperanza —admitió Lord Vladya, acercándose e inhalando su aroma—. ¿Y si me permito desear que seas mía, y resulta que no lo eres, como las demás...?

*Lo destrozaría sin remedio.* Aekeira lo sabía. Podía oírlo en su voz.

Y eso también la *aterrorizaba* .

Aekeira quería ser suya. Lo había soñado durante años. Pero los sueños eran una cosa; la realidad, otra. Emeriel era la Sirena… y la verdad era que Aekeira no era como Em.

¿Y qué si existía una atracción evidente e irresistible entre ellos? ¿Y si su ser anhelaba tanto el de ella que sus instintos básicos se aletargaban en su ausencia? ¿Y qué si ella amaba a este hombre más que a su vida, y ahora él la miraba como si todo su mundo girara en torno a ella? Nada importaba si intentaban el ritual de unión y fracasaban.

Se acabaría.

Ya no había vuelta atrás.

Oh sí, Aekeira también estaba aterrorizada.

—Te extrañé muchísimo —murmuró Lord Vladya, besándola en la frente.

"Yo-yo…" *Si repaso lo mucho que te extrañé, podría empezar a llorar de nuevo.*

Se volvió aún más difícil con el paso de los años. A medida que mi viaje se volvía más desafiante, a medida que la locura se acercaba,

me arrepentía. Aspiró su aroma y dejó escapar un gemido. «Dios, hueles tan bien. No me canso».

"¿Arrepentimientos?" susurró Aekeira, apenas manteniéndose firme.

Él asintió contra ella. «Te aparté para que no me vieras volverme salvaje. Pero al final... a la hora de la verdad... *eras* todo lo que quería ver una última vez». Sus brazos la rodearon por la cintura. «Quería ver tu hermoso rostro, escuchar tu encantadora voz... una última vez. *Lamento haberte alejado, Aekeira».*

La niebla volvió a nublar la visión de Aekeira. ¿Por qué este hombre no podía ser solo suyo? ¿Por qué el universo tenía que complicarlo todo tanto?

Dioses, ¿podrían quitarle la locura? ¿Devolverle su alma?

*¿Podrías hacerme una Sirena también?* Haznos tan compatibles que, si intentamos un ritual de unión, tenga éxito.

Dioses, si los deseos fueran caballos… ¿dejarían montar a este mendigo?

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Aekeira, dejando un rastro húmedo mientras ella le devolvía el abrazo.

***

—No quiero que te arañe, Emeriel —advirtió Lord Ottai, apoyándose casualmente contra la pared, mientras la observaba extender el festín del gran rey ante la mesa.

—Lo sé, Lord Ottai. Yo tampoco quiero que me arañe —respondió Emeriel, mirando al Rey Daemonikai, que aún permanecía inmóvil—. Pero dijiste que hace días que no recibe ningún tipo de alimento. Si esto continúa, solo se debilitará más, y necesita recuperar sus fuerzas.

Con una cuchara de bronce, Emeriel tomó una porción de avena y suavemente empujó la cuchara hacia los labios del gran rey.

Aunque su cuerpo permaneció inmóvil, garras brotaron de sus manos. Afiladas y mortales, listas para atacar.

El señor Ottai se enderezó de inmediato. «Ahora es el momento de parar...»

Pero Emeriel puso la otra mano sobre el brazo del rey Daemonikai. «No hagas eso, amado», su voz se convirtió en un murmullo tranquilizador.

Entrelazó sus dedos con los de él, su pequeña mano empequeñecida por la suya. Las mismas garras largas y afiladas que había visto desgarrar a sus enemigos con facilidad se curvaron lentamente alrededor de su mano.

No para hacer daño, sino para retener.

Emeriel contuvo el aliento, apretando suavemente. "Come, amado."

La boca del rey Daemonikai se abrió levemente.

"El aroma de Ukrae..." Lord Ottai se quedó boquiabierto, mirando a Emeriel como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

Por primera vez desde que entró en la habitación, una leve sonrisa se dibujó en los labios de Emeriel. Sirvió las gachas en la boca del rey Daemonikai, quien las tragó, con la garganta agitada mientras masticaba.

—Puede oírte —se quebró la voz de Lord Ottai. El cuarto gobernante parecía a punto de llorar—. Creo que puede oírte, Emeriel.

—Quizás. —Emeriel estaba igualmente sorprendida, pero lo disimulaba bien. No creía realmente que funcionara—. Quizás sí.

Lord Ottai la observó con admiración y entusiasmo durante el resto de la comida. Solo se marchó cuando llegó un mensaje urgente que lo llamaba a Mabblewood.

Emeriel terminó de alimentar al Rey Daemonikai, satisfecha de que hubiera comido lo suficiente, antes de levantarse para despedirse.

Había sido un día largo y agotador y ella anhelaba la comodidad de su cama.

Pero al doblar una esquina, una mano salió disparada y la agarró del pelo por detrás. Tiró de él con tanta fuerza que la hizo tropezar.

Emeriel se echó hacia atrás para evitar que le arrancaran el cabello de raíz.

"¿Crees que puedes simplemente hablarme sin parar?", siseó la Ama Sinai, apretándome más. "¿Crees que puedes entrar aquí *sin*

ser *deseada* , moviéndote libremente como si fueras la dueña de este lugar?"

—Ama —dijo Emeriel entre dientes, sujetando con fuerza el puño de Ama Sinai con una mano, impidiéndole tirar con más fuerza y arrancarle la cabellera—. Suéltame, hablemos de esto como dos adultos.

"Solo hay un adulto aquí, y no eres tú. No eres más que una simple mosca. Déjame recordarte que eres tan libre como *yo* te lo permita... ¡AY!", chilló la señora.

Emeriel pisoteó con fuerza el pie de la señora, obligándola a aflojarse.

Con un movimiento fluido, Emeriel se hizo a un lado, manteniendo la muñeca de Sinai bajo su control, torciendo el brazo de la mujer tras su espalda en un ángulo agonizante. En segundos, sus posiciones se invirtieron, la amante ahora a merced de Emeriel.

"Y solo me molestas tanto como *yo* te dejo", le replicó Emeriel con frialdad y en voz baja al oído. "Como esa hormiga que no para de trepar cerca de la oreja y no se quiere ir".

—¡Suéltame, AHORA MISMO! —rugió la Señora Sinaí—. ¿Cómo te atreves...?

Emeriel levantó su mano libre, aplanó la palma y asestó un fuerte golpe en el costado del cuello de la Señora Sinai.

Un golpe preciso, y la señora se desplomó a sus pies como una muñeca de trapo. Inconsciente antes de que su cuerpo tocara el suelo.

Sin inmutarse, Emeriel se alisó el cabello con calma y observó el cuerpo inerte.

"Gente como tú es la razón por la que paso quince horas diarias en el campo de entrenamiento para ser *mejor* ." Emeriel le dio una pequeña patada, pero la mujer se desvaneció como un rayo. "Lo único que tienes a tu favor es tu forma de bestia. Luché día y noche. Entrené con todos los instructores conocidos, maestros en su campo. Bajo la lluvia, bajo el sol abrasador, durante *años* ."

Emeriel pisoteó el brazo de la Señora Sinaí y luego pasó por encima de ella. Levantándose el dobladillo de su manto, echó una última mirada hacia atrás. «Nos volveremos a ver, Señora».

Con la barbilla levantada, se alejó, dejando atrás a la mujer inconsciente.

Chapter Eleven

# Mientras la esperanza florece...



UNA SEMANA DESPUÉS.

El Gran Señor Zaiper soltó otra carcajada estruendosa, y su voz resonó por toda la sala. Desplomado perezosamente sobre la mesa, solo con unos calzoncillos endebles, sus anchos hombros se estremecieron de diversión mientras Razarr masajeaba los tensos músculos bajo su piel.

—Bueno, a ver si lo entiendo —dijo Zaiper arrastrando las palabras, secándose las lágrimas de alegría—. Una humana, no cualquiera, sino *una niñita humana* , te golpeó y te apagó las luces. ¿Y ahora quieres que la castigue en el juzgado por ello?

La señora Sinaí apretó los dientes; la vergüenza le subía por las mejillas. Ya era bastante malo, pero oír a Zaiper burlarse de ella lo empeoraba.

Cada vez que recordaba el derribo sin esfuerzo de Emeriel, Sinai quería arrastrarse hasta el suelo.

Se despertó con los rostros preocupados de sus criadas, que la rodeaban y le preguntaban si estaba bien. La vergüenza había sido tan grande que mintió, diciéndoles que se sentía mareada y se desmayó. La humillación la quemó por dentro.

Era la primera vez que hablaba del incidente. Sinai quería venganza. Quería ver a Emeriel no solo castigado, sino *humillado* .

Pero en lugar de eso, allí estaba ella, mirando a Zaiper reírse de ella hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas, reduciéndola a un hazmerreír.

Zaiper gimió mientras su protector de cabeza —*y su amante*— presionaba un nudo particularmente tenso en su hombro. "Esa sí que es buena". Girándose hacia Sinai, sonrió. "¿Te refieres a un pequeño toque en el cuello y puf... se apagan las luces?"

*No* fue un 'toquecito'", espetó Sinai, y no por primera vez. "No tengo ni idea de qué hizo, pero me dolió muchísimo".

"Mmm", tarareó Zaiper con escepticismo. "Quizás deberías considerar asistir a sesiones de entrenamiento. Lo necesitarías si te apagas a la más mínima caricia".

Los ojos de Sinai brillaron de ira. "No se trata de eso, y *lo sabes* . Sucedió tan rápido..." Hizo una pausa, respirando con dificultad. "¿Sabes qué? Olvídalo. Solo dime cuándo y cómo la castigarán".

Zaiper dejó escapar un largo suspiro, y su diversión se desvaneció poco a poco. "Me temo que estás sola con esto, querida Sinai".

*"¿Qué?"*

En primer lugar, al tribunal no le gusta involucrarse en pequeñas disputas femeninas. Tenemos asuntos mucho más urgentes que atender. —Levantó una mano, gesticulando con indiferencia.

En segundo lugar, la mujer en cuestión tiene mucha atención puesta en ella ahora mismo. Algo así podría salirte fatal. La gente podría odiarla más, o podría odiarte más *a ti* . Incluso podrían protestar a su favor, lo que, siendo sinceros, sería aún más humillante para ti.

El estómago de la señora Sinaí se revolvió.

"Y por último." Zaiper la fulminó con la mirada. "Y ese es el punto más crucial, en realidad. No puedo involucrarme en *nada* que afecte a Emeriel."

Sinai contuvo su frustración. "¿Pero por qué?"

—Porque, querido Sinai, no quiero volver a ser el centro de atención por lo de esa mujer. —Los ojos de Zaiper se cerraron mientras las manos de Razarr se movían por su espalda baja—. Sabes lo que pasó en el patio después de que se revelara su engaño. No tengo intención de que me acusen de perseguirla de

nuevo ni de guardarle rencor a Daemonikai. La gente ya está buscando un chivo expiatorio, y no ... Sé yo."

Sinaí lo miró estupefacto.

Planeo tomar su trono, pero no me beneficiaría que la gente supiera que le guardo rencor a su amado gran rey. ¿No estás de acuerdo? —Encogió los hombros, disfrutando claramente del toque de Razarr—. Así que no, no interferiré. No cuando no me concierne ni beneficia a mi causa. Tendrás que resolver esto tú solo.

Sinaí no podía creer lo que oía. Simplemente no podía creerlo.

—No me mires así, preciosa Sinai. Tengo las manos atadas —dijo Zaiper riendo—. No te preocupes, te lo compensaré de otra manera.

"¡Así es como quiero!" Sinai estaba tan enfadada que podría escupir clavos. "¿Y por qué estás tan alegre hoy? ¿Hay alguna ocasión especial que desconozca?"

—Pues claro —dijo arrastrando las palabras, estirándose lánguidamente—. Si pronto voy a ser gran rey, más vale que empiece a prepararme, ¿no crees?

Ella lo miró con recelo. "¿Qué pasa esta vez?"

"Mis planes ya están en marcha, dulce Sinaí. Esta noche, Daemonikai morirá."

El corazón le dio un vuelco, pero controló su expresión. "¿Y cómo piensas hacer esto?"

"Oh, es muy sencillo, la verdad. Nada grandioso ni complicado", ronroneó Zaiper. "Le di a un humano un arma capaz de matarlo de una sola puñalada en el pecho. Un asesino disfrazado de simple herbolario".

Sinai reflexionó sobre sus palabras. "¿Le entregaste a este humano una de nuestras reliquias?" *Eso sería imprudente, incluso para Zaiper.*

Zaiper se burló. «Jamás sería tan insensato, claro que no. Solo una daga normal, impregnada con nuestros venenos. Ottai estará en Mabblewood esta noche, así que mi asesino se burlará de los guardias con el pretexto de entregar hierbas».

Sonrió. «Si todo sale bien, el humano recibirá una generosa recompensa. Si todo sale mal, el humano asumirá la culpa, o eliminaré a toda su familia. Es una situación en la que todos ganan».

"Lo será", murmuró finalmente, "si tu plan sale como corresponde".

Bien. Ahora, como decía, quizás sea hora de que regreses a los campos de entrenamiento si un simple toque de un pequeño humano puede dejarte inconsciente.

Así, sin más, el enojo de Sinaí regresó, acompañado de su eterna vergüenza.

***

"Este lugar es precioso", exclamó Aekeira, con una radiante sonrisa mientras arrancaba una delicada flor de cerezo de una rama cercana. "Qué paz, además".

El Gran Señor Vladya no podía apartar la mirada de ella. Cada movimiento, cada paso que daba, era seguido con la mirada.

La había llevado a su santuario favorito dentro del bosque, un lugar que había descubierto hacía un milenio.

Ahora, mientras estaba allí de pie, observando a Aekeira, se dio cuenta de que lo más hermoso que veía allí no eran las flores ni el paisaje tranquilo, era *ella* .

Aekeira lo había visitado todos los días y nunca dejaba de llegar con una bolsa llena de comida nutritiva, frutas maduras y una variedad de hierbas que, según ella, serían buenas para él.

Él no lo había pedido, pero ella lo cuidó. No solo quería que luchara, sino que quería luchar junto a él.

A juzgar por su constante variedad de hierbas, era evidente que había visitado al sanador real. *Faiwick debía estar muy dispuesto a ayudar.*

Aekeira lo vigilaba como una gallina para asegurarse de que se tomara cada brebaje. Por supuesto, intentó disimular su alboroto, y Vladya le siguió el juego.

Sabía que si reconocía su atención, esos lindos y feroces rubores se extenderían por sus mejillas y ella huiría.

Por mucho que disfrutaba viéndola tímida y nerviosa, había llegado a simpatizar con ella. flotando constantemente aún mejor.

¿Cuándo fue la última vez que una mujer lo había mimado así, con tanto cariño y devoción?

*Demasiado largo.*

Vladya no creía que lo disfrutaría, pero lo hizo. Es más, *lo esperaba con ilusión cada día.*

"¿¡Eso no es gardenia!?" Aekeira se acercó saltando al macizo de flores blancas. "¡Qué bonitas! Em y yo llevamos años intentando cultivarlas, pero siempre se nos mueren. Son famosamente difíciles de cultivar."

El entusiasmo de Aekeira era contagioso. Podía hablar sin parar cuando se sentía cómoda, y cuando la conversación giraba en torno a temas que le apasionaban, como las plantas o su vida con Emeriel, se animaba aún más.

Y a Vladya le encantaba escucharla.

Era casi increíble lo mucho que disfrutaba todo lo relacionado con Aekeira.

Solía pensar que las cosas no serían iguales, con sus impulsos sexuales apagados. Después de todo, si de algo siempre había estado seguro, era de su enorme deseo por ella.

Ella siempre había despertado su deseo. Siempre lo había hecho *sentir hambre* .

Solo verla bastaba para excitarlo, para que quisiera montarla. Pensó que con esos sentidos silenciados, algo vital se perdería.

Pero no fue así.

Diferente, sí, pero de alguna manera… mejor.

La semana pasada, Vladya llegó a conocer a Aekeira de una manera que nunca antes había conocido.

Ahora sabía que le encantaba tejer, aunque no se le daba especialmente bien. A diferencia de Emeriel, no era experta en combate. Tenía un apetito voraz cuando estaba emocionada y hábitos alimenticios hoscos cuando estaba de mal humor.

Aprendió que cuando algo la hacía verdaderamente feliz, reía tanto que soltaba una risita. Un sonido que la avergonzaba muchísimo.

"Es tan impropio de una dama", dijo una vez, con las mejillas acaloradas. "Mi institutriz se habría puesto furiosa si lo hubiera oído".

Pero a Vladya *le encantaba* esa risa.

Era abierta, libre, llevaba consigo una alegría que iluminaba todo a su alrededor.

Solo la había oído reír así una vez, cuando contó una historia sobre las travesuras que ella y Emeriel habían hecho de niñas. El sonido de esa risa desenfrenada, seguida de una dulce risita, le había quedado grabado. Vladya esperaba oír más de ella en el futuro.

No necesitaba el deseo sexual para sentirse atraído por ella. En muchos sentidos, este vínculo que estaban construyendo era más significativo. Estaba aprendiendo quién era ella, poco a poco, y cada nuevo descubrimiento lo hacía sentir... *más* .

"¿Estás bien?" La voz de Aekeira interrumpió su ensoñación; la preocupación la atrajo hacia él. "¿Tenemos que irnos?"

Su sutil forma de preguntar: *¿Es la locura? ¿Tu bestia está a punto de estallar? ¿O algo peor?*

—No, estoy bien. —Y sorprendentemente, así era.

Para un hombre que había tenido más días malos que buenos a lo largo de los años, solo había experimentado un día así desde el regreso de Aekeira.

La locura, los susurros oscuros que lo instaban a herir, a matar, a arrasar, se habían calmado.

Incluso su bestia, siempre inquieta y lista para atacar, había quedado en silencio.

Una sonrisa de alivio se dibujó en los labios de Aekeira. «Cuando volvamos, te daré la bebida de hierbas que preparé. He oído que ayuda a calmar la mente».

*—Lo escuché. —Los* labios de Vladya se crisparon. Probablemente, Faiwick se lo había inculcado—. De acuerdo.

—Ven, subamos la colina. —Le tomó la mano, la de la pata, con una emoción contagiosa—. Quiero ver qué hay más allá.

*Un lago sereno.*

Pero guardó silencio, dejándose guiar por ella. Empezaba a darse cuenta de lo mucho que disfrutaba viviendo en el mundo de Aekeira, experimentando de nuevo la maravilla y la emoción.

Era lo más vivo que se había sentido en siglos. *Ella* lo hacía sentir vivo.

—¡Cielos! ¡Miren! ¡Qué lago tan bonito! —chilló, un sonido definitivamente impropio de una dama.

Y allí estaba: el rubor de la vergüenza subiendo por su cuello.

Vladya sintió una extraña necesidad de reír.

Una risa genuina y sincera surgió con tanta fuerza que tuvo que reprimirla, atrapándola en su garganta.

—Lo siento, Señor Vladya. —Aekeira se aclaró la garganta, intentando contener la felicidad—. Es un lago precioso.

Aekeira era una dama de pies a cabeza. Incluso como esclava, se había comportado con la gracia y la dignidad propias de su noble cuna. Él lo había notado hacía mucho tiempo.

Pero ahora, cada aspecto de ella, desde su vestimenta hasta sus impecables modales, decía mucho sobre su estatus y carácter.

Vladya deseaba poder decirle que no le importaba lo poco femenino que fueran su risa o sus gritos de excitación. De hecho, le gustaría oír más. Pero disfrutaba demasiado viendo sus pequeñas incomodidades como para decirlo.

"Está bien", respondió simplemente.

El rubor se intensificó. Era absolutamente adorable.

Observó a los cisnes deslizándose con gracia por el lago, creando suaves ondas a su paso. Incluso los saludó con la mano.

Vladya *la observaba* , como siempre. Absorbiendo su emoción, cada una de sus reacciones, como si fueran suyas.

Cuando la despidió, fue por miedo. Miedo a alimentar expectativas que se desmoronaran en vano. Miedo a volver a tener esperanza.

Pero, a pesar de todo, la esperanza había echado raíces, ¿no es así?

¿Fue cuando su bestia rechazó a todas las mujeres y solo la anhelaba a ella? ¿O cuando perderla le causó más dolor que perder su alma, le dolió más que perder una parte de sí mismo? ¿O fue cuando su lujuria sexual se apagó, esperando su regreso?

Vladya no estaba seguro. Podría haber sido cualquiera de esos momentos, *o todos* . Pero la esperanza había empezado a crecer en su interior.

Al principio fue un destello que cobró vida con cada día que pasaba hasta convertirse en algo real… algo vivo dentro de él.

*Espero que Aekeira sea mi compañera compatible. Espero que su alma se alinee con la mía.*

Entonces, como siempre, siguió la risa burlona. *¿Qué alma?* Él no tenía alma que conectara con la de ella.

Pero a diferencia de antes, esa sonrisa burlona no lo detuvo. No le hizo cerrar la puerta a esos pensamientos como siempre lo había hecho.

Esta chica lo estaba convirtiendo en alguien completamente distinto. Alguien a quien ni siquiera él podía reconocer.

Alguien que se atrevió a *tener esperanza* de nuevo.

Y… le gustó.

***

Emeriel salió del jardín llevando una pequeña cesta llena de delicadas flores de magnolia, hojas de borraja y un puñado de frutas maduras.

Mientras se acercaba a la fortaleza, alguien tiró de su prenda desde atrás.

Ella se giró y encontró… a nadie.

Confundida, bajó la mirada. Y allí, apenas llegando a sus rodillas, estaba... una jovencita.

Un auténtico niño Urekai.

Emeriel los había visto antes, por raros que fueran. Los Urekai mantenían a sus hijos cerca, protegiéndolos como tesoros, sin dejar que se alejaran demasiado.

Pero esta… esta niña estaba sola. Ningún adulto la esperaba cerca, ningún padre vigilante a la vista.

"Frutas", murmuró la joven, con los ojos fijos en la cesta.

La mirada de Emeriel se desplazó rápidamente, recelosa de los espectadores que pudieran malinterpretar la interacción. No necesitaba que una multitud la acusara de hacerle daño a su hijo.

-¿Dónde están tus padres, jovencito?

"Mamá enferma. Sin comida." La niña agarró su ropa y tiró de nuevo. "Tengo hambre, princesa."

Sus palabras conmovieron a Emeriel. Arrodillándose, sostuvo la mirada de la niña. En años humanos, la niña no tendría más de seis años, pero en años Urekai, probablemente era aún más pequeña.

"¿Quieres algo de fruta?" preguntó Emeriel.

—Sí, por favor —respondió la niña, con voz pequeña y una leve sonrisa esperanzada.

"¿Cómo te llamas?"

"Dabekka."

—Ahora, Dabekka, extiende tu ropa —le indicó Emeriel, ayudando a la niña a levantar su prenda para formar una bolsa improvisada. Luego vació las frutas de su cesta en el vestido envuelto de Dabekka, asegurándose de que las frutas permanecieran seguras.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par, encantada. "¡Gracias, por favor!". Se abalanzó sobre ella y le dio un beso rápido e inesperado en la mejilla a Emeriel antes de salir corriendo.

Aturdida, Emeriel se levantó lentamente, rozando con la mano el lugar donde el beso persistió como un aliento cálido. Observó la zona de nuevo y, efectivamente, varios Urekai la observaban desde la distancia.

Su primer instinto fue gritar: "¡ *No le hice daño!"* Pero se tragó el impulso.

En cambio, cuadró los hombros y continuó hacia la fortaleza. *Que piensen lo que quieran.*

—Bienvenida de nuevo, princesa. El herbolario está dentro —le informó el soldado apostado en la entrada.

"¿El herbolario?" Emeriel frunció el ceño. Ya había visitado la casa del herbolario, recogiendo las hierbas que debía entregar, antes de ir al jardín.

Sus pasos no hicieron ningún ruido cuando entró en la cámara.

Un hombre estaba de pie sobre el gran rey, con su daga levantada sobre el corazón del rey.

Chapter Twelve

# CUIDANDO A SU MACHO.



REACCIONANDO POR PURO INSTINTO, Emeriel saltó sobre la cama y chocó con el intruso, sus manos cerrándose alrededor de la empuñadura de la daga.

Lucharon por controlar el arma, con los músculos tensos mientras la hoja oscilaba entre ellos. Con un grito feroz, ella le dio un puñetazo en el estómago al asesino.

El golpe fue fuerte, obligándolo a gruñir mientras se tambaleaba hacia atrás, perdiendo el control de la daga. Emeriel le arrancó el arma de la mano.

"¿Quién eres?" preguntó, avanzando hacia el intruso.

El asesino se recuperó rápidamente y se abalanzó sobre ella, buscando con las manos la daga.

Emeriel se retorció, impidiéndole alcanzarla. Cada vez que intentaba agarrar el arma, ella la apartaba un poco.

Su frustración aumentó y, con un gruñido áspero, le lanzó un puñetazo en la cara. Emeriel lo desvió con rápidos reflejos y, aprovechando la oportunidad, clavó la daga profundamente en el pecho de la asesina.

Soltó un suspiro largo y entrecortado mientras su cuerpo se tensaba. Luego, con un lento jadeo, se desplomó a sus pies. Sin vida.

Emeriel se enderezó, sacándose las manos, cuando un débil gemido llegó a sus oídos.

Sus ojos se dirigieron hacia el gran rey justo a tiempo para ver sus párpados revolotear... más revoloteos... Entonces sus ojos se abrieron.

Él estaba despierto.

*¿El rey Daemonikai estaba despierto?*

Emeriel corrió hacia él. Pero antes de que pudiera llegar a su lado, la puerta de la habitación se abrió con un fuerte estruendo, y Lord Ottai entró apresuradamente. «¡Oí ruidos! ¡Está despierto!»

—Shhh —susurró Emeriel—. Demasiado alto, Lord Ottai.

—Claro, claro —susurró, aunque sus ojos brillaban de alegría desenfrenada—. No debemos abrumarlo. Cierto, cierto.

Lord Ottai parecía querer gritar la noticia a los cuatro vientos.

Hasta que su mirada se posó en el suelo, donde yacía el asesino muerto. Todo rastro de euforia se desvaneció. "¿Qué es esto?"

"Se hizo pasar por herbolario, entró e intentó matar al rey Daemonikai".

Lord Ottai se inclinó para inspeccionar el cuerpo. Recogió la daga ensangrentada, la olió y su rostro palideció.

—Veneno. —Miró a Emeriel—. Veneno mortal. Apuntado al corazón, habría sido fatal.

Emeriel agarró su ropa con tanta fuerza que sus manos se pusieron blancas.

"¡Guardias!" gritó Lord Ottai.

Entraron dos soldados. "¡Traigan a Wegai! ¡Ahora!"

Regresaron con el soldado al mando. La mirada de Wegai se dirigió al asesino muerto, brilló intensamente, antes de posarse en el gran señor. «Su Alteza».

Esta noche atentaron contra la vida de tu señor. Habría muerto bajo tu vigilancia. El gran señor arrojó la daga hacia Wegai, quien la atrapó en el aire.

Wegai llevó la espada a su nariz y su rostro palideció.

"¿Qué hacías descuidando tu deber? ¡Se suponía que debías protegerlo!", gritó Lord Ottai.

Con la mandíbula tensa, el soldado jefe sostenía la daga con fuerza. «Estaba en el campo de entrenamiento con los nuevos reclutas, mi señor. Dejé a Zan y a Ham a cargo. Son competentes y han sido de confianza durante meses».

—Sin embargo, un asesino se les escapó. Disfrazado de sanador, nada menos, y vino a asesinar al rey bajo *su* vigilancia —ladró Lord Ottai—. Investiguen este asunto a fondo. Quiero saber quién era este hombre: su familia, sus amigos, todos con quienes ha tenido contacto en las últimas cuarenta y ocho horas. Nadie debe quedar exento de interrogatorio.

Wegai asintió solemnemente. «Como ordene, Su Alteza».

—No dejes piedra sin remover. Toma a tus hombres y asalta su morada. Debemos encontrar pruebas de quién lo envió —ordenó Lord Ottai, despidiéndolo con un breve asentimiento.

Tras la partida de Wegai, Emeriel se acercó a Lord Ottai. "¿De verdad crees que el asesino no actuaba solo? Los humanos de aquí no son precisamente conocidos por su cariño y lealtad a la monarquía".

Si hay un cerebro detrás de esto, quieren que pensemos que fue un acto solitario. Lo dictaminaremos como tal solo cuando no haya pruebas de lo contrario. Y dejaremos claro ante el tribunal: la investigación será exhaustiva y nadie está libre de sospecha.

Volvieron su atención al gran rey. Sus ojos permanecían abiertos, pero… distantes. Sin ver.

No se había movido ni parpadeado.

"¿Qué pasa?" preguntó Emeriel.

—Esos ojos están vacíos. No está despierto, Emeriel.

Su esperanza se desvaneció. "Pero—"

—Pero quizá sea un avance. —Lord Ottai la miró—. Le salvaste la vida. Gracias.

Emeriel negó con la cabeza. "No tienes que agradecerme."

"¿Cómo lograste desarmar a un asesino tú solo?" preguntó, picado por la curiosidad.

*Bastante fácil.* "No fue fácil. Pero me alegra haber podido ayudar."

Incapaz de contenerse más, se inclinó y tocó el hombro del rey Daemonikai. «Su Gracia, ¿me oye?»

Ninguna respuesta. Ningún movimiento.

"Su cuerpo está ardiendo de nuevo. "Necesito limpiarlo con una esponja otra vez", murmuró, su mirada atraída por las venas oscuras que se destacaban contra su brazo pálido.

-Quizás esta vez se quede con nosotros ¿no?

Lord Ottai parecía tan esperanzado que Emeriel asintió. «Sí, yo también lo espero».

Se sentó junto al rey Daemonikai, tomó una toallita y la mojó en agua fría. Con cuidado, la acarició por el brazo herido.

La habitación cayó en un pesado silencio, interrumpido únicamente por el suave sonido del agua goteando de la tela.

Lord Ottai se quedó un rato, haciéndole compañía, antes de que el deber lo alejara, dejando a Emeriel sola con el gran rey.

Continuó frotando su piel caliente con la esponja durante horas, sin desnudarlo por completo. Poco a poco, la fiebre comenzó a bajar, hasta que finalmente desapareció.

Agotada, por fin se permitió descansar. Apoyó la cabeza junto a sus costillas y cerró los ojos. El rítmico subir y bajar de su respiración la arrulló hasta un sueño muy necesario.

***

Emeriel permaneció al lado del gran rey, apenas saliendo de sus aposentos, salvo breves descansos para refrescarse.

Todo lo que necesitaba, desde comida hasta ropa de cama limpia, era llevado directamente a la residencia real.

No había mundo más allá de las cámaras del rey, su vida giraba únicamente en torno a la figura inmóvil en la cama.

Madam Livia la visitaba ocasionalmente para ayudar a Emeriel a preparar los remedios herbales. En cada visita, la guiaba pacientemente, enseñándole a preparar tés medicinales y pociones para bajar la fiebre y evitar los síntomas de la muerte del alma.

Después, Madame Livia mezcló aceites fragantes mientras Emeriel molía raíces hasta convertirlas en polvos finos y utilizaba su rico aroma terroso para hacer incienso.

Los sirvientes urekai se encargaban del baño y el cambio de ropa del rey, y las criadas acudían para cambiar la ropa de cama y ordenar la habitación. Pero la mayor parte del tiempo, Emeriel permanecía sola con su rey inconsciente.

A menudo elegía libros de la gran biblioteca y le leía en voz alta relatos de batallas épicas, ganadas y perdidas. Historias de tierras lejanas y dioses.

En sus andanzas, Emeriel se había topado con habitaciones, selladas como tumbas con pesados candados, que finalmente descubrió que albergaban los recuerdos de su difunto compañero de vínculo y sus hijos. Por respeto, nunca se aventuró a acercarse a ellas, honrando su espacio.

Al quinto día, después de secarse la piel febril y aplicarle gotas de medicina en los ojos abiertos y sin parpadear, Emeriel se arrodilló junto al hogar.

Agarrando el desgastado libro encuadernado en cuero que contenía textos religiosos y oraciones antiguas, lo abrió en la página que había dejado pendiente el día anterior y reanudó la oración.

«Concede, oh Gran Ukrae, la restauración de la salud y manos sanadoras, tanto para el cuerpo como para el alma», leyó, mientras atendía las llamas parpadeantes de la chimenea de piedra con la mano libre. «Todopoderoso y poderoso Ukrae, que todo lo curas y todo lo salvas, que tus bendiciones devuelvan la fuerza y la vida».

Se perdió en los textos sagrados y el tiempo pasó inadvertido como siempre.

No fue hasta que Madame Livia entró para administrarle sus medicinas nocturnas que ella se movió, cerró suavemente el libro de oraciones y se levantó para unirse a ella.

"¿Te he agradecido por volver a Urai?", preguntó Madam Livia, preparándose para partir, deteniéndose en el umbral. "Sé que no debe haber sido fácil, considerando todo lo que ha pasado."

"No necesitas agradecerme", dijo Emeriel.

Lo cierto era que, a pesar de su deseo de dejar atrás el pasado, Aekeira tenía razón. Necesitaba saber que su macho estaba sano y fuerte, incluso estando a medio mundo de distancia.

"Durante su breve regreso, comprendí por qué su pueblo le es tan devoto", confesó Madam Livia, con las manos apoyadas en el marco de la puerta. "Todos nos odiaban a los humanos, pero él era el único gobernante que nos trataba como seres vivos".

La mirada de la doncella jefa se desvió hacia la cama. «Lord Ottai, como mucho, nos ignora; Lord Vladya dañaría a cualquier humano que se interpusiera en su camino; y Lord Zaiper… bueno, nos trata peor que a la basura, matándonos como a alimañas».

Ella sonrió. "¿Pero el Rey Daemonikai? Ve a una niña caer y la ayuda a levantarse. ¿Te diste cuenta de que las cocinas empezaron a prepararnos mejores comidas cuando regresó? Nos incluía en los festivales como asistentes, no como esclavos. Y cuando enfermábamos, se aseguraba de que los curanderos nos atendieran".

Emeriel se quedó mirando, sin palabras.

Ella había sido consciente de cierta benevolencia del gran rey hacia los humanos, pero no en toda su extensión.

Gran parte de su tiempo lo había pasado en la casa del señor Herodes, demasiado preocupada por sus propias luchas.

—Los Urekai no son los únicos que rezan por su recuperación, ¿sabes? —añadió Madam Livia—. Todos lo estamos. Por eso estoy convencida de que enviaron a ese asesino; no actuó por su cuenta solo por ser humano.

Emeriel miró al gran rey. El leve movimiento de su pecho era la única señal de vida. «Está mostrando mejoría, pero sin la fiebre helada…»

—No podemos estar seguros —terminó la señora Livia con tristeza.

Ambos conocían la importancia de la fiebre de hielo. El rey Daemonikai ya se había mudado a otra habitación el día anterior, y todos esperaban con ansias su llegada.

Era una señal de que el alma estaba cruzando el Mar Frío, el límite final entre los vivos y los muertos.

Emeriel había consultado las leyendas y leído todos los textos históricos al respecto. Muchas almas se habían perdido durante esta travesía, tragadas por las despiadadas aguas gélidas.

Pero los espíritus que sobrevivieron a la fiebre del hielo regresaron sanos y salvos a sus cuerpos.

Pensarlo le heló la sangre a Emeriel hasta los huesos.

*¿Qué pasa si no sobrevive a la travesía?*

*¿Qué pasaría si lo perdiera en las gélidas profundidades de esas aguas antinaturales?*

Como de costumbre, respiró hondo, intentando disimular su preocupación. Emeriel solo podía esperar estar a su lado cuando eso sucediera.

Hacer todo lo que pudiera para guiarlo de regreso a la tierra de los vivos.

Chapter Thirteen

# UNA NOCHE FRÍA.



"NO CREO HABER OÍDO bien. *¿Qué hizo Emeriel* ?", gritó el Gran Lord Zaiper.

"Por lo que he deducido, ella desarmó y mató al asesino", confirmó Razarr con voz firme a pesar del arrebato de su señor.

El segundo gobernante se detuvo y *miró fijamente* a su soldado principal.

Razarr sostuvo su mirada brevemente antes de inclinar la cabeza en señal de deferencia. La tensión en el aire era densa, pero una suave risa la atravesó.

Zaiper se dio la vuelta. "¿Qué demonios te hace tanta gracia, Sinai?"

La señora ladeó la cabeza. "Oh, perdóneme, Lord Zaiper. Es que... bueno, esa 'pequeña humana' parece haber arruinado sus planes", ronroneó, ahogando una risita que él pudo ver. "No puedo evitar preguntarme cuán ligeramente habrá tocado el cuello del asesino para apagar sus luces... *para siempre* ", rió Sinai.

Las fosas nasales de Zaiper se dilataron. "Lo estás disfrutando, ¿verdad?"

"Es bastante gracioso, no lo niego", dijo arrastrando las palabras, enseñando los dientes. "Pero no me malinterpretes, también es un

problema. He oído que han iniciado una investigación exhaustiva. ¿Y si la pista te lleva de vuelta?"

—Imposible. Fui cuidadoso —gruñó Zaiper—. La única que podría saber algo es su esposa, y no se atrevería a hablar en mi contra. No es tan tonta.

Sinai arqueó una ceja. "Bueno, yo no estaría tan segura." Sus dedos recorrieron distraídamente los bordes de sus uñas bien cuidadas. "Cuando una gallina está desesperada por proteger a sus crías, la lógica y el miedo se desvanecen. He oído que los soldados incluso detuvieron a sus familias, incluyendo a las crías, para interrogarlas. La desesperación tiene efectos extraños en la gente."

—Mmm. —Con las manos entrelazadas a la espalda, Zaiper reflexionó sobre sus palabras—. Entonces hay que encargarse de ella. Razarr, haz los arreglos necesarios. Envenena su próxima comida. Asegúrate de que sea imposible rastrearla.

Razarr hizo una reverencia y salió de la habitación.

Todavía no puedo creer que esa brisa de niña haya logrado derrotar a mi asesino. —Zaiper apretó los labios—. Pura suerte, sin duda. Pero últimamente, parece que tiene demasiada suerte. No me gusta.

—Ya te lo dije, todo ha cambiado con esa chica desde su regreso —dijo Sinai—. No solo ha cambiado su estatus. Su fuerza, su aplomo, incluso la forma en que nuestra gente la mira ahora. Sobre todo porque ha pasado todo el tiempo atendiendo a mi Daemon.

—Ahí termina todo —afirmó Zaiper con seguridad—. Por muy civilizada que se vuelva nuestra gente, jamás aceptarán que se aparee con Daemonikai. Ni siquiera el propio Daemonikai lo haría. No entiendo por qué estás tan preocupado; no es más que una pequeña molestia.

—Y esa pequeña molestia acaba de provocar una investigación que podría llevarte directamente a ti, Lord Zaiper. —La sonrisa de Sinai se ensanchó, mostrando los dientes—. Sigue mi consejo. No *la* subestimes.

"No perderé el tiempo preocupándome por una simple chica humana".

La señora chasqueó la lengua. «Y no vuelvas a atentar contra la vida del gran rey. Deja que esta situación se calme. Con suerte, no se recuperará, y su alma moribunda acabará con él por ti».

"Cierto", admitió Zaiper, mirándola de reojo. "Eres una cosita muy mala, ¿verdad? Juraría que te importaba ese hombre".

La señora tuvo la decencia de parecer culpable. Se aclaró la garganta. "Sí que me importa."

Zaiper puso los ojos en blanco. "Claro que sí."

Ella se encogió de hombros. "Entonces, ¿cuál es su siguiente paso, mi señor?"

"¿Qué sugieres?" preguntó cruzando los brazos.

"Creo que es hora de que consigas un heredero".

Zaiper estaba seguro de que la mujer bromeaba. La miró como si le hubieran salido brazos. "¿Disculpe?"

El gran trono siempre se ha mantenido estable porque Myka era el heredero. Pero con él y Alvin desaparecidos, solo queda Daemonikai. —Una sonrisa se dibujó en sus labios—. Su familia ha desaparecido, su linaje está vacío una vez más.

Las cejas de Zaiper se fruncieron mientras escuchaba atentamente.

—Necesitas un heredero, mi señor. Si Daemonikai muere y asumes el trono, un heredero consolidará tu derecho. Fortalecerás tu posición como titular indiscutible del trono —dijo Sinai arrastrando las palabras, soplando aire sobre sus dedos bien cuidados—. Un heredero asegurará el futuro de Dragaxlov como el *Nil'nhile* , y el gran trono permanecerá dentro de tu linaje.

A Zaiper le impresionó la brillantez de su sugerencia. ¿Por qué no lo había considerado antes?

La ira se desvaneció y una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro. Se acercó a Sinaí, le tomó el rostro entre las manos y le dio un beso sucio y posesivo en los labios.

Sinai se rió entre dientes y le devolvió el beso.

—Eso —le dio otro beso ruidoso— es una idea brillante.

"Lo sé", dijo Sinai con aire de suficiencia. "Pero no te adelantes, mi Señor. Concebir la idea es lo fácil. La ejecución es el desafío".

Sé que nuestra gente no tiene hijos, pero debo engendrar un heredero. *Debo* ... Zaiper retrocedió, lleno de determinación.

La señora se rió entre dientes. «¡Mira qué determinación!»

"Haré que mis hombres secuestren discretamente a todas las chicas que entren en celo en este reino para mí, con o sin vínculos, y las reproduzcan a todas, si es necesario. Seré el próximo y único gobernante con una hija en esta fortaleza", prometió el Gran Señor Zaiper.

***

El agotamiento finalmente la venció, Emeriel se quedó dormida en un sueño intranquilo en el sillón, cuando una sacudida la despertó de golpe. De repente, en alerta máxima, siguió su instinto, levantándose y caminando hacia la cama.

El color del rey Daemonikai había cambiado a una palidez aún *más* mortal. Tan blanco como la nieve recién caída.

"¿Mi Rey?" Corrió a su lado, agarrándolo del brazo. Solo para retroceder en cuanto su piel hizo contacto.

Hace un frío antinatural.

—¡Es *la fiebre del hielo!* —gritó Emeriel.

La puerta se abrió de golpe y los guardias irrumpieron, alarmados. «Princesa, ¿qué pasa?»

—¡Traigan al Señor Ottai! ¡Traigan a la Señora Livia! —gritó—. ¡Ahora!

Con las manos suspendidas sobre él, Emeriel no sabía dónde tocar. Mientras buscaba una parte cálida de él, el frío se le filtró en las yemas de los dedos, entumeciéndola.

Todo estaba helado. Más frío de lo que jamás hubiera imaginado.

—Quédate conmigo —ahuecó sus manos heladas entre las suyas, ignorando el frío penetrante. Lo tocó por todas partes: la frente, los hombros, los brazos—. Por favor, quédate conmigo, Su Gracia. Puedes hacerlo. Sé que *puedes* .

Impulsada, Emeriel se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación, solo para regresar con un montón de mantas. Las apiló encima de él, enterrándolo bajo una montaña de lana.

Pero no parecía suficiente. Necesitaba más. ¡ *Necesitaba más!*

¡Aquí estoy! ¡Retrocede, Emeriel! —Lord Ottai irrumpió con dos cubos en la mano, de los cuales emanaba vapor en espirales furiosas —. Quítale esas mantas, rápido.

A tientas, arrancó las mantas y Lord Ottai no perdió tiempo en volcar el primer balde sobre él.

El agua hirviendo silbó al golpear su piel congelada, empapándolo de la cabeza a los pies.

El calor desapareció casi instantáneamente y el agua se enfrió en cuestión de segundos.

*Dioses de la luz…* Esto no es real. No puede ser.

Maldiciendo en voz baja, Lord Ottai agarró el segundo balde y lo vertió sobre él también.

El resultado fue el mismo. El agua se enfrió antes de poder empezar a hacer su efecto.

Llegaron más guardias, con un suministro inagotable de cubos humeantes. Lord Ottai continuó descargando cubo tras cubo sobre el gran rey, y cada vez el calor se desvanecía casi al tocar su cuerpo gélido.

Emeriel perdió la cuenta de cuántos baldes habían usado; su corazón se hundía más cada vez que el agua no lograba calentarlo.

Por la ventana, vio el cielo nocturno iluminado con palos de fuego. El terreno estaba lleno de una multitud arrodillada en oración. Urekai... *y humanos.*

Se quedó sin aliento. No había soldados que hicieran retroceder a los humanos. No había conflicto ni hostilidad. *Solo coexistencia pacífica.* Se susurraban oraciones en la noche, pidiendo la travesía y el regreso seguros del gran rey. Un momento de unidad entre las dos especies. Tan excepcional, tan hermoso.

Al mirar hacia atrás al Rey Daemonikai, Emeriel exhaló bocanadas de aire en señal de alivio.

Su temperatura había empezado a bajar. Un toque de color había regresado a su piel. El frío se retiraba lentamente.

—Es suficiente por ahora —dijo Lord Ottai con voz ronca pero aliviada.

"Pero todavía tiene baja temperatura", protestó Emeriel.

—Intentamos ayudarlo a cruzar el Mar Frío, no ahogarlo. —El gran señor miró a su alrededor—. Livia, usa las toallitas.

La señora Livia dio un paso adelante, se arrodilló junto a la cama y comenzó a lavar cuidadosamente el cuerpo del gran rey con agua humeante.

El frío persistía, pero al menos el agua ya no silbaba al contacto. Por fin, Emeriel se relajó.

Pero no duró mucho.

Minutos después, el frío regresó, trepando por su cuerpo como una marea que despierta.

*Ya basta de esto.*

Sin pensarlo dos veces, Emeriel comenzó a quitarse la ropa.

Lord Ottai la miró alarmado. "¿Qué haces?"

Ignorándolo, se deshizo de todo rápidamente. Calor. *Debo mantenerlo caliente.*

Desnuda, se metió en la cama junto al rey Daemonikai, apretando su cuerpo contra su piel helada. El frío era punzante, doloroso. Pero no le importó.

Con los brazos rodeando su pecho, las piernas entrelazadas con las suyas, Emeriel lo envolvió como una serpiente. Su cuerpo temblaba de frío, pero apretó los dientes. *No voy a soltarlo.*

"¿Estás loco?" gritó Lord Ottai.

—¡Esto es peligroso, Emeriel! —gritó Madam Livia, presa del pánico—. ¡Podrías morir de frío!

Ella los ignoró. *Debo calentar a mi hombre. El mío.*

*Él ya no es tuyo,* le recordó una parte de ella.

*Por ahora,* Emeriel susurró para sus adentros *, solo por un ratito... es mío. Debo salvarlo.*

—Eres tan testarudo como él. ¿Por qué no me sorprende que te eligieran para él? —preguntó Lord Ottai, frenético.

Emeriel se movió encima de él para cubrirlo lo más posible. "Quédate conmigo", murmuró, su aliento rozando su cuello. "Solo quédate conmigo un poco más".

Sus dedos recorrieron su piel, fría al tacto, pero no se detuvo. No podía.

—Esto es peligroso —dijo Lord Ottai con un tono suplicante—. Por favor, Emeriel, escúchame.

"Si se enfría demasiado, me alejaré", respondió finalmente Emeriel.

"¿Estás seguro?" preguntó Lord Ottai.

*No, ya tenía demasiado frío.* «Estoy segura». Tuvo que esforzarse para que no le castañetearan los dientes.

La señora Livia levantó la cabeza de golpe. "Pero..."

—Trae la pila de mantas. —La mirada de Emeriel se fijó en el rostro pálido e inexpresivo del rey.

Los cubrieron rápidamente con un montón de lana tibia. Pero el frío absorbió todo el calor; Emeriel apenas sintió las capas de tela.

La señora Livia continuó su trabajo, exponiendo uno a uno los pies y las manos del rey para lavarlos con el agua caliente y chisporroteante.

"Eres el hombre más fuerte que conozco." Emeriel le acarició la mejilla con la mano. "Todos creemos en ti."

Inclinándose, contempló esos ojos verdes vacíos. «Eres el todopoderoso Daemonikai, Rey de los Urekai. Te deslizarás por ese mar como si fuera un simple arroyo».

Presionando un beso contra sus fríos labios, susurró: "No estás solo. Estoy aquí a tu lado".

A medida que la noche se hacía más profunda y se extendía en silencio, todos se marchaban uno por uno.

Finalmente, Lord Ottai también se levantó y se dirigió a la puerta. "Volveré mañana por la mañana".

Emeriel sintió sus ojos en su espalda.

Los dioses no podrían haberle dado un *vínculo de almas mejor* . Eres más fuerte que muchas de nuestras hembras juntas, Princesa.

Emeriel no tenía palabras para eso, así que no respondió y la puerta se cerró detrás de ella.

A solas con él, finalmente se dejó llevar, con los dientes castañeteando sin control. Tenía tanto frío que apenas sentía partes de su cuerpo.

Aun así, sus ojos permanecieron fijos en él, vigilantes. Siguió hablándole, aunque le temblaba la voz.

Su temperatura fluctuaba, a veces más cálida, a veces más fría, pero nunca volvió a alcanzar ese frío aterrador que llegaba hasta los huesos.

Ella lo observó mientras la noche se prolongaba interminablemente.

Solo al amanecer se le pusieron los ojos pesados. El cansancio contra el que había luchado incansablemente finalmente se cernía sobre ella.

*No puedes permitirte dormir. Debes permanecer despierto.*

Pero al final, el cansancio la invadió. Sus ojos se cerraron y sucumbió a la tentación del sueño.

Cabeza apoyada sobre el pecho.

Manos fuertemente entrelazadas en las suyas.

***

"Emeriel…"

El suave susurro llegó a los sueños de Emeriel.

*No… no, me acabo de quedar dormida,* pensó aturdida, mientras su mente luchaba por aferrarse a los restos del descanso. *Necesito más.*

"Emeriel… despierta."

*Su voz.*

Sus ojos se abrieron de golpe.

Le tomó solo un instante recordar dónde estaba, por qué estaba allí y contra qué cuerpo cálido se apoyaba su cuerpo desnudo. Quién le acariciaba suavemente el cabello.

Levantando la cabeza, miró su rostro.

Aquellos ojos verdes, una vez vacíos y distantes, miraron a Emeriel, esta vez llenos de conciencia.

Parpadearon *lentamente* .

Chapter Fourteen

# AMADO DESPIERTO. AMADO ESCALOVIZ.



"ESTÁS DESPIERTO", SUSPIRÓ EMERIEL, sin poder creer lo que veía.

El rey Daemonikai asintió lenta y débilmente. "Lo soy".

Emeriel reprimió la felicidad que la invadía. "¿Cómo te sientes?"

—Cansado —dijo el rey Daemonikai con voz áspera—. Querido.

*Queridísimo.*

La había llamado *querida* .

"Soy yo, Emeriel, no..." *No era Evielyn.* Casi lo dijo, pero no lo hizo.

Un leve atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios. "Lo sé."

*O… vale* . Eso fue extraño.

Había esperado ver confusión, tal vez incluso decepción por verse obligado a regresar a una realidad que él despreciaba. En cambio, parecía sereno. ¿Casi… feliz?

*Estaba despierto, vivo y consciente. Eso es todo lo que importa.*

Emeriel se apartó, detestando cómo extrañó inmediatamente la sensación de su cuerpo al levantarse de la cama. "Me alegra tanto que estés despierto. Tu gente se alegrará muchísimo cuando se entere."

Recogió su ropa desperdigada y se vistió rápidamente, evitando su mirada. Le temblaban ligeramente las manos al abrocharse la ropa.

Luego se dirigió a la ventana, abriendo las pesadas cortinas. El aire fresco entró a raudales, junto con la suave luz del amanecer.

La multitud seguía allí. Humanos y Urekai.

—Te velaron —dijo Emeriel en voz baja, mientras escudriñaba con la mirada las figuras arrodilladas—. Estuvieron aquí toda la noche, rezando por tu regreso sano y salvo.

—Buena gente —murmuró con voz ronca.

"Lo son. Realmente aman a su rey."

"Amor genuino", repitió el gran rey. "Supongo que de eso se trata todo vínculo".

Emeriel miró por encima del hombro y se encontró con su intensa mirada fija en ella. Sintió un vuelco en el estómago, mariposas en el aire.

*Bueno, es hora de irnos.*

—Le informaré a Lord Ottai que estás despierto —dijo con voz más firme de lo que sentía—. Ha estado contigo en cada paso del camino. Esto lo hará muy feliz.

"¿Y tú... eres *feliz* ?", preguntó el rey Daemonikai en voz baja.

Emeriel vaciló. Lo era.

Fue la primera felicidad genuina que había experimentado en mucho tiempo, y estaba tratando por todos los medios de no demostrarlo.

*¡Está vivo! ¡Ha vuelto!*

"Escuché cada palabra que me dijiste", confesó el rey.

Emeriel se echó hacia atrás, sorprendido. "¿Todo?"

—Todo. Las historias, las oraciones, las palabras de aliento. —Sus ojos la miraron con una dulzura inusual—. Eres única, Emeriel.

Ella se removió, incómoda ante aquella mirada. "Solo soy... yo."

Sus ojos se dirigieron a la puerta con anhelo. Pero sus brazaletes estaban en la mesa junto a él. No tuvo más remedio que acercarse para recuperarlos.

Deslizando las frías bandas de metal sobre sus muñecas, Emeriel trató de ignorar su cercanía, el silencioso tintineo de las pulseras llenando el silencio.

Girándose para irse, dio un paso atrás.

Su mano se extendió y atrapó la de ella.

Emeriel jadeó. Su primer instinto fue apartarse, pero se quedó paralizada. La mano de él la sujetaba con suavidad, pero con firmeza, como si él también esperara que ella se resistiera.

"Gracias por regresar", dijo el gran rey con voz ronca.

¿No te enojaste porque lo hice? Emeriel miró fijamente sus manos unidas. Sé que me enviaste lejos porque no me querías aquí.

La miraba así otra vez. Como si la viera por primera vez.

El brillo en sus ojos se intensificó. Luego, en voz baja, dijo: «No... en ese momento».

Emeriel asintió. Eso ya lo sabía. "¿Te enteraste del atentado?", preguntó, cambiando de tema.

—Eso también. —Le soltó la mano, con el rostro endurecido—. Ottai ya ha comenzado la investigación.

—Sí. Si el asesino realmente actuaba bajo órdenes, todos esperamos que se encuentre al culpable. —Emeriel tiró de su mano —. Si me disculpa, Su Alteza.

Se tomó su tiempo para liberarla. Pero cuando lo hizo, Emeriel logró escapar.

"¿Emeriel?"

Esas mariposas en el estómago volvieron a revolotear. Se detuvo en la puerta, pero no se giró.

"Gracias por salvarme la vida... otra vez."

"Me salvaste hace dos años. Es justo que te devuelva el favor."

"Vuelve más tarde", dijo en voz baja. "Por favor."

Emeriel no podría haberse alejado lo suficientemente rápido.

***

Ella no regresó el resto del día.

Ni el día después.

A medida que su cuerpo se recuperaba lentamente, el Gran Rey Daemonikai recuperó gradualmente sus fuerzas. Con el paso de los días, empezó a sentirse como antes.

Su alma seguía herida, pero los síntomas de progresión habían cesado, afortunadamente. Aún no había señales de recuperación completa, pero todos esperaban que llegara. Con el tiempo.

Lo que más odiaba Daemonikai de las enfermedades era el confinamiento. Ottai y su gente insistían en que permaneciera en cama.

No debía levantarse hasta que las últimas hierbas y pociones hubieran surtido efecto. Hasta que recuperara por completo sus fuerzas.

Todos los días, su gente le enviaba regalos. Racimos de plantas medicinales aromáticas, trozos de carne poco cocida. Una hambruna asolaba la tierra, pero aun así le daban lo poco que tenían a su rey.

Una hambruna que no existiría si Daemonikai hubiera asumido el papel del Gobernante Máximo que era y hubiera dejado de revolcarse en su dolor.

Apartó la culpa. *Más vale tarde que nunca.*

No se habían dado por vencidos con él, incluso cuando Daemonikai hacía tiempo que se había dado por vencido consigo mismo. Estaba sumamente agradecido.

Pero ahora, su preocupación rozaba la arrogancia. Su insistencia en que descansara por completo lo obligaba a permanecer en cama como un prisionero.

Así que allí estaba, los días transcurrían lentamente, su mundo girando en torno a sus aposentos. Y con ellos llegó la tortura de la espera.

Cada hora que pasaba, miraba fijamente la puerta, esperando el regreso de Emeriel. Ella no vino, y él no la llamó. Simplemente... esperó.

Esperando poder cruzar la puerta por sí sola.

Pasaron tres días más.

La buena noticia era que se sentía como antes. Quizás incluso más fuerte. Más centrado.

Había recuperado por completo sus fuerzas, y esa noche le administrarían el último tratamiento con hierbas. Esa noche marcaba el fin de su confinamiento.

A pesar de estar postrado en cama, había retomado sus deberes reales. Había muchísimo que hacer, y Daemonikai ya estaba enloqueciendo por la inactividad.

Así que celebró reuniones en sus aposentos, ideando estrategias para combatir la hambruna mientras esperaba la lluvia. Había convocado a los hacedores de lluvia el día anterior, y el ritual para implorar a los cielos que se abrieran... para atraer la lluvia tan necesaria... ya estaba en marcha.

Hasta el momento todas las noticias eran positivas.

Excepto por una evidente ausencia: Emeriel.

Ni rastro de ella. Ni una señal... durante seis largos días.

***

Al caer la noche, Daemonikai yacía en la cama, esperando su última dosis, poniéndose al día con las noticias que detallaban los acontecimientos que se había perdido durante su ausencia. O al menos, lo intentaba.

En realidad, apretaba los dientes con frustración mientras miraba los panfletos.

*Ella no había venido.*

Y Daemonikai ansiaba volver a verla.

Él quería, no, *necesitaba* , volver a verla.

"Una vez que me libere de esta maldita cama, la cazaré", gruñó.

—Su medicina está aquí, Su Gracia —anunció su mayordomo.

"Envíalos."

Su olor lo impactó primero.

Cada célula de su cuerpo, cada fibra de su ser, despertó a ello. Su mente acelerada, su corazón vacío, incluso su alma moribunda.

Lentamente, Daemonikai levantó la vista de las noticias y allí estaba ella.

Emeriel se movió con gracia por la habitación, llevando una bandeja llena de frascos y bolsas, colocándola suavemente sobre la mesa del otro extremo.

Vestida con un lujoso vestido rojo, exhibía sus atuendos de princesa. Daemonikai estaba estupefacta.

Ella era impresionante.

Diablos, ella era más que impresionante… sólo que él no podía encontrar palabras adecuadas para hacerle justicia.

Había algo en ella ahora, algo que no había estado allí antes.

Sí, Daemonikai había visto a Galelia, y esta mujer frente a él se parecía exactamente a ella, pero había algo... más.

¿Era su porte? Un porte que solo alguien con el "porte real" podía lograr.

"Buenos días, Su Majestad", dijo con voz firme mientras se concentraba en las hierbas. "La señora Livia estuvo indispuesta esta noche y me ha encomendado entregarle sus medicinas, espero que no le importe".

Cruzando la habitación hacia él, le ofreció una pequeña taza llena de un líquido oscuro y picante.

*Aliméntame con la mano, como lo hacías cuando era salvaje.*

Las palabras subieron a su garganta, pero Daemonikai las atrapó allí, extendiendo su mano y aceptando la copa.

—No has regresado —afirmó, tomando un sorbo del amargo brebaje.

Ella apartó la mirada, con tono sereno. "Estaba ocupada."

Daemonikai intentó encontrar algo debajo de ese desinterés, pero su rostro no delataba nada.

La había visto, la *había sentido* , allí con él en el Mar Frío. Había estado tan solo, las aguas gélidas lo arrastraban, su cuerpo entumecido, su esperanza desvaneciéndose.

Pero ella había estado allí, su calor presionándolo. Su voz, un faro en la oscuridad, hablándole, calmándolo.

Su voz lo había rescatado cuando casi se había dado por vencido. Su tacto lo había llevado a casa.

Y ahora esa misma mujer, que había arriesgado su vida para salvarlo, estaba frente a él con una indiferencia asombrosa.

"¿Cómo estuvo tu día?" presionó, tratando de sonsacarle el tema.

—Fructífero. —Su tono fue cortante—. Productivo.

Daemonikai le devolvió la copa vacía y ella se levantó para coger otro frasco de la bandeja. Sus ojos seguían cada uno de sus movimientos.

"Mi día estuvo lleno de agotadoras reuniones sobre asuntos oficiales", explicó. "Para ser un rey postrado en cama, a mi pueblo ciertamente no parece importarle".

"Están aliviados del regreso de su gran rey." Emeriel le entregó una bandeja con raíces molidas y plantas. "Todos están de alegría. Se han celebrado celebraciones en cada rincón de la fortaleza."

Daemonikai dio un mordisco. "¿Y tú?" Sus ojos se clavaron en los de ella. "¿Te alegras?"

Sus ojos azul bebé se encontraron con los de él por un momento.

Por más que lo intentó, Daemonikai no pudo descifrarla. Su rostro había pasado de relajado a completamente inexpresivo en un abrir y cerrar de ojos.

Fue *desconcertante* verlo en un rostro que una vez fue tan expresivo.

"No estaría en este reino si no lo fuera", respondió finalmente, con tono neutral.

*Maldita sea, adelante.* "Emeriel, quiero hablar contigo sobre lo de hace dos años", dijo con seriedad. "Quiero disculparme..."

Ella se dio la vuelta, dándole la espalda. «No hay nada que hablar. Debo despedirme», dijo secamente. «La señora Livia llegará pronto con el resto de sus medicinas». Una mirada por encima del hombro. «Buenas noches, Su Gracia».

Después de irse, Daemonikai se quedó mirando la puerta por la que había salido; el silencio de la habitación era ensordecedor.

Si estuviera enojada, habría sido mejor. La ira significaba que todavía le importaba lo suficiente como para estar molesta.

Pero no había ira. Solo convicción y una distancia enorme.

*¿La había perdido para siempre?*

Daemonikai había estado tan seguro de que, una vez que regresara, una vez que estuviera completo de nuevo, podría arreglar las cosas. Pero ahora no estaba seguro.

*¿Había arruinado sus posibilidades con ella antes siquiera de que comenzaran?*

***

Emeriel estaba de pie frente al espejo mientras los sirvientes le ajustaban la vestimenta, castigándose una vez más por la noche anterior.

*¿Por qué le había hecho una visita?,* se preguntó por centésima vez.

No había ninguna razón lógica para tomar las medicinas de la señora Livia sólo para tener una excusa para verlo.

Habían pasado dos años y Emeriel casi había olvidado lo difícil que era resistirse a ese hombre.

O tal vez, con su vínculo latente, ella había asumido ingenuamente que él ya no la afectaría.

*Qué equivocado estaba.*

Al verlo despierto y vigoroso, esos cautivadores ojos verdes la habían puesto nerviosa. Era todo lo que podía hacer para reprimir los temblores que amenazaban con apoderarse de ella.

Emeriel no sabía si reír o llorar.

Ella se había construido a sí misma a lo largo de los años... Años de construir muros cuidadosamente, ladrillo tras ladrillo con cuidado, solo para una noche, solo unos momentos en su presencia, para hacer que esos muros temblaran y los cimientos se estremecieran.

"Gracias", dijo cuando los sirvientes terminaron. "Pueden retirarse".

Salieron en fila, dejándola sola con sus pensamientos.

"Ya no hay vínculo entre ustedes dos", le dijo Emeriel a su reflejo con firmeza. "No tienes por qué sentirte así. No te esforzaste tanto, ni te hiciste tan fuerte, solo para volver a caer en la misma trampa".

*¿Qué quería decirle?*

Anoche, mientras regresaba a sus aposentos, la curiosidad la atormentaba. Incluso ahora, la perturbaba. La pregunta le picaba en los bordes de la mente.

Pero Emeriel hizo lo que mejor sabía hacer: reprimirlo.

*A veces, hay sabiduría en la ignorancia. Paz en no saber. Es mejor no saber.*

Un golpe resonó en la habitación. "¡Entregas, Princesa!"

Cruzando hacia la puerta, la abrió y encontró una canasta de flores en la puerta.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. No fue ninguna sorpresa.

Todas las mañanas, desde que el gran rey despertó, recibía muchas flores del pueblo Urekai. Apilaban los regalos junto a su

puerta como una ofrenda de paz.

Su actitud había cambiado mucho desde su regreso. Algunos días, a Emeriel aún le costaba creerlo del todo.

Pero sus gestos despertaron en ella una cálida alegría. Una esperanza… vacilante. Cautelosa.

De alguna manera, una parte defensiva de ella esperaba que cayera la otra piedra. El odio y el caos.

La ofrenda de hoy fue un ramo de vibrantes lirios rojos. Emeriel levantó la cesta y se la llevó a la nariz.

El aroma la invadió, calmando sus nervios alterados como la lluvia en un día soleado, y así, su tensión desapareció.

*Nada como el olor de flores frescas para empezar el día.*

Otro golpe la sobresaltó. «Entregas, Su Alteza».

Emeriel bajó los lirios. El sirviente sostenía una cesta aún más grande y extravagante, rebosante de flores.

El sirviente hizo una reverencia respetuosa. "De parte de Su Majestad, el rey."

Chapter Fifteen

# SECO. VACANTE.



MARGARITAS.

Una profusión de alegres margaritas blancas con centros de color amarillo soleado.

A Emeriel le dio un vuelco el corazón al aceptar la canasta. A su pesar, sus labios se curvaron en una sonrisa.

*¿Qué estás haciendo?*

Pero sus manos se negaron a soltar el regalo.

Hundiendo el rostro en las fragantes flores, Emeriel inhaló profundamente. El aroma, cálido y dulce, llenó sus pulmones.

Si los lirios de su pueblo la habían calmado, estas margaritas del rey *calentaron todo su ser.*

*Camino peligroso, peligroso.*

Lo sensato sería devolver las flores, agradeciendo al rey su hospitalidad, pero declinando cortésmente el gesto. O, mejor aún, regalar las margaritas a otra persona y mantener la distancia.

Pero sus pies la llevaron por la habitación. Dejó la cesta en el suelo y buscó un jarrón vacío, llenándolo de agua y acomodando con cuidado las margaritas. No tenía por qué dejar el jarrón junto a su cama.

*Está bien, de todos modos no me quedo,* razonó mientras daba un paso atrás y examinaba su trabajo.

Una vez que el rey Daemonikai se recuperara por completo, independientemente de si el vínculo se reavivaba o no, Emeriel regresaría a Navia.

Esto fue temporal. Fugaz.

Las flores no significaban nada.

***

"Muchas gracias por su ayuda, Princesa", dijo el soldado con gratitud.

—No pasa nada. Tu hija es mi amiga. —Emeriel miró a la pequeña Dabekka, sentada a su lado, con los ojos abiertos y apreciativos. Le revolvió el pelo—. Me alegra haber podido ayudar.

"Bekka me dijo que la has visitado a diario", dijo el soldado con la voz llena de emoción. "Le salvaste la vida a mi amada". Parecía estar a punto de llorar de nuevo, y Emeriel se removió, incómoda. "No tenía ni idea de que estuviera enferma. Bekka aún no sabe usar un pájaro mensajero".

La vergüenza se asomó a los ojos de cierva de la niña. Emeriel le sonrió y luego se volvió hacia su padre. «Podría aprender, ¿sabes? Empieza pronto. Bekka es inteligente».

"Así es", asintió, con una mirada dulce mientras observaba a su compañera dormida. Inclinándose, le dio un tierno beso en la mejilla. "Mi querida", susurró. "Estoy aquí ahora. Te cuidaré bien, lo prometo".

*Tanto amor en esos ojos.*

El corazón de Emeriel se encogió y las paredes de la habitación se cerraron sobre él. "Tengo que irme ahora", dijo bruscamente, girándose hacia la puerta.

"¡Esperar!"

Emeriel hizo una pausa y miró hacia atrás por encima del hombro.

El soldado permaneció de pie, incómodo, con la culpa reflejada en el rostro. No podía mirarla a los ojos. «He querido disculparme», empezó con voz grave. «Ese día, en el patio... yo estaba entre quienes querían que te encarcelaran sin comida ni agua. Cuando Su

Alteza, Zaiper, lo ordenó, me alegré. Y cuando el rey lo desestimó, me decepcioné. Incluso deseé que murieras».

Tragó saliva con dificultad, la vergüenza era evidente en cada palabra. «La culpa me ha atormentado desde entonces. No lastimaste a nadie. No es tu culpa haber nacido humano. Viendo cómo has estado ayudando, cómo salvaste a mi Dabekka y a mi amado, me cuesta vivir conmigo mismo». Finalmente, alzó la vista con ojos suplicantes. «Por favor, perdóname».

El silencio se instaló entre ellos.

—Todo eso es cosa del pasado —dijo finalmente Emeriel con voz ronca.

No podía creer lo conmovida que la habían puesto sus palabras. Qué gratificante fue escucharlo. «No te guardo rencor. Solo... trata bien a tu familia».

"Siempre", prometió. "Moriría por ellos".

—Eso es todo lo que pido —dijo en voz baja—. Me despido.

El soldado se enderezó y luego hizo una profunda reverencia. "Su Majestad."

Al salir al pasillo, Emeriel por fin pudo respirar con libertad. El aire fresco le rozó el rostro, pero un dolor agridulce persistía.

*¿Qué lindo sería ser mirado así, con tanto amor y devoción?*

Dejando a un lado esos sentimientos desagradables, Emeriel continuó su camino, con los soldados siguiéndola.

Al entrar en Ravenshadow, la fortaleza rebosaba energía, la atmósfera era más alegre que nunca desde su regreso. La gente estaba animada, las conversaciones animadas.

"¿Lo oíste?", le dijo un Urekai emocionado a otro. "¡El rey comparecerá hoy ante el tribunal!"

¡Por primera vez en quince meses! —exclamó otro Urekai—. Apuesto a que el Vampiro de Rocagris no está contento.

"¿Cuándo lo hará?", se burló otro. "Me alegra que el gran rey haya vuelto. Odio a Lord Zaiper con pasión".

—¡Oh! ¡Es el gran rey! —gritó una voz.

Emeriel se dio la vuelta. La multitud ya se estaba reuniendo, y exclamaciones de alegría los inundaban.

Se oyeron cascos a lo lejos y pronto apareció una procesión de soldados y altos señores, con los estandartes de los Urekai ondeando al viento.

Y entonces ella lo vio.

El gran rey cabalgaba en el centro. Como siempre, destacaba, imponente y majestuoso. Emeriel se había acostumbrado a verlo en camisetas sencillas durante su enfermedad, pero ahora, su porte imponente había sido restaurado por completo.

Vestido con su atuendo completo de gran rey —una túnica blanca ricamente decorada que brillaba a la luz del sol— parecía más grande que la vida real.

Sonrió a su gente, saludando en respuesta a sus vítores. A algunos se inclinó para alborotarles el cabello, a otros los saludó con un suave beso en las manos que le ofrecían.

A medida que avanzaba, la multitud se apartaba voluntariamente, creando un camino que conducía directamente hacia…

*Estás en su camino. Hazte a un lado.*

Emeriel se hizo a un lado, creando espacio para que él pasara. Agachó ligeramente la cabeza, esperando mezclarse con la multitud.

Pero su séquito se detuvo ante ella. Las tropas se detuvieron y el Gran Rey Daemonikai desmontó.

En medio de la bulliciosa multitud, con todas las miradas puestas en él, se dirigió hacia ella.

Al detenerse frente a ella, sus ojos se clavaron en los de ella. El tiempo se ralentizó.

El murmullo de la multitud se desvaneció en un zumbido distante.

Tomándole la mano, su tacto, familiar y extraño a la vez, presionó sus labios contra sus nudillos. «Mi esquiva Amada», dijo con una cálida caricia. «Por favor, ¿caminarías conmigo?».

*No.*

Estaba ahí mismo, en la punta de su lengua. Solo tenía que abrir la boca y exhalar la palabra.

Pero sus labios se negaron a moverse; la protesta se quedó atrapada entre su corazón y su garganta. ¿Por qué era tan difícil?

Ella *no* quería caminar con él. Cada parte de ella que había *trabajado, sobrevivido y resistido* se oponía.

Aun así, dio un paso adelante, *hacia él.* La gente estalló en un coro de aprobación, algunos aplaudiendo.

*¿En qué universo alternativo había caído? ¿* Con el gran rey llamándola Amada y Urekai animándolos? Emeriel ya no tenía ni idea de qué era real y qué no.

"Gracias, amada", dijo el rey Daemonikai, volviendo a depositarle un beso en la mano.

—Por favor, no me llames así —espetó Emeriel.

El cariño contenía la dulzura de lo que pudo haber sido y la amargura de lo perdido. Le dio un vuelco el corazón.

Su sonrisa se atenuó y la tristeza brilló en sus ojos.

—Perdóname, amada —dijo con suavidad—. Lo tendré en cuenta.

Ella me miró fijamente.

Una amplia sonrisa iluminó su rostro.

Emeriel casi se traga la lengua al verlo. Nunca lo había visto sonreír así.

Diablos, nunca lo había visto sonreír *genuinamente* . Punto.

Le tiró por dentro y se *quedó mirando* estupefacta mientras él la conducía hacia su corcel que la esperaba.

Finalmente, se contuvo. «No hay caballo extra», comentó con voz seca.

—Cabalgarás conmigo. —Subió a la silla y le ofreció la mano—. No te preocupes, amada. No te dejaré caer.

*No, no era ese tipo de caída lo que le daba miedo.*

Emeriel odiaba la forma en que la palabra "amado" sonaba en sus labios. Odiaba la emoción que la recorría, la forma en que despertaba partes de ella que había luchado por ocultar.

Odiaba lo mucho que quería escuchar más sobre eso.

Con un suspiro reticente, colocó su mano en la de él, fuerte y callosa, y él la subió al caballo sin esfuerzo, colocándola muy cerca de él. Dio una orden sutil y partieron a paso lento.

La cercanía era asfixiante.

Su aroma, la firmeza de su espalda. El calor de su cuerpo. *Cielos, qué idea tan terrible. Una idea terrible, estúpida e imprudente.*

El gran rey miró por encima del hombro. "¿Qué tal tu mañana, preciosa?"

—La mañana aún está fresca, Su Gracia —gruñó. Dudó un momento y añadió—: Recibí las flores. Gracias.

"De nada", dijo con cariño. "Hace un día precioso, ¿verdad?"

"Para ser un hombre que salió arrastrándose de las fauces de la muerte, ciertamente estás de muy buen humor esta mañana", murmuró Emeriel en voz baja.

El rey Daemonikai rió entre dientes. "Ya lo oí."

"Malditos oídos sobrenaturales", murmuró.

"Yo también lo he oído", añadió, mientras sus hombros temblaban con una risa silenciosa.

Emeriel cerró la boca con fuerza, más sorprendida por su risa que por cualquier otra cosa.

—He preparado algo para nosotros —anunció—. ¡Prepárense! —Le indicó al caballo que acelerara.

Instintivamente, sus brazos se envolvieron alrededor de su cintura, sujetándolo fuerte mientras el caballo avanzaba.

Mientras galopaban por el campo, Emeriel luchaba por no sentir nada.

Luchó por no sentir su cuerpo fuerte bajo sus manos, su cabello haciéndole cosquillas en la cara, la firmeza de su espalda contra su pecho. No, no notó nada de eso.

El viaje terminó antes de lo esperado, pero cuando desmontó, se dio cuenta de lo lejos que habían viajado.

Los imponentes picos del monte Asbar se alzaban frente a nosotros, con sus acantilados cubiertos de nieve recortados contra el cielo despejado.

¿Cuándo se dispersó el resto de la comitiva? Solo quedó Wegai, e incluso él dio media vuelta para marcharse, dejándolos solos.

"Necesito su caballo", pidió Emeriel.

El rey Daemonikai asintió y Wegai obedientemente dejó atrás el caballo antes de escabullirse.

Miró a su alrededor y entrecerró los ojos al notar lo que le esperaba. Había instalado... ¿un campo de tiro con arco?

Las dianas se alineaban en el campo… marcos de madera que sostenían círculos de paja bien definidos, cada uno marcado con una

diana pintada. Arcos y carcajs llenos de flechas descansaban sobre un soporte improvisado hecho con ramas.

"Vengo aquí de vez en cuando para relajarme", dijo el rey Daemonikai, caminando adelante con las manos entrelazadas tras la espalda.

Emeriel contempló el paisaje. Los campos bien cuidados, la hierba alta y ondulante, y los majestuosos picos de las montañas que se alzaban a lo lejos.

"Es un lugar hermoso", admitió.

"Lo es", asintió, deteniéndose en la mesa improvisada y seleccionando dos arcos.

Le ofreció uno a Emeriel. «El tiro con arco me ayuda a centrarme, a relajarme. Concentrarme en un solo punto, aislarme del mundo... es relajante».

Los ojos de Emeriel recorrieron el elegante arco, notando las marcas reales grabadas a lo largo. Las recorrió con los dedos.

***

El Gran Rey Daemonikai se dirigió al puesto de tiro con arco, se posicionó a una buena distancia del objetivo y, con facilidad, disparó una flecha. Esta voló recta, dando justo en el centro de la diana.

"Buen disparo", comentó Emeriel.

"Gracias. Oye, ven aquí", le hizo un gesto para que se acercara.

Emeriel se colocó el carcaj de flechas en la espalda y se unió a él en el puesto.

"Cada disparo es un momento para respirar, para liberar las cargas que pesan sobre ti", dijo Daemonikai en un tono suave, preparando su disparo.

Debieron ser difíciles las semanas que pasé cuidándome. Pensé que sería una buena manera de relajarme. El tiro con arco puede ser sorprendentemente terapéutico.

Emeriel se concentró en el objetivo, sus dedos rozando la cuerda del arco.

"También es una habilidad útil para la seguridad y la defensa", continuó. "Antiguamente, los arqueros creían..."

El repentino zumbido de una flecha lo interrumpió.

Emeriel ya había disparado su flecha, dando en el blanco con precisión milimétrica.

Se le cayó la mandíbula.

Miró fijamente el objetivo, luego volvió a mirar a Emeriel, luego volvió a mirar el objetivo.

Emeriel se encogió de hombros con indiferencia. "Aprendí un par de cosas".

"¡Guau!", dijo finalmente, atónito. "Impresionante. El tiro con arco no es una habilidad fácil de dominar. ¿Cómo aprendiste a disparar así?"

El silencio respondió a su pregunta. Emeriel miró fijamente al objetivo, con la mirada perdida, como si reviviera algún recuerdo íntimo.

"¿Emeriel?"

Parpadeó, saliendo de su ensoñación. "Digamos que el dolor puede matar... y motivar".

Así, de repente, el buen humor de Daemonikai se agrió.

Después de haberla enviado lejos, el *vínculo del alma* había sido más cruel de lo que había imaginado.

Sabía que sería malo, esperaba sufrimiento, pero la realidad estaba en un nivel completamente nuevo.

Era un *hambre que atravesaba* su alma.

Los días se habían desdibujado en una neblina de miseria, y él apenas podía funcionar.

*necesidad* profunda del alma que lo desgarraba *sin piedad* .

Incontables veces, casi cruzó al mundo humano para rescatarla. Para traerla de vuelta. Pero la culpa siempre lo detenía.

*¿Cómo podía desear a otra mujer tan desesperadamente, cuando su compañera de toda la vida yacía bajo tierra, muerta por su incapacidad para protegerla?*

*¿Cómo podía desear a un humano tan intensamente?*

*¿Cómo podía permanecer despierto por las noches, sin pensar en Evie, sino en Emeriel? Pensando en ella en su cama, preguntándose cómo habría sido el futuro con ella.*

Se había sentido como un traidor de la peor calaña. Desgarrado por dos lados, y ninguno era misericordioso.

Y cuando finalmente llegó a las grandes montañas, listo para cruzar y traer de vuelta a Emeriel, la culpa abrumadora se había triplicado, casi asfixiándolo. Así que regresó, para enfrentarse a su reino destrozado y a su yo aún más destrozado.

El *vínculo del alma* lo había destrozado.

Pero si había sido tan insoportable para él, Daemonikai se estremeció al pensar cuánto peor debió haber sido para Emeriel.

Ella había conservado ese vínculo durante más tiempo y lo había alimentado más profundamente.

"¿Estás bien?" Su voz lo devolvió al presente. Estaba de pie frente a él, con expresión fría, pero con la mirada escrutadora.

*No. No, no lo soy, Emeriel.*

Era más fuerte de lo que jamás había creído. Mucho más fuerte de lo que su delicada figura sugería. No solo físicamente, sino en todos los demás aspectos.

Había caminado sobre el fuego, y este la había transformado. La había endurecido. Era evidente en cada aspecto de su ser: su forma de moverse, de hablar, de mirar. La expresión cautelosa de sus ojos.

*¿Me perdonará alguna vez? ¿Nos dará una oportunidad?*

Daemonikai dejó que el arco y la flecha se le escaparan de las manos, cayendo al suelo con un ruido seco, y en un movimiento rápido, la agarró por los hombros y la hizo girar.

Moviéndose a la velocidad del rayo, la presionó contra la corteza áspera de un árbol cercano.

"¿¡Qué estás haciendo!?" Emeriel jadeó, sobresaltado.

"Necesito que me escuches, Emeriel", dijo Daemonikai en voz baja.

—No, no lo hagas. —El fuego ardía en sus ojos y apretó los puños contra él—. ¡No lo *hagas* !

"Necesito-"

—¡Suéltame! No quiero oírlo. —La desesperación se apoderó de su voz, y su tono se elevó... frenético—. ¡ *No* quiero oírlo!

"Pero tengo *que* hacerlo."

Ella empezó a luchar, a pelear con él con una fiereza que lo sorprendió.

Se retorcía, lo empujaba, le gruñía, le arañaba cualquier lugar donde pudiera poner sus manos.

Daemonikai no esperaba esa fuerza física. Ni la furia con la que contraatacó.

Pero él la sometió fácilmente, sujetándole las manos a los costados y presionando firmemente su cuerpo contra el de ella, enjaulándola.

"Déjame ir", susurró, con la cabeza inclinada hacia atrás contra el tronco del árbol; la resignación reemplazó su lucha.

Tenía los ojos cerrados, como si intentara bloquearlo. "Déjame ir."

"Lo siento mucho, Emeriel", dijo Daemonikai, con las palabras atropelladas por la emoción. "Desde lo más profundo de mi corazón y de mi alma, lo siento mucho. Nunca debí haberte alejado. Debí haberlo gestionado mejor".

Sólo los sonidos del canto de los pájaros y el susurro de las hojas le respondieron.

"Te rompí el corazón, y eso me atormenta", suspiró, disculpándose. "Lamento haberte alejado. Las palabras son débiles, y no se me dan bien. Ojalá pudieras mirar dentro de mi corazón y ver cómo me siento de verdad".

"Supongo que debería haberlo esperado", susurró. "Te dije que nunca tuve opción en nada, y tú intentaste dármela. Supongo que debería haberlo previsto. Después de todo, ya habíamos acordado que no había futuro para nosotros, que nuestro vínculo no podría florecer".

Era su turno de cerrar los ojos con fuerza. Sus propias palabras se repetían, clavándole puñales en el corazón. Y había más de donde venían esas.

"Me dijiste claramente que no quedaba nada que darme", dijo ella, y él abrió los ojos. "Que tu difunto compañero de vínculo poseía tu corazón y tu alma mientras tuvieras aliento. Así que sí, debí haberlo esperado. Debí haberlo visto venir."

Sus ojos, fuertemente cerrados, se relajaron y se abrieron lentamente, con la mirada perdida más allá del rostro de

Daemonikai. «Pero si ibas a arrancarme el corazón, destrozarlo y entregarme los restos, lo menos que podías haber hecho era *decírmelo* ».

*Cielos* . "Emeriel—"

Si ibas a clavarme un cuchillo en el pecho y arrastrar la hoja hasta mi vientre, lo mínimo que podías haber hecho era avisarme. Su cuerpo empezó a temblar; cada respiración era un escalofrío que parecía sacudirla hasta los huesos.

Dos largos años de miseria. Uno pensaría que cuando el vínculo se desvaneció hace un año, terminaría, ¿no? Pero no, las heridas siguieron extendiéndose hasta que cada parte de mí quedó en carne viva y con costras, Su Gracia. Y nunca sanaron.

Daemonikai gimió, la angustia lo atravesó como una tormenta oscura. "Lo siento. No lo pensé bien en ese momento. Pensé que liberarte era la mejor decisión. Estaba sufriendo, Emeriel. Abrumado. Nunca quise hacerte daño de esta manera. Por favor, créeme."

—Sí. Y eso es lo que más duele, ¿sabes? —Sus labios temblaron con una sonrisa amarga y vacía—. Porque veo la sincera intención de un hombre agraviado debajo de todo. Un hombre cuyo mundo se derrumbó y se vio obligado a enfrentarse al mundo de nuevo. Lo entiendo.

Su cabeza golpeó el árbol que tenía detrás, y el impacto produjo un ruido sordo. «Ojalá hubiera aliviado el dolor».

Cuando su cabeza impactó nuevamente, Daemonikai hizo una mueca ante el sonido, sabiendo que debía doler.

Pero lo hizo una y otra vez, como si intentara adormecer el dolor interior infligiendo uno en el exterior.

—Para. —Le sujetó las muñecas por encima de la cabeza con una mano, mientras la otra se deslizaba entre el árbol y su cráneo—. No hagas eso, por favor.

“El dolor me enterró viva y construyó una casa sobre mi tumba”, susurró, sin dudarlo. “Perdí la cuenta de cuántas veces deseé la muerte. Incluso intenté suicidarme una vez. Para acabar con todo”.

Daemonikai se sintió mal. *"El alma de Ukrae* ".

—No, obviamente. —Finalmente parpadeó, pero la mirada vacía y distante permaneció—. Sin embargo, tuve que perder lo mejor de mí

para salir de mi tumba. Tuve que perder algo tan preciado para abrirme paso a través de esos oscuros túneles.

No había lágrimas en sus ojos, solo resignación. *Aceptación.* Y eso le retorció el corazón.

Sus ojos secos y su tono distante lo impactaron más fuerte.

Daemonikai habría preferido lágrimas, incluso ira… algo que sugiriera que todavía había esperanza.

—Perdóname, por favor. —Su frente cayó sobre la de ella mientras apretaba su cuerpo contra el suyo para amoldarse a ella—. Danos una oportunidad.

"¿Y luego qué? No tenemos futuro, eso está más que claro. Nunca querría que olvidaras a tu familia por mi culpa, pero tampoco seré sustituta." Su voz era ronca, cansada, pero firme. "Además, no sientes nada por mí."

—Sí, sí —replicó, con el alma dolorida—. Yo...

—Culpa, quizá. Lástima, también. Pero nada más —concedió rotundamente—. No conocía a Emeriel lo suficiente como para sentir más, Su Gracia.

Respirando hondo, añadió: «No tienes por qué dejarte llevar por esas emociones. Ya soy una niña grande. Ya no soy aquella niña frágil. No lloraré por ti ni pediré más. No quiero *más* ».

Finalmente lo miró a los ojos. «Solo deseo que tu alma se recupere, que vivas una vida larga y feliz, lo mejor que puedas, a pesar de todo lo que ha pasado».

"Escúchame", gimió Daemonikai.

—No puedo. No quiero —dijo en voz baja mientras se enderezaba —. Ahora, ¿podrías soltarme? Te lo ruego.

Él la soltó lentamente, sus manos cayeron flácidas a sus costados.

Dando un paso atrás, creó una distancia física que reflejó la brecha entre ellos.

—Gracias, Su Gracia. —Se alejó, sacudiéndose la ropa.

—No me voy a rendir, ¿sabes? —declaró Daemonikai—. Ni contigo, ni con nosotros.

Dejó de sacudirse la prenda y volvió a mirarlo con esa misma mirada, como si le hubiera salido una segunda cabeza. Le dio la espalda y empezó a alejarse.

"Emeriel…"

Se detuvo. «No sé qué quiere de mí, pero no puedo dárselo». Respiró hondo de nuevo. «Simplemente... no puedo. Demasiado poco, demasiado tarde, Su Gracia. No me queda nada para dar».

Ella se alejó sin mirar atrás.

Chapter Sixteen

# DAEMONIKAI EL IMPLACABLE.



"¿CUÁNDO VOLVERÁS A CASA?" preguntó Aekeira.

El cuerpo del Señor Vladya se tensó.

Estaban pescando junto a un arroyo aislado. El Señor Vladya había pescado varios peces, mientras que Aekeira no había conseguido ninguno. Aunque ella no esperaba hacerlo.

Emeriel siempre había sido el experto en esto, pero Aekeira disfrutaba de la sencillez del acto con él.

"No en un futuro próximo", dijo sin comprometerse.

Habían pasado tres semanas desde que Aekeira empezó a visitarlo regularmente. Llegaba cada mañana y se quedaba con él casi todo el día. Siempre que preguntaba por su regreso con su gente, recibía la misma respuesta.

Ella comprendió su vacilación. Después de lo sucedido, regresar no era fácil. Pero la gente de Blackstone necesitaba a su señor.

Todas las mañanas, Aekeira encontraba cestas de frutas en su puerta, y su gente demostraba su aprobación.

Pasaba más tiempo aquí que en la fortaleza. De hecho, prácticamente vivía aquí ahora, regresando a sus aposentos solo por la noche.

Excepto en los "días malos". Cuando atravesaba episodios oscuros de locura salvaje. En esos días, insistía en que se fuera.

—Otro más. —Los ojos del Señor Vladya se iluminaron.

Un tirón sutil en el sedal indicó una picada, y Aekeira sonrió mientras pescaba con destreza un pez grande y ágil. Su quinto.

"La cena, mi señora, va a estar deliciosa."

"Sin duda lo será, mi señor", se rió entre dientes, con el corazón hinchándose.

Aekeira nunca se cansaría de tener toda su atención. Pasaba el día entero con él, absorbiéndolo. Parecía un cuento de hadas, donde este hombre era todo suyo.

Momentos como este la hacían desear que el mundo exterior no se entrometiera.

El Señor Vladya parecía más relajado. Más ligero.

¿Finalmente estaba vislumbrando al hombre que solía ser?

Se sintió reconfortada por dentro al pensarlo. Se sentía más feliz que en años.

***

De regreso a la cueva, después de su satisfactoria comida, el Señor Vladya salió a buscar leña para mantener la cueva cálida contra las noches frías.

Sola, Aekeira vagó hacia otra parte de la caverna.

*¿Una piscina?*

Las rocas lisas formaban una cuenca que contenía el agua cristalina. Una cascada caía desde arriba, alimentando la poza. Este debía ser el lugar de baño del Señor Vladya.

El agua la invitaba y Aekeira sintió el impulso de quitarse la ropa y meterse en ella, dejando que aliviara sus músculos cansados. Pero dudó en la orilla, jugueteando con su falda.

-Sabes que puedes usarlo, ¿verdad?

Ella giró.

El señor Vladya se apoyó casualmente contra una roca, con los brazos cruzados.

Aekeira se sonrojó. "Solo estaba... pensando."

Su mirada era suave, perezosa y cariñosa. «Podrías quitarte esa ropa bonita y disfrutar del agua fresca».

"Es tentador", admitió mientras su corazón latía más rápido.

—Entonces hazlo. —La miró con una mirada ardiente y le ordenó en voz baja—: Quítate la ropa, Aekeira.

Un escalofrío le recorrió la columna y bajó la cabeza, tímida.

Pero si algo le habían enseñado los dos últimos años a Aekeira, era que simplemente respirar no era vivir de verdad, y que los buenos momentos a menudo se truncaban. Por fin estaba allí con ella, y Aekeira no quería perder el tiempo en dudas.

Dejando de lado la precaución, sus manos alcanzaron los cordones de su corsé.

—Estoy... mmm... —Miró por encima del hombro, con las mejillas sonrojadas—. Voy a necesitar ayuda.

Un segundo después, él estaba detrás de ella, su aliento cálido en el cuello. Sus manos reemplazaron las de ella, desatando hábilmente las cuerdas antes de quitarle las correas de los hombros. Aekeira no tardó mucho en quedar desnuda ante él.

"Aun con mi lujuria embotada, todavía me vuelves loco", su voz se volvió más ronca por el deseo. Rodeándola del abdomen con el brazo, inhaló su aroma. "Entra."

Aekeira se metió en el agua. La frescura la envolvió y dejó escapar un suave gemido. El Señor Vladya entró completamente vestido, deslizándose hacia ella. Elevándose sobre ella, juntó sus labios.

*No puedo tener suficiente de sus besos.*

Mientras le enviaban chispas por las venas, despertando sus terminaciones nerviosas, ella se deleitaba con ellas. Estaba tan hambrienta de él.

Fue una tortura contener sus deseos estas últimas semanas, pero Aekeira tenía que hacerlo; le facilitaba las cosas. Pero hoy, se dejó llevar.

—¡Diablos! —suspiró, rompiendo el beso, con su erección gorda presionando contra su muslo.

"¿Vas a…?", preguntó, con voz esperanzada e insegura a la vez.

—No. No tendremos sexo, pero te daré placer. —Le dio un tierno beso en el cuello—. Abre tus muslos para mí, Aekeira.

El calor inundó sus mejillas, pero lentamente, se apartó para dejarle espacio.

Su mano se deslizó por la cara interna de su muslo... arriba... arriba... ahuecó su feminidad. «Te he extrañado demasiado», gruñó posesivamente.

Aekeira se arqueó contra él, su cuerpo temblando de necesidad.

—Pero también he echado de menos *esto* . —Sus dedos la acariciaron, extendiendo su humedad—. ¡Muchísimo!

Cerrando los ojos, ella gimió.

La acarició, lento pero seguro. Seductor, pero con intención. «Nunca me di cuenta de lo mucho que brillabas hasta que todo se oscureció sin ti».

"Ahh...", gritó, tensa. Lo necesitaba. "Adentro, por favor."

Deslizó un dedo dentro de su calor húmedo.

Un gemido largo y tembloroso siguió, resonando en las paredes de la cueva. Su libido, que estaba segura de que había muerto después de él, había revivido. Y *ardía* .

"Nunca me di cuenta de que eras el soplo de aire fresco que necesitaba hasta que esa nueva humedad desapareció, dejando solo aire muerto y viciado", le susurró al oído.

Su corazón floreció, como rosas que se abren a la luz del sol. *Este hombre... ¿cómo había vivido sin él? ¿Sin él?*

Con cuidado, introdujo un segundo dedo en su estrecho y hambriento canal, iniciando un deslizamiento lento y rítmico.

Aekeira se alegró de repente de no estar de pie; sus rodillas débiles no la habrían sostenido. Empezó a temblar, y la piel de gallina no tardó en ponerse. Dioses. *Dioses.*

Ella ya estaba luchando contra un orgasmo.

Tambaleándose al borde. Estaba justo ahí, exigiéndole que se rindiera.

Pero se mordió los labios con fuerza, hundiendo los dedos de los pies en la tierra. *Necesito que esto dure. Necesito que esto dure para siempre.*

"Y a través de los universos, tu sangre me llamó", gruñó, con su voz profunda como la grava. "Me alegra mi corazón desalmado que esta noche, por fin, pueda responder".

Él hundió sus colmillos en su cuello.

*Santo…!*

Arqueando la espalda contra la roca, Aekeira gimió al correrse. Atravesó sus defensas, inundándola de placer tras placer.

La mano peluda del Señor Vladya sostuvo su cuerpo retorcido mientras metía sus dedos en su cuerpo hambriento.

Su agarre posesivo, como si el lugar privado de Aekeira fuera su derecho. Suyo para invadir, suyo para abrir. Suyo para reclamar.

Retiró los colmillos y le arrancó esos pensamientos de la cabeza. "Esto es mío", gruñó, hundiendo sus gruesos dedos profundamente y haciendo una tijera. "Cada parte de ti es *mía,* mi amor, "La pequeña y bonita Aekeira."

Su cuerpo se convulsionó mientras se sumergía en éxtasis. Ahogándose.

Por fin, ella se desplomó contra él, sin huesos y completamente agotada.

Solo entonces retiró los dedos. La miró con una mirada intensa y ardiente, se los llevó a los labios, lamiéndolos hasta dejarlos limpios antes de emitir un gemido gutural de hambre absoluta y manifiesta.

—¡Caramba *!* Casi siento que mi deseo sexual no está dormido. —gruñó, mirando fijamente entre sus piernas abiertas, a su centro expuesto, con una mirada salvaje en los ojos—. Las cosas que quiero hacerte…

Se sintió completamente expuesta. Abierta a sus ojos. Pero se obligó a mantener sus muslos temblorosos separados para él. Para dejarle *ver* ...

Respirando hondo, se apartó. Levantándose, la levantó del lavabo y la llevó de vuelta a su cama improvisada. La recostó sobre la suave superficie y comenzó a secarle el cuerpo con la toalla.

Su miembro aún estaba duro y orgullosamente erecto, tensando sus pantalones. *Eso debía ser incómodo.*

—¿Estás bien? —preguntó Aekeira en voz baja—. ¿Quieres que...?

Su gran señor negó con la cabeza. «Estoy bien. Te dije que esta noche es para ti».

Ella lo miró con aire soñador y se sonrojó.

—Si tuviera alma —la voz del Señor Vladya era baja y áspera—, intentaría un ritual de unión.

Los ojos somnolientos de Aekeira se abrieron de golpe. ¿Lo había oído bien?

Él asintió con expresión solemne. "Lo haría."

"¿En serio?" no pudo evitar lo pequeña y esperanzada que sonaba su voz.

Otro asentimiento firme.

El corazón de Aekeira latía con fuerza. Él quería hacerlo... ¿por ella?

Juré no volver a realizar el ritual. Después de Tiara, juré no hacerlo. Pero si no fuera tan imposible, lo arriesgaría todo de nuevo. Querría que fueras mi compañera de vínculo.

Le secó el pelo con suavidad. «No soy un premio, Aekeira». Su voz era monótona, pero sus ojos se posaron en ella con una ternura casi surrealista. «Soy un desastre. Una carga. Casi salvaje, además».

"No eres nada de eso", dijo con fiereza, dolida por dentro. "No hables así de ti misma".

Cerró los ojos y apretó la mandíbula. «Si fueras Syren y yo tuviera mi alma, me habría rendido a tus pies y te habría suplicado que te unieras a mí. Que fueras mi compañera».

*Y Yo hubiera dicho isí!*

*"Sí, deseo más que cualquier otra cosa en el mundo ser tu compañero de vínculo".*

*Habría gritado de alegría, tan fuerte que todos los animales del bosque me habrían oído.*

Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras se sentaba y le rodeaba el cuello con los brazos.

La rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza... casi aplastándola. Aekeira hundió el rostro en su cuello, inhalando su aroma familiar mientras sus hombros se estremecían con sollozos silenciosos.

Aekeira no sabía qué deseaba más: ser una Sirena o que él recuperara su alma.

*Ambos.*

Los deseaba a ambos tan desesperadamente que le dolía.

***

—Arrodíllate antes de que nos vea —espetó el Gran Rey Daemonikai.

Ottai lo miró como si hubiera perdido la cabeza, y luego se cruzó de brazos con un suspiro hosco. "¿Y por qué tengo que esconderme contigo? No he hecho nada malo."

Daemonikai lo miró con superioridad y arqueó una ceja.

Con un suspiro de resignación, Ottai finalmente se agachó junto a él detrás de la roca protectora, murmurando en voz baja.

Juntos, observaron a Emeriel en silencio.

"¿Vas a verla?" resopló Ottai en voz baja.

"Sí."

"¿Cuándo?" presionó Ottai, mirando al rey.

Daemonikai no respondió. Por ahora, se contentaba con observarla desde la distancia mientras se movía con gracia, cuidando los jardines.

Así, de repente, la tensión de la jornada judicial se disipó.

Era una visión con su elaborado vestido, cuyos estampados dorados brillaban a la luz del sol. Simplemente impresionante.

Incluso su gente la admiraba, lo que sorprendió a Daemonikai. Eran… más amables con ella.

Al principio, desconfió. Pero tras ver cómo algunos interactuaban con ella —la forma en que los pequeños acudían a ella, sus madres observándolos con sonrisas confiadas—, empezó a creer.

Estaba asombrado por la forma en que trataba a los niños. *Emeriel sería una madre maravillosa.*

Una punzada de nostalgia se apoderó de él, pero la reprimió rápidamente.

Desde su encuentro hacía dos días, la había observado desde la distancia, siguiéndola en silencio cada vez que tenía la oportunidad.

Ahora cuidaba las flores, ayudando a los trabajadores esclavos. La satisfacción en su rostro mientras se movía entre las flores era... hipnótica. Daemonikai podría observarla todo el día.

—Quizás debería hablar con ella en lugar de acosarla, Su Gracia —comentó Ottai secamente.

Daemonikai le lanzó una mirada de reprimenda. "Eso es indigno. Yo no acecho."

Ottai arqueó una ceja. "Veamos. La seguiste desde la casa de la enferma, al bosque donde recogía hierbas con Livia, luego al campo de entrenamiento donde practicaba esgrima, y ahora, al jardín."

Bueno, ahora que Ottai lo planteó así, sí que parecía acoso. Aunque Daemonikai nunca lo admitiría.

"Solo sigo discretamente", corrigió con firmeza. "No acecho".

El cuarto gobernante sonrió con sorna. "Si tú lo dices."

—Déjalo —gruñó Daemonikai.

¿Has intentado disculparte?

"Sí", suspiró Daemonikai. Su corazón latía con fuerza. Aún recordaba vívidamente el dolor puro que había visto. La miseria, la determinación.

"Ya no quiere saber nada de mí", transmitió, sin molestarse en ocultar la amargura en su voz. "Es un milagro que siquiera aceptara regresar".

"Oh, me costó mucho convencerlo", le dijo Ottai, encogiéndose de hombros. "Ahora está más dura".

—Y más fuerte. —Daemonikai recordó sus impresionantes habilidades con el arco y la espada. El orgullo lo invadió.

Su *alma gemela* era una mujer con muchos talentos.

"El dolor tiene una forma de cambiar a la gente", dijo Ottai en voz baja. "Empieza desde la raíz, distorsionando todo hasta que uno se vuelve insensible a todo lo que importa".

Un sentimiento que ambos comprendían a la perfección. «Solo yo causé este dolor». Daemonikai apretó la mandíbula. «Fue todo culpa mía».

—Hiciste lo que creíste mejor —dijo Ottai—. Pero quizá la separación fue necesaria. Los obligó a ti y a Vladya a comprender realmente lo que estas mujeres significan para sus vidas. A veces, uno no conoce el valor de lo que tiene hasta que lo pierde.

*Sólo espero no haberla perdido para siempre.*

Era fascinante lo que se puede lograr al reconciliarse consigo mismo. Ahora que había hecho las paces con sus emociones

contradictorias, al comprender que perseguir a Emeriel no traicionaba la memoria de Evie, se sentía más tranquilo.

Alcanzar esta nueva estrella —Emeriel— no fue una transgresión. Fue una oportunidad de vida, de sanación.

Y por primera vez en mucho tiempo, la voluntad de vivir se despertó en él.

Aún tenía pesadillas sobre aquella noche en que lo perdió todo, y aún pensaba en ellas, pero ya no quería morir con ellas. Daemonikai deseaba *sanar* .

No solo para honrar su memoria, sino para honrar la suya. Quería vivir *para* ellos... vivir *para sí mismo* . *Para Emeriel.*

"Me niego a creer que la he perdido para siempre. La recuperaré", afirmó con determinación. "No pienso rendirme".

—Yo tampoco creo que la hayas perdido. Bajo todas esas capas de armadura hay una mujer que te ama más que a la vida misma, Su Gracia —dijo Ottai en voz baja, mirándola—. Permaneció a tu lado durante todo. Incluso cuando el frío de la fiebre helada se volvió insoportable. Nunca te abandonó. Luchó por mantenerte caliente con su propio cuerpo, a pesar del peligro para su salud.

El gran señor negó con la cabeza, recordando la incredulidad. «Bajo esa apariencia dura se esconde una chica dolida, con miedo de volver a mostrar su amor».

La mirada de Daemonikai siguió a Emeriel mientras se acercaba a una esclava anciana que se esforzaba por cargar un pesado cubo. Sin dudarlo, Emeriel tomó el cubo y lo llevó por el jardín.

*En el fondo, ella sigue siendo la misma mujer bondadosa que una vez conoció como Galilea.*

Y Daemonikai la alcanzaría.

Derribaría sus defensas, ladrillo tras ladrillo, hasta encontrar a esa chica. Y esta vez, jamás la dejaría ir.

"¿Y Vladya? ¿Qué hay de él?", le preguntó a Ottai.

Aekeira está con él. Pasa la mayor parte de sus días allí.

Daemonikai asintió. "Ella lo traerá a casa".

—Eso espero. Blackstone está vacío sin él.

"Lo hará", dijo Daemonikai con seguridad. Ahora era el momento de que él hiciera lo mismo.

Se levantó y trepó a la roca. «Deséame suerte, Ottai».

—Lo haré, claro. Ya que eres bastante malo con todo esto del cortejo.

—Claro que sí. —Daemonikai le lanzó una mirada furiosa—. Llevo cuatro mil años sin practicar.

Las comisuras de los labios del cuarto gobernante se crisparon. «Te deseo toda la suerte del mundo».

Daemonikai le dio una palmada en el hombro y luego bajó la colina hacia Emeriel.

Era hora de intentarlo de nuevo.

Chapter Seventeen

# CORTEJANDO A MI MUJER.



EN EL CAMINO, APRETÓ los dientes cuando otro simpatizante lo saludó.

¿Cómo se suponía que Daemonikai se acercaría sigilosamente a su mujer cuando todos seguían "admirándolo"?

Se dio cuenta del momento preciso en el que su princesa se dio cuenta de su llegada.

Haciendo una pausa en su conversación con dos esclavos, todo el cuerpo de Emeriel se puso rígido.

Pero estaban en público, y recordando sus impecables modales como Galilea, Daemonikai sabía (esperaba) que no causaría una escena.

Cuando él se acercó, ella se giró y le ofreció el saludo de princesa perfecto, completo con una elegante reverencia.

"Princesa Emeriel", dijo cálidamente, tomando su mano y presionando un suave beso en sus nudillos.

El contacto envió una sacudida placentera a través de Daemonikai, y tuvo que obligarse a sí mismo a soltarse.

—¿A qué debo la magnificencia de su visita, Su Gracia? —preguntó en tono formal.

"Deseo pasar el resto del día contigo."

Ella movió nerviosamente la cabeza. "Sería una falta de consideración por mi parte acaparar su atención, considerando su apretada agenda, Su Excelencia."

Ocultando una sonrisa, Daemonikai dijo con suavidad: «Te aseguro que ya tengo tiempo libre. Después de todo, soy un rey que se recupera de una de las enfermedades más letales que jamás haya afligido a nuestra especie». Se encogió de hombros. «Mis consejeros insisten en que necesito descansar más, y no se me ocurre mejor descanso que pasar tiempo contigo».

Su intercambio atraía la atención. Incluso las mujeres humanas cercanas se entusiasmaban con sus palabras.

"Ve con él, princesa", susurró emocionada una de las mujeres a la izquierda de Emeriel.

"Sigue a Su Gracia", repitió otro desde la derecha. "Sabes que quieres hacerlo".

Momentos como este hicieron que su audición mejorada fuera una bendición.

—Nada me traería mayor alegría, Su Gracia, pero... eh... —Señaló el conjunto de plántulas—. Debo trasplantarlas al jardín detrás de la fortaleza. Tardará bastante, y no puedo simplemente...

"Lo haremos", dijeron varios esclavos al unísono. El resto de los trabajadores cercanos corearon: "Déjalo en nuestras manos, Princesa Emeriel".

—Déjalo en sus manos —repitió Daemonikai, extendiendo su mano con una sonrisa.

Con un suspiro de resignación, Emeriel colocó su mano más pequeña en la de él, permitiéndole que la alejara.

Pero cuanto más se aventuraban más allá de la multitud, hacia zonas más apartadas, más rígidos se volvían sus hombros.

*Oh, ella estaba enojada, está bien.*

Lo mejor sería hablarlo y abordar los problemas que los separan.

Pero su último intento había sido un desastre, y Daemonikai era muy consciente de sus deficiencias. Realmente no se le daba bien esto. Ni hablar, ni cortejar.

Entonces, jugaría sucio. Ese era su plan.

La princesa enfadada se dio la vuelta. "No lo aprecio..."

Daemonikai se movió.

El cuerpo se expandió, el pelaje brotó de sus extremidades, las garras se extendieron. Su forma masculina se desvaneció, la bestia emergió.

Estiró sus poderosas extremidades, disfrutando de la familiar sensación de poder puro fluyendo por sus músculos. Había pasado tiempo.

"Oh...", susurró Emeriel, y la tensión se disipó al instante. La ira se desvaneció como si nunca hubiera estado allí.

Por primera vez desde su regreso, vio que sus ojos se iluminaban. Una sonrisa genuina y deslumbrante se dibujó en su rostro.

—Hola, amigo. —Levantó la mano con la palma abierta y la extendió hacia él.

Sus suposiciones eran correctas. La animosidad de Emeriel hacia él no se extendía a su bestia. Su Amada tenía esa parcialidad. Por una vez, la fortuna estaba de su lado.

Daemonikai había visto los recuerdos de su relación y sabía cuánto adoraba a su segunda mitad.

La bestia fue, en cierto modo, su primer amor.

Levantó una enorme pata y la presionó suavemente contra su mano extendida, y ella entrelazó sus dedos con sus garras.

"¿Cómo has estado?", susurró con un tono suave y cariñoso. "Ha pasado tanto tiempo".

*Estoy bien, la más bonita, gracias a ti.*

—Sé que puedes oírme. —Su otra mano se hundió en su pelaje—. No importa si no respondes.

Ella le lanzó una mirada severa. "Sé lo que hizo, Su Gracia. No crea que lo ignoro."

Daemonikai se rió entre dientes, y el sonido emergió como un resoplido retumbante de su bestia.

"Pero puedo perdonar esto", admitió Emeriel, sonriendo de nuevo. "He extrañado a la bestia".

*También te extrañamos, amado.*

¿No se dio cuenta de que él y la bestia eran la misma persona?

"Mi buen amigo", dijo con una voz tierna, extendiendo la mano. "Mi bestia".

*Tuyo, mi querido.*

Daemonikai se inclinó ante su tacto, bajando la cabeza para que ella pudiera acariciarle la mejilla. Ronroneó, disfrutando de su tacto.

La tristeza lo atormentaba. Su lado masculino no podía obtener ese cariño desprevenido de ella.

Pero por ahora, estaba contento. La bestia podía alcanzarla de maneras que el macho no podía, y Daemonikai estaba dispuesto a aceptar lo que pudiera.

*Definitivamente podría pasar el resto del día de esta manera.*

***

Esa noche, la princesa Emeriel se deslizó bajo las sábanas, con una sonrisa suave y espontánea aún en su rostro. Hacía siglos que no se sentía tan feliz.

Tanto el macho como la bestia ocuparon sus pensamientos incluso mucho después de su separación.

Mientras que el macho despertaba emociones que ella no estaba preparada para afrontar, la bestia era diferente. Más fácil. Más segura.

Podía manejar el afecto de la bestia sin arriesgar los muros que había construido cuidadosamente alrededor de su corazón.

El señor Herodes dijo que los hombres Urekai estaban básicamente vinculados a sus bestias, dos mitades del mismo todo.

Pero Emeriel no se permitió pensar demasiado en eso, dejó de lado la razón y abrazó la simplicidad de la compañía de su bestia.

Ese día en el bosque había sido agonizante.

Dejarlo allí había sido una de las decisiones más difíciles que había tomado, pero tenía que hacerlo.

Era eso o sucumbir al impulso omnipotente de derrumbarse en sus brazos. Suplicarle que la aceptara de nuevo. Que viera más allá de la compasión y le ofreciera al menos una fracción de su amor.

Ella se había ido con el último vestigio de su dignidad intacta, decidida a evitarlo.

Pero su Amado había sido persistente. Y hoy, ella había disfrutado genuinamente de la compañía de su bestia.

*Sabes que con quién realmente deseas pasar el día es con su forma masculina,* argumentó su yo interior.

—No, no lo hago —murmuró Emeriel con firmeza.

Se imaginó a su propia mente riéndose de ella. *Anhelas verlo reír, ver esa sonrisa inusual y despreocupada. Anhelas ser acariciada por él, oírlo llamarte "amada" una vez más. Anhelas sus brazos, su abrazo y sus besos.*

*Puedes engañar a todos, pero aquí, en lo más profundo de tu mente, no puedes mentirte a ti misma. Anhelas a él, al hombre que tanto te has esforzado por olvidar. Deseas dejar atrás el pasado, volver a caer en sus brazos.*

Emeriel sintió el anhelo más profundo que jamás había sentido. Unas lágrimas tan intensas volvieron a azotarle los ojos.

«No, no volverás a hacerte esto, Emeriel», se reprendió. «No debes bajar la guardia. Si lo haces, igual que hace dos años, quedarás indefensa ante el dolor. No puedes volver a caer en ese agujero».

Sus lágrimas se secaron sin caer.

*Ay, Emeriel...* su yo interior se lamentó. *Date un respiro.*

Emeriel se giró de lado, encorvándose en posición fetal. El gran rey se recupera bien. Aunque el vínculo permanece latente, su alma empieza a sanar.

Quizás era hora de empezar a prepararse para regresar a casa.

***

Emeriel no había visto al rey Daemonikai en dos días. Era algo bueno, ¿verdad? Anhelaba la soledad. Que la dejaran sola. Sin interrupciones. Sin que la molestaran.

Entonces, ¿por qué seguía mirando por encima del hombro, casi esperando que él apareciera?

¿Por qué una sonrisa se dibujaba en sus labios cada vez que recordaba su última visita?

*Soy patético y lo sé.*

El gran rey había estado ocupado con asuntos de estado. Sobre todo después de la tan esperada lluvia de ayer. La primera en dos

años.

La ciudad entera bullía de fiesta, llena de celebración. Las risas resonaban en las calles, y los cánticos y canciones inundaban el aire. Urekai de todas las edades bailaban y jugaban, con una alegría contagiosa.

De pie en la cima de la torre más alta, Emeriel los observó. La vista era casi surrealista.

Desde su regreso y la recuperación de su rey, había visto una nueva faceta de los Urekai. En el pasado, solo había odio e ira. Pero hoy, había calidez, alegría e incluso amabilidad.

*¿Así eran antes de aquella noche desastrosa?* ¿Antes de la masacre que se llevó a sus seres queridos y los sumió en años de sufrimiento?

El pensamiento era triste. Casi doloroso de contemplar.

Según la historia, los Urekai siempre se habían mantenido apartados. Pacíficos y amables, permitían el paso a los viajeros y ayudaban a cualquier especie que no los enemistara.

A pesar de ser la especie más fuerte, no libraban guerras para dominar a otros, apoderarse de tierras ni conquistar reinos. No, esa era la forma de ser de los vampiros. Los Urekai se centraban únicamente en proteger a los suyos y neutralizar las amenazas.

*Entonces, ¿por qué, a pesar de todo lo bueno y malo que hay en el mundo, el rey Menfis consideraría buena idea traicionar y atacar a los Urekai?*

Emeriel encontró esto altamente sospechoso.

Sí, el rey Menfis había sido un tirano, pero como el rey Oresto y cualquier otro gobernante con un mínimo de sentido común, había sido cauteloso con los Urekai.

¿Cómo pudo orquestar un ataque tan audaz y devastador contra una especie a la que incluso él temía?

Y lo más importante, ¿cómo lo había llevado a cabo con un éxito sorprendente?

Emeriel había estado en las grandes montañas. Había visto por qué se consideraban una frontera legendaria infranqueable.

Los pasajes laberínticos, las rocas en constante cambio. Las piedras mágicas que aparecían y desaparecían al azar, el suelo seco

que podía transformarse de repente en ríos infestados de cocodrilos. Senderos interminables. Se había perdido allí y casi muere.

Incluso si el Príncipe Roland había aprendido los secretos de las grandes montañas y sus ritos de paso del hijo menor del gran rey, ¿cómo habían navegado con tanta precisión y velocidad, llegando a Urai justo a tiempo para la masacre?

El viaje desde la tierra humana hasta Urai duró tres días, mientras que la noche de debilidad de los Urekai bajo la luna del eclipse duró solo doce horas. ¿Cómo habían logrado una sincronización tan impecable sin contratiempos ni ayuda?

¿Y qué pasa con la reliquia mágica robada que podría haber protegido a los Urekai, otorgándoles fuerza para contraatacar?

Se necesitan demasiadas preguntas.

"Princesa, Su Majestad la llama", anunció la voz de un guardia detrás de ella.

Emeriel giró la cabeza, con el ceño ligeramente fruncido. "¿Cuál de ellos?"

"Su Majestad el Primero, el poderoso y supremo gobernante soberano de Urai, Su Gracia, el Gran Rey Daemonikai".

"Un simple 'el primer gobernante' hubiera bastado", resopló Emeriel, incluso mientras su estómago se revolvía y su corazón se aceleraba.

De repente, pasó de estar pensativa a sentirse muy viva.

*Deidades, lo estoy pasando mal. Muy mal.*

Hizo una revisión mental de su vínculo. *No, seguía latente.* Estos sentimientos eran *solo suyos* .

Emeriel fue conducida al estudio del gran rey, donde se anunció formalmente su presencia.

"Entra", dijo una voz profunda desde el interior.

Emeriel entró y cerró la puerta con un suave clic. Respiró hondo para tranquilizarse y se preparó antes de girarse por fin, fijándose en él.

Como escarcha sobre el cristal de una ventana, un escalofrío de conciencia se extendió por todo su cuerpo.

Su cuerpo traidor reaccionó instantáneamente, enviando un mensaje claro: *Oye, mira, es nuestro amado sexy como el infierno.*

No hace falta decir que todas sus terminaciones nerviosas estaban en un estado de desorden.

Sus piernas querían moverse hacia él.

Su mano ansiaba extenderse y tocar su cabello negro cuidadosamente peinado, para deslizarse sobre los mechones blancos.

Sus labios ansiaban acercarse a los de él, rozándolos como si fuera un accidente.

Su lengua deseaba aventurarse dentro de su boca.

Y su trasero sin pudor quería volver a sentarse sobre esos fuertes muslos.

Sí, ella era así de patética.

Ni siquiera "malo, malo" era suficiente para describir lo mal que lo pasaba por este hombre.

"Me has llamado, Su Gracia." Un agradecimiento especial a su voz por mantenerse fuerte en estos tiempos difíciles, donde todo su ser temblaba.

—Sí —le dedicó una sonrisa cansada—. ¿Cómo estás, querida?

Nadie había respondido aún a su pregunta de *"¿en qué universo alternativo caí?"*

No es que Emeriel planeara dejar de preguntar hasta recibir una respuesta razonable.

—Maravilloso, Su Majestad —dijo con frialdad—. ¿A qué debo esta citación?

"He oído que eres bastante hábil con los números." Señaló una pila de pergaminos apilados sobre su escritorio. "Esperaba que pudieras ayudarme con esto. Hay mucho que poner al día, y es de esperar después de un descanso tan largo, pero... ¡caramba!, me vendría bien tu ayuda."

¿Le estaba pidiendo ayuda? ¿Quería trabajar *con* ella?

Emeriel odiaba absolutamente la forma en la que su maldito corazón daba un vuelco.

Tampoco apreció el modo en que sus ojos errantes notaban cada rastro de agotamiento en su llamativo rostro, cada línea de fatiga.

—Pero seguro que hay otros que podrían ayudarte con esto —dijo ella, y su voz quizá fuera su mejor rasgo hasta el momento. Le

asombraba su neutralidad—. No creo que *me necesites* para esto.

La tristeza brilló en sus ojos.

No el nuevo que le daba cada vez que ella rechazaba sus ofertas, sino el antiguo. Ese que rara vez había visto desde su regreso, pero que había sido su compañero constante hacía dos años.

"Mi difunta compañera de vínculo solía ayudarme cuando el trabajo se volvía excesivo", admitió en voz baja. "O mi primer hijo".

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. «Nunca lograrías que mi hijo menor se quedara quieto para este tipo de trabajo».

*Consuélalo.*

Le costó un esfuerzo considerable mantener las piernas clavadas en el suelo. Deseaban con todas sus fuerzas acortar la distancia que las separaba.

Sus instintos, al igual que su cuerpo traidor, eran su mayor enemigo.

"Alvin se sentaba con una pluma por un minuto —su mirada se volvió distante— y al siguiente, estaba en sus aposentos, durmiendo la siesta. O persiguiendo a la mujer más cercana."

*Consuélalo.*

La mirada del rey Daemonikai se reorientó. «Entonces, princesa Emeriel», dijo con dulzura, «¿cree que podría ayudarme con algo de este trabajo?»

*Él la estaba dejando entrar.*

Primero, habló de su pérdida, la misma que una vez le había dicho que era demasiado dolorosa como para siquiera mencionarla. Ahora, la invitaba a compartir su carga, a trabajar junto a él.

El corazón de Emeriel latía *con fuerza* . La necesidad de consolarlo la atormentaba, dejando marcas rojas y furiosas por toda su piel.

Con una respiración profunda, se rindió.

Su cuerpo se movió antes de que su mente pudiera captarlo. Abriendo la brecha entre ellos, *atrayéndola* hacia él.

Ella se encontró parada detrás de su escritorio, y él giró en su silla para mirarla.

Emeriel abrió los brazos y susurró: "¿Puedo?"

"Por favor."

Colocándose entre sus piernas, envolvió sus brazos alrededor de sus anchos hombros, atrayendo su cabeza hacia su pecho.

—Sería un placer poder ayudar, Su Gracia —murmuró contra él, acariciando su cabello con el toque más suave.

Chapter Eighteen

# DESEOS Y RESOLUCIONES.



EL DOLOR EN EL pecho del Gran Rey Daemonikai se suavizó cuando Emeriel lo abrazó.

Su mejilla descansaba sobre su flor, mientras su mano se movía con un ritmo calmante y relajante sobre su cabeza.

Nunca imaginó que llegaría el día en que voluntariamente revisitaría sus recuerdos. El dolor de recordar era demasiado grande, así que Daemonikai había pasado años suprimiendo esos recuerdos lo mejor que pudo.

Pero si quería que Emeriel les diera una oportunidad, necesitaba hacer lo mismo... sin importar cuánto doliera.

La culpa ya no tenía dominio sobre su corazón, pero de vez en cuando, el dolor regresaba.

Ahora, sin embargo, en lugar de ahogarse en la desesperación, dejó que las emociones fluyeran a través de él. Reconociendo su presencia sin darles el poder de consumirlo.

*Quizás un día iré a las colinas y rugiré hacia el cielo.*

*Quizás algún día podré hablar de ellos sin sentir que me quemo por dentro.*

Pero por ahora, se contentaba con que lo abrazaran. Consolándolo, allí mismo, en sus brazos.

Su sola presencia lo hacía todo casi soportable. Su aroma, su tacto, el sonido de su respiración constante, todo aliviaba el dolor de su alma.

"Tiene usted un cabello precioso, Su Gracia", murmuró, pasando la mano suavemente por sus mechones.

La inhaló profundamente, llenándose los pulmones con su aroma. *Limoncillo después de la lluvia.* Un gemido sordo lo abandonó, su ambrosía filtrándose en sus sentidos .

"Hueles increíble", ronroneó. *Extrañé esto.*

"Gracias." Unos dedos le acariciaron el rostro, recorriendo su cuello. Ligeras como plumas, las chispas lo recorrieron.

*Mío* .

*Ella es mía.*

Los brazos de Daemonikai se apretaron posesivamente alrededor de la cintura de Emeriel, acercándola más.

Ella se puso rígida.

*Controla tus reacciones o romperás este frágil momento.* Apretando los puños, resistió el impulso de dejarlos vagar.

Desde su regreso, había anhelado hacer esto. Abrazarla, así.

Tal vez lo había imaginado en horizontal. En una cama. En el suelo. Su cuerpo desnudo retorciéndose bajo él mientras separaba esos preciosos muslos, hundiendo su pene profundamente...

*Zona insegura. Retírate.*

No pienses en esas piernas sensuales que te rodean la cintura. Sus gritos rotos en el aire mientras tú...

Emeriel retrocedió.

A regañadientes, Daemonikai dejó caer los brazos. "Gracias, cariño. Lo necesitaba."

Por un instante, vio algo desprevenido en sus ojos. Un anhelo manifiesto que reflejaba el suyo.

Pero ella parpadeó y las paredes volvieron a levantarse.

"¿En qué trabajo necesita ayuda, Su Gracia?" preguntó cortésmente.

Daemonikai señaló la silla vacía frente a él, usando su otra mano para ajustar su erección.

Se acomodó, rozando sus rodillas bajo el escritorio. Trabajaron en un silencio cordial, interrumpido únicamente por el sonido de las plumas rascando el pergamino.

Él notó que ella lo observaba de vez en cuando, pero cada vez que él se encontraba con su mirada, ella rápidamente apartaba la mirada.

Así que dejó de interceptarla, dejando que sus ojos se posaran en él a su antojo. Lo disfrutaba demasiado.

El tiempo transcurría, las horas se fundían a la perfección. En algún momento, su excitación disminuyó, para su alivio. Ahora se sentía a gusto. Tranquilo. Contento.

Emeriel era meticulosa en su trabajo, para su sorpresa. Cada pergamino que completaba estaba perfectamente organizado y escrito con elocuencia. Quedó impresionado. ¿Había algo que no pudiera hacer?

Pensar que esta dama frente a él, escribiendo con gracia, era el mismo esclavo que le había servido la comida hacía tantos años, encorvado y nervioso. Completamente increíble.

Y todavía podía sentir su mirada sobre él de vez en cuando.

*¿Era este el momento adecuado para sacar a relucir el pasado? ¿Para sacar a relucir esta ruptura entre ellos?*

Ese día en el bosque, se había negado rotundamente a escuchar sus disculpas o explicaciones. Tras el fracaso de su primer intento, Daemonikai no supo cómo volver a abordar el tema.

Pero ahora disfrutaba de la calma entre ellos. Aunque fuera egoísta, no quería que esta tranquilidad terminara.

*No, esperaría. Su oportunidad llegaría. En otra ocasión.*

***

Emeriel necesitaba una bofetada. O quizá diez. Cualquier cosa para evitar que le *clavara la mirada* al rey Daemonikai desde el otro lado del escritorio.

*Tu Amado,* esa voz siempre presente de su pequeño y molesto yo, se alzó de nuevo.

*No, no mi Amado. El gran rey de Urai.*

La voz resopló, burlándose de ella sin vergüenza.

Trabajaba con total concentración, su mirada recorriendo los libros de contabilidad y deteniéndose ocasionalmente para hacer cálculos.

Sus cejas se fruncían cuando algo no cuadraba, para luego suavizarse cuando lo resolvía.

La forma en que su pluma se movía sobre el papel era casi… seductora. O tal vez solo era ella.

Sintió calor. Cada parte de ella era plenamente consciente de él. Cada suspiro, cada movimiento en su asiento... Emeriel lo sentía todo.

*¿Y te preguntas por qué solo has logrado revisar tres discos comerciales en horas?* Su voz interior chasqueó la lengua. *Tu trabajo más productivo hasta ahora ha sido admirar a tu Amado.*

Cerrando los ojos con fuerza, se dio una fuerte sacudida mental. *«Tranquilízate, idiota boquiabierto y excitado».*

Decidida a concentrarse, cogió un libro de contabilidad y obligó a su atención a fijarse en sus cifras.

Un momento después, Emeriel frunció el ceño. «Algunos de estos números no cuadran».

El rey Daemonikai levantó la cabeza. "Déjame ver." Extendió la mano.

Emeriel le pasó el libro de contabilidad, teniendo cuidado de no dejar que sus dedos se rozaran.

—Ah, los registros de transacciones de Lord Zaiper a lo largo del año.

—Sí. —Emeriel recuperó el libro de contabilidad, frunciendo el ceño al repasar las cifras—. Hay una brecha evidente. Estos registros no cuadran en absoluto.

—Con Zaiper, rara vez lo hacen —dijo Daemonikai con ironía—. Siempre tiene una excusa para ello.

—¿Pero no es esto un delito? —preguntó Emeriel con incredulidad —. La gente se muere de hambre, ¿y él les roba?

Cuando lo confrontan, insiste en que ha entregado los fondos a los aldeanos pobres y hambrientos de los asentamientos periféricos. Incluso consigue encontrar testigos que respaldan su versión.

—¿Pero sospechas que sus afirmaciones no son ciertas? —Apretó los labios—. ¿Por qué sigue saliéndose con la suya? Lord Zaiper no es un buen gobernante ni un hombre decente. Estoy segura de que muchos estarían de acuerdo conmigo.

—Oh, todos saben que Zaiper puede ser una pesadilla —dijo Daemonikai con una risita—. Ha gobernado a mi lado durante milenios; es difícil pasarlo por alto.

Dobló el pergamino en el que había estado trabajando. «Pero en nuestro reino, cualquier acusación, especialmente si se dirige contra un gobernante, es un asunto grave. Hay que estar seguro, con pruebas irrefutables y testigos fiables. De lo contrario, la acusación no se sostiene».

Emeriel meneó la cabeza, sin ocultar su disgusto.

Daemonikai se encogió de hombros. «Así es la corte, joven. Zaiper es una pesadilla, sí, pero es astuto. Se cuida de no dejar rastros, ni pruebas sólidas, ni testigos creíbles. Hasta que haya pruebas, son meras especulaciones».

"No le gustas mucho", dijo Emeriel sin rodeos.

—El sentimiento es mutuo —dijo Daemonikai, sin inmutarse—. Pero, por lo general, nos mantenemos alejados el uno del otro. —Sus ojos se encontraron con los de ella—. Zaiper quiere ser el gran rey.

Emeriel se encogió. "¿En serio?"

"Mmm."

Nunca había considerado esa posibilidad, pero ahora que lo hacía... tenía sentido. Lord Zaiper siempre había parecido ambicioso e intrigante.

"Si lo supieras, ¿por qué mantendrías a alguien como él a tu lado?", preguntó Emeriel con incredulidad.

***

"Le ha dado un golpe de calor", observó la Señora Sinai con frialdad, mientras la joven vomitaba en el suelo. "¿Quizás deberías considerar traer a su macho?"

"Ya se le pasará", dijo Zaiper, indiferente. Estaba despatarrado, desnudo, en la cama, con aspecto irritado.

Todos los lugares donde la niña se había rascado hasta quedar en carne viva al ser montada por el segundo gobernante estaban rojos y sangraban.

Su cuerpo rechazaba el toque de Zaiper, lo que significaba que cada momento con él era insoportable para ella. No es que a Zaiper le importara.

La niña se encogió sobre sí misma, respirando con dificultad.

Sinai sintió cierta compasión por ella. Zaiper había estado eligiendo a don nadie —aquellos cuya ausencia pasaría desapercibida para la sociedad— en su nueva búsqueda obsesiva por engendrar un heredero. Los había criado a pesar de su falta de compatibilidad.

Este jovencito, de apenas ciento ochenta años, era su tercero.

Sinaí podía imaginar el dolor insoportable que debieron haber padecido, pero no la conmovió lo suficiente como para intervenir.

No es que pudiera, Zaiper se la comería si lo intentara. En cierto modo, este programa le parecía… entretenido.

Razarr, por otro lado, parecía tener el estómago revuelto, como siempre.

Para alguien que no se inmutaba ante un asesinato, palidecía cada vez que su amo volvía a la carga. Ya se había disculpado varias veces, escabulléndose sin esperar a que lo despidieran.

—Razarr, tráela de vuelta a la cama —ordenó Zaiper, impaciente—. Estoy listo para otra ronda.

Su jefe de soldados dudó. "Casi se desmaya, Su Majestad."

—No importa. Está en celo. —Zaiper hizo un gesto de desdén con la mano—. El celo no duerme. Ahora tráemela.

Razarr bajó la mirada, obedeciendo, mientras tiraba de la chica apenas consciente de nuevo a la cama.

—No, no... por favor —gritó la niña débilmente, con lágrimas corriendo por sus mejillas—. Me duele muchísimo.

Zaiper se posicionó detrás de ella y procedió a enterrarse profundamente.

La niña gritó con una voz distorsionada y agonizante, arañando la ropa de cama.

El gran señor le separó aún más las piernas, embistiéndola una y otra vez.

Los dedos de la niña se clavaron con tanta fuerza en las sábanas que astilló una uña, dejando manchas de sangre sobre la tela.

Sinaí hizo una mueca. *Pobre chica.*

Examinando sus uñas, frunció el ceño. "Necesito ir a la clínica de belleza. Estas tinturas descascaradas no sirven".

Razarr se disculpó una vez más, sus pasos resonaron mientras salía de la habitación.

Caminando hacia el tocador, con su bata de seda ondeando tras ella, Sinai sacó un pequeño cuchillo del cajón. Se sentó en el reposabrazos y comenzó a raspar el esmalte, mientras los gritos angustiados de la chica llenaban el silencio.

—Realmente eres un animal, querido Zaiper —murmuró Sinai mirándolo.

El gran señor sonrió. «Todos somos animales, querido Sinaí». Empuja, empuja, empuja. «Además, más allá del heredero, un macho irritado necesita desahogarse de vez en cuando».

"¿Frustrado por el regreso de mi Daemon?"

La expresión de Zaiper se ensombreció. «No sé por qué se niega a seguir muerto». Sus embestidas se volvieron más agudas, más furiosas. «Ya dos veces ha luchado contra lo imposible y ha vencido. ¿Quién camina por los valles de la muerte y sale con vida?»

—Tal vez un hombre justo —bromeó Sinaí, curvando los labios.

Zaiper la fulminó con la mirada. "No tienes gracia".

—Disculpe, Su Alteza —respondió con suavidad, arqueando una ceja—. Solo era una broma.

"Como dije, no hay" —empuje— "nada" —empuje agresivo— "gracioso" —empuje— "en ello", puntualizó con empujones más brutales.

La niña gritó y luego se desmayó debajo de él.

"Por fin, un poco de paz y tranquilidad", gruñó, inclinándose hacia atrás para observar su cuerpo inconsciente con una mirada de fastidio antes de embestir de nuevo. "Cada vez que las cosas

empiezan a salirme bien, algo cambia y vuelvo al punto de partida. Es exasperante".

Tras una pausa, Sinai se miró las uñas con furia. «Todo es culpa de Emeriel», dijo con resentimiento. «Esa pequeña humana es una espina clavada. Incluso salvó a mi Daemon de tu asesino, ¿recuerdas?».

"Oh, ya lo recuerdo", se burló Zaiper con veneno.

Quizás deberías eliminarla. Será un blanco mucho más fácil.

"Lo haría, pero Ottai me tiene sediento. Cantaría como un canario a la corte si el mocoso sufriera algún daño", imitó Zaiper, con un tono destilando desdén.

—Eso no significa que no *puedas* hacerlo, Sinai. —La miró fijamente—. Ya basta de esas idas y venidas infantiles con ella. Ataca de frente: comida envenenada, flechas envenenadas. Ganaste una partida de tiro con arco hace milenios, ¿verdad? Eres bueno con las flechas.

Los labios de Sinaí se curvaron ligeramente. *«Bien»* era un eufemismo.

Aunque hacía mucho que no apuntaba, una de las ventajas de una vida larga era tener tiempo para un sinfín de aficiones. El tiro con arco había sido una de las suyas. «Quizás lo haga».

Zaiper se corrió con un gemido de felicidad. Sinai imaginó que su nudo se extendía, atrapándolo a la chica inconsciente.

"Deberías", le instó con una voz ronca y satisfecha, cayendo sobre la chica. "Usa flechas envenenadas. Hazlo desde lejos y sin dejar rastro. Asegúrate de que el veneno sea lo suficientemente raro como para que el antídoto parezca estar en otro universo. Dispara todas las flechas que puedas; asegúrate de que muera en el acto. Su muerte primero, las consecuencias después."

—Mmm... —La mirada de Sinai se desvió pensativa antes de que una lenta sonrisa se extendiera por su rostro, sus labios se curvaron tanto que casi le tocaron las orejas.

Me vino a la mente un veneno. Uno tan raro que su antídoto era prácticamente un mito.

Su muerte lo resolverá todo. Incluso podría desestabilizar a Daemonikai de nuevo. —Zaiper, tumbado de lado, atrajo a la chica

hacia sí—. ¡Más vale que así sea, porque algo tiene que ceder! Ahora mismo, mi ira podría hervir un río entero.

"Mantén la calma, mi señor."

—Nada sale como quiero —dijo, lanzando una mirada asesina a la pared—. Lo siguiente que sabrás es que Vladya volverá a la fortaleza.

La boca de Sinaí se torció. «Ahora te estás torturando. El tercer gobernante estaba en el peor estado imaginable cuando desapareció. Estoy seguro de que ahora está hecho una furia en alguna parte».

Al observar sus uñas impecables, su sonrisa se ensanchó. «Tranquilízate, Lord Zaiper. Vladya se ha ido y no volverá».

***

—Regresemos a la fortaleza —anunció de repente el señor Vladya, rompiendo con su voz el silencio entre ellos.

Aekeira se giró para mirarlo, frunciendo el ceño con sorpresa al observar su seriedad. Estaban acostados uno al lado del otro, su rostro tan sereno como siempre, pero el peso de sus palabras flotaba en el aire.

"¿Está seguro?"

Él asintió. "Sí."

La simple palabra dejó a Aekeira momentáneamente aturdido.

Había pasado tanto tiempo intentando convencerlo de que regresara, de que volviera a la fortaleza y se enfrentara a lo que había estado evitando. Siempre había sido tan terco, tan inflexible en su negativa. Y ahora, así de simple, ¿estaba listo?

"¿Qué te hizo cambiar de opinión?" preguntó con curiosidad.

"Algunas razones." La miraba fijamente a los ojos. "Me di cuenta de que había puesto mi vida en pausa, esperando esto, cuando debería estar viviéndola al máximo."

Hizo una pausa y Aekeira permaneció en silencio, esperando pacientemente.

"Estás aquí", dijo bajando ligeramente la voz, "y de repente, ya no quiero esperar más".

A Aekeira se le encogió el corazón. *¿Era consciente de cómo la afectaban palabras como esas?*

Quiero volver a mi mundo. Extraño a mi gente. —Su tono permaneció monótono, pero su mirada se tornó pensativa—. Y…

"Y…?"

Durante un buen rato, no respondió. Esos ojos penetrantes, gris tormenta, la observaban en silencio, como si buscara algo en su expresión.

—Y quiero traerte a mi mundo, Aekeira —dijo al fin—. Para mostrártelo, esta vez como es debido.

Le calentó el corazón.

Pensar que tenía esa mirada vacía, hablando con el tono monótono y apagado de un hombre sin alma en ese momento. Y, sin embargo, de alguna manera, su tono distante hacía que sus palabras fueran aún más conmovedoras.

Una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios mientras lo miraba con asombro. " *¿Quién es esta persona ante mí?",* se maravilló en silencio.

Él seguía siendo el Señor Vladya, y sin embargo parecía alguien completamente nuevo.

En las últimas semanas, él le había revelado tantas facetas de sí mismo que ella desconocía. Capas que jamás imaginó que existían. Pero el miedo la invadió.

¿Qué pasaría si, cuando regresaran, esta versión de él —el hombre que ahora tenía frente a ella— desapareciera?

¿Y si lo reemplazara el frío y distante Gran Señor Vladya que había conocido antes? ¿Aquel que mantenía sus emociones tan profundamente enterradas que eran inalcanzables?

¿Qué pasaría si el mundo real le recordara todos los puentes entre ellos y todo lo que alguna vez los había mantenido separados?

Aekeira cerró los ojos brevemente, intentando calmar sus pensamientos. Ya lo había amado antes, ¿no?

La oscuridad, la locura, la fealdad... todo de él. Lo había aceptado todo, incluso cuando casi la consumía. Pero ahora... ahora no estaba lista para desprenderse de esta nueva faceta de él.

Ese lado que la miraba como si realmente importara. Ese lado que la escuchaba, que bajaba la guardia, mostrándole destellos de vulnerabilidad. Ese Señor Vladya, tan atento a sus necesidades, que le decía palabras que la conmovían.

Aekeira ansiaba más de él. Su corazón lo ansiaba, anhelaba, ansiaba aferrarse al hombre en el que se estaba convirtiendo.

"¿Estás bien?" preguntó, percibiendo sus dudas.

La tranquila preocupación en su tono la sobresaltó, y cuando lo miró, sus ojos la estudiaban con la misma atención que había comenzado a deshacerla.

Forzó una sonrisa, su preocupación se desvaneció como la niebla bajo el calor del sol. Porque sabía, en el fondo, que no importaba.

No importaba qué faceta de él resurgiera al regresar a Blackstone, Aekaeira lo amaría de todos modos. «Estoy bien, Su Alteza».

Su expresión se tensó un poco, y por un instante, pensó que había dicho algo incorrecto. Luego, su tono se volvió firme, decidido. «Vladya».

"¿Eh?"

—Llámame por mi nombre, Aekeira —afirmó—. No Señor Vladya. No *mi Señor* . No *Su Alteza* . Solo mi nombre.

Sus ojos se posaron en la línea del cabello mientras un rubor subía por sus mejillas. "P-pero... no está bien".

Se acercó más, con voz suave, pero no menos autoritaria. "Estamos solos. Adelante."

"Vladya...", susurró, saboreando la palabra. La sintió extraña en su lengua, ajena e íntima, pero también había algo bueno en ella. Su voz se suavizó aún más. "Vlad."

La lujuria y la posesividad brillaron en sus ojos. «Mi nombre suena hermoso saliendo de tu boca», murmuró con voz ronca. «Cuando estemos solos, quiero que me llames así, Aekeira. Quiero oírlo más».

—Está bien… Vlad —coincidió ella, con el corazón acelerado.

Se inclinó y le dio un beso en la punta de la nariz. "¿Sabías que mis síntomas han disminuido desde tu regreso?"

Los ojos de Aekeira se abrieron de par en par, sorprendidos. "¿Sí?"

"Mmm", confirmó con un leve asentimiento. "Llevo más de tres años con esta aflicción, y te lo aseguro: así es. Me sorprende incluso

a mí".

Se recostó ligeramente, pensativo. "¿Es la alegría de tu regreso? ¿Estas... nuevas sensaciones que estoy experimentando? ¿O simplemente tu presencia? No sé la razón", admitió, bajando la voz a una inusual suavidad. "Pero puedo sentirlo, Aekeira. La locura sigue ahí... pero no avanza. Me siento mejor que en años". Sonrió. "No he oído las voces en semanas".

Se le cortó la respiración y le picaron los ojos. *Ay, Aekeira, qué llorona eres, ¿verdad?*

Pero ¿qué más podía hacer? Cada vez que él compartía algo de sí mismo con ella, cada palabra cruda y vulnerable, la destrozaba.

*Cómo había podido vivir sin esto, sin él, durante dos largos años, nunca lo sabría.*

—Así que sí, Aekeira —añadió su gran señor con determinación—. Volvamos a casa.

Chapter Nineteen

# MI MUJER. MI AMADA.



"SI LO SUPIERAS, ¿POR qué mantendrías a alguien como él a tu lado?", preguntó Emeriel, desconcertado.

El rey Daemonikai se encogió de hombros. «La familia Dragaxlov siempre ha visto a los Naelzharoth como rivales, competidores. Durante milenios, incluso antes de que Zaiper asumiera el trono después de su padre, así ha sido. Quieren ser *Nil'nhile* ».

Emeriel estaba intrigado. "¿Qué significa eso?"

"Primero. Quieren ser los primeros en todo", declaró. "Primer gobernante. Primer clan. Urekai tiene cuatro clanes y, por lo tanto, cuatro gobernantes. Rocagris tiene la sede de todo el norte de Urekai, al igual que Caída Helada tiene la de todo el sur de Urekai... mi clan. Pero como Primer Gobernante, lo superviso todo. Los Dragaxlov no tienen derecho a invadir mi territorio, pero yo puedo entrar en el suyo. Eso —sonrió levemente— es por lo que detestan ser segundos."

La cabeza de Emeriel se movió mientras absorbía la información.

Desenrollando otro pergamino, el rey Daemonikai tomó su pluma. «Esta rivalidad no empezó con Zaiper, y probablemente no terminará con él».

"No debe ser fácil gobernar junto a ellos".

—No es difícil —garabateó el rey Daemonikai en el pergamino con tono ligero—. Todos tienen derecho a sus opiniones y ambiciones, siempre y cuando no las lleven a la práctica.

Suspiró. «Las acciones son las que generan consecuencias. Las acciones son lo que perseguimos». Un hombro se alzó y cayó. «Zaiper podría anhelar poder, pero no se atrevería a actuar en consecuencia».

*Pienso que podría haber jugado un papel en lo que ocurrió hace quinientos años.*

Emeriel se guardó sus sospechas. Estaba empezando a comprender cómo funcionaba la sociedad urekai.

Una acusación de esta magnitud, incluso en una conversación casual, podría tener graves repercusiones.

"¿Perdió a alguien la noche del eclipse lunar?" preguntó con cautela.

Daemonikai se puso rígido, deteniendo la mano. La miró con el rostro impasible.

*Allí estaba: el cierre.*

Emeriel casi había olvidado lo delicado del tema. "Disculpa por haberme excedido..."

—No —cerró los ojos con fuerza y respiró hondo—. No, no pasa nada. Sí, perdió a Kristof, su hermano mayor.

—¿Anciano? —repitió sorprendida—. Creía que cada reino elegía a sus herederos por orden de nacimiento. ¿Cómo llegó Zaiper a ser gran señor si tenía un hermano mayor?

—A Kristof nunca le interesó el trono. —Una leve sonrisa se dibujó de nuevo en el rostro del rey Daemonikai—. Ni siquiera de joven le atrajo. Su sueño era ser un soldado de alto rango, el mejor. Y en eso se convirtió. Era diferente del resto de los Dragaxlov.

Emeriel percibió el cariño en la voz del rey Daemonikai. «Suenas cercano».

—Lo fuimos, una vez. —Su voz se suavizó con nostalgia—. Luchamos codo con codo en incontables batallas. Él era el comandante general de todos los ejércitos de nuestro clan.

"Guau", suspiró Emeriel, impresionado.

El gran rey asintió. «Kristof era una fuerza a tener en cuenta. Es una pena que nunca quisiera el trono. Podría haber sido un gobernante fuerte... Pero su lealtad era al campo de batalla, no a la corte. Debido a su postura al gobernar, el trono pasó a su segundo hijo, Zaiper».

La pluma del rey Daemonikai se detuvo y una sombra cubrió sus ojos. «Kristof luchó a mi lado esa noche, consciente del peligro de usar la fuerza sin el Cáliz. Ayudó a muchos de los nuestros a escapar incluso cuando sus propias fuerzas empezaban a flaquear. Luchó con todas sus fuerzas. Kristoff fue encontrado muerto en un callejón cerca de Rocagris...» Su voz se quebró por un instante. «Nadie sabe si cayó muerto de agotamiento o si fue asesinado por humanos».

"Lo siento", dijo Emeriel en voz baja. "Parece que era un hombre extraordinario".

—Quizás por eso no puedo juzgar a Zaiper con tanta dureza. —El rey Daemonikai reanudó su escritura, rascando el pergamino—. Él también perdió a alguien, y cada uno sufre a su manera. Zaiper aguantó, a diferencia de Vladya y yo, que nos derrumbamos por completo.

El rey Daemonikai respiró hondo. «Quizás llora hasta quedarse dormido por las noches, o se queda en blanco durante horas como Ottai. Nadie lo sabe. Pero se mantuvo firme. Puede que sea un pésimo gobernante, pero mantuvo a nuestro pueblo con los pies en la tierra cuando el resto de nosotros no pudimos».

En cierto modo, Emeriel lo entendió.

A veces lo envidio, lo bien que lo sobrellevó. Él y Kristof eran muy unidos. El rey Daemonikai alzó la vista y la miró. Se suponía que yo era el más fuerte, pero fui yo quien más se derrumbó.

Odiaba ver ese destello de vergüenza en sus ojos.

"No se castigue por el dolor que causó a sus seres queridos, Su Gracia", afirmó con firmeza. "Usted mismo lo dijo hace un momento... cada uno vive el duelo de forma diferente. En el duelo, *todos* los sentimientos son válidos. Nunca se castigue por eso. Jamás."

Dejó de escribir nuevamente y algo *feroz* apareció en sus ojos.

Sus mejillas se calentaron bajo esa mirada. La hizo sentir *vista* .

De repente, cohibida y sin aliento, enterró sus ojos en el libro de contabilidad que tenía delante.

Pasó un momento. Tenso.

—Entonces —el rey Daemonikai se aclaró la garganta—. Ignora sus registros y trabaja en los demás. ¿Qué derecho tengo a confrontar a Zaiper por las cifras que faltan cuando abandoné mis obligaciones?

Aclarándose la garganta, Emeriel dijo con sinceridad: "Lo entiendo".

—Pero ya he vuelto, todo volverá a la normalidad. —Su tono *denotaba autoridad*— . El reino ha sido inestable durante cinco siglos. Se acabó. Se acabó. —Volvió a coger la pluma—. Y si Zaiper se extralimita de ahora en adelante, tendrá que rendir cuentas. Si actúa contra la ley, se enfrentará a las consecuencias.

Emeriel sintió el peso de sus palabras. La firmeza.

Momentos como este le recordaban quién era realmente ese hombre sentado frente al escritorio.

El mismo hombre cuyas historias se contaban en tierras humanas bajo la luz de la luna como relatos de terror. En las leyendas, algunos incluso lo llamaban *la Columna Vertebral de Urekai.*

Ahora, después de conocerlo verdaderamente, Emeriel finalmente pudo admitir que, *después de todo, las leyendas no mienten.*

***

Para cuando el Gran Rey Daemonikai terminó con el mercado y los registros del gremio, la última luz del día se había desvanecido y el fresco manto de la noche se filtraba por la ventana abierta. Miró a su ayudante y se detuvo.

Emeriel dormía profundamente. Tenía la cabeza sobre el escritorio y los brazos metidos debajo como si fueran almohadas improvisadas.

Una oleada de ternura lo invadió. ¿Cuándo se había quedado dormida? Estaba tan absorto en su trabajo que no se había dado cuenta.

Era una compañera de trabajo maravillosa, hacía preguntas perspicaces cuando era necesario, pero se sentía cómoda con el

silencio amistoso. Daemonikai disfrutaba mucho trabajando con ella.

Tomó el libro de contabilidad que ella había estado manejando y lo hojeó.

Cada cifra estaba bien contabilizada y registrada de una manera clara y organizada que haría envidiar incluso a los escribas más experimentados.

Él la miró, con el pecho henchido de orgullo. *Era hábil con las flechas, cuidaba jardines, atendía enfermos, cazaba y tomaba registros* . Su mujer era una mujer con múltiples habilidades. Un tesoro de excelentes habilidades.

*¿Qué otras habilidades ocultas no conocía?*

Se levantó y rodeó el escritorio en silencio para agacharse junto a ella. Sus ojos recorrieron su rostro relajado. Una auténtica visión, incluso dormido.

No puedo creer que una vez pensé que eras una broma cruel de Ukrae. Una risa burlona a mi costa. —Le apartó un mechón de pelo de la cara—. Cuando te miro ahora, solo veo... ¿un regalo? Un regalo excepcional y asombroso.

El suave subir y bajar de su espalda lo arrullaba, su respiración era profunda y constante mientras la observaba.

Estaba muerta por dentro. Vacía. —Sus dedos trazaron una línea a lo largo de su delicada mejilla—. ¿Quién hubiera pensado que volvería a sentir el corazón acelerado? ¿Que podría mirarte sin remordimientos? ¿Quién hubiera pensado que podría verte , y no a alguien enviada para reemplazar a Evie?

Un suave suspiro se le escapó.

Su mano se detuvo. Pero ella no se despertó.

Supongo que casi me morí para darme cuenta de estas cosas. Tuve que viajar al mundo espiritual para encontrarme a mí mismo. —Se acercó más y le dio un beso fantasmal en la nariz—. Siento que te perdiera para encontrarte.

Un suave golpe sonó en la puerta.

Wegai entró con expresión de disculpa. "Su Gracia, sobre el..."

Daemonikai presionó un dedo sobre sus labios y su protector de cabeza cerró su boca de golpe al instante.

Descansa. No la despertemos.

Wegai inclinó la cabeza; su voz apenas era un murmullo. «Mis disculpas, Su Gracia».

Daemonikai le hizo un gesto para que se fuera.

Al detenerse en la puerta, su jefe de guardia se giró, vacilante. "¿Quiere que la lleve a su habitación? No la despertaré".

—No hace falta. —Daemonikai levantó a su mujer en brazos y se enderezó—. Puedes traer el informe más tarde.

Sacó a Emeriel de su estudio y giró a la derecha, hacia sus aposentos. Cruzó la habitación en silencio y la depositó sobre su cama. Allí estaba perfecta.

Ella se movió ligeramente, revolviéndose, acurrucándose más entre sus sábanas. Como si perteneciera allí.

*Mío.*

***

Mucho más tarde, después de haberse bañado y cambiado de ropa, Daemonikai tomó su lugar en el escritorio al otro lado de la habitación, reanudando su trabajo en silencio.

Allí yacía ella, despatarrada en su cama, mientras él trabajaba durante la noche, su mirada se dirigía hacia ella de vez en cuando.

Una sensación de paz lo llenó. *Podría acostumbrarse a esto.*

El tiempo transcurrió mientras él se perdía en sus deberes; el consuelo de su presencia hizo que la larga noche fuera más fácil.

Pero entonces oyó un suave sonido. Un gemido.

Su cabeza se levantó de golpe.

Emeriel se movió lentamente mientras dormía, rodando de un lado a otro y gimiendo.

*Ella estaba teniendo un sueño.*

Inclinándose hacia atrás, observó la forma en que su cuerpo respondía a todo lo que pasaba por su mente.

Sus dedos se curvaron y sus labios se separaron con un delicado suspiro.

"Amado", gimió ella, arqueándose.

Daemonikai arqueó las cejas, mientras el calor se acumulaba en su estómago. *¿ Está soñando... conmigo?*

La excitación se disparó y la polla se puso dura como una piedra en un tiempo récord.

Se obligó a respirar con normalidad. *«Ahora no, amigo. Ahora no es el momento».*

Se levantó del escritorio, caminó hacia ella y se sentó a su lado en la cama. Su sueño era irregular, su cuerpo inquieto.

—Oye —le rozó el brazo con la mano—. Despierta, querida. Estás soñando.

Ella se calmó. Sus ojos azules se abrieron lentamente, vidriosos y desenfocados, mientras se posaban en él. *«Mi amado».*

Ahogó un suspiro. Ojalá pudiera lograr que lo llamara así de despierto.

"Me gusta este sueño", dijo Emeriel en voz baja. "Tócame, amado".

—*Toca* —insistió su bestia.

*No, no lo haré.*

—Despierta, cariño —la persuadió Daemonikai suavemente.

—No quiero —protestó ella, con una sonrisa soñadora en sus labios.

Sus manos recorrieron su cuerpo, ahuecando sus pechos. Se frotó los pezones, emitiendo un suave gemido.

Un rayo de deseo se disparó directo a su pene, y su excitación regresó con *venganza* .

"Dioses del Grial", juró.

"Me gusta mucho este sueño", gritó con éxtasis, pellizcándose los pezones hinchados.

Daemonikai cerró los ojos y contó hasta diez. Luego, contó hacia atrás desde diez.

No, su erección declaró un golpe de estado, rugiendo a toda velocidad en sus pantalones.

Su bestia también estaba cien por ciento a bordo... demasiado consciente de ella.

Emeriel tomó su mano, separando sus muslos y guiándola entre sus piernas abiertas.

—Tócame, por favor —murmuró, meneando las caderas con desesperación—. Tenía hambre... tanta *hambre* de ti.

—Cariño, no sabes...

"Te necesito."

*Crías llorando por comida.*

*Un anciano cayendo de un caballo.*

*Otra guerra sangrienta contra los vampiros.*

Las imágenes no funcionaron. Su control se desvanecía con cada segundo que pasaba, sus caricias oníricas lo arrastraban aún más bajo su hechizo.

—Emeriel, tienes que despertar —gruñó.

Se levantó de la cama, se incorporó y se acercó. "Ven aquí", se inclinó y lo besó.

Perdió el control. Le devolvió el beso, sin restricciones, acariciándole las mejillas con la mano mientras lo profundizaba. Su lengua se deslizó desesperadamente contra la de ella, su pecho apretado contra sus suaves senos.

Daemonikai la besó con todo el anhelo que había mantenido oculto durante tanto tiempo. Un anhelo que había crecido desde el momento en que abrió los ojos en su lecho de muerte y la vio desnuda a su lado. Desde ese momento, quiso abrazarla y *devorarla* .

Subiéndose completamente a la cama, la movió hacia atrás hasta que su espalda presionó contra el cabecero. El beso se volvió voraz, salvaje, mientras dejaba que la lujuriosa bestia que llevaba dentro saliera a jugar. No su bestia literal, por supuesto, sino la que le dolía y le tiraba en los pantalones.

Ella se aferró a su túnica, sus labios tan hambrientos como los suyos. Dulces gemidos, entrecortados, emanaban de ella, volviéndolo completamente loco.

Sin romper el beso, él extendió la mano hacia su prenda. *Necesitaba sentir más. Necesitaba acostarla y...*

Ella apartó los labios de los suyos. "¿Esto no es un sueño?", exclamó con los ojos muy abiertos.

“Podrías fingir que es uno.” Volvió a tocar esos labios sensuales.

Pero ella retrocedió, el horror sustituyó a la lujuria mientras se levantaba de la cama como si las sábanas se hubieran incendiado.

"No." Sacudiendo la cabeza con fuerza, retrocedió varios pasos antes de detenerse. "No, no podemos. No podemos."

Apretó los puños para no agarrarla, para no atraerla hacia sus brazos, donde sabía que pertenecía.

El deseo lo azotaba, el hambre lo agarraba por todas partes, exigiendo ser saciada. Pero ese pánico en sus ojos...

—Emeriel —extendió una mano.

Ella se estremeció. Negando con la cabeza otra vez, retrocedió un paso. "No... no puedo."

Luego se dio la vuelta y huyó; sus pasos resonaron mientras desaparecía por la puerta.

Daemonikai no lo siguió. No pudo.

Se quedó allí sentado, inmóvil, con algo pesado asentándose en su pecho. Tristeza.

Era la primera vez que veía miedo verdadero en sus ojos, y era por la pasión que sentían. Ella lo deseaba tanto como él a ella; lo había visto, lo había sentido. Pero la aterrorizaba.

Algo realmente se rompió entre ellos.

*Y no sé cómo solucionarlo.*

***

Emeriel lo evitaba como la peste.

Durante los dos días siguientes, Emeriel se mantuvo alejada de cualquier lugar donde su amado pudiera buscarla.

No había estado en los jardines, ni en sus aposentos de Frostfall, ni siquiera en sus aposentos en Blackstone. En cambio, se dedicó a sus recados. Tareas que la mantenían en movimiento, distrayéndola.

Cazaba y repartía la carne a los enfermos, recogía hierbas y preparaba cataplasmas medicinales. Entrenaba intensamente en el campo de entrenamiento y pasaba las noches en los aposentos de Aekeira en Piedra Negra.

Después de darle algo de comida a su joven amiga Bekka, regresó a las puertas de la fortaleza con el cansancio instalándose en sus huesos.

Sus guardias no estaban con ella. Su presencia era buena, aunque a veces resultaba agobiante. Esa noche, había insistido en que se fueran temprano.

Al pasar por uno de los senderos del jardín, se detuvo. Sus plantas necesitaban cuidados, y eso la había molestado todo el día.

"Los trabajadores se están encargando", murmuró para sí misma. "No te preocupes".

Pero no sirvió de nada.

*Además, ¿qué más podía hacer sino quedarse en la cama y atormentarse con los recuerdos de sus dulces besos toda la noche?*

Con un suspiro, Emeriel se desvió hacia el jardín, cogió una regadera y se puso a trabajar. El mundo se desvaneció mientras el suave susurro de las hojas y los aromas familiares la tranquilizaban.

Estaba tan perdida en su rutina que percibió la perturbación demasiado tarde.

Un agudo zumbido dividió el aire.

La regadera cayó al suelo y, con movimientos ultrarrápidos, atrapó dos de las flechas que se abalanzaban sobre ella, arrebatándolas del aire.

Pero había habido *tres* .

La tercera flecha le dio en el estómago.

Emeriel dejó escapar un jadeo ahogado al sentir un dolor abrasador que la atravesó. ¡ *Hijo de puta!*

Llevándose una de las flechas a la nariz, la olió. Veneno.

Reaccionando rápidamente, arrojó las dos flechas capturadas hacia su atacante invisible, esperando que encontraran su objetivo, antes de darse la vuelta y huir.

Su visión ya estaba borrosa.

El dolor se extendió como un reguero de pólvora, consumiendo sus sentidos, pero ella luchó por mantenerse en pie.

*No puedo caer aquí*

Este jardín apartado sería su tumba si ella cediera. Su atacante la encontraría indefensa y terminaría el trabajo.

*Debo llegar a un lugar seguro. Debo… salir…*

Pero su cuerpo se hizo más pesado.

Sus extremidades ya no parecían suyas, no respondían y su fuerza se desvanecía.

*¿Es este el final?*

Si así fue, Emeriel tenía un arrepentimiento. Solo uno.

*Debería haberme quedado esa noche.*

El recuerdo de su tacto ardía en su mente, agridulce y dolorosamente vívido. *Debería haberme permitido sentir su tacto, solo una última vez.*

Sus fuerzas se acabaron y cayó al suelo; el mundo se volvió negro.

Chapter Twenty

# CONDENACIÓN INMINENTE



"¿ESTÁS DICIENDO QUE SU esposa fue encontrada muerta en el calabozo?" Los labios del rey Daemonikai se apretaron en un ceño fruncido mientras caminaba por los pasillos, con Ottai y Wegai detrás de él.

—Sí, Su Gracia —confirmó Lord Ottai con un profundo suspiro—. Tampoco hay una causa aparente de muerte. Eran esclavos; podría atribuirse fácilmente a un esfuerzo excesivo.

El sobreesfuerzo no la mató antes del atentado de su esposo contra mi vida, solo después. Mmm... —Daemonikai entró en su residencia privada y se quitó la túnica, doblando la pesada tela sobre una mesa—. ¿Y los demás?

Ottai se sentó a su lado. «Lamentablemente, nada concreto».

—Bueno, ya me he recuperado. —Daemonikai se acomodó en uno de los sillones de respaldo alto de la sala—. Si alguien más es responsable, espero que sea lo suficientemente imprudente como para volver a intentarlo pronto. Esta vez, no tendrá tanta suerte.

Es hora de poner fin a los crímenes que ocurren aquí en Ravenshadow. En el pasado, nadie se habría atrevido a traer un crimen cerca de esta fortaleza.

Saben que nuestras defensas eran débiles. Estuve enfermo, Vladya no estaba, tú estabas demasiado ocupado cuidándome, y Zaiper

estaba demasiado ocupado comportándose como un tirano. —Daemonikai se recostó en su asiento, tamborileando con los dedos contra el reposabrazos—. Ya no. Ningún crimen quedará impune. Me aseguraré de ello.

"¿Qué tal?" Ottai señaló sus antebrazos expuestos, atrayendo la atención de Daemonikai hacia los rastros de sangre ennegrecida. "De hecho, creo que se están curando". Ottai se acercó para inspeccionarlos. "Ya no están tan oscuros como antes".

"No, no lo son", asintió Daemonikai. Realmente se estaba recuperando. "¿Quién hubiera pensado que yo también podría recuperarme de esto?"

"Nunca lo dudé", dijo Ottai, recostándose con un suspiro de alivio. "Me dije a mí mismo: si lograbas superar la feralidad, podrías vencer a la maldita muerte del alma".

Daemonikai lo miró con ojos más tiernos. «Gracias por todo lo que hiciste por mí, Ottai. No estaría aquí si no fuera por ti».

—No hace falta que me lo agradezca, Su Gracia. Es solo que... me alivia verlo de vuelta. —La voz de Ottai tembló un poco—. No tiene idea de lo preocupado que estaba...

Se le quebró la voz y apartó la mirada, carraspeando. «Estaba aterrorizado».

Daemonikai reconoció las señales reveladoras. "Estás a punto de llorar sobre mí, ¿verdad?"

Ottai soltó una carcajada. "¡Lo sabes!", se lanzó el gran señor, abrazando a Daemonikai con fuerza.

*Qué bueno que me senté para esto.*

Daemonikai ajustó su posición, pero Ottai se aferró a él como un pulpo. "Solo quería acomodarme para poder respirar aquí, Ottai, no empujarte."

El cuarto gobernante aflojó un poco su agarre.

—Eres un descarado, Tee —dijo Daemonikai riendo entre dientes, moviéndose para que Ottai pudiera sentarse cómodamente a su lado, todavía aferrado a su brazo.

"Pensé que te perdería esta vez", dijo Ottai, con la voz apagada contra el hombro de Daemonikai. "Cada vez que buscaba señales de

respiración y apenas podía detectarla, me mataba por dentro. Apenas podía dormir, pensando que despertaría y te encontraría..."

El humor desapareció del rostro de Daemonikai.

Con ternura, le rozó el pelo con la mano. «Lo siento, Tee, por hacerte pasar por esto. Estaba… fuera de mi control».

—Lo sé. Y no te culpo, la verdad. —Ottai finalmente se apartó, mirando a Daemonikai con severidad—. Pero no vuelvas a hacer eso. Ni se te ocurra dejarnos.

"Tee-"

Cuando perdí a Uriel, pensé que mi vida había terminado. Pero tenía a Morina. Lloramos juntos. Ottai bajó la mirada. Todavía lo hacemos. Tener a mi compañero de vínculo me hizo un poco más fácil afrontar otro día sin mi amado hijo.

Era la primera vez que Ottai le hablaba de Uriel.

Daemonikai había intentado no presionarlo para que hablara durante años, pero ver todo ese dolor en los ojos de Ottai le conmovió el corazón.

—No tengo ni idea de qué habría hecho si también hubiera perdido a Morina. —Ottai negó con la cabeza—. Solo pensarlo me destroza. No puedo fingir que entiendo por lo que has pasado, pero egoístamente desearía... desearía que no nos dejaras. —Respiró temblorosamente, recuperándose—. No nos dejes, Daemon.

—No lo haré —prometió Daemonikai, sorprendiéndose incluso a sí mismo.

Era la primera vez que lo decía en voz alta y, por una vez, realmente lo decía en serio.

Dejando a un lado las sombras del dolor, habló con claridad; cada palabra era una promesa. «Ya no. Estoy aquí para quedarme».

—Bien, eso es bueno —dijo Ottai, asintiendo aliviado.

Daemonikai esperaba ser liberado, pero lo apretaron con más fuerza.

“Ahora, sufre este último abrazo”.

Daemonikai dejó escapar un suspiro dramático e insufrible, pero no se resistió. "¿Te das cuenta de que ya eres un hombre adulto? ¿Ya no eres ese muchachito que me seguía a todas partes hace tres milenios?"

Ottai se encogió de hombros, imperturbable. "Sí, bueno, todavía necesito un buen abrazo de vez en cuando".

—No, lo que necesitas es crecer —replicó Daemonikai divertido.

Ottai siempre había sido el "bebé" del grupo. No solo era el más joven, sino que Daemonikai y Vladya habían estado presentes en su nacimiento.

Se había unido a Daemonikai, siguiéndolo a todas partes desde pequeño. Se podía afirmar que Daemonikai había ayudado a criarlo.

Y algunas cosas nunca cambiaron. Ottai era, y siempre había sido, un conocido adicto a los abrazos.

Tres milenios y medio no habían disminuido eso ni un ápice.

Con un suspiro de derrota, Daemonikai se relajó contra los cojines, permitiendo que Ottai se aferrara a él. «De acuerdo, puedes seguir abusando de mí».

—Oh, deja de quejarte, Ancestral —dijo Ottai riendo—. Sabes que te gusta esto.

Lo hizo, aunque Daemonikai jamás lo admitiría. La cercanía, la tranquilidad, parecían viejos tiempos.

Antes del dolor, antes de las muertes. Antes de que la vida les asestara a todos un duro golpe.

*Como en los viejos tiempos.*

***

Las flechas impactaron. La señora Sinaí oyó el jadeo revelador.

Guardando el arco y las flechas con seguridad, Sinai estaba *casi* mareada de emoción mientras se deslizaba por el oscuro jardín en busca de su presa caída. Casi.

Ella podía sentir el hilo de sangre manchando su barbilla.

Ucrania en el infierno, ¿cómo ese pequeño humano sabía lanzar una flecha con tanta precisión, en plena noche, sin arco, *y aún así dar en el blanco?*

—La subestimé muchísimo —se quejó Sinai mientras merodeaba entre las hileras de plantas, escudriñando las sombras—. Menos mal que disparé a tres a la vez. Al menos uno tenía que alcanzarla.

Sinai sería la primera en admitir que era algo irascible y quizás un poco impulsiva, pero a la hora de cometer delitos, era extremadamente cuidadosa. Extremadamente meticulosa.

Con más de dos mil años, esta no era ni de lejos su primera ofensa. O la décima, en realidad.

En lo que se refería a un asesinato, siempre se aseguraba de no dejar rastro. Ninguna conexión con ella.

Pero a medida que el tiempo pasaba y Sinai no encontraba el cuerpo de Emeriel, su emoción inicial empezó a desvanecerse. ¿ *Dónde está?*

Quería ver a la princesa humana tendida en el suelo, vulnerable y derrotada.

Necesitaba estar junto a ella y regodearse con su victoria. Asestarle un golpe final antes de dejarla morir vergonzosamente, como la zorra que era. *¿ Dónde demonios estaba, maldita sea?*

El sonido de unas pisadas débiles rompió el silencio. *Ah, ahí estás.*

"¡Sí!" Siguiendo el rastro a través de parches de tierra y hojas rotas, Sinaí llegó al punto donde se convertía en marcas de arrastre.

—Tenías tantas ganas de escapar, ¿verdad? ¡Qué lástima! —Rió, disfrutando del espectáculo.

"¿Por qué no lo hice antes?", reflexionó en voz alta. "Ya no eres tan presumido, ¿verdad? Con tanta bravuconería, y sin embargo, aquí estamos".

Sinaí siguió el rastro de sangre, caminando sin prisa. Al doblar la última esquina, su voz se alzó en una burla cantarina.

"Y... allí... está..."

Ella vaciló a mitad de la nota.

Su expresión de suficiencia desapareció.

No había ningún cuerpo.

*Sólo sangre esparcida sobre la hierba y la piedra, y un tramo vacío de jardín.*

Sinaí gruñó, con la mirada perdida en todas direcciones. Debió haber pasado algo por alto.

Pero no había nada.

Ninguna figura desplomada. Ninguna forma inconsciente. Ningún cuerpo sin vida sobre el cual proclamar su victoria. *Solo silencio.*

*¡Otra vez con estas tonterías! ¿Dónde demonios está...?*

—¡La princesa humana recibió un disparo! —gritó una voz frenética desde el otro lado de los muros del jardín, más fuerte que una campana de alarma.

*Mierda, mierda.*

Se oyeron jadeos, voces de pánico y pasos apresurados, todo en dirección a Sinaí.

Maldiciendo repetidamente en voz baja, Sinai se ajustó la capa, ajustándose la tela alrededor del rostro para ocultar su identidad. *Se le había acabado el tiempo.*

Girándose rápidamente, se fundió con las sombras, con su capa ondeando detrás de ella mientras huía de la escena.

***

Por fin, Ottai se apartó, se alisó la túnica e hizo un intento poco entusiasta por domar su cabello revuelto. Una sonrisa pícara y lobuna se dibujó en su rostro. «Gracias, Papá Daemon. Lo necesitaba».

—De verdad sigues siendo el Pequeño Malcriado Tee, ¿verdad? —Daemonikai frunció los labios y negó con la cabeza—. Bajo todas esas túnicas y títulos pesados, sigues siendo el mismo jovencito que huía de sus enfermeras, en pelotas, desde Mabblewood hasta Frostfall, aferrándose a su ropa para que le ayudara a ponérsela.

—Lo sabes —respondió Ottai encogiéndose de hombros y ampliando su sonrisa.

—Mocoso —murmuró Daemonikai, aunque una sonrisa cariñosa tiró de sus labios.

Un pensamiento cruzó por su mente y su expresión cambió ligeramente. "¿Has tenido noticias de Vladya? Regresa esta noche, ¿verdad?"

—Oh, sí, los esperamos en cualquier momento. —Ottai estaba emocionado—. Me alegra que regrese a la fortaleza. Por fin todo está volviendo a su sitio, y...

Un repentino alboroto proveniente del exterior llamó su atención.

Daemonikai se levantó y se dirigió a la ventana. Miró hacia abajo, observando las tierras. "¿Qué está pasando ahí fuera?"

Ottai se acercó a él. «Quizás nuestra gente esté celebrando una de sus fiestas...»

La puerta se abrió de golpe, golpeándose contra la pared de piedra con un fuerte crujido. Wegai entró, con el rostro aún más sombrío que de costumbre.

—La princesa —dijo con voz tensa.

Daemonikai se giró bruscamente. "¿Emeriel?" Frunció el ceño. "¿Qué ha pasado?"

"La princesa..." Wegai dudó un segundo. "Le han disparado."

La sala cayó en un silencio atónito.

Todo el cuerpo de Daemonikai se puso rígido y un zumbido agudo llenó sus oídos, ahogando el mundo por un momento.

La voz de Wegai irrumpió, temblorosa pero insistente. «Flechas. Flechas envenenadas».

"¿Qué acabas de decirme?" El gruñido del gran rey fue peligrosamente bajo.

A Wegai le tembló la garganta al acercarse. «Un soldado que patrullaba la encontró desplomada en el jardín sur. La han traído...»

"¿¡QUÉ ACABAS DE DECIRME!?" rugió Daemonikai con un grito atronador que resonó en las paredes antes de salir corriendo.

Chapter Twenty-One

# CONDENAR



TRES HORAS DESPUÉS.

El Gran Señor Ottai esperó, prácticamente rebotando sobre sus talones, mientras Vladya y Aekeira finalmente atravesaban las puertas de la fortaleza.

Una pequeña multitud se había reunido para dar la bienvenida al tercer gobernante, con los rostros iluminados por un afecto genuino.

Se acercaron para tocarlo, sus manos rozando sus brazos, sus hombros, incluso su mano en forma de garra.

Desde donde estaba Ottai, vio la rara ternura en el rostro de Vladya mientras intercambiaba sonrisas y palabras con la gente, dando la bienvenida a su calidez de una manera que Ottai no había visto en años.

Alguien le entregó a Vladya un niño recién nacido.

Ottai hizo una mueca, *iba a retroceder.*

Vladya lo sorprendió, aceptando al bebé, sosteniéndolo suavemente y mirándolo con una mirada que Ottai solo pudo describir como triste anhelo.

Después de unos momentos, Vladya esbozó una pequeña sonrisa y devolvió el bebé a su madre antes de continuar hacia adelante.

Ottai no se perdió el brazo posesivo que Vladya mantenía alrededor de la cintura de Aekeira mientras se abrían paso entre la

multitud.

"Miren quién finalmente decidió regresar a la civilización", comentó Ottai mientras se acercaban.

Vladya arqueó una ceja. «Hasta un recluso necesita un respiro de vez en cuando».

Cruzándose de brazos, Ottai sonrió con suficiencia. «Prepárate. Voy a tirar por la ventana esa regla de no tocarte, porque estoy a punto de abalanzarme».

Abrazó a Vladya, casi esperando que el gruñón gobernante lo apartara. Pero, para su sorpresa, Vladya le devolvió el abrazo, aunque con un solo brazo.

*Vaya. Quizás todavía haya esperanza para esto.*

Retrocediendo, sus ojos se posaron en Aekeira. "Te ves mejor que la última vez que te vi". Arqueó una ceja. "Incluso más feliz".

—Mi señor. —Aekeira bajó la cabeza en una elegante reverencia, ruborizándose. La voz era ronca y los ojos enrojecidos. Era evidente que había estado llorando.

—Nos enteramos de lo que pasó. —El rostro de Vladya se ensombreció—. ¿Cómo está?

—Bueno. —Ottai volvió a mirar hacia la entrada de la fortaleza—. Se puede decir que no está de muy buen humor. Alguien intentó asesinar a su *Vínculo de Almas* .

Aekeira contuvo un sollozo. «Necesito verla. Necesito ver a mi hermana».

Ottai los condujo a la residencia real de Frostfall. Entraron en la silenciosa habitación donde Emeriel yacía en la cama, con el rostro pálido y los ojos cerrados. Su respiración era demasiado débil.

El Gran Rey Daemonikai estaba sentado a su lado, cogiéndole la mano. No reaccionó cuando Ottai anunció su llegada ni cuando entraron en la habitación.

—¿Em? —Aekeira corrió al lado de su hermana, tomándole la otra mano—. Em, por favor, abre los ojos —sollozó—. Por favor... soy yo, Aekeira.

—Estamos esperando a Faiwick. Busca el antídoto —dijo Ottai en voz baja—. El veneno es bastante raro y difícil de conseguir. Hasta

ahora, ningún curandero que hemos consultado tiene la raíz de kaizan necesaria para el antídoto.

"¿Raíces de Kaizan?" Vladya frunció el ceño. "Esas son casi imposibles de conseguir".

Ottai asintió con gravedad. «Es veneno de mago». Su voz sonaba tensa, inquieta. «Si alguien lo vendió aquí, es probable que también vendiera el antídoto. Faiwick está consultando con los herbolarios restantes y en el mercado negro».

Vladya frunció aún más el ceño. "¿Y si no lo encuentran?"

Ottai dudó, con la mirada baja. «Esperaremos a Faiwick».

El rostro de Daemonikai era de piedra, sus ojos fijos en Emeriel. Sus labios no se separaban para emitir un solo sonido.

Vladya se acercó y se situó detrás del gran rey. "¿Y han encontrado al responsable?", preguntó en voz baja, con firmeza.

"Ni rastro, ni rastro, nada." Ottai no pudo ocultar su frustración. "Todos nuestros hombres están ahí fuera buscando..."

La puerta se abrió y asomó la cabeza de un guardia. "El sanador ha regresado".

El gran rey se puso de pie instantáneamente cuando Faiwick entró, flanqueado por soldados.

—¿Cómo te fue? —preguntó Daemonikai—. ¿Dónde está el antídoto?

El rostro del sanador se arrugó. «No encontramos nada, Su Gracia. Registramos cada morada, cada puesto de hierbas junto a los ríos». Negó con la cabeza, visiblemente desesperado. «Preguntamos a cada herbolario, a cada vendedor. Aquí no hay raíz de kaizan».

Aekeira estalló en lágrimas, sus hombros temblaban mientras agarraba la otra mano de Emeriel.

—¿Cómo que no encontraste nada? —gruñó Daemonika, con la espalda completamente recta.

Faiwick hundió los hombros y su rostro palideció. "Lo s-siento, Su Gracia. Buscamos por todas partes".

Un tenso silencio llenó la habitación.

El gran rey parecía… absolutamente asesino.

*Mierda.*

—Aún podemos enviar un equipo a los magos —añadió Ottai rápidamente, desesperado por frenar cualquier nube de tormenta que se estuviera formando en Daemonikai—. Puede que tengan las raíces.

—Eso es un viaje de una semana en el mejor de los casos —replicó Vladya, mirando el cuerpo pálido e inmóvil de Emeriel.

Daemonikai apretó los puños y habló con los dientes apretados: "¿Cuánto tiempo le queda?"

Ottai se movió, incómodo.

—Dos días, Su Gracia —respondió Faiwick—. Tres como máximo.

Todos lo miraron.

"El p-veneno la destruye desde dentro, poco a poco", explicó la sanadora, nerviosa. "Cada momento que pasa… le corroe los órganos. Al tercer día… no quedará nada."

El Gran Rey Daemonikai echó la cabeza hacia atrás y *RUGÍ* .

Un estruendoso rugido resonó por las paredes, el edificio, toda la fortaleza… sacudiendo la piedra bajo sus pies mientras expulsaba fuertes ráfagas de feromonas.

Extendiéndose como un reguero de pólvora, la fuerza de la compulsión hizo caer de rodillas a todos los hombres comunes. Con la cabeza inclinada y las manos a la espalda.

La presión era tan fuerte que Ottai se quedó rígido... igual que Vladya. Incapaces de resistir la fuerza de sus feromonas, también desnudaron su garganta, sometiéndose al dominio de Daemonikai.

"Cálmate, D-Daemon, por favor...", dijo Vladya con voz ronca.

Otro rugido salió de la garganta del gran rey, incluso más fuerte y más intenso que el primero.

El hedor a orina se elevó en el aire y los soldados cayeron al suelo rodando sobre sus vientres.

—Destruiré a quien sea responsable de esto. —Los ojos de Daemonikai *brillaron* , verdes y amarillos—. Los encontraré y les haré pagar.

Vladya, con visible esfuerzo, obligó a sus piernas a moverse. Estaba forcejeando, y Ottai solo podía imaginar el caos que las feromonas estaban causando en su bestia medio loca.

—Su Gracia —la voz de Vladya sonaba tensa—, por favor, contrólese. No pierda el control aquí. Por favor, piense en Emeriel.

Ottai, respirando a pesar del dolor punzante en el cráneo, se obligó a acercarse también. «Prepararé a los hombres para el viaje a Mysticaria, Su Gracia. Cabalgaremos día y noche, sin parar, sin descansar, hasta llegar a los magos. Regresaremos con el antídoto».

—Para entonces, su tumba estará fría. —Daemonikai lo miró con desprecio.

Todo quedó en silencio, como una tumba.

—¡Salid todos de aquí! —gritó, con el cuerpo prácticamente vibrando de rabia.

Poniéndose de pie, el sanador y los soldados salieron a toda prisa, dejando solo a los grandes gobernantes y a una Aekeira sollozando.

Daemonikai se agarró la cabeza, con el rostro endurecido, pisoteando de un extremo a otro como un toro enjaulado.

Hacía tanto tiempo que Ottai no lo veía perder el control de esa manera. La visión era estremecedora. Y casi *aterradora* . ¿Y si volvía a volverse salvaje?

Daemonikai se detuvo y miró fijamente la cama; parte de la locura abandonó sus ojos.

Caminando hacia ella, se inclinó y desenvolvió el vendaje que rodeaba la herida de Emeriel.

—Se está poniendo verde —dijo con gravedad, examinando la carne infectada—. Se está extendiendo rápidamente. No le queda ni una semana.

Ottai inclinó la cabeza. —Daemon...

«Hay que eliminar este veneno». Su tono no exigía discusión.

—Es muy peligroso —interrumpió Vladya—. Piénsalo bien, por favor.

Daemonikai lo miró con los ojos entrecerrados. "Todavía no he dicho nada".

—Sé lo que estás pensando —insistió Vladya—. No lo hagas.

El amarillo de sus ojos se desvaneció por completo, incluso su postura se relajó. Toda la tensión lo abandonó en un instante.

¿Que estaba pasando?

Daemonikai se enderezó y, por primera vez esa noche, se enfrentó a su amigo más antiguo.

Los labios de Vladya se curvaron en una leve sonrisa. "Hola, anciano. ¿Cómo has estado?"

Las líneas duras del rostro del gran rey se suavizaron. Se apartó de la cama y caminó hacia Vladya, observándolo con la mirada, fijándose en cada detalle. Se detuvo ante la mano de su amigo, que parecía una garra.

Vladya, tímidamente, flexionó su mano con garra. "Sí, es..." Su mirada se posó en el brazo de Daemonikai, donde aún eran visibles los rastros de sangre ennegrecida.

"Daemon…" el tono de Vladya tenía un dejo de preocupación.

Daemonikai lo abrazó con fuerza. Vladya le devolvió el abrazo, apretándolo con la misma fuerza.

"Has llegado muy lejos", declaró el gran rey. "Gracias por luchar con tanta dedicación".

Vladya soltó una risita áspera. "Podría decir lo mismo de ti", murmuró. "¿Quién sino tú viajaría al mundo espiritual y regresaría?"

—Algunos lo han hecho —gruñó Daemonikai.

—Vives una vida peligrosa, viejo. —Vladya se aclaró la garganta, apartándose un poco—. Me alegra más de lo que crees verte aquí.

Daemonikai sonrió con sorna, arqueando una ceja. "¿Quién es el tonto ahora?"

—Sé por qué de repente estás tan hablador —dijo Vladya con tono serio—. Planeas usar *esa* solución con Emeriel, ¿verdad?

Pasó un silencio cargado y pesado.

Vladya frunció el ceño. "No lo hagas".

El gran rey ladeó la cabeza. "¿Tienes una idea mejor?"

—No —dijo Vladya con la boca apretada—. Pero no quiero verte sufrir por eso.

Arqueó las cejas. "¿Estás bromeando, verdad?"

"Entonces déjame hacerlo."

—Es *mi* mujer —gruñó Daemonikai posesivamente—. Mía. Yo lo hago.

"Daemon, ¿podrías…?"

"No me llames 'Daemon'. Haré esto", declaró. "Y después, confrontaré a Zaiper. Y después , volveré a la escena del crimen para investigar. Nadie, ABSOLUTAMENTE NADIE, descansará esta noche hasta que encuentre al culpable".

¿Se refiere a su confrontación habitual? Porque eso sería malo. Ottai hizo una mueca. *Ahora, me da pena Zaiper.*

Pero Ottai estaba completamente perdido. Flotando en el mar de la confusión, algo perdido.

"Eh... ¿Hola, chicos? Sigo aquí". Hizo un gesto con la mano para llamar su atención.

Se giraron al unísono, mirándolo fijamente. Habían olvidado que estaba allí, ¿no?

"Ustedes dos podrían al menos darme una pista sobre esa 'solución' que están discutiendo", dijo Ottai secamente, curioso.

—No —dijo Daemonikai en el mismo momento en que Vladya añadió—: Él planea succionarle el veneno y llevárselo a su propio cuerpo.

—¿¡Qué!? —Ottai palideció, horrorizado.

Pero ahora que lo pensaba, tenía sentido. Explicaba el repentino cambio de humor de Daemonikai. Tenía una solución, por muy poco convencional que fuera.

Ottai no podía creerlo. "¡Tu mujer y yo NO pasamos por las llamas del infierno ni por ese maldito Mar Frío para salvarte, solo para verte desperdiciar tu vida así!"

—Díselo, Ottai —lo animó Vladya, lanzándole una mirada de aprobación.

—Es toxina humana y mágica, no de Urekai. Puedo soportarlo hasta que encuentren el antídoto —dijo Daemonikai con firmeza, cruzándose de brazos con esa familiar postura altiva de un rey—. Además, todos parecen olvidar que tengo una fuerte resistencia a muchos venenos.

—Quizás *sí* —replicó Vladya con aspereza—. Un Gran Rey Daemonikai completamente recuperado, sí. No el rey enfermo y debilitado, apenas recuperado de haber caminado por las puertas de la muerte. Déjame *hacerlo* .

"Dice el Gran Señor con un pie en la tierra de la locura", respondió Daemonikai.

Vladya y Ottai se quedaron sin aliento, la mandíbula de Vladya quedó abierta por la sorpresa.

—Un golpe bajo, anciano. —Pero a pesar de sus palabras, una leve sonrisa tiró de los labios de Vladya.

Daemonikai no se disculpó. «Y puedo golpear más bajo».

—Oh, tú… —Vladya se movió para agarrarlo, claramente listo para pelear.

Ottai sintió una punzada de nostalgia, por un instante. Verlos así le trajo recuerdos de tiempos más sencillos.

Viendo destellos de su antiguo yo. La camaradería despreocupada que compartían antes de que la tragedia azotara a Urai. Fue como un breve regreso a su pasado despreocupado.

—Eh… caballeros —interrumpió la suave voz de Aekeira.

Todos se detuvieron y se giraron para verla de pie frente a ellos. Se había separado de su hermana y se acercaba a ellos con expresión decidida.

—Que alguien me enseñe —dijo con voz firme—. Me gustaría chupar el veneno yo misma.

El cuerpo de Vladya se puso rígido. "Rotundamente no."

“Ella es mi hermana—”

—¡No te acercarás a ese veneno! —tronó Vladya, su voz resonando con la autoridad de un gran señor.

Los ojos de Aekeira se abrieron mientras daba un paso atrás.

Ottai no pudo evitar reírse. Probablemente no había oído ese tono desde su regreso.

—No lo sé, Vladya. Parece bastante decidida. —Los ojos del rey brillaron con picardía—. Quizás ella...

—Quizás no haga nada. La voy a sacar de aquí. —Dando un paso al frente, Vladya tomó a Aekeira del brazo—. No hagas nada imprudente en mi ausencia, viejo amigo.

Miró de reojo a Ottai. «Asegúrate de que no siga adelante con esto. El veneno le corroerá los órganos. Es demasiado peligroso. Aún no está completamente recuperado para esto».

Con esto, sacó a Aekeira de la habitación.

Aunque 'led' fue generoso, prácticamente la sacó a rastras mientras ella protestaba, empecinada.

El silencio se apoderó de la habitación.

Los ojos verdes del gran rey se clavaron en Ottai. "¿Crees que puedes detenerme, Ottai?"

Chapter Twenty-Two

# EL ALFA MAYOR.



OTTAI PUSO LOS OJOS en blanco y dejó escapar un leve suspiro. «Como si nada de lo que diga te convenciera. Ya te has decidido». Negó con la cabeza. «Aun así, me gustaría que lo reconsideraras. Emeriel no habría querido esto».

La mirada de Daemonikai se posó en la figura inmóvil de Emeriel. Tan apacible, tan dolorosamente hermosa, incluso mientras yacía allí, desvaneciéndose.

—Quizás —concedió—. Pero tiene que estar viva para decidir qué quiere o no quiere. Y pienso hacer que eso suceda. —La tranquilidad anterior lo abandonó mientras gruñía—. No la perderé también. Prefiero morir antes que permitir que eso suceda.

Ottai disimuló bien su sorpresa. «Nunca pensé que te oiría decir esas palabras... por ella», dijo con sinceridad.

Daemonikai esbozó una leve sonrisa irónica. «Yo tampoco, Ottai. Yo tampoco».

Se sentó en la cama a su lado y le acarició suavemente el cabello con la mano.

—Uno nunca comprende realmente lo que tiene hasta que casi lo pierde, ¿eh? —murmuró Ottai.

—No, eso es más apropiado para Vladya y Aekeira. —Siguió mirando a Emeriel, con los ojos llenos de una profunda emoción que

Ottai no había visto en años—. Más bien… uno no acepta lo que tiene hasta que se libera de la culpa, afrontando el dolor de la pérdida en lugar de esconderse de él. Hay que abrir el corazón, por muy vacío que esté, para volver *a sentir* algo de verdad.

Levantó la mirada para encontrarse con la de Ottai. «La verdad es que todavía siento un vacío en el corazón... Sin embargo, nunca me he sentido tan vivo. Estos últimos años, simplemente vivía sin prisas, metódicamente. Me he sentido más completo estos últimos días que en mucho tiempo».

Ottai estaba fascinado. "¿Incluso sin el vínculo?"

—Incluso sin el vínculo —reiteró Daemonikai con un lento asentimiento—. ¿Qué te dice eso, Ottai?

—Que de verdad te importa. —Ottai se sintió conmovido, y eso lo emocionó muchísimo—. Nunca pensé que volvería a vivir este día. Me alegro muchísimo por usted, Su Gracia.

Daemonikai miró a Emeriel con una expresión de dulzura en el rostro. «Quiero aprender lo que significa amar de nuevo. Si ella lo permite, si nos da otra oportunidad, espero llenar este vacío dentro de mí... con sentimientos por ella».

"¿Le has dicho eso?" preguntó Ottai.

Daemonikai negó con la cabeza. «No he tenido la oportunidad. Hasta ahora, no he tenido mucha suerte hablando con ella. No se me dan bien las palabras».

Su mirada se desvió hacia la herida, sombría e hinchada. «Pero quiero reaprenderlo todo. Empezar desde el principio, solo por ella. La necesito para vivir, Ottai. No soporto perderla también».

El gran rey murmuró algunas palabras sagradas en voz baja, bajó la cabeza y presionó sus labios contra la herida, extrayendo él mismo el veneno.

Ottai observó cómo una mancha oscura se extendía por su mejilla. El rostro de Dameonikai se tensó de dolor, el veneno se filtraba en él, su mano agarraba las sábanas con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron.

Cuando finalmente levantó la cabeza, su rostro estaba blanco y una capa de sudor humedecía su frente.

—Lo... lo tengo todo —dijo con voz ronca y la mirada perdida—. Ahora... ahora solo necesita sanar de la herida.

Se levantó y su cuerpo se balanceó.

Ottai estuvo a su lado al instante. "¿Estás bien?"

Daemonikai levantó una mano, impidiéndole ofrecerle apoyo. «Solo un poco... inestable. El veneno... necesita tiempo para asentarse en mí».

La puerta se abrió y Vladya entró de nuevo. Al posar su mirada en el rostro de Daemonikai, se acercó rápidamente, con los labios apretados en una fina línea. «Lo hizo, ¿verdad?»

—Lo hice —dijo Daemonikai débilmente.

Ottai se enderezó, apartándose a regañadientes. «Faiwick y su aprendiz partirán al amanecer», dijo resignado. «Iré a avisar a Mysticaria para que esperen a nuestros hombres. Solo... ocúpate de él, Vladya. Por favor».

—Sabes que lo haré —dijo Vladya con expresión inexpresiva.

***

Un mareo se apoderó de Daemonikai, un dolor de cabeza punzante del tamaño de un buque de guerra golpeaba su cráneo.

El veneno podría permanecer en su cuerpo mucho más tiempo que en el de Emeriel, lo suficiente para conseguir el antídoto. Ojalá.

"¿Estás realmente bien?" La preocupación tocó la voz de Vladya.

—Siento como si la cabeza se me fuera a partir en dos —admitió Daemonikai—. Pero es de esperar.

"¿Quién haría esto?", se preguntó Vladya con el ceño fruncido. "¿Tienes alguna sospecha?"

"Voy a enfrentarme a Zaiper", repitió.

La mirada de Vladya se agudizó. "¿De verdad crees que podría estar involucrado?"

—No lo sé, pero empezaré por él —Daemonikai se obligó a incorporarse, con una furia hirviente creciendo en su interior—. Después, regresaré al lugar del ataque. Si estos ineptos no encuentran rastro, yo mismo rastrearé al responsable.

"Voy contigo."

—No. —Daemonikai se puso la túnica lentamente, con el estómago revuelto—. Te necesito aquí, con ella. Regresaré enseguida.

La preocupación de Vladya aumentó. «No te encuentras bien, Daemon. Sé cómo suelen terminar tus enfrentamientos. ¿Estás seguro de que estás a la altura?»

Caminó hacia la puerta, se detuvo y miró por encima del hombro. «Puedo cuidar de Zaiper. Estoy enfermo, no muerto».

***

Al cruzar la intersección, Daemonikai entró en Rocagris, seguido por sus guardias. Cada paso que daba para alejarse de Emeriel le hacía comprender lo cerca que había estado de perderla esa noche.

*¿Desde cuándo su reino se había vuelto tan inseguro que los asesinos se atrevieron a atacar en el corazón de la fortaleza de Ravenshadow?* Primero él mismo, ahora Emeriel.

La noticia de su llegada debió haberse difundido rápidamente, porque los soldados se apresuraron a despejar su camino, moviéndose con prisa, con expresiones tensas y todos los trabajadores desapareciendo en sus puestos.

Al irrumpir en la residencia real, Dameonikai vio a Zaiper esperando en su puerta, con una expresión cautelosa en sus ojos.

Su Gracia. Me enteré de lo sucedido y quiero que sepa que mis hombres también están buscando al culpable.

—Necesito privacidad, Zaiper. —El tono de Daemonikai era gélido y tranquilo—. Encárgate.

Los ojos del gran señor se abrieron ligeramente y la vacilación cruzó su rostro.

La mirada de Daemonikai se clavó en la suya, retándolo a negarse. Pero Zaiper asintió, lo condujo al interior y despidió a los guardias que quedaban en el salón.

Una vez solo, Daemonikai agarró a Zapier por el cuello, golpeándolo contra la pared más cercana con suficiente fuerza para sacarle el aliento de los pulmones, manteniéndolo suspendido.

—¿Qué significa esto…? —preguntó Zaiper con voz ahogada, luchando por respirar.

—¿Cómo te atreves a intentar matarla? —espetó Daemonikai—. *¿Cómo te atreves, Zaiper?*

—¡Jamás lo haría! —jadeó, arañando la mano de Daemonikai—. Suéltame para que podamos hablar de esto...

—No habrá discusión. Solo yo hablando, y tú escuchando. —Daemonikai apretó con más fuerza, cortando el flujo de aire de Zaiper—. Esta es tu única advertencia. Si alguna vez descubro que tuviste algo que ver con esto, *te destrozaré con mis propias manos* .

Zaiper jadeó, mirándome fijamente. «No puedes amenazarme en mi propia casa...»

El gran rey lo estrelló contra la pared de nuevo. «Si descubro que has participado en esto, te descuartizaré como carne en un matadero. Te haré trizas y esparciré tus restos por toda la ciudad», declaró Daemonikai con naturalidad, acercándose. «Te daré a probar una parte de mí que reprimí hace mucho tiempo».

El miedo se reflejó en el rostro enfurecido de Zaiper, pero lo ocultó rápidamente. "¡Suéltame, Daemon, suéltame ahora mismo!"

Una sonrisa sin humor se dibujó en los labios de Daemonikai. «Ruega a tus dioses que no encuentre ninguna prueba que te vincule con este crimen, *Zaiper Thoryk Dragaxlov* ».

Con eso, soltó a Zaiper, quien cayó como un muñeco de trapo. Mientras jadeaba, Daemonikai retrocedió con indiferencia.

Zaiper se puso de pie lentamente, con la furia en aumento y el orgullo herido. Un destello amarillo se mezcló con sus ojos grises, y avanzó con un paso amenazador.

—¡No tienes derecho a irrumpir en mi casa y acosarme así! —rugió —. No tienes derecho...

Daemonikai entró en su espacio personal, parándose tan cerca que apenas había una pulgada entre ellos.

—¡Tráelo, *te reto, idiota* ! —lo desafió con voz suave pero despiadada—. Deja que tu bestia salga a jugar.

Agarrando la barbilla de Zaiper, miró fijamente esos iris amarillos. "Olvidaré cualquier principio y los dejaré en paz, como siempre lo he hecho".

El desafío de Zaiper vaciló, pero su mirada siguió siendo feroz.

—O mejor aún, quizá debería ir hasta el final —dijo Daemonikai con una sonrisa irónica—. Si tuviera que acosarte, lo menos que podría hacer sería hacerlo a fondo.

El gran rey liberó una avalancha de feromonas agresivas. *¡Arrodíllate!,* ordenó a Zaiper con su voluntad.

Zaiper se puso rígido, temblando mientras luchaba por no ceder ante la orden alfa.

Esa resistencia lo atormentaba con un dolor insoportable. «No...», empezó con voz ronca.

Daemonikai lo inundó con *más* , aumentando la presión. Pero una punzada de dolor le partió el cráneo gracias a ese maldito veneno.

Eso no lo detendría.

Daemonikai presionó *con más fuerza* . "Así es como se ve el acoso, Zaiper."

Una leve onda se deslizó hacia el gran rey, y él resopló.

"¿Es ese tu intento de desafiarme con tus propias feromonas?" La voz de Daemonikai era un gruñido bajo y mortal.

Sintió de nuevo la suave ondulación.

—Ríndete, pequeño —se burló Daemonikai, crujiendo su cuello—. Solo te traerás más dolor. Puede que seas fuerte, Zaiper, pero no eres rival para mí.

Puede que Daemonikai sea tranquilo, pero nadie se salió con la suya ante este desafío descarado. Nadie.

Solo Vladya se atrevió a desafiarlo de esa manera, y lo había perdonado porque Vladya estaba lejos de estar cuerdo en ese entonces. ¿Cómo se atrevía Zaiper a desafiarlo?

Daemonikai *utilizó* más feromonas, no solo para afirmar su dominio esta vez, sino para *atacar descaradamente* .

“Para… por favor…” gimió Zaiper, agarrándose la cabeza con agonía y con el cuerpo temblando.

Daemonikai lo miró con aburrimiento. Podría seguir así toda la noche, ¿de verdad? ¿Cómo se atrevía?

Manteniendo la fuerza un poco más, ignorando el dolor abrasador en su vientre, Daemonikai observó con fría satisfacción cómo la resistencia de Zaiper se derretía en gemidos más lastimosos.

—Por favor… Su Gracia. —Los ojos de Zaiper se llenaron de lágrimas.

Desafío hecho polvo, le desnudó la garganta a Daemonikai. "Por favor... Alfa."

*Arrodillarse.*

Sus rodillas golpearon el suelo tan rápido, tan fuerte, que Daemonikai pensó que escuchó un crujido.

Inclinándose, miró los ojos llorosos del segundo gobernante. "¿Cómo te atreves a desafiarme?"

—Lo… siento… de verdad —la voz de Zapier se quebró.

Daemonikai le dio un fuerte puñetazo en la cara; el sonido resonó a su alrededor.

La sangre brotó de la boca de Zaiper y Daemonikai la limpió con sus dedos, untándola en la frente de Zaiper.

—¿De dónde sacaste el valor? —gruñó—. Dime.

"Por favor, perdóname", suplicó Zaiper, apenas respirando, las feromonas de Daemonikai lo enfermaban.

Daemonikai se apretó la mandíbula. «Estoy enfermo y debilitado por el veneno. Quizás de ahí provenga tu audacia, pero tenlo claro, Dragaxlov: sigues sin ser rival para mí».

Zaiper gruñó y más sangre se acumuló en su boca.

"Nunca lo serás, ni ahora, ni hace mil años. Así que guarda ese orgullo herido y esa arrogancia para la multitud". Daemonikai lo agarró del pelo, tirándolo con fuerza, obligándolo a echar la cabeza hacia atrás. "La próxima vez que me desafíes, te arrastraré a la plaza pública y te castigaré delante de todos. ¿Quedé claro?"

El rostro de Zaiper se sonrojó, humillado. «Sí, sí, Su Gracia...»

—Si descubro alguna prueba de que tuviste algo que ver con lo que le pasó a Emeriel, regresaré —dijo Daemonikai con voz cortante —. Y créeme, eso es algo que no quieres.

Dando el golpe mortal al orgullo de Zapier, Daemonikai enterró su rostro en el hueco de su cuello, oliéndolo.

Zaiper se quejó, un sonido mezclado con horror, vergüenza y autodesprecio.

Daemonikai casi podía ver a la bestia de Zapier encogiéndose, corriendo hacia las profundidades de su mente, encogiéndose como

un niño regañado, con la cola metida entre las piernas.

Completamente satisfecho, Daemonikai lo liberó, físicamente y del peso de su comando alfa, saliendo de Greyrock.

Detrás de él, Zaiper se desplomó hacia delante, con la cabeza inclinada en señal de sumisión y derrota.

Chapter Twenty-Three

# LA REALIDAD COMO UN SUEÑO.



LA MEZCLA DE OLORES convirtió la investigación de Daemonikai en una tarea desesperante. *Incompetentes.*

Si hubiera sabido que solo iban a complicar la situación, no los habría enviado a investigar en primer lugar.

Sus huellas y olores llenaban cada rincón, dificultando más que nunca discernir lo que realmente importaba. Pero esto no lo detendría.

Tres horas después, todavía estaba en la escena del crimen, después de haber seguido cada paso que Emeriel había dado.

Recorrió el jardín una y otra vez con una minuciosidad que rayaba en la obsesión.

Pero aún así, no encontró nada.

La irritación lo carcomía mientras se preparaba para repetir la búsqueda una vez más.

Esta vez, se transformó parcialmente en su forma bestial para agudizar sus sentidos, enfocando su olfato para distinguir el olor de Emeriel de la red de otros que flotaban en el aire. Pero aun así... nada.

Muy pronto amanecería. Era hora de regresar.

Sus instintos habían estado alerta toda la noche por estar lejos de Emeriel. Ella estaba a salvo, protegida bajo la vigilancia de Vladya.

Pero aunque confiaba en Vladya con su vida, no confiaba en las voces en su cabeza.

Ese riesgo por sí solo había mantenido los nervios de Daemonikai tensos toda la noche.

—¡Wegai! —gritó.

Su soldado jefe apareció al instante, después de haber permanecido cerca toda la noche, manteniendo sabiamente su distancia como se le había ordenado.

—Su Gracia —reconoció Wegai con una reverencia.

Reúne a los hombres. Nos vamos.

Estaban cerca de la entrada del jardín cuando Daemonikai se congeló, sus sentidos se aferraron a algo.

Un aroma tan tenue que era casi un fantasma en el aire. *Pero él reconocería ese aroma en cualquier lugar.*

"Nadie se mueve", ordenó.

Los soldados se quedaron quietos mientras él seguía el olor más allá del jardín.

Allí, sobre el hormigón, una minúscula gota de sangre brillaba débilmente en las sombras.

Daemonikai se agachó, inhalando el aroma profundamente, dejando que llenara sus pulmones.

No se había equivocado. *La sangre del Sinaí.*

Si hubiera sido de otra persona, podría no haberlo notado. Desde lejos, toda la sangre olía igual; se requería cierta cercanía y familiaridad para notar sutiles diferencias.

Esta sangre la conocía íntimamente.

Tan familiar para él como el suyo propio, pues había vivido en él y sobrevivido gracias a él durante dos mil años.

*¿Qué hacía la sangre del Sinaí aquí?*

"Wegai, ven."

El soldado avanzó sin dudarlo.

—Vayan al Cuartel General de Damas y ordenen el arresto oficial de la señora Laelsienai —ordenó—. Háganlo ahora.

***

—Hm, alguien está bastante contento esta mañana —murmuró Daryl, con la voz cargada de sueño.

Sinai sonrió, girándose para encarar a su amante. La primera luz del amanecer se asomaba por la ventana, proyectando una suave luz sobre la habitación. La satisfacción latía en las venas.

Sinai recogió su ropa de dormir y se la puso. "No hay nada como el buen sexo para celebrar una victoria, Daryl".

—Estoy de acuerdo. —El alto señor se inclinó para besarla. Se apartó y entrecerró los ojos con recelo—. Aunque no me has dicho exactamente qué victoria celebramos.

—La ignorancia es una bendición, mi Señor del Comercio —dijo Sinai arrastrando las palabras, estirándose con deleite antes de levantarse y lanzar una mirada furtiva por encima del hombro—. Digamos que por fin atrapé a un ratón muy escurridizo y muy bravo después de mucho tiempo poniendo trampas.

—Mmm. ¿Y valió la pena todo el esfuerzo por este ratón?

—Oh, sí —ronroneó, recordando el gruñido de dolor de Emeriel al recibir la flecha. Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios—. Muchísimo.

Daryl negó con la cabeza, entre divertido y receloso. "Me das miedo cuando te pones así. ¿Es este ratón el que te hace ese moretón en la mejilla?"

Sinai se llevó la mano a la mejilla, haciendo una mueca de dolor ante el leve escozor. "Mi ratoncito estaba..."

Un golpe fuerte y repentino los sobresaltó. La puerta se abrió de golpe y Nora entró corriendo, pálida de alarma.

—¡Los guardias reales de Frostfall ya vienen! —gritó Nora con pánico—. ¡Vienen hacia aquí, señora! Ellos...

El corazón de Sinai dio un vuelco, pero antes de que pudiera procesar las palabras de Nora, los soldados irrumpieron en su habitación.

Siete de ellos. Todos vestidos con uniforme oficial, sus expresiones severas no dejaban lugar a dudas sobre la seriedad de su misión.

El guardia principal dio un paso adelante, desenrollando un pergamino con gravedad ceremonial.

“Por orden del Gran Rey y de acuerdo con las leyes de Urai”, anunció con autoridad, “por la presente la declaro, Lady Laelsienai Gurtazivrk, bajo arresto por el delito de intento de asesinato y asesinato de una estimada invitada de nuestra tierra, la Princesa Emeriel Galilea Evenstone. Se le ordena rendirse de inmediato y sin resistencia. Cualquier incumplimiento será respondido con la fuerza.”

El rostro de Sinai palideció. *¿Qué…?*

“¡No tengo idea de qué estás hablando!” balbuceó.

A pesar de su intento de sonar indignada, le tembló la voz. "¿Cómo te atreves a irrumpir en mi residencia y hacer acusaciones tan ridículas...?"

—Le sugiero que venga en silencio, señora —advirtió el guardia con tono duro—. O usaremos la fuerza.

¡Esto es un error! —Echó una mirada histérica por encima del hombro—. Daryl, diles que se equivocaron de persona. Diles que he estado aquí contigo toda la noche.

El gran señor se levantó de la cama, buscando apresuradamente su ropa, con los ojos abiertos por la alarma. «No tengo ni idea de qué estás hablando».

En su interior, el pánico de Sinaí aumentaba, aunque ella intentaba desesperadamente no dejarlo notar.

*¿Cómo lo descubrieron? Había tomado todas las precauciones, no había dejado rastro y había planeado cada detalle a la perfección.*

—No hice nada malo —espetó—. ¡No toleraré que me acusen injustamente gente como tú!

Dos soldados se adelantaron, la agarraron de los brazos y la arrastraron hacia la puerta. Luchó para zafarse, pero no pudo con su fuerza.

"¡Soy inocente!" gritó, pero sus protestas cayeron en oídos sordos.

Mientras la arrastraban por el pasillo, para su horror, las demás damas de su ala salieron de sus aposentos. Con los ojos abiertos, llenos de curiosidad y un deleite perverso, presenciaron cómo se la llevaban como a una delincuente común.

Sinaí nunca había sentido tanta humillación.

—¡Suéltame! —gritó, forcejeando—. ¡Caminaré sola!

Pero sus súplicas fueron ignoradas.

El miedo rápidamente superó su vergüenza.

Miedo a la ira de Daemonikai, a su furia. Una que ya había enfrentado antes y que juró no volver a provocar.

El miedo se asentó más profundamente en ella, arañándole el pecho.

*Esto no se suponía que pasara . Se suponía que esta sería mi victoria.*

*¿Cómo había salido todo tan mal?*

***

Emeriel entraba y salía de la conciencia.

Cada vez que salía a la superficie, alguien le aplicaba una hierba amarga en los labios, le refrescaba la frente con paños húmedos o la incitaba a comer. Era agotador, intrusivo.

¿Por qué no podían dejarla con sus sueños?

Hermosos y dulces sueños de ella y su Amado.

Aquí, en este mundo de calidez y luz, no había dolor ni miseria.

Allí su vínculo estaba vivo y floreciente.

Allí podía sentir su presencia incluso cuando estaba lejos de la fortaleza.

Allí sintió todo lo que había en su corazón: no solo su dolor, sino también su felicidad. Su amor.

En este mundo, su vientre estaba lleno y redondeado, llevando a su hijo. Un hijo que trajo aún más luz a su ya radiante mundo.

Su Amado *brillaba* de alegría, intacto ante el dolor del sufrimiento y la pérdida.

Emeriel no quería despertar de ese sueño idílico.

Si cruzar al otro lado le traía sueños como estos, tal vez debería haber cruzado hace mucho tiempo.

Fue hermoso. Fue...

—Despierta, princesa. Abre la boca —la voz de Madame Livia se coló en sus sueños.

*Esto otra vez no.*

"Vete…" intentó gritar, pero las palabras salieron como un murmullo confuso.

"Ya debe haber tomado su medicación", intervino la voz de la criada jefa, "pero últimamente aprieta la mandíbula y se niega a que la molesten".

El bendito silencio regresó.

Emeriel se relajó, agradecida. *¡Gracias a Dios!*

"Despierta, querida." Una mano fuerte y suave le acarició la mejilla.

Su corazón se conmovió al oír esa voz familiar. *¿Qué hacía él fuera de sus sueños?*

Aquí, en ese borroso semimundo, sonaba más cercano… más real.

Quizás abriría los ojos sólo por un momento.

Una luz brillante asaltó su visión.

No. Emeriel cerró rápidamente los ojos.

—Cierra las cortinas, Livia —ordenó su amado.

—Pero necesita aire fresco...

"Hazlo", insistió.

Se oyó el crujido de las cortinas. La habitación se oscureció. Luego, el maravilloso silencio.

Con cautela, volvió a abrir los ojos, uno a la vez.

Su visión estaba borrosa, pero cuando parpadeó, el rostro de su hombre lentamente se hizo más claro.

—Hola, princesa —gimió, mientras sus dedos acariciaban sus pómulos.

Sentía la cabeza ligera y nublada, pero esto... esto también era un sueño placentero. Emeriel dejó escapar un suave gemido de satisfacción, acurrucándose en su tacto.

—Qué bien, niña. —Le acarició el pelo con la mano—. Ahora, necesitas beber.

Una taza presionó sus labios y un líquido amargo tocó su lengua. Sintió náuseas y giró la cabeza.

—Amargo —murmuró—. No lo quiero.

—Lo sé, pero debes hacerlo. —Se inclinó más cerca, su rostro llenó su visión, bloqueando el resto del mundo.

Emeriel descubrió que eso no le importaba en absoluto.

—Eres tan guapo —dijo arrastrando las palabras—. Pero... hay un pequeño error... —Levantando una mano, alisó las arrugas de

preocupación en su frente, suavizando el ceño fruncido—. Ahí, mucho mejor. No frunzas tanto el ceño.

Su mirada estaba llena de una ternura que la hacía sentir el centro de su universo.

*Oh, eso le gustó. Mucho.*

—Sigue mirándome... así —murmuró soñolienta, perdida en esos ojos—. A veces, es como si vieras directamente en mi alma. —Hizo una pausa, con los párpados parpadeando—. Es desconcertante, pero... me gusta. No pares nunca.

"Estás drogada y has perdido el juicio", dijo con esa voz profunda y sexy que la hizo estremecer por dentro.

"No, estoy completamente lúcida", le informó con la mayor seriedad.

Parpadeando con fuerza, frunció el ceño, intentando enfocar la mirada. "Aunque parece que tienes... tres ojos y dos narices".

Soltó una risita profunda. "¿Qué tal si estamos lúcidos?"

—Absolutamente. —La mano de Emeriel se deslizó hasta su cuello, recorriendo con avidez todo lo que sus dedos alcanzaban—. Ojalá hicieras eso más a menudo. Ríete. Quiero oírlo... verlo.

"Me das ganas", admitió con voz ronca. "Nunca pensé que volvería a hacerlo, pero tú..." Volvió a coger el temido vaso de medicina. "Tienes que beber esto".

"No."

—Hazlo también. —La apretó contra su boca de nuevo—. Bebe, Riel.

*Riel.* El apodo le revolvió el estómago gratamente.

"Riel...", saboreó cómo sonaba. "Me gusta".

"¿Tú haces?"

Emeriel asintió con entusiasmo. —Mucho. Llámeme... Riel, Su Gracia.

—Lo haré, querida —prometió en voz baja—. Ahora, bebe.

De mala gana, abrió la boca y tragó la amarga medicina, haciendo una mueca.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. "Buena chica."

Emeriel se pavoneó ante sus elogios. «Tuve los sueños más hermosos...», confesó, aturdida.

"¿Ah, sí?" Su tono denotaba curiosidad.

—Mmm —Lo abrazó con fuerza—. Acuéstate a mi lado y te lo contaré todo.

Suspiró. «Me necesitan en el tribunal, Riel».

—Por favor… Amado —se quejó ella, persuasiva.

Otro suspiro, de rendición. «Déjanos, Livia».

Emeriel apenas escuchó los suaves pasos, la puerta abriéndose y cerrándose.

Él yacía a su lado y Emeriel apoyó la cabeza en su sólido pecho, suspirando de satisfacción.

*Sus brazos eran su lugar favorito. El lugar más seguro del universo.*

—Soñé con nosotros —luchó contra el sueño—. Con nuestra vida juntos... Eras tan feliz.

"¿Lo fui?" Su voz era suave.

—Oh, sí. —Lo miró con los ojos pesados—. Estaba pesada... con tu hijo.

En ese instante, Emeriel agradeció poder ver su rostro. Pudo ver el hambre intensa brillar en sus ojos.

*El anhelo…*

Enferma o no, fue una visión que quedaría impresa para siempre en su corazón.

Su poderoso compañero parecía… como si fuera a llorar.

—No es algo que vaya a suceder para mí... para nosotros pronto —dijo con voz ronca, apartando finalmente la mirada de ella—. No en los próximos siglos.

Ella pasó una mano tranquilizadora sobre su pecho, asentándose en el constante subir y bajar de su respiración, tratando de mantener su mente drogada concentrada.

Mi difunto compañero de vínculo y yo estuvimos juntos cuatro milenios y solo tuvimos dos hijos. El menor nació hace ochocientos años... Intentamos tener un tercero durante *siglos* . —Su voz se quebró y respiró entrecortadamente—. Daría cualquier cosa por tener otro hijo...

*Oh, mi amado.* El corazón de Emeriel se dolía por él.

Un viejo dolor volvió a la superficie; no tenía idea de dónde venía, pero estaba allí, en su pecho.

"¿Sabes lo que significa esforzarse por tener un hijo durante *trescientos años* , jovencito?" Su voz profunda retumbó en su pecho.

Cerrando los ojos, se sumergió en las vibraciones relajantes.

Significa que cada día se siente interminable. Cada ciclo de celo que pasa sin concepción es una agonía para ambos.

"Lo siento", susurró.

—No te preocupes. —Le acarició el brazo—. Es un sueño hermoso. Daría lo que fuera por haberlo compartido contigo, aunque solo fuera en sueños.

Sus párpados se hicieron más pesados y su dulce abrazo la arrulló hacia esa paz flotante.

Un recuerdo se agitó en el borde de su conciencia.

Algo doloroso pero preciado, pero no se aferró a ello. Allí, el dolor no tenía cabida.

—Es un sueño hermoso —concedió—. Quédate conmigo, amado mío. Solo un ratito más.

"Estoy aquí." La abrazó posesivamente como antes lo había hecho su bestia, pero con el macho, había una suave protección en su tacto que la conmovió profundamente.

*A ella le gustó eso. Le gustó mucho.*

"Me aterran mis celos... ahora más que antes", susurró con un último esfuerzo. "Pero quisiera... quisiera crecer con tu fruto dentro de mí. Con todo mi ser, quisiera darte un hijo".

Ella casi se quedó dormida cuando escuchó su susurro.

«Si puedes, seré el hombre más feliz del universo», la promesa más suave en un tono hambriento. «Si puedes, Riel, pondré el mundo entero a tus pies».

Chapter Twenty-Four

# LO QUE SE PERDIÓ PARA SIEMPRE.



AL ABRIR LOS OJOS, y por primera vez en días, Emeriel se sintió... bien. Más que bien, en realidad.

El dolor de cabeza persistente desapareció, la fiebre y los escalofríos desaparecieron, y la hinchazón desapareció como si nunca hubiera existido.

"¿Cómo te sientes?"

Sus ojos encontraron a Aekeira sentada a su lado, el cansancio se mezclaba con alivio en sus ojos.

—Aekeira… —La voz de Emeriel era áspera.

"Tenías a todos muy preocupados", dijo Aekeira. "Por un momento, empezamos a temer lo peor".

"Por un momento, *pensé* lo peor." Emeriel intentó levantarse con un gruñido de esfuerzo. Un dolor agudo le atravesó el abdomen y se estremeció.

Aekeira se inclinó rápidamente hacia delante, ayudándola a ponerse en una posición más cómoda y ajustando las almohadas detrás de su espalda.

"¿Cuánto tiempo ha pasado?"

"Cinco días."

Emeriel dejó escapar un suspiro lento. "Cinco días... Tanto tiempo, ¿eh?"

—Me alegro mucho de verte bien. —La sonrisa de Aekeira era forzada—. Me asustaste mucho.

Emeriel notó que las manos de su hermana se crispaban y flexionaban los nudillos. Aekeira quiso acercarse, abrazarla, asegurarse de que era real, pero era evidente que se contenía.

Estos últimos años no habían sido fáciles para ellos. Emeriel, en su propio dolor, se había distanciado de todos, incluso de la persona cuyo contacto siempre le había brindado el mayor consuelo.

Así que ella se acercó primero y puso una mano sobre el brazo de Aekeira. "Siento haberte asustado, Keira".

Aekeira estuvo sobre ella en un instante, envolviéndola en un fuerte abrazo.

*Hogar, hogar, hogar.* La sensación golpeó a Emeriel con tanta fuerza que le quitó el aliento.

Un anhelo la invadió, intenso y poderoso, tanto que se mordió el labio para no desmoronarse. Apretó los puños a los costados para no devolverle el abrazo, respirando superficialmente para contener la avalancha de emociones, deseando que permanecieran sepultadas.

—No vuelvas a hacer eso —regañó Aekeira, temblando—. ¿Cómo pudiste dejarte alcanzar por una flecha? ¡Normalmente las desvías con tanta rapidez! ¿Cómo pudiste dejar que esta te alcanzara?

—Oh, sí, lo vi venir y pensé en quedarme allí con los brazos abiertos, regocijándome mientras me atravesaba el vientre —dijo Emeriel en tono seco.

Su hermana resopló. Se apartó y le dirigió a Emeriel una mirada de reproche. «Así que aún tienes sentido del humor. Me alegra saberlo».

Emeriel gruñó en respuesta.

"¿Cómo sobreviví a eso?", se preguntó en voz alta. "Olí ese veneno. Era uno de esos raros y mortales. Creo que era *shezie* . Olía a eso." Bajó la vista hacia sus manos entrelazadas, frunciendo el ceño. "Por un instante, estuve segura de ver las luces blancas y el tren al otro mundo."

—Ni remotamente divertido. —Aekeira se recostó en su asiento, tomando la mano de Emeriel una vez más—. Tu hombre te salvó.

Emeriel lo sospechaba. Pero… ¿cómo?

Nadie tiene un antídoto contra *Shezie* a mano, a menos que sea un mago.

—Te succionó el veneno y lo introdujo en su cuerpo. El Señor Vladya dijo que recitó hechizos que lo hicieron posible —reveló Aekeira en voz baja.

Emeriel se quedó quieto. *¿Qué?*

Liberando su mano de la de Aekeira, levantó su prenda y miró hacia el lugar donde había estado la herida.

Casi curado, no había hinchazón, ni venas oscurecidas, ni rastros persistentes del veneno.

Emeriel miró a su hermana, abriendo y cerrando la boca, pero no salió ninguna palabra.

*Pero ¿por qué… por qué haría esto?*

"En cada instante, él estuvo aquí, cuidándote y cuidándote." La voz de Aekeira rebosaba asombro. "Incluso mientras sufría, mientras el veneno le devoraba los órganos…"

Las manos de Emeriel sufrieron espasmos, aferrándose con más fuerza a su ropa. *¿Se llevó mi veneno...?*

Solo está ausente ahora por una reunión crucial sobre el nuevo proyecto de aprovisionamiento de agua para los cultivos. Faltó a innumerables tareas porque se negó a separarse de ti, Em.

—¿Pero por qué…? —La voz de Emeriel era apenas un susurro—. Nuestro vínculo se ha roto. No hay nada que lo obligue a hacer esto.

—Ya no creo que se trate del vínculo —dijo Aekeira, con una expresión de seguridad y asombro a partes iguales—. Creo que de verdad se preocupa por ti. Se ingirió el veneno, *soportó el dolor durante días* ... El antídoto llegó ayer mismo. —Negó con la cabeza y añadió—: Habrías muerto.

La mente de Emeriel daba vueltas. No podía comprender la magnitud de su sacrificio. Ni por qué lo haría por *ella* .

Y no se había recuperado del todo de su enfermedad.

Emeriel tragó saliva. "¿Saben quién fue el responsable?"

—Su anfitrión de sangre. —La mirada de Aekeira se tornó feroz—. Esa maldita ama, no sé por qué te odia tanto.

*Por supuesto. ¿Por qué no me sorprende?*

Emeriel entrecerró los ojos. «Esa mujer tonta».

—El gran rey lo investigó él mismo. —La expresión de su hermana se suavizó—. Cuando nadie más pudo encontrar una pista, de alguna manera, él la encontró. Casi se vuelve loco esa noche... todo por tu culpa.

El corazón de Emeriel se agitó con fuerza. Un latido errático y vulnerable.

—¿Arreglaste las cosas con él? —La voz de Aekeira era suave, pero Emeriel miraba fijamente hacia delante, sin decir nada.

"Eh..."

"Me da miedo", admitió finalmente.

Su hermana la miró y la compasión se reflejaba en sus ojos.

"Quiero oírlo, saber qué tiene que decir", confesó Emeriel en voz alta por primera vez. "Pero estoy muerta de miedo, Aekeira". Sus ojos recorrieron las líneas irregulares y descoloridas de tierra que manchaban la pared. "¿Y si dice algo inapropiado? ¿Y si es por lástima o solo intenta aliviar su culpa? ¿Y si solo está siendo amable, sin planes de futuro para nosotros?" Tragó saliva con fuerza. "¿Y si hace todo esto porque siente que me debe algo por haber vuelto aquí a salvarlo? ¿Y si solo está siendo amable y dulce para devolverme un favor, nada más?"

—Demasiados «¿y si...?», querida hermana —la reprendió Aekeira en voz baja.

Emeriel exhaló y bajó la mirada hacia la herida casi cicatrizada. "¿Y si *dice* lo correcto?", preguntó con inquietud. "Me aterra volver a recorrer el camino del amor, Aekeira. He pasado por eso, y es desgarrador. Siento demasiado por él. Si vuelvo a dejar salir esos sentimientos y decide que no tenemos futuro, no podré recuperarme jamás".

"Oh, Em..."

"No me llames así", se quejó.

—Vivir así no es vivir de verdad, Em —dijo Aekeira, ignorando su desaprobación—. Sí, esos muros te protegen del dolor, de toda la crudeza del mundo, pero te impiden ser feliz, vivir de verdad. Asumir riesgos.

Emeriel se cruzó de brazos. "¿Y eso es lo que estás haciendo? ¿Te estás arriesgando otra vez, después de todo lo que te hizo pasar

Lord Vladya?"

Aekeira frunció los labios.

No creas que no noté el dolor que soportaste, lo mucho que te hirió. Fui yo quien te escuchó llorar, noche tras noche, por su culpa. Cuando creías que todos dormían, sollozabas en tu almohada hasta el amanecer.

Aekeira bajó la mirada. «No fue fácil dejarlo ir», admitió en voz baja. «Pero al tener que elegir entre darnos una oportunidad o vivir cada día medio muerta por dentro, decidí arriesgarme».

—¿Aunque esté medio loco y sin alma? —La voz de Emeriel tenía un tono cortante.

Los labios de Aekeira se alzaron en una suave sonrisa. "Aun así." Miró a Emeriel con ojos brillantes. "¿Y sabes qué, Em?"

*No me llames* ... Suspiro. "¿Qué?"

"Estas últimas semanas con él han sido las más felices de mi vida." Los ojos de Aekeira brillaron, con una mirada soñadora en su rostro. "Nunca me he sentido más viva. Más plena."

*Absolutamente repugnante. Absolutamente adorable.*

—Dale una oportunidad al gran rey —la instó Aekeira—. Escúchalo. Luego decide qué quieres hacer. Huir no es la solución. La Emeriel que una vez conocí lo entendía.

Ya no estoy segura de querer ser esa Emeriel. Esa chica se dejó llevar por el corazón... y mira en qué pozo sin fondo cayó. Ahora, solo sigo mi cabeza.

Aekeira se quedó en silencio.

Finalmente, dijo: «Y no hay nada malo en eso». Se puso de pie y añadió: «Iré a buscar a la señora Livia; necesita saber que estás despierto».

Emeriel asintió, observando mientras su hermana caminaba hacia la puerta.

Pero Aekeira se detuvo, se dio la vuelta y apoyó la mano en el pomo de la puerta.

—Quizás ya no tengas que ser esa chica —dijo en voz baja—, pero no puedes perderla del todo, Em. Porque esa chica sobrevivió al infierno. Soportó la esclavitud, el infierno de acostarse con una bestia. Enfrentó la agonía del celo y su recuperación, de cargar con

un secreto devastador, y aun así sobrevivió a la separación de su alma gemela. Pasó por todo eso, y... *sobrevivió* .

A Emeriel se le encogió el pecho. Apartó la mirada, con las palabras de su hermana flotando en el aire.

"Esa chica era lo mejor de ti", añadió Aekeira. "Era tu parte más fuerte. La más valiente. Es todo lo que te hizo ser *tú* . Quizás ya no tengas que ser ella enteramente, pero aún puedes llevarla contigo. Porque ella te equilibró. Está bien dejar que tu cabeza te guíe... solo dale a tu corazón la oportunidad de seguirla también".

*Detente, por favor.* Emeriel se miró las manos. Le temblaban.

—Te quiero, Em. —Su hermana abrió la puerta, ofreciéndole una pequeña sonrisa triste—. Siempre te querré, seas quien seas.

Mucho tiempo después de irse, Emeriel susurró en silencio: "Yo también te amo, Keira".

***

HACE DOS AÑOS

*Tres meses después de regresar de Urai.*

Emeriel se despertó con un terrible dolor de cabeza y un dolor aún más agudo en el estómago.

La luz del sol entraba a raudales por la ventana, azotando sus sensibles ojos, pero no tenía ni la fuerza ni la voluntad de levantarse y cerrar las cortinas. En cambio, se tapó la cara con una almohada, aislándose del mundo.

Amaneció otro día.

Otro día para esperar el regreso de su Amado, para orar para que Él viniera y la llevara de regreso.

No le importaba tener que volver como su esclava; Emeriel estaba lista para servirle el resto de su vida. Aceptaría cualquier muestra de cariño que él pudiera darle, si tan solo viniera por ella.

"Seré una buena chica, lo prometo", murmuró con voz ronca, con los ojos demasiado secos, demasiado exhaustos para conjurar las lágrimas.

Otro día para desear la muerte.

Afuera de su puerta se filtraban voces.

—Estaba medio muerta, gravemente deshidratada —espetó el príncipe Daviel—. Si nuestros hombres no la hubieran encontrado cuando lo hicieron, ya habría muerto.

—Y vuelvo a preguntar, por milésima vez, ¿qué ocurre aquí, Aekeira? —La voz del rey Orestus resonó, cargada de irritación—. ¿Por qué demonios intentaría tu hermana regresar a ese reino salvaje que la esclavizó?

Sólo los sollozos ahogados de Aekeira le respondieron.

—¡Maldito seas! —maldijo el rey—. ¿Cuándo me hablarán? ¿Qué demonios les pasa? ¡Es como si esas bestias me hubieran devuelto a dos desconocidos! Están llorando, encerrados en sus habitaciones, deprimidos, sin comer, o llorando aún más.

Emeriel gimió. La cabeza le dolía demasiado.

*¡Vete! ¡Déjame en paz!* Quería gritar, pero estaba demasiado cansada para reunir fuerzas.

Y su estómago… *estaba ardiendo.*

Afortunadamente, ella volvió a quedarse dormida.

Un dolor repentino y punzante la atravesó, despertándola de golpe. *¿Qué...?*

Siguió otro, más agudo y más insoportable, Emeriel se dobló y un grito ahogado salió de su garganta.

Luchando por ponerse de pie, se agarró el vientre mientras se tambaleaba hacia el baño, desesperada por aliviarse.

Pero cuando se bajó los calzoncillos, había… sangre. Tanta sangre.

Empapó la tela y se deslizó por sus piernas.

Ella se quedó mirando, horrorizada. Desconcertada.

Llorando con otro calambre terrible, se preguntó qué demonios estaba pasando. ¡No había tenido la menstruación en más de un año!

Apretando su prenda con tanta fuerza, sus nudillos se pusieron blancos, respirando entrecortadamente. *Dios mío, me duele muchísimo el estómago.*

*¿Podría ser…?*

—No, no, no puede ser —dijo entrecortadamente, sacudiéndose—. No puedo estar... No puedo estar p-embarazada.

La sangre corría como una pincelada descuidada de un pintor, manchando todo lo que tocaba.

—¡No puedo estar embarazada! —se cubrió la cara con las manos y Emeriel gritó en señal de negación—. ¡Dijeron que no era posible! ¡Dijeron que tomaba tiempo! No puedo... no puedo —sollozó—. No puedo perder a mi hi-hijo.

Sus rodillas cedieron y cayó como un trapo al suelo, *llorando como nunca antes.*

La ligera distensión de su vientre no se debía a una hinchazón causada por desnutrición: estaba embarazada.

Allí mismo, en el baño, el corazón de Emeriel se rompió nuevamente.

Con cada reguero de sangre por sus muslos, cada punzada de dolor abrasador en su vientre, Emeriel supo, con una certeza creciente y desgarradora, que un alma abandonaba su cuerpo. Su hijo se iba.

Y no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

***

EL PRESENTE

Sentada en la cama, Emeriel se estremecía incontrolablemente en la quietud de la noche. Su respiración, entrecortada y ruidosa, resonaba en el silencio de sus aposentos mientras se mecía, abrazada a las rodillas.

Ninguno de los grandes gobernantes había regresado del santuario ancestral.

*¿Por qué te haces esto? ¿Por qué revivir el recuerdo más doloroso de tu vida?*

Pero ella sabía por qué ese recuerdo en particular se había liberado de sus cadenas. La conversación íntima con el rey Daemonikai sobre niños.

*"Si puedes darme un hijo, Riel, pondré el mundo entero a tus pies".*

Su temblor empeoró, sus dientes castañeteaban. Si tan solo supiera... si tan solo supiera lo cerca que habían estado.

*Acordamos enterrarlo, ¿no? ¿Dejarlo en el pasado y vivir como si nunca hubiera sucedido?*

Así había vivido ella.

Viviendo cada día como si estuviera completa, como si no estuviera astillada por dentro. Como si no hubiera perdido el regalo más preciado que los dioses pudieron darle.

La pérdida de su hijo la había obligado a superar el dolor del vínculo roto, más allá del desamor que casi la había destruido.

La había obligado a volverse más fuerte, a enterrar a la vieja Em, la que había conocido la inocencia y la esperanza.

*Después de todo, si no hubiera sido tan débil, no habría perdido a mi hijo.*

¿Quién se habría imaginado que concebiría en su primer celo? ¿Y quién habría pensado que lo perdería así?

—Estás bien. Estás bien —susurró, meciéndose. *Ojalá el movimiento le infundiera algo de calor en el alma.*

Pero nadie lo sabía. Ni siquiera Aekeira.

Era un secreto que Emeriel llevaría a la tumba.

¿Cómo podría decirle a él, un hombre que deseaba tan desesperadamente tener hijos, que había sufrido la pérdida de sus dos hijos, que ella había gestado a su tercero, sólo para perderlo debido a su incompetencia?

Él nunca se lo perdonaría… tal como ella nunca se lo había perdonado.

Entonces, esa carga era solo suya, incluso si la estaba matando lentamente por dentro.

Nadie sabía por qué luchaba con ahínco para proteger su corazón, por qué se apartaba de todos, por qué siempre estaba enojada. Nadie conocía la magnitud de su dolor. Nadie sabía por qué la vieja Emeriel había muerto para que la nueva, endurecida, pudiera vivir.

Esa chica lo había soportado todo, había sobrevivido a la esclavitud, al tormento, al desamor, al vínculo roto…

Pero ella no había sobrevivido a la pérdida de su hijo.

Y ahora, todo lo que tanto le había costado construir se desmoronaba a su alrededor. La armadura que había forjado se agrietaba.

Apenas unas semanas después en su compañía, todos los sentimientos que había enterrado estaban volviendo a la vida .

Durante cinco largos días, soportó el dolor del veneno en su interior mientras este destruía sus órganos, todo en un esfuerzo por salvarle la vida. Tan solo pensarlo hacía que su corazón muerto saltara de esperanza.

El vínculo ni siquiera estaba activo, pero ella se estaba enamorando de él otra vez.

*¿De nuevo?,* resopló su voz interior. *¿Alguna vez te desenamoraste de él?*

Emeriel estaba… aterrorizado.

Para Aekeira, fue fácil predicar, fácil decir: *"Dale una oportunidad a tu corazón".*

Pero Aekeira no se había quedado parada en ese baño frío, mirando impotente cómo su hijo se alejaba en un charco de sangre.

No había pasado estos dos últimos años sola, destrozada por los recuerdos de una vida que nunca tuvo la oportunidad de florecer.

No, no fue Aekeira quien tuvo que vivir con la miseria, la herida abierta que nunca sanó.

Su hermana no se había quedado despierta incontables noches preguntándose cómo habría sido su hijo, cómo habría crecido. En quién se habría convertido.

Si su hijo hubiera sido un niño fuerte y guapo o una niña hermosa y radiante.

¿Sus ojos habrían sido de un verde penetrante como los de su padre, o del azul profundo de los suyos?

Emeriel miró hacia delante sin comprender, terremoto tras terremoto, rastrillando su cuerpo.

Chapter Twenty-Five

# MI CORAZÓN PESADO.



EL GRAN SEÑOR OTTAI entró en su estudio, completamente exhausto. Lo único que quería era desplomarse en su cama y dormir una semana.

El ritual de la lluvia siempre era largo, complejo y agotador. Pero si daba resultados, como la última vez, entonces valía la pena cada gramo del esfuerzo.

Él se giró—

—¡Madre mía! —maldijo Ottai, saltando de la sorpresa—. Emeriel, ¿eres tú? Me asustaste.

La princesa estaba apoyada contra la pared, envuelta en sombras, con los ojos cerrados.

Ottai exhaló con fuerza. Estaba tan fatigado que sus sentidos, normalmente agudos, se habían embotado. "¿Cómo entraste aquí?"

—Tu compañera dijo que podía esperarte aquí —respondió ella, con los ojos aún cerrados.

Él asintió, observándola con más atención. "¿Cómo se encuentra tu cuerpo? ¿Estás bien?" Al no responder, suspiró. "¿Qué necesitas entonces? Si buscas al gran rey, regresó conmigo. Debería estar en Frostfall ahora..."

—Me diste tu palabra. —Su voz era tranquila—. Dijiste: «Si pudieras ayudarlo o no, si alguna vez fuera demasiado, solo tenías

que pedírmelo y yo se lo quitaría a Urai». Abrió los ojos y lo miró. —Esas fueron tus palabras, ¿recuerdas?

—Por supuesto. Un verdadero Urekai nunca olvida una promesa —afirmó con solemnidad.

—Bien —murmuró, casi sin oírse—. Ya es demasiado para mí.

"Espera un momento." La mente de Ottai se puso al día. "¿Te refieres a…?"

—Sí. —Finalmente se enderezó, saliendo de las sombras para situarse en la tenue luz del estudio—. Llévame de aquí, Lord Ottai. Mañana por la mañana, al amanecer. Llévame a casa.

Ottai quedó estupefacto por su sorpresa.

—No hablarás en serio. Pensé... —Negó con la cabeza, buscando las palabras adecuadas—. Estaban progresando.

—No quiero progresar, solo quiero volver a Navia —dijo con frialdad—. Quiero estar lo más lejos posible de aquí. Cumplirás tu palabra, ¿verdad?

Ottai tenía mil preguntas. Mil argumentos en contra de su decisión.

Pero al final, simplemente asintió. «Sí», dijo con voz grave. «Salimos al amanecer».

"Júrame que no le contarás esto al gran rey".

Ya lo esperaba. Para ser tan joven, Emeriel era increíblemente perspicaz e inteligente. "Lo juro."

***

Nada podía transformar un día tremendamente agotador en algo de una belleza deslumbrante como una buena noticia. Emeriel estaba despierto, sano y fuerte.

El Gran Rey Daemnonikai se encontraba frente a las puertas de su cámara.

Cuando los sirvientes se movieron para anunciar su presencia, un sutil movimiento de cabeza los despidió sin decir palabra.

Éste era un momento que quería disfrutar solo.

Silenciosamente, empujó la puerta y entró. La suave luz de la lámpara iluminó la habitación, dorando los bordes de todo lo que

tocaba.

Emeriel estaba inclinada, ordenando su armario, de espaldas a él.

Daemonikai se apoyó contra el marco de la puerta y se tomó un momento para simplemente *observarla* .

Atrás quedaron las formales y elegantes vestimentas de una princesa. Vestida con un sencillo pijama blanco, su figura se acentuó de una manera que lo impactó profundamente.

Era impresionante, con curvas que rivalizaban con las mejores esculturas de los museos más grandes.

Sus ojos la siguieron mientras se movía, su trasero regordete y redondo se le presentaba como una invitación. *¡Cielos!*

La excitación surgió dentro de él, codiciosa y posesiva.

Se imaginó dando un paso adelante, aferrándose a sus suaves curvas, apretándolas. *Azotándolas* , solo para ver cómo se meneaban.

Casi podía oír los dulces sonidos que ella hacía mientras la sujetaba, follándola, observando ese delicioso trasero suyo bailar al ritmo de sus movimientos.

Daemonikai apretó la mandíbula. Quería hacer el amor con ella, verla desmoronarse bajo él. Esta vez, sin calor ni celo que nublaran sus sentidos, solo ellos y su puro deseo mutuo.

Quería *deshacerla* , verla desmoronarse y reconstruirla. Ver cómo las emociones que siempre ocultaba tras su máscara se desmoronaban bajo sus manos.

Derribar cada muro, cada defensa, hasta que ella cantara para él como una ninfa del agua, una y otra vez, mientras él la llevaba de un orgasmo al siguiente.

A su pene definitivamente le encantó la idea. Duro y dolorido en sus pantalones.

Pero el control era una ventaja de ser un anciano como él. Miró fijamente su miembro tenso.

*Todavía no, muchacho. No haremos nada por mucho tiempo. No importa cuánto nos lleve recuperarla, ganarnos su confianza, esperaremos. Si tarda una década, que así sea.*

Gracias a Ukrae por sus pesadas túnicas que ocultan su polla muy desobediente.

"¡Su Gracia!"

El jadeo le hizo levantar la cabeza de golpe.

Emeriel ya lo estaba mirando. Se llevó la mano al pecho y abrió los ojos de par en par, sorprendida. «Me asustaste».

*Soy tu amado, Riel. No tu gracia.*

*Soy la Majestad de todos los demás, pero para ti solo quiero ser tu hombre.*

Sonrió, cansado pero sincero. «Te pido disculpas, querida. Solo disfrutaba del paisaje», dijo con voz aterciopelada, mientras la recorría con la mirada.

Un leve rubor se extendió por sus mejillas.

Vaya, hacía tanto que no veía eso. Cómo lo extrañaba.

Su bestia, sin embargo, había visto más de eso que él.

*Todavía no puedo creer que tengas más acción que yo, patán,* se quejó a su bestia.

*Compañero. Mío.*

*Lo sé, Bestia. Es nuestra.*

Con las manos entrelazadas a la espalda, se adentró en la habitación. "¿Cómo te sientes?"

—Mucho mejor —dijo ella, vacilando, mientras lo observaba a su vez—. ¿Y tú?

«Me siento espléndido». Y así fue. Verla viva y sana le infundió nuevas fuerzas.

Sus pasos eran tímidos mientras acortaba la distancia entre ellos, sus delicados dedos extendiéndose para tocar su brazo. "¿Puedo?"

—Nunca tienes que pedírmelo, Riel —dijo arrastrando las palabras —. Tócame cuando quieras, como quieras.

Sus mejillas se sonrojaron nuevamente; su sutil doble significado no pasó inadvertido para ella.

Manteniendo silencio, le quitó la capa con manos cuidadosas, doblándola cuidadosamente y dejándola a un lado antes de centrar su atención en su brazo.

Ojos fijos en los oscuros rastros de sangre ennegrecida. "¿Cómo está?"

"Ya no me duele tanto", dijo con tono tranquilizador. "Mi alma se está curando, y con ella, los síntomas se están desvaneciendo".

Su mano recorrió las tenues marcas. «Sí, ya no son tan negras ni tan numerosas como antes», murmuró. «Recuerdo la primera vez que las vi...». Su voz se apagó. «Fue aterrador».

*No me queda nada para darte,* le había dicho aquel día en el bosque.

Sin embargo, allí de pie, observándola, Daemonikai todavía no lo creía, tal como no lo había creído entonces.

—Ya no tienes la muñeca —susurró, completamente concentrada —. El rastro se está acortando. De verdad que se está curando.

*Mírate, Riel, preocupándote por mí. Todavía te importa.*

Extendiendo la mano, le colocó detrás de las orejas los sedosos mechones de cabello que le caían sobre la cara. Un lado, luego el otro. «Gracias por cuidarme».

Su mano se quedó quieta.

Lentamente, ella levantó la vista y sus ojos luminosos se encontraron con los de él.

—Por regresar, incluso cuando aún sufrías —continuó con voz cargada de significado—. Gracias por estar aquí. Me salvaste la vida. *En más de un sentido.*

—También salvaste la mía. —Su mano se posó suavemente sobre su pecho—. ¿Pero por qué harías algo tan peligroso? ¿Atraer el veneno hacia ti...?

—He cometido muchas cosas peligrosas en mi vida, Emeriel —dijo con una leve sonrisa—. Tantas, de hecho, que si te conviertes en bardo y las escribes todas, necesitarías una biblioteca entera para guardarlas. ¿Pero esto? Este no era uno de ellos.

Bajó la cabeza y él vio que se le cerraba la garganta al tragar saliva para contener la emoción que la invadía. "Pero no deberías haber..."

Con suavidad, le levantó la barbilla, fijándose en su mirada. «Lo haría otra vez. Una y otra vez. Si salieras y atraparas diez flechas envenenadas, como moscas en un festín, absorbería todo el veneno de tu cuerpo y lo depositaría en el mío, incluso si eso significara mi muerte».

Se le estremeció la respiración, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas. "¿Pero por qué?"

"Creo que ya sabes por qué."

—No, no lo sé. —Con la voz quebrada, retrocedió un paso y dejó caer la mano—. No sé, no puedo. No puedo.

Por fin consiguió emociones.

*Eso es progreso.* Daemonikai debería estar feliz. Pero ver tanta desesperación en su rostro era una agonía.

Nadie a quien él quisiera debería sufrir así jamás, y lo peor de todo es que sabía que era su culpa.

Acortando la distancia entre ellos de un solo paso, la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia sí. Su agarre era firme, fuerte, dispuesto a sujetarla incluso si ella luchaba por soltarse.

Pero no lo hizo.

En cambio, ella tembló, su frágil cuerpo tenso contra el de él.

"Su Gracia…" dijo ella, su voz era un susurro entrecortado.

—Quitaría todo el dolor —acercó sus labios a su oído—. Si pudiera, te lo sacaría como veneno y lo haría mío.

Ella negó con la cabeza levemente. «Ya tienes mucho dolor. No podía dejar que también te llevaras el mío, no si eso significaba que tuvieras que soportarlo en tu interior».

*Ucrania* . Su corazón se retorció dolorosamente. *Esta chica será mi muerte.*

Ella no le devolvió el abrazo, pero tampoco lo apartó. Permaneció dócil en sus brazos, dejándose abrazar.

Eso le bastó.

***

Emeriel estaba cansado. Un cansancio profundo, desgarrador.

Dejar Urai debía aliviar su corazón. Para aliviar la carga que la oprimía, después de todo, regresaría a su mundo. Allí planeaba encontrar una pequeña cabaña cerca del río para establecerse y vivir una vida tranquila y sin interrupciones.

Lo primero que haría sería afrontar el problema de su celo. Se acabaron los supresores, se acabó huir de él. Si la consumía, que así fuera.

Incluso si eso significaba contratar a cinco hombres para que la ayudaran a pasar las noches febriles y miserables, estaría lista. Cualquier cosa para que su próximo celo fuera soportable.

Si sobrevivía a eso, viviría una vida pequeña y tranquila, desapareciendo en la oscuridad hasta el final de sus días.

*¿Ves? Estoy haciendo planes. Eso es vivir, ¿no?*

Pero la pesada piedra que le oprimía el pecho se negaba a levantarse... hasta que su gran rey la atrajo hacia sus brazos. Y, así de repente, Emeriel pudo respirar de nuevo.

La pesadez sofocante se alivió, y su atribulado ser interior se tranquilizó. *Sus brazos eran realmente el lugar más seguro del mundo para mí.*

Las lágrimas le picaron en los ojos. ¿Cómo podría vivir sin esto?

—Me alivia verte bien de nuevo, Riel —dijo con voz tierna.

Le conmovió… la forma en que él pronunciaba su nombre. Suave e íntimo, como una promesa susurrada.

*¿Cómo vivirás sin todo esto?,* susurró su mente.

*Ya lo hice antes. Puedo hacerlo de nuevo. ¿Verdad…?*

Has pasado por una gran prueba. Te dejaré descansar. —Finalmente se apartó y la besó en la frente—. Buenas noches, Riel.

Emeriel lo vio irse, conteniendo las lágrimas.

***

Dio vueltas en la cama, el sueño resultó ser su peor enemigo. Su mente inquieta se negaba a aquietarse, sus pensamientos atados a un solo hombre.

La pesadez en su corazón había regresado de nuevo, el silencio de la noche era demasiado ensordecedor.

*Al amanecer, dejarás este lugar para siempre.* El pensamiento la golpeó como una espada.

*Lejos de tu Amado. Para no volver a sentir su tacto, a saborear sus besos.*

Su garganta se convulsionó y ella respiró entrecortadamente, luchando contra la opresión en el pecho.

*Nunca sentir sus fuertes brazos rodeándote. Nunca volver a tocarlo. Nunca sentirlo dentro de ti.*

El dolor era insoportable. Emeriel se levantó, recogió su capa y salió de su dormitorio.

Caminó por los tranquilos pasillos, pasando junto a los guardias apostados en la residencia real, quienes le hicieron una reverencia y se hicieron a un lado sin preguntar, hasta que se detuvo frente a la puerta de sus aposentos privados.

*¿Qué haces?,* exigió su mente racional. *Si te permites probarlo cuando te vayas mañana, ¿cómo vas a sobrevivir sin él? ¡No es buena idea!*

La mano de Emeriel temblaba en el pomo de la puerta. Su respiración era rápida y superficial mientras su guerra interna continuaba.

*«Date la vuelta. Vete»,* la regañó su mente racional. *«No es buena idea, Emeriel».*

Pero otra voz… más suave, más desesperada, susurró: « *Solo una última noche. Necesito sentirlo una última vez».*

*Conoces los riesgos. Si haces esto, podrías tener el celo antes de tiempo. No estás preparada.*

"Lo extraño", susurró en voz baja, en una súplica silenciosa. "Solo esta noche con él es todo lo que pido, ¿es demasiado pedir? Lo extraño tanto que me duele".

Una pausa siguió en su mente caótica.

*Pobre, pobrecita,* suspiró resignada la voz interior.

Apretó el pomo con más fuerza y, con un suave clic, se abrió. Entró y cerró la puerta tras ella.

***

Los ojos de Daemonikai se abrieron de golpe, sus agudos sentidos registraron la presencia de un intruso. Pero una calma familiar lo invadió.

Su bestia ronroneó en su pecho, levantando las orejas al reconocerla. Su olor lo alcanzó, incluso cuando su vista se

acostumbró rápidamente a la oscuridad. Y allí estaba ella, de pie en la puerta.

Se quitó la capa y sus ojos la absorbieron con avidez, recorriendo cada centímetro de su cuerpo. *Una visión de belleza sensual.*

Ese camisón casi transparente abrazaba sus curvas como una segunda piel, mostrando cada curva y hondonada de su cuerpo.

-Emeriel, ¿estás bien? -preguntó con voz áspera, incorporándose.

"Necesito..." Se lamió los labios y luego susurró: "Te necesito".

Con la garganta seca, se obligó a mirarla a la cara. Lo que vio allí calmó su hambre.

Era la primera vez desde su regreso que veía la máscara de compostura completamente desvanecida. Demasiadas emociones en su rostro. Necesidad, miedo, vulnerabilidad, hambre y… resignación.

Algo estaba mal.

Verla tan desnuda, tan desprevenida, lo perturbó mucho.

—Riel... ¿pasó algo? Sabes que puedes contármelo —insistió, con un tono más suave y persuasivo.

Su mano se movió hacia los tirantes de su camisón, deslizando lentamente la tela desde sus hombros, hasta que cayó silenciosamente al suelo, acumulándose a sus pies.

Emeriel estaba frente a él, completamente desnudo.

Chapter Twenty-Six

# EL COMANDANTE. EL DEPREDADOR.



AEKEIRA ENTRÓ EN SU habitación y se detuvo; su mirada se dirigió al hombre que estaba junto a la ventana.

Bañado por la luz de la luna, era una visión de poder y autoridad, vestido con su atuendo completo, con las manos entrelazadas tras la espalda y mirando fijamente a la noche.

A Aekeira se le encogió el estómago. Era tan apuesto que le dolía el pecho. La cicatriz en la mejilla no hacía más que acentuar su atractivo rudo.

Al verlo ahora, no parecía el simple Vladya de las cuevas que había sonreído tan fácilmente y había derribado sus muros lo suficiente para dejarla entrar. Con las capas pesadas, parecía el *Gran Señor Vladya.*

El gobernante con inmensa autoridad. Aquel cuyas muecas y tono cortante podían cortar el acero.

*¿Qué hago? ¿Cuál es mi situación actual con él?*

Insegura, Aekeira se movió nerviosamente, cambiando su peso de un pie al otro.

"Sabes que puedo olerte, ¿verdad?"

Sus ojos se alzaron de golpe, sobresaltados. Él giró ligeramente la cabeza y la miró por encima del hombro.

—Nunca podré sorprenderla, Su Alteza, ¿verdad? —preguntó Aekeira, recordando dos años atrás, cuando le había dicho esas mismas palabras.

Sus labios se curvaron en una sutil sonrisa, y así, su tensión se alivió. Su diversión, por débil que fuera, la deshacía cada vez.

"Buenas noches, Su Alteza", saludó con una reverencia.

—Una noche muy agradable, sin duda. —Suspiró—. Olvídate de las formalidades y ven aquí, Aekeira.

Sus pies se movieron ante la suave orden antes de que su mente pudiera comprenderla. Cruzando la habitación, caminó hacia él.

Él se acercó a ella, atrayéndola hacia adelante mientras daba un paso atrás para hacerle espacio hasta que estuvo envuelta de forma segura en el capullo de sus brazos.

La brisa nocturna entraba por la ventana abierta, fresca y relajante contra su piel sonrojada, pero era su calor (su aliento en su mejilla, su presencia rodeándola) lo que la hacía temblar.

—Pareces tenso —dijo con un tono pausado y perezoso.

"No sé qué esperar", admitió Aekeira.

—Tranquila, joven princesa. No muerdo. —Su tono se volvió más bajo, un gruñido gutural—. A menos que tú quieras.

Sonrojándose, ella inclinó su cuello hacia un lado, su nariz rozando su piel, acariciándola suavemente.

“¿Cómo fue el ritual?” preguntó con voz temblorosa.

—Salió bien. Largo y agotador, como siempre. Solo podemos esperar que dé frutos. —Exhaló profundamente, su aliento cálido contra su piel—. Hades, hueles increíble —murmuró en voz baja—. Es como volver a casa.

A Aekeira se le encogió el corazón. *Este hombre... ¿Sabe con qué naturalidad dice todo lo correcto? ¿Todo lo que una mujer sueña con oír?*

"¿Es el cielo nocturno tan hermoso en el mundo humano como aquí?" preguntó, mientras sus ojos volvían a las estrellas.

—S-sí —logró decir, con la voz más ronca de lo que pretendía.

Estaba tan consciente de él. Cada nervio a flor de piel, tan alerta, que parecía como si el resto del mundo dejara de existir.

Obligándose a permanecer presente, se aclaró la garganta. «A veces, salgo solo a contemplar las estrellas».

"Es relajante. Liberador", dijo, mientras recorría las constelaciones con la mirada. "Y cuando liberas tu mente, dejas ir los pensamientos vanos y simplemente sigues las estrellas con la mirada, te pierdes en su belleza. Es fascinante".

*Jamás podría hacer eso, Su Alteza. Porque cada vez que miro las estrellas, solo pienso en ti. Me preocupo por ti, por tu bienestar. En mi imaginación, me despierto y te encuentro en la puerta, esperando para llevarme de vuelta contigo.*

"Hagamos un ritual de unión, Aekeira".

***

A Daemonikai le gustaría decir que cuando Emeriel dejó caer su ropa, él se preocupó más.

Su preocupación se triplicó ante su comportamiento tan inesperado, y de inmediato exigió saber qué sucedía mal.

Pero su mente se quedó en blanco.

Bañado por el suave resplandor de la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas, Daemonikai tuvo una visión clara del cuerpo de su mujer sin la nube de un surco... y casi se tragó su maldita lengua.

*Ella era exquisita. Una diosa encarnada.*

Se quedó mirando, boquiabierto… completamente paralizado.

Cada brizna de pensamiento racional se despidió, diciendo adiós, y la lujuria (una lujuria intensa y descarada) irrumpió. Su polla se endureció dolorosamente, pulsando contra los confines de sus pantalones de dormir.

—Mierda —juró, con la cabeza dando vueltas por el deseo.

—Su Gracia... —Su voz suave atrajo su atención hacia su rostro. Parecía visiblemente nerviosa—. Yo...

Daemonikai se levantó de la cama y avanzó hacia ella. Lento y acechante, como un depredador.

La mirada de Emeriel bajó rápidamente, fijándose en el inconfundible bulto en sus pantalones y se abrió de par en par.

Volvió a su rostro, con las mejillas teñidas de un rojo intenso y cautivador.

—Viniste aquí por algo —murmuró en voz baja—. ¿Qué quieres, mi belleza?

Acercándose, tan cerca que el aire entre ellos desapareció y ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Una mirada vulnerable en su rostro.

Ni siquiera hacía una semana que había dejado muy claro que esto no ocurriría pronto. *Entonces, ¿qué había cambiado?*

Verla tan frágil le hizo querer protegerla y *devorarla* a la vez.

—Dime qué ocurre —lo persuadió Daemonikai, intentando frenar sus instintos depredadores.

—Yo... —titubeó un instante—. No podía dormir y extrañé tu tacto. —Se inclinó y lo *besó* .

Un gruñido surgió de su pecho, la parte de él que esperaba ese momento de despertar.

Sus manos se movieron al instante, una rodeándole la nuca y la otra agarrándola por la cintura mientras la atraía hacia sí. Sus cuerpos chocaron, su suavidad se amoldaba perfectamente a su erección, firmemente presionada contra su vientre.

El beso tentativo que ella le había ofrecido, él lo acaparó por completo, profundizándolo. Devorando sus labios sin delicadeza, tal como su hambre lo exigía. Estaba hambriento de ella y no se guardó nada.

Ella intentó apartarse, recuperar el aliento, pero él no la dejó. En cambio, respiró en su boca mientras lo prodigaba, dándole el aire que necesitaba mientras reclamaba *su alma* .

Por fin, cuando él se apartó, ella jadeaba, aferrándose a su camisa. Sus labios, rosados, hinchados y brillantes, llenaban sus pulmones de aire.

"Las cosas que te haré esta noche…" Su propia respiración era pesada mientras la miraba, dejándola ver su hambre en cada línea de su rostro.

Desde que me desperté y te vi desnuda a mi lado, he fantaseado con mil maneras de tocarte. —Le rozó la oreja con los labios, con una voz ronca y oscura—. Lo que quiero hacerte, amada…

"Por favor, no me llames así", dijo ella temblorosamente, cerrando los ojos con fuerza.

—Mañana cumpliré con tu petición. —Le rozó la oreja con la lengua, provocando un escalofrío en todo el cuerpo—. Pero no esta noche.

Daemonikai la acompañó de regreso, paso a paso, hasta que su columna tocó la pared. Emeriel jadeó al contacto.

"Esta noche, eres mía. Oh, mi querida…" Inclinándose, sus ojos la clavaron en los suyos con posesividad. "Has tenido las riendas por tanto tiempo y te las dejé. Pero esta noche, en esta habitación, las recuperaré. Solo por esta noche, eres mía para mandar. Mía para poseerte. Mía para *destruirte* ."

La lujuria brilló en sus ojos, pero también había pánico. Su mirada se desvió hacia la puerta, buscando una salida.

—No hay —le informó—. Entraste aquí sola, querida.

—Sí, pero esto no es...

—No sé qué intentas demostrarte, pero yo tengo algo que demostrarte. —Su mano se deslizó hacia arriba para acunar su mejilla mientras volvía a capturar esos labios carnosos, chupándolos un momento, antes de retirarse—. Que eres mía.

—Cálmate, Daemon... quiero decir, Su Gracia —corrigió rápidamente, presionando su mano contra su pecho.

—Daemon está bien —ronroneó con satisfacción.

Se había aferrado a su título como un escudo, usándolo para mantener una distancia formal entre ellos. Basta. «Dilo otra vez».

"Su Gracia—"

—Daemon —gruñó—. Dilo.

Bajando la cabeza, chupó su pezón erecto dentro de su boca.

Ella se arqueó contra él, y un largo gemido escapó de sus labios. Pero cortó la suave melodía en cuanto se le escapó.

*Sus defensas todavía están en su lugar, incluso aquí en mis brazos.*

Daemonikai sonrió mientras giraba su lengua alrededor de su sensible pezón, succionando lentamente y sin prisa.

*Romperé esos muros, uno por uno, y cuando esta noche termine, destrozaré cada barrera que ella haya construido hasta que no quede nada más que la cruda verdad de su corazón al descubierto.*

Tiró del pico rosado, succionando con fuerza. Respiraciones entrecortadas salían de sus labios, su cuerpo se contraía involuntariamente.

Cada sonido que emitía, cada leve movimiento, avivaba aún más la pasión en él. Hablar no había funcionado, ni cortejarlo. Así que ahora, la follaría tan bien que no le dejaría ninguna duda de que era suya. Y siempre lo sería.

Daemonikai se apartó, sus labios se curvaron en una sonrisa lobuna. "Voy a cabalgarte tan fuerte, destrozarte el coño tan bien que me sentirás durante días".

—¡Qué! ¡Su Gracia! —exclamó Emeriel con voz entrecortada, con los ojos abiertos como globos.

Parecía completamente escandalizada, con el rostro horrorizado y las mejillas encendidas. *Preciosa como un botón, mi Riel.*

—Saborearé cada centímetro de ti. Aquí... —le pellizcó los pezones, observando cómo su cuerpo se estremecía al contacto.

—Aquí… —rozó suavemente su clítoris con los dedos, haciéndole entrecortar la respiración.

—Y aquí... —Su tacto se deslizó más abajo, acariciando la abertura. La puerta a su paraíso—. Con un fuerte «aquí».

Mirándola a los ojos, le permitió verlo completamente a cambio. Ver su ansia por ella.

—Te he tocado durante tu celo, tanto como bestia como macho. Pero nunca he tenido la oportunidad de explorarte fuera de él. De saborearte de verdad, de... jugar —dijo arrastrando las palabras, bajando la voz una octava—. Así que esta noche, Emeriel, jugamos.

"¿Podrías no ser tan expresivo al respecto? ¿No podríamos simplemente, eh..." Parecía una presa acorralada, con la voz entrecortada. "¿No podríamos tener un rápido... eh, acople y...?"

—Oh, mi *alma indomable e inocente* . Tendremos sexo, sí. Pero nada será rápido. Estaré montándote toda la noche.

Sus labios se separaron para protestar, pero él se inclinó, su tono se convirtió en un susurro conspirativo. "Y no te preocupes, las vocalizaciones son parte del juego previo. Disfruto muchísimo contándote todo lo que planeo hacerle a tu sexy cuerpo. Los actos vendrán después, te lo prometo. No te apresures demasiado."

—No he... es decir... nunca he... eh... —Su voz se fue apagando, respirando temblorosamente. Su voz era apenas audible cuando finalmente susurró: —Me das miedo.

Como no pudo evitarlo, la besó de nuevo. Hundió la lengua en su boca, reclamándola, explorándola y provocándola de una manera que prometía más. La sorbió como si tuviera intención de chupar algo más pronto.

Cuando él se apartó, Emeriel estaba flácida en sus brazos, con los ojos vidriosos por una necesidad manifiesta.

Me has despertado por completo, Amada. El comandante, la bestia, el rey y el depredador. Nos morimos de hambre, y tú, mi mujer, eres el festín. La abrazó sin esfuerzo. Ven a alimentarnos, Emeriel.

Chapter Twenty-Seven

# LA RENDICIÓN DE EMERIEL.



*VENIR AQUÍ FUE REALMENTE una idea terrible.*

Emeriel se había convencido a sí misma de que ella tomaría las decisiones.

Una intimidad rápida y sin palabras bajo las sábanas para saciar la parte de ella hambrienta de su tacto.

Pero el rey Daemonikai tenía otros planes.

La forma en que sus ojos la devoraban mientras la llevaba sin esfuerzo por la habitación la ponía nerviosa. Nerviosa, como si hubiera caído en una trampa.

Pasó junto a la cama hasta su escritorio de estudio y la recostó sobre él.

"Ponte a cuatro patas", ordenó, dando un paso atrás.

Emeriel lo miró con nerviosismo. "Eh... pero..."

—Sin preguntas —su tono, aunque suave, no dejaba lugar a discusión—. Preséntamela, cariño.

Un escalofrío la recorrió. Siempre había algo en sus órdenes que hacía que la desobediencia pareciera imposible.

Y ella no quiso resistirse.

Solo por esta vez, Emeriel quería soltarse. Dejar de pensar demasiado, dejar de luchar contra sí misma.

Mañana podría luchar con sus dudas y miedos. Pero esta noche, dejaría de pensar y seguiría a su corazón.

Emeriel respiró resignada y se puso de rodillas sobre el escritorio.

La superficie estaba fría contra su piel, estabilizándola mientras ella estiraba la mano hacia atrás, separando sus mejillas y abriéndose por completo a sus ojos.

***

Daemonikai no pudo detener el ruido que comenzó en lo profundo de su pecho y que se convirtió en un gruñido bajo y prolongado que llenó la habitación.

Sus ojos recorrieron el cuerpo que le ofrecía, desde sus muslos temblorosos hasta la perla resbaladiza de humedad que goteaba de la pequeña boca de su coño, hasta su clítoris hinchado que lo llamaba. *Todo mío.*

Mierda, ni siquiera la había tocado bien, pero su control se sentía como un cañón a punto de explotar. *Tenía tantas ganas de darse un festín con ella.*

"¿Riel?" Su voz salió áspera.

—¿Su Gracia? —susurró sin aliento.

"¿Alguna vez te he dicho lo hermosa que eres?"

Un gemido bajo le respondió, otra gota de humedad brilló en su entrada.

Su mujer estaba tan excitada, tan lista para él, que eso lo estaba volviendo loco.

—A la mierda. —Daemonikai dio un paso adelante para rodearla, deslizando su mano posesivamente hasta su cintura, tirándola hacia el borde del escritorio.

Esta vez, no hubo culpa ni vacilación. Ella no era la mujer de Herodis; nunca lo había sido. Era *suya* . «Eres mi mujer. Me perteneces».

La rodeó con una mano fuerte, tirándola hacia arriba hasta que su espalda se apretó contra su pecho. Girándole la cabeza, la besó con un beso sucio y obsceno.

"No importa lo que te digas, siempre serás mía", dijo contra sus labios antes de volver a tomarlos. La besó hasta que el mundo exterior se desvaneció, dejándola solo a ella, solo a ellos.

Él rompió el beso, empujándola hacia abajo sobre el escritorio, su cuerpo cayó en el arco perfecto que él quería.

Inclinándose hacia adelante, Daemonikai se topó con su coño mojado. Y le dio una lamida larga y deliberada.

Emeriel se sobresaltó, conteniendo la respiración. "¿Qué estás haciendo?", chilló.

Saboreando una comida. Le pasó la lengua por el clítoris antes de bajar hasta su entrada. Volvió a lamer, más despacio esta vez, deleitándose con su sabor.

—Ukrae, tu aroma es tan embriagador aquí como en tu cuello. —Un gruñido bajo lo abandonó—. Lo que me haces…

Con la espalda encorvada y los dedos apretándose contra el escritorio, sus muslos se estremecieron por el esfuerzo de permanecer quietas.

Ya te hice esto una vez. ¿Lo recuerdas, verdad?

—S-sí. —Su pecho subía y bajaba, respirando agitadamente—. Eras salvaje.

—Oh, sí. Tenías tanto miedo de que te mordiera el clítoris, que me apartaste una y otra vez, pero no te dejé escapar. —Le dio un beso en el clítoris hinchado.

“A diferencia de entonces, ahora puedo hablar, y…” Otro beso, luego un tercer beso sonoro. “…Tengo un mensaje para ti esta vez.”

“¿Qué?” Su cabeza giró y sus ojos azules encontraron los de él por encima del hombro.

"No me alejes esta vez." Sin esperar respuesta, finalmente cedió a su apetito... y se dio un festín.

Ella gritó mientras él succionaba su clítoris hinchado con ansia, lamiendo y lamiendo con la lengua. Era descaradamente minucioso, y el sonido de lo que le hacía era fuerte y obsceno.

Las vibraciones sacudieron su pequeño cuerpo bajo su firme agarre, haciendo que su respiración se entrecortara.

Ella todavía estaba intentando con todas sus fuerzas contenerse, todavía estaba intentando ocultarle su placer.

Sin embargo, Daemonikai podía ver sus pezones tensos y dilatados, y su coño *empapado* . Podía oír los suaves gemidos entrecortados que escapaban de sus mandíbulas apretadas como la melodía más dulce en la quietud de la noche.

Sonrió mientras pasaba la lengua entre sus pliegues, sabiendo que la despojaría de todas sus barreras. Despegaría cada capa hasta que no quedara nada.

Se apartó, se levantó y la levantó del escritorio. La llevó a la cama y la acostó.

Ella empezó a presentar, pero él la detuvo.

—Acostada boca arriba, querida. —La ayudó a acomodarse y luego se subió a la cama, colocándose encima de ella.

Sus ojos nublados por la lujuria lo miraron fijamente, su cabello se extendía a su alrededor como aguas oscuras y sedosas.

Se inclinó, dejando un rastro de besos sobre su vientre, su ombligo... sobre su vientre... Abriéndole las piernas para acomodar sus anchos hombros, se sentó cómodamente entre ellas. Y se puso a trabajar.

Sin restricciones, sin preámbulos provocativos, la comió cruda, su lengua girando a una velocidad antinatural como la bestia que era.

—Oh, dioses… —contuvo el grito y se tapó la boca con el brazo mientras cerraba los ojos con fuerza.

"Mmm." Su sabor, el paraíso en su lengua...

Los ojos de Daemonikai se cerraron. *Podría pasar la eternidad aquí mismo, entre sus muslos, deleitándome con ella.*

Encontró sus pechos, pellizcando y haciendo rodar sus pezones en perfecto ritmo con su lengua.

Ella se agitaba, su cuerpo se retorcía sin parar y su respiración se convertía en bocanadas cortas y entrecortadas.

Y, hablando de su lengua...

Retiró su lengua masculina, dejando que su lengua bífida se desplegara para jugar.

Gemidos entrecortados se derramaron desde detrás del brazo de Emeriel.

Daemonikai volvió a sonreírle. Conociendo la intensidad de su lengua bífida, lamió sus labios inferiores sin piedad. Succionando su

clítoris *con voracidad* .

"Ooooh..." Se arqueó en la cama. En ese momento, todo su cuerpo empezó a temblar.

Él atravesó su abertura, hundiendo su lengua profundamente dentro.

" *Dioses míos, dioses míos* ", jadeó.

Extendió las partes bífidas de su lengua, las cuatro astillas lamiendo y provocando cada centímetro de sus sensibles paredes, ejerciendo una fuerte presión sobre todos sus puntos más delicados.

—¡Daemon...! —gimió, intentando juntar sus muslos temblorosos para protegerse del ataque—. ¡Por favor, espera...!

Pero él la sujetó con firmeza, sin ceder ni un centímetro, abriéndole aún más las piernas, como un águila, mientras su lengua la penetraba *sin piedad* . Cada golpe, cada caricia, buscaba llevarla más arriba.

—¡Me vas a volver loca, Daemon! —chilló, agarrándolo del pelo y apartándolo. Lo apartó, solo para apartarlo.

Su mujer estaba indecisa con lo que quería ahora, sin saber si quería más del ataque de placer o huir de ellos.

*Eso lo tienes que averiguar tú, cariño. En cuanto a mí...*

La siguió penetrando con la lengua, bombardeándola con más sensaciones. Sus fluidos fluían sin parar, y él los bebió con la voracidad de un hombre hambriento, completamente en el paraíso.

"Oh, Dios mío", el siseo fue seguido por una serie de palabras ininteligibles y jadeos erráticos con la boca abierta que pulsaban directamente desde el corazón de ella.

*El personal de Ukrea estaba cerca de ser liberado ya.*

Por un momento, dudó si parar o no. Aún no estaba listo para que ella terminara, no cuando disfrutaba de esa comida de doce platos ante él.

Tal vez podría pasar el resto de la noche de esta manera, rondándola, comiéndola hasta el amanecer.

—No pares. —Las súplicas llegaron en un susurro apagado, casi avergonzado. Como la rendición más dulce y prohibida.

—Por favor, no te detengas, Daemon —gritó.

*Pensé que nunca me lo preguntarías, amado.*

Y así se lo dio. Su lengua entraba y salía, más rápido, más profundo, mientras su pulgar rodeaba su clítoris, frotándola hasta el frenesí.

—Ohhh... —Se quedó paralizada por un instante, sin aliento. Luego, *se quebró* con un grito.

Daemonikai gimió al sentir un dulce sabor inundar su lengua, su recompensa por un trabajo bien hecho. *Joder, estaba buenísima.*

Su polla estaba tan dura que se acurrucó contra las sábanas para aliviar el dolor mientras ella se astillaba en un millón de pedazos en sus brazos, sus muslos abrazando fuertemente su cuello.

—¡Por favor, por favor…! —gimió ella, jadeando en busca de aire.

Finalmente, alivió la presión, sus labios se volvieron calmados mientras presionaba suaves besos en su sensible coño, calmando los temblores que sacudían su cuerpo.

Sus dedos recorrieron suavemente sus muslos, dándole palmaditas y estimulando su cuerpo a relajarse.

Poco a poco, la tensión la abandonó... hasta que sus extremidades se fundieron con las sábanas, flexibles y agotadas.

Daemonikai la miró fijamente, observando posesivamente su obra.

Ella yacía completamente deshecha debajo de él, con los ojos cerrados, cada centímetro de su cuerpo sonrojado y brillante, reluciente de sudor.

Oh, se veía destrozada, sí. Y la noche ni siquiera había empezado.

Pero algo molestaba a Daemonikai.

Creyó sentir una frescura frágil mientras la follaba con la lengua. Algo que no debería estar allí.

Agarrándola por los muslos, volvió a abrirle las piernas. Ella gimió en protesta, pero su cuerpo no se resistió. Se rindió por completo, dejándose manipular a su antojo.

*Seguramente no podría ser…*

Sus ojos volvieron a su paraíso, rojos y enrojecidos por el abuso. Sin embargo, su abertura era diminuta, casi sellada, a pesar de lo minucioso que acababa de ser.

Y allí, expuesto a la suave y tenue luz ante su vista mejorada, estaba su *himen* .

***

Emeriel estaba muerto para el mundo.

Su amado era implacable, los ecos de lo que le había hecho permanecían en cada fibra de su ser.

La tormenta de placer había pasado, pero las réplicas aún azotaban su cuerpo.

Nunca pensó que fuera posible sentirse así. Sin la niebla de calor y su lujuria hormonal, no esperaba que el sexo, la verdadera intimidad, le diera placer. Confiaba en que Daemonikai no la lastimaría, pero no se atrevía a esperar más.

Pero lo que acababa de experimentar... ¡Cielos! Superaba *todo* lo que hubiera podido imaginar.

"¿Emeriel?" Su profundo barítono rompió el rugido en sus oídos.

¿La llamaba por su nombre o solo eran sus propios latidos resonando en su cráneo? No estaba segura.

Lentamente, parpadeó y abrió los ojos y la habitación oscura volvió a quedar enfocada.

"¿Riel?" Esta vez, su voz fue más clara.

Apoyándose en un brazo, lo miró.

Verlo —el Gran Rey Daemonikai, su Amado, yaciendo entre sus piernas— le revolvió el estómago. Emeriel tuvo que luchar contra el impulso de no volver a intentar cerrar las piernas.

Él miraba su cuerpo expuesto con una intensidad que la hizo querer encogerse y esconderse, pero también aceleró su corazón.

—Sé lo que veo, pero... —dijo lentamente, frunciendo el ceño y con la voz llena de incredulidad—. No puedo creer... —Negó con la cabeza, mirándola *boquiabierto* .

—¿Eh? No entiendo —dijo con la voz aturdida y la cabeza embotada por el éxtasis.

Al levantar la cabeza, sus miradas se cruzaron. Ella vio la emoción viva que ardía en sus ojos.

"¿Nunca has tenido sexo fuera de tu celo?" preguntó, sonando muy confundido.

*Él lo sabía.*

El calor subió a las mejillas de Emeriel y se extendió por su cuello. Apartó la mirada.

"No, mírame."

Ella miró fijamente esos ojos verdes que contenían lujuria, salvajismo y… ternura.

—¿Nadie te ha tocado nunca fuera de tu celo, Emeriel?

*Ni siquiera en celo, mi amado. Llevo dos años tomando supresores porque no soporto la mano de nadie. No quiero el toque de ningún hombre excepto el tuyo. Eres todo lo que quiero en el mundo.*

Emeriel se tragó esos pensamientos mientras los suaves sentimientos por este hombre se enroscaban en su pecho.

—¿Nunca? ¿Ni una sola vez? —Una posesividad y una ternura feroz se reflejaron en sus rasgos.

Ella negó con la cabeza, con la cara ardiendo de vergüenza. No tenía sentido negarlo.

"Estos últimos dos años…" Su mirada volvió a su centro, deteniéndose. "Soy tu primer… *todo* . Tu primer nudo, tu primer alimentador…" Su voz se quebró al tragar saliva. "¿Y ahora, también puedo tomar tu virginidad?"

Se le hizo un nudo en la garganta y los ojos le escocieron por las lágrimas. Parpadeó con fuerza, tragando el nudo que se le formaba.

Bajando la cabeza, el rey Dameonikai le dio un beso reverente en la parte interior del muslo. Luego otro, cada uno suave y lleno de adoración.

"¿Cómo pudo un antiguo como yo ser tan bendecido?" gimió contra su piel, rozándola con ternura con sus labios.

*Eres el único hombre que he deseado. En el pasado, presente y futuro. Siempre tú.*

Se apartó, quitándose rápidamente la ropa hasta quedar desnudo. Luego, regresó, arrastrándose sobre su cuerpo, envolviéndola en su calor.

—Tengo todo lo que puedes darme, menos uno. —Le rozó la frente con ternura—. Algún día, deseo recuperar tu corazón.

*Nunca dejaste de tenerlo. Incluso con el dolor, la amargura, el resentimiento, nunca dejaste de tenerlo. Ni siquiera cuando perdí a nuestro hijo...*

Una lágrima corrió por su mejilla, brillando bajo la suave luz.

La besó. «Siento mucho todo lo que has pasado en tu corta vida, Riel». Le acarició los costados, dándole un tierno beso en la punta de la nariz. «Las heridas que te infligí y las que no. El dolor del que fui consciente y el que no…»

*Oh dioses.*

—Por favor, no hagas esto —susurró, con la voz entrecortada mientras luchaba por contener las lágrimas—. Esta noche no.

"…Lamento las heridas que fueron demasiado profundas, las que cicatrizaron." Dejó caer su peso, frotando su gruesa y dura erección contra ella.

Ella jadeó, la conciencia se reavivó en su cuerpo, el deseo se enroscó fuertemente en su vientre a pesar de la liberación alucinante que había experimentado hacía apenas unos momentos.

"Mi linda Riel."

Incapaz de soportar escuchar más de sus desgarradoras y sanadoras palabras, Emeriel se levantó y capturó sus labios en un beso frenético.

Vertió todo su dolor, su anhelo, su amor en el beso, saboreando sus labios, su esencia. Cerró los ojos, entregándose a la pasión.

Durante interminables minutos, sus labios lucharon juntos, su lengua explorando cada centímetro de su boca.

Sus besos hicieron que Emeriel se sintiera como si se hubiera tomado diez galones de cerveza. Su mente estaba perezosa, sus extremidades pesadas.

*Mi amado. Mío.*

*¿Cómo viviré sin ti?*

Cuando el beso llegó a su fin, su gran cuerpo estaba tenso por el deseo, el hambre ardía en su mirada.

Ella separó las piernas en una invitación silenciosa. "Adentro, por favor."

—Todavía tengo una cosa más por la que disculparme —dijo con el tono más amable—. Esto va a doler.

—No pasa nada. —Emeriel lo miró parpadeando—. Conozco tu... eh, talla. Ya hemos hecho... eh, esto antes.

Negó con la cabeza, disculpándose. «Estabas en celo, no es lo mismo».

Con los ojos buscando los de ella, él siguió adelante.

O lo intentó.

Emeriel sintió la presión de su miembro contra ella. Una vez. Dos veces.

Pero cada intento traía consigo un ardor creciente. Una incomodidad creciente.

—Eres… una mierda —gruñó, apoyando la frente en su hombro—. Tan jodidamente apretada.

Él presionó de nuevo, y esta vez, ella no pudo contener un grito.

"¿Te hiciste… más grande?" jadeó.

—No, querida, te quedaste mucho más pequeña. —La besó en el hombro. Se incorporó un poco y volvió a presionar—. No pasa nada. Lo haremos encajar. Tengo muchísimas ganas de estar dentro de ti.

Ella cerró los ojos con fuerza mientras él la presionaba aún más; el placer disminuía mientras el dolor entre sus piernas se intensificaba. Se mordió el labio con fuerza, intentando ahogar el dolor.

Pero sus dedos tocaron sus labios, separándolos. "No te hagas daño, cariño."

Al empujar con más firmeza, un poco más de él se deslizó dentro, haciéndola estremecer. Su rostro se contorsionó y se le llenaron los ojos de lágrimas.

"Lo siento mucho", susurró, con la voz llena de culpa, mientras su mano calmaba su cuerpo tembloroso.

—Hazlo una vez —susurró—. De golpe. Sin detenerte a mitad de camino.

"No, será muy doloroso…"

Es mejor que sufrir el dolor lento y gradual. Lo mejor es arrancar las vendas de la herida.

Dudó, con expresión desgarrada. Luego asintió brevemente, apretando la mandíbula.

Tomando ambas manos de ella entre las suyas, las levantó por encima de su cabeza, entrelazando sus dedos.

Emeriel lo miró, con el miedo y la anticipación arremolinándose en su pecho mientras se preparaba lo mejor que podía.

—Lo siento. Y no te preocupes, después de esto, te daré tanto placer que perderás el conocimiento varias veces —susurró—. Esta noche, Riel, llegaré a lo más profundo de ti, donde el cortejo y la conversación nunca llegaron.

Entonces, Daemonikai golpeó con fuerza, rompiendo la barrera de su cuerpo y enterrándose hasta la empuñadura.

Chapter Twenty-Eight

# EL LOCO.



AEKEIRA SE QUEDÓ PARALIZADA, sin aliento. *¿Lo había oído bien?*

Aekeira miró al frente, incapaz de moverse. "¿Qu-qué?"

"Intentémoslo, el ritual de unión", dijo nuevamente el Señor Vladya, con frialdad.

El mundo se tambaleó bajo sus pies. *¿Quería conectar con ella...? ¿Seguir adelante, contra todo pronóstico?*

—Respira, joven princesa —le dio la suave orden.

A Aekeira se le estremeció la respiración. La felicidad, la esperanza, el miedo y la incredulidad la invadieron al mismo tiempo.

Lentamente, ella se giró para mirarlo; sus ojos abiertos y llenos de lágrimas se encontraron con los de él.

Incluso mientras ella se movía, él no la soltó. Se apartó lo justo para permitirle moverse, con sus fuertes brazos aún sujetándola protectoramente contra su ancho cuerpo.

—Pero las probabilidades… —Su corazón latía con fuerza mientras observaba su rostro—…no están a nuestro favor. ¿Y si…?

—Malditos sean todos. Las probabilidades no nos favorecerán mañana, ni en el futuro —afirmó con tono firme—. Sigo volviéndome loco, tú sigues siendo un humano inalterado, y yo no tengo alma.

Ella bajó los ojos.

—Pero —añadió, bajando la voz hasta casi un susurro—, hagámoslo de todos modos.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, nublándose al contemplar su hermoso rostro. *¿ Era real? ¿Estaba soñando...?*

"¿De verdad quieres?" balbuceó con voz ronca.

Él asintió con una sola mano, firme, irradiando confianza.

De repente, la incertidumbre se reflejó en su rostro. "A menos que no quieras..."

—Sí, quiero. —Su respuesta fue rápida, sin aliento—. De verdad que sí.

El alivio inundó sus tormentosos ojos grises. "Lo entenderé si no..."

"Te amo." Las palabras se escaparon antes de que ella pudiera pensar en contenerlas.

Él la miró parpadeando.

Pero Aekeira no lo retractó. No pudo.

—Estoy enamorada de ti —dijo ella, con las mejillas sonrojadas y la voz más firme—. Lo he estado durante mucho, mucho tiempo. Quiero conectar contigo, estar contigo. Quiero amarte con todas mis fuerzas, mientras dure nuestra relación.

La suave brisa de la noche llenó el silencio.

"¿Por qué?" preguntó bruscamente.

Los ojos de Aekeira se fijaron en el bordado plateado de su escote.

Mentiría si dijera que no se me pasó por la cabeza, pero hay una pregunta que me inquieta. ¿Por qué? —Su voz sonaba casi dolida—. ¿Por qué me amas?

"I-"

—Nunca te di una razón —continuó, con la confusión impregnando sus rasgos toscos—. Fui brutal contigo. Un monstruo. Te impuse *repetidamente ...* —interrumpió, apartando la mirada—. ¿Por qué? ¿Por qué una dama como tú amaría a un hombre como yo, Aekeira? Me resulta completamente *desconcertante .*

—¿Por qué? La verdad es que no lo sé —respondió finalmente Aekeira, negando con la cabeza—. No tengo una razón lógica para ti.

El aire fresco de la noche se arremolinaba a su alrededor y el canto de los pájaros se oía a lo lejos.

Al principio, estaba segura de que te odiaba. Pero con el tiempo, esos sentimientos empezaron a cambiar. —La sinceridad resonaba en su apasionada voz—. Empecé a pensar en ti, a preocuparme por ti... *a desearte* .

Armándose de valor, se acercó, cerrando la pequeña distancia que él había dejado entre ellos. «Todo lo que di, lo di voluntariamente. Cuando necesitabas sangre, cuando tu sed de sangre te consumía y tu bestia estaba demasiado cerca de la superficie, no quise nada más que darte la mía. Quería aliviar tu dolor. Te quise dentro de mí, incluso entonces».

Ella tomó sus dedos callosos entre los suyos, llevándolos hasta su mejilla, acariciándolos. «Nunca me obligué a hacer nada. Nunca me arrepentí de nada. Quería dártelo *todo* , hace dos años y ahora».

Su mano tembló ligeramente contra la de ella.

—Quiero que estemos juntos, aunque el cielo nos considere incapaces —susurró con lágrimas en los ojos—. Aunque no seamos de la misma especie. Intentémoslo de todas formas. Te amo con todo mi ser...

La silenció con un beso. Sus labios se estrellaron contra los de ella, consumiéndolos con tanta fuerza que la dejaron sin aliento.

Su mano se deslizó hasta sus caderas, posesiva y desesperada, como si temiera que se le escapara. El beso era fuego y anhelo… necesidad y devoción.

Aekeira se fundió con él, besándolo con la misma pasión, vertiendo cada gramo de sus sentimientos en él.

Ella no podía tener suficiente de él: este hombre brusco, poderoso y gruñón que de alguna manera se había convertido en *suyo* .

Cuando separó sus labios de los de ella, respiró con dificultad, sus manos todavía la sujetaban firmemente.

Sin decir palabra, le dio la espalda para que mirara hacia la ventana, sus brazos rodearon sus hombros mientras se desplomaba ligeramente, envolviéndola por completo.

Juntos contemplaron la hermosa y etérea noche. Las estrellas brillaban en el cielo.

*Él lo sabe ahora. Él sabe cómo me siento.*

Aekeira se sintió más tranquila. No le molestaba que él no le hubiera respondido; no lo necesitaba. Sus acciones, sus besos, hablaban más fuerte que cualquier palabra.

—Nunca pensé que volvería a sentir estas emociones —murmuró Vladya, rozando su mejilla con la suya, con su aliento cálido contra su piel—. Me estoy acostumbrando a ellas. Hace semanas, me resultaban tan extrañas.

—¿Qué sientes? —preguntó suavemente, inclinando ligeramente la cabeza para mirarlo a los ojos.

"Feliz." Una pausa. "Contenta."

Deseo que tu felicidad nunca termine. Deseo que sigas sintiéndote así, mi Señor. Aekeira acarició los músculos tensos de su brazo, sintiéndose plena por dentro.

Recuerdo el primer día que sentí… atracción por ti. Fue en las cámaras prohibidas, después de haber visto a la bestia de Daemonikai. Nunca en mi vida pensé que sentiría el más mínimo deseo por una humana. —Sus dedos recorrieron su cabello con un tono indiferente… su tacto era todo lo contrario—. Estaba furioso.

Aekeira sonrió levemente, recordándolo todo muy bien.

En aquel entonces, su ira constante, la frialdad en su voz, la forma en que expresaba su asco hacia los de su clase. *¡Cuánto hemos avanzado!*

—Muchas cosas han cambiado entre nosotros —murmuró en voz baja, como si él también reflexionara sobre su viaje—. Nunca pensé que volvería a sentirme así. Por nadie, Aekeira.

—Gracias por decírmelo. Quisiera hacerte una pregunta. —Aclarándose la garganta, Aekeira se aventuró a decir—: Sobre tu alma...

Su mano en su cabello se detuvo.

El señor Ottai dijo que tu alma está perdida, no muerta. ¿De verdad no hay posibilidad de recuperarla sin realizar otro ritual de magia oscura?

"Ninguno."

Sus hombros se desplomaron mientras el silencio caía entre ellos.

"Aunque hubiera una manera, la única persona que podría saberlo está fuera de nuestro alcance".

¿Qué? ¿Podría haber una solución? Sus ojos se clavaron en él, con una repentina esperanza.

"No digo que lo haya, Princesa", respondió Lord Vladya, respondiendo a la pregunta tácita en su mirada. "He buscado por todas partes durante siglos y no he encontrado nada. Simplemente especulo que, si se pudiera hacer algo, aquel con la edad, la sabiduría y el conocimiento suficientes para tener la respuesta está fuera de mi alcance".

"¿Quién es ese?"

—El Oráculo —le dijo con tono resignado—. Está profundamente dormida.

Aekeira estaba desconcertada. Pero cuando intentó preguntarle de nuevo, él se apartó y dio un paso atrás. "Ven, vamos a dar un paseo".

La arruga de su frente se disolvió, reemplazada por una sonrisa. «Como desee mi Señor».

Tomados de la mano, salieron de su habitación.

***

La Señora Sinaí caminaba de un lado a otro por la estrecha mazmorra, con sus pasos resonando de un extremo a otro del espacio. Estaba perdiendo la cabeza.

Mientras el resto del mundo dormía, Sinaí estaba atrapada aquí, con solo sus pensamientos como compañía.

Cuando la arrojaron por primera vez a esta miserable prisión, lo único que sentía era miedo.

Cada momento, se había preparado para la llegada de Daemonikai, temiéndolo, contando los segundos hasta la inevitable confrontación.

Pensando en todas las formas en las que ella mentiría para superar su ira, su decepción y sus castigos.

Pero a medida que los días se convertían en una semana, Sinai se dio cuenta de que había algo mucho más aterrador que la ira de Daemonikai. Su silencio.

Ni una sola visita. Ni una sola palabra. Ni siquiera el más mínimo indicio de reconocimiento.

La habían arrojado a ese agujero oscuro y claustrofóbico, como basura desechada, abandonada a su suerte.

No hubo contacto con nadie, ningún interrogatorio, nada más que el silencio opresivo y el sonido de su propia respiración.

Al principio, se sintió insultada. *¡¿Cómo se atreven a ignorarme?!*

Pero luego se volvió extrañamente reconfortante: sin preguntas no había acusaciones ni humillaciones.

Y ahora, ese consuelo había dado paso a *la furia* .

—No puede estar lejos para siempre —murmuró Sinai, dando pisotones, apretando y aflojando las manos—. No puede estar mucho tiempo sin sangre. Me *necesita* . Soy su huésped de sangre. Vendrá. *Tiene que hacerlo* .

Pero mientras decía esas palabras, una voz fría en el fondo de su mente se burló de ella. *Lo has estado diciendo todos los días, ¿verdad? Y sin embargo... aquí estás.*

Agarró el plato vacío de su última comida y lo arrojó al otro lado de la celda. El ruido al estrellarse contra la piedra no alivió su ira.

"¡¿Cómo pudo hacerme esto?!", gritó, respirando con dificultad. ¿Cómo pudo elegir morirse de hambre solo para castigarla?

*¿Saben siquiera que no ha comido? ¿Se dan cuenta de cuánto tiempo ha pasado?*

Hizo una pausa, mirando fijamente los rincones sombríos de la habitación. «Lo oculta, lo sé. ¿Se dan cuenta de lo que eso le hace?»

Lo dudaba. Su Daemon ocultaría los síntomas. Era demasiado orgulloso como para dejar que nadie viera sus debilidades.

Sinai podía imaginárselo vívidamente. Los dolores de cabeza, el temblor en las manos, el zumbido constante en los oídos, el mareo que lo dejaba tambaleándose.

Él sufriría todo en secreto antes que admitir que la necesitaba.

*¿Preferiría morir antes que venir a verme? ¿De verdad me dejaría consumirme en este infierno?*

Sinai se giró hacia la pared más cercana y la golpeó con todas sus fuerzas. "¡Maldito sea! ¡Maldito sea por dejarme así!"

Una y otra vez, gruñendo, rugiendo, dejando que su bestia inquieta se abriera paso hasta la superficie. Hasta que sus nudillos quedaron en carne viva y sangrando.

Y Zaiper, *ese* bastardo traicionero…

Ni una sola vez la había visitado. Ni una sola vez la había cuidado.

Sinai sabía que no podía confiar en él. Le había dicho que actuara primero y que asumiera las consecuencias después. ¿Y dónde estaba ahora?

¿Qué estaba haciendo para solucionar esto?

Él estaba allí afuera, viviendo libremente, mientras ella se pudría en ese pozo.

Se pasó los dedos por el pelo enmarañado, tirando de los mechones con frustración.

¡Odio esto! ¡Odio esto! ¡La odio a ELLA! —gritó—. ¡Todo esto es por culpa de esa vil chica!

Con otro grito, pateó la pared con tanta fuerza que el dolor le recorrió la pierna, pero apenas lo sintió. Su bestia rugía en su interior, igual de furiosa.

¿¡Qué hice tan mal!? ¿¡Cuál es mi delito!? Gritó a todo pulmón. ¿¡Que intenté matar a Emeriel!? Mi único pecado fue fallar, ¿me oyes? ¡Debería haber muerto! ¡Debería haberme asegurado de que muriera!

Jadeando, volvió a patear las paredes. "¡Te atraparé, Emeriel! ¡Te haré *pagar* por esto!"

Chapter Twenty-Nine

# SOLO... SIENTE, RIEL.



RAZARR SALIÓ DE LA cámara, dejando que la puerta se cerrara detrás de él con un ruido sordo y apoyando la cabeza contra ella.

—¿Cómo está? —preguntó Lady Adissa al acercarse. Intentó contener el pánico, pero el temblor en su voz la delató—. ¿Está mejor?

Razarr negó con la cabeza con gravedad. «Te espera dentro».

A Lady Adissa se le revolvió el estómago. "Pero... ¿ha comido algo?"

—No desde ayer —respondió el jefe de los soldados con tono sombrío.

Su corazón se hundió. *El Gran Señor Zaiper estaba de un humor sombrío.*

*Oh cielos.*

Se aferró a su vestido con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos por la tensión.

Nadie sabía qué había causado su mal humor, aunque se especulaba sobre la visita del Gran Rey a Greyrock la noche en que su *vínculo del alma* fue atacado.

Desde esa noche, su amo había caído en uno de esos comportamientos depresivos y agresivos que rara vez ocurrían, pero cuando ocurrían, eran *absolutamente aterradores.*

Y desde entonces, Lady Adissa no conoció la paz.

—Por favor, entra —dijo Razarr, con voz más suave—. Está esperando a su anfitrión.

Sentía las piernas como plomo, pero se obligó a avanzar. La puerta crujió levemente al abrirla. Entró y cerró la puerta tras ella.

Esta noche, la cámara tenía muy poca luz y las sombras se extendían por las paredes.

Su amo estaba de pie junto a la ventana, con las manos entrelazadas tras la espalda y su rígida figura delineada por la tenue luz de la luna.

No se giró cuando ella entró. *La calma antes de una tormenta oscura.*

Adissa dudó, el instinto le gritaba que fuera con cuidado. Noches como esta no eran nuevas para ella, pero temía cómo solían terminar.

*¿Sería diferente esta noche?*

La idea casi la hizo resoplar. Estaba haciendo la pregunta equivocada. La correcta era... *¿ Estás preparada para esto?*

—Maestro, usted me mandó llamar. Ella hizo una reverencia.

"Aliméntame según las costumbres antiguas", llegó la orden, baja y precisa.

Las manos de Lady Adissa se movieron hacia los lazos de su vestido, liberándolos, el aire fresco contra su piel mientras se quitaba cada capa.

La tela cayó, acumulándose a sus pies. Completamente desnuda, se arrodilló ante él, ladeando la cabeza. Cerró los ojos, preparándose para lo que estaba por venir.

Lady Adissa no lo oyó acercarse, pero de repente, él estaba allí, agazapado frente a ella. Entonces sintió el agudo aguijón de sus largos colmillos clavándose en su cuello.

La excitación la invadió de golpe. Gimió, su cuerpo la traicionó, mientras su mente luchaba por mantenerse consciente a través del torrente de feromonas.

*Debes mantener la calma. No pierdas el control. Por favor, no pierdas el control.*

Pero cuanto más bebía el señor Zapier, más difícil le resultaba pensar. Su elixir, corriendo por sus venas, embotaba sus pensamientos, reemplazándolos con una lujuria intensa; sus muslos temblaban al estar tan mojada.

Sus dedos recorrieron su espalda, deteniéndose en la curva de su cintura antes de pasar a ahuecar su pecho.

Él tiró de su pezón endurecido, pellizcándolo suavemente, acariciándolo entre sus dedos callosos, y ella gimió, chispas de placer disparándose a través de ella.

—Por favor —suplicó Adissa, agarrándose los muslos temblorosos —. Yo... yo estaré en la cama de mi compañera esta noche. Por favor, mi Señor... esta noche no.

Una oleada de nueva excitación la invadió, haciéndola *arder* con una necesidad insoportable, mientras su amo la bombeaba con una nueva dosis de su elixir.

Fue demasiado, Adissa sintió que moriría si no lo sentía dentro de ella.

Sus muslos se separaron, buscando alivio del dolor. Su mano ya estaba allí, sus dedos deslizándose por la sensible piel de la cara interna de su muslo antes de hundirse en ella.

—¡Diosa! —gritó Adissa, arqueando la espalda con impotencia—. *¡Oh, dioses! Nunca ganaré esta batalla.*

Luchar contra él era inútil. Lo había aprendido hacía mucho tiempo. Su amo siempre tomaba lo que quería.

Y esta noche, se dio cuenta con el corazón hundido, no sería diferente.

Terminó de comer y se irguió cuan alto era, elevándose sobre ella. "Inclínate sobre el escritorio", ordenó con voz dura como una piedra.

“Su Alteza…” comenzó, con lágrimas en sus ojos suplicantes.

—Eras mía antes de ser suya —gruñó, su rostro a centímetros del de ella, con los ojos ardiendo de furia—. No me hagas repetirlo. Ve al escritorio y dame la espalda. Ahora.

Con lágrimas corriendo por sus mejillas, Adissa caminó hacia el escritorio con piernas temblorosas, inclinándose sobre su superficie pulida.

Cerrando los ojos con fuerza, se mordió el labio, ahogando un sollozo mientras él se abría paso dentro de ella. Su agarre en sus caderas era tan contundente como posesivo.

Ella se aferró al escritorio, mientras las lágrimas corrían libremente.

***

*¿Cómo te atreves a desafiarme? Puede que seas fuerte, Zaiper, pero no eres rival para mí. Nunca lo serás.*

El recuerdo de las palabras de Daemonikai le quemaba la mente como una toxina. Apretando los dientes, Zapier penetró el cuerpo de Adissa, intentando —sin éxito— perderse en su dulce coño.

El placer físico estaba allí, pero su mente se negaba a calmarse.

Daemonikai lo había humillado.

Puede que no hubiera público para presenciar su desgracia, pero no importó. La vergüenza fue igual de profunda.

Zaiper había sido reducido a la postura más degradante, a menos que se pusiera boca arriba y expusiera el vientre como un perro que se somete a su amo. Y había ocurrido *en su propia casa.*

No había podido mirarse al espejo desde entonces. No se había recuperado, no podía olvidarlo.

Aceleró el paso mientras penetraba el cuerpo tembloroso de Adissa con más fuerza y rapidez. Sus gemidos y sollozos ahogados llenaron la habitación, alimentando su pasión. Sanando las heridas de su orgullo.

*Soy Zaiper. Segundo Gobernante de Urai.*

*Un hombre poderoso, de dominio. Domino a todos en este reino, excepto a uno. ¡No soy débil! ¡No soy nada!*

Durante milenios, se había entrenado incansablemente para superar a Daemonikai en fuerza. Sin embargo, por mucho que lo intentara, por mucha sangre que derramara, nunca era suficiente.

Ese hombre había estado *enfermo* , su cuerpo destrozado por el veneno, y aún así, lo había sometido *sin esfuerzo* .

Y no sólo lo sometió, lo humilló, lo aplastó como a un insecto en una batalla por el dominio, dejándolo tembloroso y cobarde… en su

propio territorio.

Si acaso se le pudiera llamar batalla. Más bien *una paliza* .

Zaiper cerró los ojos, acariciando con más fuerza, con embestidas brutales y castigadoras. Se concentró en el acto físico, en el húmedo roce de la carne, en cómo el cuerpo de Adissa se estremecía bajo él. Era una delicia.

Pero incluso al llegar, se sentía insatisfecho. Sin satisfacción ni alivio. Solo un vacío más profundo.

Se separó, se enderezó y se arregló la ropa. "Puedes volver con tu compañera ahora, con mi semen goteando de tu coño a cada paso."

Soltó un gemido ahogado, sus sollozos se hicieron más fuertes mientras se enderezaba temblorosamente. La vergüenza la embargaba mientras recogía su ropa y salía.

Zaiper la vio irse, con una pequeña satisfacción creciendo en él. *Todavía tengo poder. Todavía tengo control sobre muchos.*

Y me levantaré de nuevo.

Si esta humillación le había recordado una lección, era la importancia de la discreción. Daemonikai jamás debía saber la verdad sobre la muerte de su familia.

*Él nunca debe saberlo.*

Zaiper sería más inteligente, más cuidadoso, más calculador en sus planes y su ejecución.

Había innumerables maneras de doblegar a un hombre como Daemonikai sin desafiarlo directamente. Después de todo, Zaiper ya lo había hecho antes.

Y lo haría de nuevo. Daemonikai pagaría por su arrogancia.

*Para cuando termine con él, tocará fondo otra vez. Y esta vez, no sobrevivirá.*

***

Emeriel gritó cuando el Gran Rey Daemonikai la atravesó. Arqueándose bajo él, Emeriel intentó escapar del intenso dolor que la desgarraba, pero no tenía adónde correr.

Sus dedos lo arañaron para que lo soltara, empujando, forcejeando. «Me duele mucho», dijo entrecortado y tembloroso.

"Lo siento, lo siento", dijo con sentimiento de culpa, besando las lágrimas que corrían por su mejilla.

Él se apartó, manteniéndose inmóvil sobre ella, tenso por la contención. "Estoy completamente entregado. Pronto dejará de doler".

Era el tipo de dolor que se siente al clavar un cuchillo ardiente en una herida abierta. Pero poco a poco, empezó a desaparecer.

Ella sintió su tensión, el esfuerzo que le tomaba no moverse, darle tiempo para adaptarse.

—Muévete. Ya estoy bien —graznó.

Movió las caderas lentamente, con cuidado de no lastimarla más. Movimientos sutiles para comprobar su disposición.

Emeriel abrió los ojos y lo miró sin poder dejar de observarlo. La pasión en su expresión, el cariño que le demostraba.

Ansiaba verlo, a ese hombre que se había enterrado en lo más profundo de ella. Respiraba entrecortadamente, sus muslos se contraían.

Sus lentas embestidas fueron ganando impulso gradualmente, sin prisas, sino con determinación. Ella se sentía colmada hasta el borde con cada roce de su erección. Su cuerpo temblaba con cada movimiento.

—Maldición... —hizo una mueca, con placer y contención en el rostro—. Te sientes tan bien. Nadie tiene derecho a sentirse así.

Emeriel lo rodeó con las piernas, atrayéndolo más cerca. El dolor sordo y persistente seguía ahí, pero ya no importaba. El placer aún no había comenzado, pero no se cansaba de él.

"¿Bien?" preguntó con preocupación.

—Perfecto —susurró ella, con voz suave pero segura.

Para calmar aún más su preocupación, rodó sus caderas contra las suyas, respondiendo a su embestida. «Dame más de ti. Tómame como quieras».

Maldijo en voz baja mientras sus caderas se doblaban y su ritmo cambió, más rápido, más enérgico ahora.

Cada caricia la golpeaba en cada punto sensible, despertando un placer intenso. No pudo contener los gritos que brotaban de sus labios, arqueando su cuerpo para encontrarse con el de él.

*Mira cómo encajamos, mi Gran Rey. Realmente estamos hechos el uno para el otro.*

Él se apartó, sus manos desenroscando sus piernas de su cintura, obligándolas a separarse, manteniéndolas bien abiertas mientras se sumergía en ella, rápido y duro.

Su orgasmo llegó al instante y gritó "¡Daemonikai!" al caer sobre ella. Una ráfaga inesperada la dejó jadeando y arqueando el cuerpo fuera de la cama, mientras él la penetraba hasta el clímax y el siguiente. Su ritmo despiadado la impulsaba a nuevas alturas inexplicables.

Sus gritos rasgaron la noche. Fuertes y agudos. Una oleada de sensaciones la invadió, torrentes de éxtasis que la ahogaron.

El tiempo pasó volando, volviéndose insignificante mientras Emeriel se entregaba por completo al placer insaciable que él le brindaba.

*Toda la fortaleza me oye.* Sin embargo, Emeriel no pudo controlar los sonidos que emitía mientras se deshacía en sus brazos.

En algún momento, ella se encontró sobre manos y rodillas mientras él la golpeaba desde atrás.

Los gruñidos y rugidos salvajes que había llegado a asociar con su placer se mezclaban con sus gemidos. Su Amado no se cansaba de ella, al igual que ella no se cansaba de él.

—Ohhhh —gritó, y sus palabras se disolvieron en jadeos incoherentes mientras otra ola de éxtasis la arrastraba hacia abajo, con su cuerpo convulsionando.

Sin embargo, el gran rey no aminoró el paso. Sus embestidas no flaquearon ni siquiera mientras ella se retorcía bajo él.

En un momento dado, Emeriel apenas estaba consciente de todos los orgasmos que le había arrancado. Apenas notó cómo la movía, la colocaba al borde de la cama, le separaba las piernas flácidas antes de hundirse profundamente una vez más.

No la dejó recuperar el aliento. Cumplió cada amenaza, haciéndola sentir *devorada* .

—Daemon... ahhh, Daemon. En el fondo, sabía que no debía llamarlo así, pero en algún momento de las interminables horas de la noche, no podía recordar por qué.

Su nombre se convirtió en su letanía, derramándose de sus labios como una oración, una y otra vez mientras él la penetraba, llevándola a través de cada centímetro del colchón.

—Sé que debería dejarte descansar —gruñó, con la voz áspera por el hambre mientras la penetraba—. Es tu primera vez, tu cuerpo no necesita tanto esfuerzo. Pero, por más que lo intente, parece que no me canso de ti.

La dobló por la mitad, apretándole las piernas contra el pecho mientras se abría más. "Eres tan dulce. Joder, demasiado dulce."

La siguiente embestida impactó su glándula con tanta perfección, tan profundamente. Emeriel jadeó al sentir que el placer aumentaba más allá de su capacidad de soportarlo.

Y entonces sucedió. Vio estrellas, literalmente.

Estrellas brillantes y centelleantes estallaron tras sus ojos mientras un orgasmo cataclísmico la embargaba. Gritó su nombre tan fuerte que casi temió que las ventanas se hicieran añicos con ella, y entonces rompió a llorar.

Gotas de grasa corrieron por sus mejillas mientras lloraba a través de esta liberación.

"¿Por qué me haces esto?" preguntó cuando pudo respirar de nuevo.

—Lo siento, amado. —No sonó a disculparse en lo más mínimo.

—Por favor, Daemon... basta. ¡Me haces sentir demasiado! —sollozó Emeriel, sacudiendo la cabeza débilmente de un lado a otro.

—Siéntelo todo, Riel —ordenó, girando sus caderas contra las de ella, extrayendo cada sensación—. Quiero que sientas cada emoción que provoco en ti en esta cama. Siéntelas para que nunca las olvides. Siéntelas para que nunca más te escondas de mí.

—Demasiado, Daemon —se hundía en el éxtasis—. Siento... siento... Es demasiado —jadeó Emeriel, presionando débilmente su ancho pecho con las manos, pero fue inútil. Estaba inmóvil.

—Joder, estás buenísima —gimió Daemonikai en su oído—. Creo que acabo de descubrir un nuevo pasatiempo en mi vejez. Hacer que te corras.

*Me está destruyendo por dentro. ¿Cómo podré recuperarme de esto?*

"Solía pensar que ver fuegos artificiales explotar en el cielo era fascinante", dijo con voz áspera, rozando con la lengua la concha de su oreja, provocando escalofríos en su cuerpo sobreestimulado. "No es nada comparado con verte explotar una y otra vez en mi cama".

*Dioses. ¡Los dioses mágicos más grandes!*

—Tengo que darte más —gruñó, alejándose lo suficiente para acomodarla.

Una de sus piernas fue arrojada sobre su hombro, abriéndola antes de golpearla nuevamente con el mismo ritmo brutal y castigador que la destrozó.

En algún momento entre un orgasmo y el siguiente, Emeriel podría haberse desmayado.

Ella no estaba segura de cuándo sucedió, pero cuando él finalmente rugió su liberación, el sonido fue distante, amortiguado, como si viniera de otra cámara.

*Realmente me cogió hasta casi matarme.* Su mente era una neblina de placer, su cuerpo demasiado agotado para responder.

Y luego se acabó.

Él abrazó su cuerpo deshuesado. La colocó justo como él quería, acunándola contra su pecho, con su fuerte latido, un ritmo constante bajo su oído.

Y cuando presionó suavemente sus labios contra su cabello, las lágrimas volvieron. Cayendo como un arroyo desbordado sin presa.

—Shh —la tranquilizó con sus suaves llantos—. Duerme, Riel, estarás mejor por la mañana.

*Estoy deshecho, de adentro hacia afuera.*

*¿Cómo viviré sin esto? ¿Sin él?*

La primera luz del amanecer ya se filtraba por la ventana. Emeriel la observaba, llorando en silencio, con la satisfacción cantando en su cuerpo mientras hacía lo que le pedía... y se quedaba dormida.

Chapter Thirty

# PAREDES TIEMBLARES. PAREDES DESMORONADAS.



—ALGUIEN SE SIENTE MUY alegre esta noche —comentó Vladya mientras se acercaba.

El Gran Rey Daemonikai se giró, con una sonrisa que no pudo reprimir por mucho que lo intentara. "No sé tú, Vladya, pero yo estoy teniendo un día precioso".

Vladya arqueó una ceja e hizo una reverencia cortés con la cabeza. «Su Gracia».

—Ahórrame las tonterías. —Daemonikai hizo un gesto de desdén con la mano y reanudó el paso con las manos entrelazadas a la espalda.

—Él también silba —observó Vladya, con un tono burlón en su voz.

Daemonikai se detuvo; la tenue melodía en el aire también cesó. Parpadeó, sorprendido. *¿Era yo?*

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba silbando.

—Sabes, tienes suerte de que Aekeira no tenga nuestra audición —dijo Vladya, acercándose a él—. Habría entrado furiosa anoche, oyendo a su hermana gritar así toda la noche.

—¿Por qué de repente te metes en mis asuntos, mocoso? —Daemonikai sonrió con suficiencia, mirando a Vladya de reojo—. Ahora que lo pienso, alguien parece incluso más alegre que yo.

—No se trata de mí, se trata de ti —replicó Vladya, poniendo los ojos en blanco—. Y con todo respeto, ¿podrías dejar de intentar cambiar de tema?

—Deberían cortarte las orejas —murmuró Daemonikai en voz baja.

Vladya sonrió. Una sonrisa genuina, sin reservas.

Daemonikai notó los sutiles cambios en su amigo desde su regreso. Poco a poco, atisbos del antiguo Vladya fueron aflorando. Pero esta sonrisa sincera se llevó la palma.

Sabes, creo que es la primera vez que te veo tan... feliz. Ha pasado mucho tiempo. Vladya sonrió.

Tras aclararse la garganta, Daemonikai reanudó su camino. «Me quitaste las palabras de la boca».

—Y no puedes culparme por esto —dijo Vladya con una sonrisa—. Fuiste tú quien se mudó de los aposentos de tu amo, bien fortificados, a otros.

Eso era cierto. Los recuerdos de Evie habían sido demasiado, demasiado dolorosos. Y ahora... no se arrepentía.

Le gustaban sus aposentos actuales. Pero quizá era hora de considerar convertirlos en su residencia principal y fortificarlos como corresponde.

—¿Por fin van a darle una oportunidad a esto? —preguntó Vladya, con un tono menos ligero—. ¿Te ha perdonado?

—Todavía no. Pero me gusta pensar que estamos trabajando para lograrlo. Anoche fue... —Daemonikai exhaló, buscando la palabra adecuada—...increíble.

Vladya se detuvo, girándose para mirarlo, escudriñando a Daemonikai con una mirada penetrante. «Todos estos cambios que veo te sientan bien. Las sonrisas, la tranquilidad... incluso tu aversión al tacto parece estar desapareciendo. Me gusta esto para ti, Daemon».

—A mí también me gusta esto —dijo Daemonikai en voz baja—. Yo tampoco pensé que pasaría. ¿Quién hubiera pensado que algún día volvería a tener una razón para sonreír?

—Yo no. —La sonrisa de Vladya se atenuó, dejando solo la calidez en sus ojos.

Daemonikai asintió, su voz se tornó reflexiva. «Ambos estábamos demasiado dañados. Éramos la fuerza y la destrucción del otro. Tuvimos que separarnos para luchar contra nuestros demonios».

—Teníamos que hacerlo —coincidió Vladya, con un tono monótono pero tierno. Pasó un momento entre ellos—. Te echaba muchísimo de menos.

La sonrisa de Daemonikai regresó. "Vaya. Y el cachorro enamorado ha vuelto".

—Dame un maldito respiro —gruñó Vladya, poniendo los ojos en blanco otra vez.

Daemonikai se rió un poco más.

Caminaron en un silencio acogedor, siguiendo el camino hacia el campo de entrenamiento. La brisa fresca los azotó al salir, fresca y refrescante, con un ligero aroma a flores.

Los caminos se despejaron ante ellos mientras la gente hacía una reverencia, saludándolos respetuosamente antes de apresurarse a salir de su camino.

La mirada de Daemonikai se posó en la mano de Vladya, que parecía una garra. Un recordatorio de que, algún día, podría perder a su amigo más antiguo por la locura. *Ni lo pienses.*

Tragando el nudo que tenía en la garganta, se aclaró la garganta con fuerza. "Entonces, ¿me vas a decir qué te pasa? Este humor tuyo es... obvio, por si no te habías dado cuenta".

—Le pedí a Aekeira que se uniera a mí —dijo Vladya, con una leve sonrisa de vuelta en su rostro—. Realizaremos los rituales de unión.

Las palabras, tan inesperadas, golpearon a Daemonikai con la fuerza de un vendaval. Se detuvo, aturdido.

Por un momento, no dijo nada, sus pensamientos se dispersaron como hojas en un vendaval, mirando a Vladya como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—Sé que será difícil —continuó Vladya, con aspecto inseguro—. Casi imposible, pero...

"Casi imposible" es decir poco. "Imposible" es la palabra correcta", soltó Daemonikai sin poder contenerse.

Los hombros de Vladya cayeron y la tristeza cruzó sus ojos.

La culpa llenó a Daemonikai. "Me disculpo por eso, VD. Eso estuvo fuera de lugar..."

—Está bien. No me estás contando nada que no sepa ya.

—Aun así, me disculpo. No debería haberlo dicho. Es solo que... me alegra que hayas dado este paso. De verdad. —Daemonikai extendió la mano y agarró el hombro de Vladya—. Sabiendo que renunciaste a la unión durante tanto tiempo, es un alivio verte intentándolo de nuevo. Pero si no funciona... —negó con la cabeza —. No quiero que vuelvas a pasar por ese dolor. Verte pasar por todo eso de nuevo cuando esté... —buscó las palabras adecuadas—, cuando esté destinado a fracasar esta vez, me aterra inmensamente solo pensarlo.

—Lo entiendo. —Vladya apartó la mirada—. A mí también me aterroriza.

Ya sabes cómo se realiza el ritual de unión. Tu hembra debe estar en *celo* al séptimo día, y los ritos rituales se recitan mientras anudas su útero. Tu pecho paralelo al suyo, *alma con alma* , cuerpo con cuerpo, uniéndolos para siempre. Nos faltan dos elementos vitales. Daemonikai hizo una pausa y bajó la voz. Tu alma y su calor.

—Ya lo sé. —Un dolor patente se reflejó en el rostro de Vladya—. Claro que sí. Pero...

Daemonikai permaneció en silencio, observándolo.

Vladya respiró hondo, con la mandíbula apretada. "Pero aun así quiero intentarlo".

Daemonikai lo vio entonces. Determinación bajo la tristeza.

Ya lo he hecho antes. Di todos los pasos y cumplí todos los requisitos del ritual, pero aun así fracasó. Todos, menos uno. —Vladya le sostuvo la mirada—. Esto, lo que tengo con Aekeira, es diferente. No es perfecto, ni mucho menos. No es color de rosa como mis conexiones pasadas. Es más fuerte, más intenso, más… real.

La resolución en los ojos de Vladya era del tipo que Daemonikai no había visto en él en mucho tiempo.

—Lo pensé mucho, ¿y sabes a qué conclusión llegué? —Los labios de Vladya se curvaron en una sonrisa triste—. De todas formas, quiero realizar el ritual.

Vladya estaba dispuesto a intentarlo, a luchar, a tener esperanza, incluso cuando el camino por delante parecía imposible.

¿Sabes qué? ¡A por ello! —Daemonikai sonrió suavemente, abrazando a Vladya y sujetándole la espalda con ambas manos—. ¡Felicidades, mocoso!

—Gracias, anciano. —El tono de Vladya era ligero, pero la ferocidad con la que devolvió el abrazo delató sus emociones.

Los soldados, en medio de los ejercicios, miraron en su dirección; la curiosidad rápidamente se disimuló tras respetuosas reverencias.

—Esa chica te hace mucho bien —dijo Daemonikai mientras se separaban—. Solo vi brevemente sus interacciones, pero me dijo todo lo que necesitaba saber. Te está cambiando de la mejor manera. Deseo que seas realmente feliz, Vladya.

—Lo mismo digo. —Vladya se aclaró la voz—. Cruzo los dedos por ti y por Emeriel. Confío en que la vencerás; quiero verte así de alegre también. ¿Esa sonrisa? Todos en esta ciudad quieren verla más.

Daemonikai soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza al ver una figura que se acercaba apresuradamente. Su vestido verde bordado se mecía con sus pasos decididos, y los hilos dorados brillaban tenuemente a la luz del sol.

—¿No es Morina? —preguntó Vladya con curiosidad—. Casi nunca la veo últimamente. ¿Qué hace tan lejos de Mabblewood?

"Estamos a punto de descubrirlo."

Lady Morina se acercó, ofreciéndole una elegante reverencia. «Su Gracia», saludó a Daemonikai antes de dirigirse a Vladya con igual respeto. «Su Alteza».

—¿Todo bien, Morina? —preguntó Daemonikai—. ¿Buscas a Ottai? Salió de la corte con nosotros, pero desapareció poco después.

—No, Su Gracia. —Morina dudó, con aspecto afligido—. La estaba buscando. Mi compañera me envió con un mensaje.

La inquietud en su postura hizo sonar las alarmas en su mente. "¿Qué pasa?"

—Dijo que dio su palabra de no decírtelo directamente, así que me pidió que lo hiciera yo. —Morina se removió nerviosa—. Se trata de tu mujer. La princesa...

¿Emeriel? Todavía estaba en mi cama cuando me fui a la corte esta tarde. —Daemonikai se puso rígido—. ¿Está bien? ¿Qué pasa?

—Ella, eh... —La mirada de Morina se desvió, mientras su mano se retorcía la tela de su vestido—. No hay una forma fácil de decirlo. Se ha ido a las tierras humanas.

***

Emeriel se encontraba frente al reluciente lago, cuyas tranquilas aguas marcaban la primera frontera que conducía a la gran montaña. Pero la belleza del entorno la perdía.

Su corazón estaba pesado. Como si le hubieran caído una piedra en el pecho, presionándola.

Había dormido profundamente, como un muerto, sólo para despertar con las primeras luces de la tarde en una cama vacía: el gran rey había ido a la corte.

Al principio, sintió ligereza en el corazón y felicidad en el alma. *Anoche fue increíble. Mágico* .

Pero esos recuerdos trajeron consigo la cruda realidad de lo que era hoy. Y con ella, el dolor.

Ahora, ella estaba ante la primera frontera, sus pies se negaban a cruzar. *Tomé la decisión de irme. Fue la decisión correcta.*

*Entonces ¿por qué me dolió tanto?*

—Pase, princesa —la instó Lord Ottai desde el otro lado del lago que la esperaba—. Debemos actuar con rapidez si queremos llegar a la gran montaña antes del anochecer.

Emeriel dio un paso adelante, pero luego hizo una mueca y se detuvo.

Aún podía sentirlo. Cada músculo dolorido, cada moretón sensible, le recordaba la noche anterior.

Madam Livia le había enviado un brebaje para aliviar el dolor, pero Emeriel solo había tomado la mitad. No estaba lista para olvidar. Todavía no. Aunque caminar le resultara incómodo, aceptaba el dolor, aferrándose a él. Era todo lo que le quedaba de él.

Las lágrimas le picaban en los ojos y ya no quería contenerlas.

La noche anterior había abierto una presa que no podía resellar. Había luchado por contener sus emociones durante el viaje hasta allí, pero ahora, a punto de dejarlo para siempre, se desbordaron.

Ella entró al lago y sintió una daga metafórica clavándose en su corazón.

"¿Emeriel?"

Se obligó a avanzar un paso más. La daga *se retorció* , doliéndole muchísimo . Se detuvo, agarrándose el pecho con fuerza, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Por qué lo dejo? —susurró Emeriel, alzando la mirada, llena de lágrimas, hacia el gran señor—. ¿Por qué lo dejo, S-Lord Ottai? Porque... por m-mi vida, no lo recuerdo.

Sus amables ojos sostuvieron los de ella, pero no respondió.

Quería protegerme. Proteger mi corazón. —Intentó respirar con la opresión en el pecho—. ¿Pero por qué siento que no hay manera de salvarlo de esto? ¿Por qué siento que lo estoy destrozando aún más al irme?

Volvió la mirada hacia las tranquilas aguas del lago, donde su reflejo ondulaba en sus profundidades. «Con cada paso que doy, siento como si mi corazón se rompiera en pedazos. Dejarlo no debería doler tanto, Lord Ottai».

Lord Ottai se adentró en el lago, con el agua lamiéndolo mientras cruzaba hacia ella. Ella retrocedió un paso, dándole espacio, mientras luchaba por contener la presa.

—Duele así porque todavía lo amas, Emeriel —dijo con dulzura—. Nunca dejaste de amarlo.

Un sollozo escapó de la garganta de Emeriel y se llevó la mano a la boca para amortiguar el sonido.

—Duele así porque ya lo perdonaste —continuó Lord Ottai con voz compasiva—. Lo perdonaste hace mucho tiempo, pero te has aferrado a los restos de ira que ya no existen. Esa ira fue tu escudo, el muro que construiste para protegerte del dolor, para bloquear tu amor por él.

Se le escapó un sollozo, y luego otro, cada uno sacudiéndole el cuerpo. Las lágrimas le corrían por las mejillas mientras hundía el rostro entre las manos.

—Pero ese muro se derrumbó hace mucho. —Lord Ottai apartó la mano temblorosa de su rostro, sujetándola—. Se ha ido, Emeriel. Ha estado ahí por mucho tiempo. Tus sentimientos por él regresaron, por mucho que intentaras luchar contra ellos. Y mientras estabas con él de nuevo, esos sentimientos solo se intensificaron. Ahora estás sufriendo porque intentas huir de lo que ya sabes que es verdad.

—Ni siquiera he cruzado la m-montaña, y ya lo echo mucho de menos. —Se giró, recorriendo el camino que habían recorrido—. Ni siquiera ha pasado un día completo desde que lo vi, y lo único que quiero es ir con él. Estar en su presencia el resto del día. —Bajó la voz hasta convertirse en un susurro—. ¿Cómo puedo vivir sin él, Lord Ottai?

—Nadie puede responder a esa pregunta excepto tú, querida niña. —Le apretó la mano para consolarla.

No quiero vivir sin él. No quiero volver al infierno de vivir sin él otra vez. —Una risa ahogada y temblorosa escapó de sus labios mientras se secaba los ojos—. Pensé que irme era la solución; que no sobreviviría si me rompía el corazón otra vez. Pero ahora que lo pienso... la verdad es que no puedo sobrevivir a un futuro sin él.

La mirada de Lord Ottai se suavizó e inclinó la cabeza. "¿Alguna vez le has dicho eso?"

—Tengo demasiado miedo... —Emeriel bajó la mirada hacia su mano, con la voz apenas por encima de un susurro—. Me aterra que me la tiren en la cara.

A veces, la mejor solución es superar ese miedo. Dar un paso de valentía. Porque lo que realmente duele no es intentarlo, sino rendirse. —Dijo Lord Ottai—.

"Riel."

Emeriel alzó la cabeza de golpe al oír *esa* voz profunda e inconfundible, con la respiración entrecortada. *¿ Lo había oído bien?*

"Está detrás de mí, ¿no?" susurró temblorosamente.

"Sí, lo es."

"Señor Ottai…"

Esta vez, cuéntaselo todo. Sin correr. Sin contenerte. Enfréntalo y abrázalo.

La esperanza se desplegó en su pecho. El solo hecho de oír la voz del rey Daemonikai le había quitado algo del peso que le oprimió el corazón. Su sola presencia le hacía *más fácil... respirar* .

*He estado luchando por una causa perdida todo este tiempo, ¿no?*

"Riel, mírame."

Su corazón dio un vuelco y miró al Señor Ottai.

—Los dejaré a ambos para que hablen. —Ottai le soltó la mano y dio un paso atrás.

Con el rostro surcado de lágrimas y la respiración temblorosa, Emeriel se giró para mirarlo.

Chapter Thirty-One

# DOS CORAZONES DESNUDOS.



CON LAS RODILLAS A punto de desmayarse, Emeriel se giró y su mirada se encontró con la del rey Daemonikai. «No puedo hacerlo», dijo con voz entrecortada. «No puedo irme».

Se quedó allí, tenso. Su expresión era tensa, con un profundo dolor.

Él no se movió, no cerró la distancia entre ellos.

Así que Emeriel dio ese paso. Y luego otro. Cerrando la distancia hasta que solo un leve aliento los separó.

Ella inclinó la cabeza hacia él, con lágrimas desbordantes. "No quiero irme". Soltando un sollozo desgarrador, negó con la cabeza vigorosamente. "No quiero perderte. Otra vez no".

Sus ojos duros se suavizaron por un fugaz momento antes de desvanecerse.

*Está enojado conmigo, ¿verdad?,* pensó con amargura. *¿Por qué no lo estaría?*

Había compartido con él la noche más hermosa y apasionada, solo para dejarlo unas horas después. *Yo también estaría furioso.*

Entonces, Emeriel le abrió el corazón. "Te amo".

La mirada del rey Daemonikai volvió a la de ella, con emociones desnudas arremolinándose en sus ojos. La miró fijamente.

Te amo, Daemonikai Vipertheriov Naelzharoth. Te amo tanto que me duele.

El Gran Rey Daemonikai se movió de repente, maldiciendo con dureza mientras la atraía bruscamente hacia sus brazos. La fuerza de su abrazo la dejó sin aliento.

—¿Cómo pudiste irte? —Su voz era baja y dolorida—. Después de la noche que pasamos, después de todo... ¿cómo pudiste irte?

Emeriel negó con la cabeza frenéticamente. Los sollozos la sacudían, impidiéndole hablar.

"Lo siento, lo siento mucho. No sé en qué estaba pensando." Sus palabras salieron incoherentes entre jadeos y llantos. "Sé que no te lo he puesto fácil. Estaba tan perdida en mi propio dolor... No vi el tuyo. No te di una oportunidad..."

—Para. No digas eso.

—No, por favor, escúchame. Lo siento de verdad. —Se aferró a él —. Perdóname, Su Gracia. No me sueltes nunca. Seré buena, lo prometo. Haré todo lo que me digas...

—Ukrae , Riel —gimió, agarrándola por la espalda—. Espera un momento.

—Seré su reemplazo si eso es lo que quieres —la desesperación se apoderó de la voz de Emeriel—. Solo déjame quedarme a tu lado. Por favor...

—¡Emeriel! —espetó con un tono cortante y autoritario que ella nunca había oído antes.

La atravesó como un rayo y la silenció instantáneamente.

La soltó bruscamente, con una expresión de arrepentimiento en el rostro. "Mierda, acabo de usar la Voluntad Alfa contigo. Lo siento, nunca la uso así. Es solo que..."

Pasándose una mano por el pelo, la sujetó por los hombros, clavándole los dedos en la piel mientras la obligaba a mirarlo a los ojos. «Escúchame, ¿quieres? ¿Estás lista para oírme de verdad?»

"Sí", susurró ella, con el pecho agitado.

Aunque pudiera salir lastimada, Emeriel necesitaba escuchar lo que tenía que decir. «Cuéntamelo todo, por favor».

Ante todo, no te veo como un sustituto de Evie. Olvídate de eso. Eres única, Emeriel, con tus propias cualidades y habilidades. Tu

propio espíritu y fuego únicos. Son dos seres distintos, y jamás podrán confundirse. Ni en mi mente, ni ante nadie más. —Puntualizó cada palabra con firmeza, sin dejar lugar a dudas—. Cuando te miro, solo veo a Emeriel.

Ella abrió la boca para hablar, pero él se llevó un dedo a los labios. "Shh. Déjame terminar".

Emeriel asintió, sus manos agarrando su capa.

"Hace dos años, no sabía cómo seguir adelante después de perderlo todo", dijo con voz baja y ronca. "No quería *seguir* adelante. Pensé que el dolor y la miseria que sentía no podían empeorar, que había tocado fondo".

Sus ojos, llenos de profunda tristeza, la cautivaron mientras le secaba una lágrima perdida de la mejilla. «Pero entonces te perdí, y lo peor llegó».

La respiración de Emeriel se entrecortó y las lágrimas corrieron por sus mejillas más rápido.

Intenté olvidarte, pero fue imposible. No me di cuenta de que eras el hilo que me mantenía unido todo el tiempo. Lo que me impedía desmoronarme. Y cuando ese hilo se cortó... me quedé sin ancla. —Su mano le acarició el cuello con suavidad—. ¿Sabes cuántas veces quise ir a ti? ¿Cuántas veces tuve que convencerme de no hacerlo?

"¿En serio?" susurró ella, con la voz atorada en la garganta.

"Debería haberte elegido a ti en lugar de la maldita culpa", confesó, con la voz cargada de arrepentimiento. "Y cuando fui a las grandes montañas, debería haber hecho la maldita travesía".

"¿De verdad ibas a venir a buscarme?" Su labio inferior tembló. "¿Fuiste a las grandísimas montañas?"

Él asintió brevemente. "Dijiste que nunca te conocí lo suficiente como para sentir algo más que culpa y lástima, pero la verdad es que sí, Emeriel."

"Conoces a Galilea", dijo con tristeza. "Puede que sea ella, pero ella no es todo lo que soy, Su Gracia. La mayor parte del tiempo, tuve que ocultar quién era realmente, solo para sobrevivir."

Negó con la cabeza. "No me refiero a Galilea. Me refiero a la Emeriel que me apoyó cuando era salvaje." Se secó con suavidad otra lágrima. "La que me salvó la vida."

Se quedó sin aire y dio un paso atrás, con los ojos abiertos de par en par, incrédula. "¿Te acuerdas?"

"Todo", reveló. "Lo bueno, lo malo, lo feo. Recuerdo todos los sacrificios que hiciste, incluso cuando no los merecía."

"¿De verdad recuerdas cuando éramos solo la bestia y yo?" Sintió alegría y alivio. *Por fin* tiene *todos los recuerdos que compartimos al principio.*

—Sí. Disculpa por no haberlo recordado antes. —Una sombra se posó sobre sus ojos y respiró hondo—. Cuanto más intentaba fingir que estaba bien, que no te extrañaba, más me cerraba. Sumado a todo lo demás, mi alma empezó a marchitarse. Estaba listo para usar la muerte como escape. Pero cuando llegué al otro lado… —Hizo una pausa, con la mirada suavizada—. Evie me abrió los ojos a la verdad. Me hizo ver las cosas de otra manera.

"Espera. ¿Te encontraste con tu compañero muerto?" Emeriel frunció el ceño.

Él asintió con voz suave. «Al parecer, cuando un alma vaga hacia el más allá, sus seres queridos fallecidos pueden sentir su presencia. Me hizo entrar en razón. Me hizo ver las cosas con claridad, admitiéndome a mí mismo todo aquello a lo que quería permanecer ciego».

"¿Habló a *nuestro favor* ?" Emeriel no podía comprenderlo. Debió ser muy duro para ella. "Debió ser una mujer extraordinaria. No cualquiera haría eso."

Tomando la mano de Emeriel, el rey Daemonikai se la llevó a los labios, besando cada dedo, uno tras otro. La calidez de su tacto le provocó escalofríos en la espalda.

—Lo era. Y me ayudó a aceptar muchas cosas, una de ellas es que quiero estar contigo, Emeriel. —La convicción en su voz sonaba clara —. Quiero aprender a ser mejor. A cuidarte como te mereces. Solo necesito una oportunidad para que esto funcione.

"¿Es esto... real?", preguntó con el corazón en un puño. "¿No estoy soñando?"

—Todo real, querida. —Se acercó aún más, envolviéndola con su presencia—. Todo real. Si voy a tus sueños, hablaremos menos y nos tocaremos mucho más.

Soltó una risa llorosa, mirando sus manos unidas, con una sensación de asombro que la invadió. «Su Gracia…»

—Daemon —corrigió con suavidad.

Ella lo miró, con las mejillas sonrojadas. "Lo sé", susurró tímidamente. "Es solo que... me llevará tiempo que el nombre me resulte natural. Siempre has sido 'Su Gracia', 'Rey Daemonikai' o 'Gran Rey' para mí. Incluso en mi mente, así es como me dirijo a ti. O todas esas cosas o..."

"O…?"

Las puntas de sus orejas se sonrojaron. "O... mi amado."

Sus ojos se oscurecieron ligeramente, y una leve sonrisa curvó sus labios. "Siempre. Puedes llamarme así cuando quieras". Su voz se volvió más grave y ronca al acercarse un poco más. "Aunque anoche recuerdo con precisión que alguien gritó 'Daemon'. Gritaste mi nombre tantas veces que empecé a sentirme como el nuevo dios".

El calor de sus mejillas se extendió por su cuello, y todo su rostro se sonrojó. "¡No... no deberías decir esas cosas!", jadeó, elevando la voz. "¡Dices las cosas más inusuales en voz alta!"

—Eres una mojigata, ¿verdad? —se rió entre dientes, metiéndole un mechón suelto detrás de la oreja—. Y todo mío.

La intensidad de su afirmación la conmovió. Le gustó mucho.

"Tuyo", repitió ella, con el corazón latiendo aceleradamente. "Eso es todo lo que siempre quise ser. Tuyo".

La abrazó de nuevo y la besó en la frente. «Serás eso y mucho más. Lo siento mucho por todo, Emeriel».

"Te perdono, y también lo siento..." Su corazón rebosaba de amor. Se deleitaba con la sensación de estar sostenida por él, segura y a salvo en sus brazos. "Te quiero muchísimo."

Se quedó sin aliento y sus brazos se convulsionaron levemente a su alrededor. «Emeriel... Tártaro, no sé qué hizo un antiguo como yo para merecer un tesoro como tú. No he salvado un reino ni he curado todas las enfermedades del mundo. ¿Qué bondad de tal magnitud podría haber hecho para merecerte?»

Emeriel *brillaba* por dentro. Se sentía querida. Especial.

*Soy el afortunado, Daemon. Siempre lo seré.*

—Ven, vámonos a casa —dijo, recuperando la fuerza de su voz—. El Lago Hydra ya nos ha visto bastante por hoy.

Alzando ligeramente la voz, añadió: "Y Ottai ya ha escuchado suficiente por hoy".

*¿Lord Ottai estaba escuchando?* Emeriel se apartó, con los ojos abiertos de sorpresa. Miró a su alrededor, buscando al gran señor.

De detrás de un árbol lejano, el gran señor salió con expresión avergonzada. Los saludó con torpeza.

"¿Cómo te atreves a escuchar mi conversación, Ottai?" gruñó el rey, con la mirada aún fija en Emeriel.

—Intenté no hacerlo, Su Gracia —gritó desde donde estaba, con voz defensiva—. Pero por mucho que apagué los oídos, lograron captar una o dos palabras. —Hizo una pausa, con aspecto aún más culpable—. O diez.

"Ottai", dijo Daemonikai arrastrando las palabras a modo de advertencia.

"Le pido disculpas, Su Gracia", dijo Ottai, con un tono demasiado serio para ser genuino.

El Gran Rey resopló, sacudiendo la cabeza antes de volverse hacia Emeriel. "Vámonos a casa".

Ella asintió y dio unos pasos hacia adelante, pero vaciló al sentir un dolor agudo que le recorrió el cuerpo. Emeriel hizo una mueca, intentando disimularlo, pero su mirada atenta captó su incomodidad.

"¿Estás bien?" preguntó preocupado.

"Sí, es... mmm... eso es..." Era difícil. ¿Cómo podía explicar que le dolía el cuerpo y que apenas podía caminar bien después de su apasionada noche juntos?

"Estoy bien", logró decir.

Arqueó una ceja. "¿De verdad?"

Antes de que ella pudiera responder, sus brazos se deslizaron debajo de sus rodillas y espalda, levantándola con facilidad.

—Parece que alguien no se ha recuperado del todo de su... ¿extenuante actividad de anoche? —bromeó, bajando la voz lo justo para que le ardieran las mejillas.

—Alto —susurró ella, hundiendo la cara en su cuello—. El señor Ottai puede oír.

Daemonikai soltó una carcajada grave y sonora. «Sé que Ottai parece inocente y noble, pero un día de estos deberías escuchar a Morina en celo. Su aspecto engaña».

—¡Oigan! Eso no se le dice a una dama —gritó Ottai indignado desde atrás, con un tono entre ofendido y divertido.

Daemonikai se detuvo, mirándolo fijamente por encima del hombro. "¿Insinúas que me falta tacto, Ottai?"

—En absoluto, Su Gracia. Solo un tonto haría eso.

Emeriel no pudo evitarlo; sus labios se curvaron en una sonrisa a su pesar. Se apoyó en el hombro de su Amado, ocultando su rostro; su suave risa se ahogó contra su cuello.

La mirada del rey se suavizó mientras la miraba, sonriendo también.

Y por primera vez en años, Emeriel se sintió alegre. Feliz.

*Hogar.*

***

—Bájame, por favor —murmuró Emeriel contra su hombro al cruzar las imponentes puertas de la fortaleza—. La gente lo verá.

—Déjalos. —Sus brazos la apretaron con más fuerza mientras avanzaba, cargándola como si fuera lo más natural del mundo.

*Dios mío, ¿me va a llevar hasta dentro?* Pensarlo la emocionó y la calentó a la vez.

El rey Daemonikai —Daemon— no se detuvo ni flaqueó su paso. Caminó con paso firme y pausado, abrazándola con orgullo.

No podía animarse a mirar los rostros de la gente, pero podía oír los murmullos.

Los susurros llenaban el aire como un zumbido bajo, sus palabras eran indistintas pero cargadas de curiosidad y sorpresa.

Emeriel apretó los brazos alrededor de su cuello, ocultando el rostro contra su hombro. Se sentía como si flotara, la comodidad de estar así con él reemplazaba el vacío con el que había vivido durante tanto tiempo.

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, se sintió verdaderamente cálida y viva. Como si finalmente se hubiera

descongelado tras un largo y duro invierno.

—Su Gracia, la sesión vespertina del tribunal ha comenzado —anunció la voz de un soldado cuando llegaron a la intercesión.

Emeriel echó un vistazo por un ojo para ver dónde estaban. Vio fugazmente al soldado haciendo una reverencia antes de volver a cerrar los ojos rápidamente. No estaba lista para abandonar la burbuja de seguridad que le proporcionaban los brazos de su Amado.

Pasaron unos instantes mientras Daemonikai la llevaba consigo. Entonces se oyó una llamada resonante.

"Todos saluden a Su Majestad el Primero, el poderoso y supremo gobernante soberano de Urai, Su Gracia, el Gran Rey Daemonikai".

Al oír la proclamación, levantó la cabeza de golpe y miró a su alrededor. *Espera, ¿qué?*

Emeriel se tensó en sus brazos al darse cuenta de que estaban a la entrada de la Corte del Deber. Sintió un vuelco en el estómago al sentir la incomodidad.

"Aún me llevas dentro", le recordó.

—Lo sé. —La miró con el rostro impenetrable. Todo rastro de su anterior picardía había desaparecido.

Su inquietud se profundizó. *¿Qué está pasando?*

Pero ella no se atrevió a preguntar. Algo en su forma de comportarse, en su forma de abrazarla, le decía que no lo hiciera.

Las grandes puertas se abrieron, revelando la vasta cámara de la corte. El murmullo cesó al instante.

Todas las miradas se volvieron hacia ellos cuando Daemonikai entró llevándola en brazos. Los altos señores, los grandes señores, todos los nobles presentes se levantaron de sus asientos e hicieron una reverencia en señal de reconocimiento.

El corazón de Emeriel latía con más fuerza a medida que avanzaba, deteniéndose solo al llegar al centro de la corte. Entonces, la bajó y retrocedió.

El silencio era atronador.

Emeriel respiró profundamente y reunió todo su coraje para enfrentar las miradas que se dirigían hacia ella.

Algunos eran curiosos, otros fríos, unos cuantos abiertamente hostiles.

Se obligó a mantener la cabeza en alto, sin querer mostrar debilidad a pesar de la tormenta de emociones que se arremolinaba en su interior.

Aunque la gente se había vuelto más acogedora con ella últimamente, ella sabía que no debía creer que contaba con su aprobación indiscutible.

Especialmente aquí, en este salón, entre estos altos señores.

Los recuerdos seguían tan nítidos como ayer. Su primera comparecencia oficial ante ellos, donde exigieron que la desnudaran. La segunda, cuando la sentenciaron a muerte en el patio y la encerraron en las mazmorras sin comida ni agua. La tercera, cuando se unieron para expulsarla de sus tierras.

*¿Por qué me trajo aquí?*

—Yo, Gran Rey Daemonikai —su voz rompió el silencio, clara y autoritaria, resonando con absoluta autoridad—. El primero y el único, estoy aquí hoy para presentar oficialmente a mi mujer a mi pueblo.

Chapter Thirty-Two

# ANTE EL CONSEJO



LOS GRITOS DE SORPRESA resonaron en la corte, y luego siguió un silencio atónito.

Se quedaron boquiabiertos. Los altos señores y los grandes señores.

Sólo el Gran Señor Vladya parecía impasible, arqueando una ceja hasta la línea del cabello mientras se reclinaba en su silla.

El Gran Rey Daemonikai extendió sus manos hacia ella, y sus ojos esmeralda se suavizaron al fijarse en los de ella. «Ven a mí, querida».

Emeriel se movió automáticamente, sus pies la impulsaron hacia adelante antes de que su mente pudiera comprenderlo. Se sentía aturdida, su cuerpo actuaba por instinto como si estuviera atado por una cuerda invisible.

Al llegar a él, colocó sus manos temblorosas sobre las de él, sin apartar la mirada de la suya.

—Se llama Emeriel Galilea Evenstone —anunció Daemonikai con voz firme—. Ukrea me ha bendecido con su don, y hoy te la presento oficialmente para que reciba el respeto y el honor que merece: como mi mujer y como mi *alma unida* .

Podría haber caído un alfiler y haberse oído. Ni una sola respiración, ni un susurro.

O tal vez era sólo el zumbido en los oídos de Emeriel.

Sus palabras la impactaron como un maremoto. *Su mujer. Su vínculo de almas.*

Él los anunciaba públicamente . La reclamaba oficialmente.

Su corazón latía a un ritmo rápido y desigual, como si fuera a estallar y salir de su pecho en cualquier momento.

Sonrió suavemente, solo para ella, mientras le daba un apretón tranquilizador en las manos. «Como muchos saben, perdí a mi familia hace siglos». La voz profunda de Daemonikai se elevó en el silencio, su mirada recorriendo la sala, fija en cada noble como si los desafiara a apartar la mirada.

No ha sido fácil. Ese dolor… Nunca pensé que podría sanar. Muchos de ustedes presenciaron lo que me hizo: cómo me desmoroné. Caí en la locura. Nunca pensé que podría encontrar el camino de regreso. Pensé que mi vida había terminado… Quería *que* mi vida terminara.

La mirada de Emeriel se posó en sus manos, aún entrelazadas. Lentamente, alzó la vista hacia él.

Pero esta mujer me salvó del abismo. No solo una vez, sino una y otra vez. —Su mirada volvió a la corte, sus palabras resonando con absoluta claridad—. Mientras muchos de ustedes lucharon por eliminar a mi bestia salvaje, ella luchó por salvarme. Ofreció su cuerpo y su sangre, rescatándome de la locura. Me atrajo, incluso cuando no recordaba quién era realmente. La busqué repetidamente, deseando estar cerca de ella... incluso cuando creía que pertenecía a otro.

Se quedaron sin aliento otra vez.

Emeriel no pudo apartar la mirada de él. Sus palabras eran tan crudas, tan sinceras, que las lágrimas le nublaron la vista.

Daemonikai le soltó la mano y retrocedió un paso. Con la mano a la espalda, caminó hacia el podio con majestuosa gracia.

Desde su nuevo punto de vista, se enfrentó a la cancha una vez más.

Y después de descubrir quién era realmente, la despedí. Pero lo que quedaba de mi corazón vacío, lo poco que me quedaba de vida,

se fue con ella. Una enfermedad se arraigó en mí. Mi alma se moría, y estaba seguro de que ese sería el fin. Pero ella vino por mí.

Un sollozo ahogado escapó de los labios de Emeriel, y presionó una mano temblorosa sobre su boca, tratando de sofocar aún más sus gritos.

"Aun cuando estaba sufriendo, incluso cuando la ira ardía en su corazón, *ella Volvió* ." Su voz se suavizó, aunque llegó igual de lejos. "Y ella me salvó una vez más. Noche y día, estuvo a mi lado, cuidándome."

Con la otra mano se secó las lágrimas frenéticamente, pero fue un esfuerzo inútil. Caían más rápido de lo que podía ahuyentarlas.

La mirada de Daemonikai finalmente se posó en ella, llena de ternura. «Hoy me presento ante esta corte para contarles todo sobre esta amable y hermosa princesa con la que Ukrea tuvo a bien bendecirme». Sus labios se curvaron en una suave sonrisa. «Y para anunciar que es *mía* ».

Todas las miradas se volvieron hacia ella.

Los nobles la miraron con asombro, admiración e incredulidad, como si la vieran por primera vez.

El corazón de Emeriel se hinchó y dolió al mismo tiempo. *Esto es real, ¿verdad? ¡Cielos, que esto no sea un sueño!*

—Deseo cortejarla —anunció Daemonikai de repente—. Para construir algo significativo con ella. Algo que, espero, pueda convertirse en algo aún más profundo. Para que un día, pueda estar a mi lado como mi Gran Reina.

El tribunal se sumió en *el caos* . Eso, al parecer, fue la gota que colmó el vaso.

Fuertes murmullos, jadeos y exclamaciones de sorpresa llenaron el aire y resonaron en las paredes.

—¿Cómo pudo decir semejante cosa, Su Gracia? —Se alzó una voz.

"¡No ha llegado a eso!"

"¡¿Nuestra Gran Reina… una *humana* ?!" exclamó uno desde atrás.

¿Después de todo lo que nos hicieron? ¡Esto no puede estar pasando!

***

Daemonikai dejó que el ruido lo envolviera, su mirada atenta recorrió la corte mientras los observaba. Luego, giró la cabeza, encontrándose con los ojos de sus grandes gobernantes.

La expresión de Zaiper era una mueca furiosa, con la mandíbula apretada. Como si hubiera tragado algo amargo y no pudiera escupirlo.

Ottai tenía una sonrisa radiante, tan brillante que sus ojos se arrugaron en las comisuras.

Mientras Vladya ofreció una sonrisa más reservada.

Mirando hacia la corte, su voz cortó los murmullos caóticos como un trueno. «Silencio».

La sala quedó en un silencio sepulcral, dejando tras sí un silencio resonante.

Una tos nerviosa rompió el silencio, atrayendo la atención de Daemonikai hacia la derecha.

El Gran Señor Jakal se levantó, rígido en su uniforme militar, mientras alzaba una mano. "¿Puedo dirigirme a la corte, Su Gracia?"

"Adelante, Señor de Asuntos Militares".

Jakal se removió incómodo, con las manos apretadas delante. "Entiendo lo que quiere decir, Su Majestad. Muchos de nosotros... es solo que..." Dudó un momento, recorriendo la sala con la mirada antes de volver al rey. "Va a ser increíblemente difícil para nuestro pueblo aceptar la idea de una humana como nuestra futura Gran Reina. Es decir, hemos perdido a tantos a manos de su especie. Familias enteras destrozadas. Muchos de nosotros aún llevamos esas cicatrices, visibles e invisibles".

—Lord Jakal tiene razón —añadió Lord Belzebob, poniéndose de pie, y su silla arañó el suelo de piedra—. Entendemos que es su compañera predestinada, Su Gracia, pero será realmente difícil de aceptar para nuestro pueblo. Los humanos son nuestros enemigos jurados. Su traición nos ha costado muy caro. ¿No deberíamos centrarnos en erradicar a los de su especie en lugar de elevar a alguien a una posición de poder sobre nosotros? —Hizo una

profunda reverencia, con la cabeza casi tocando la mesa—. Por favor, reconsidere, Su Gracia.

"¡Por favor, reconsidere, Su Gracia!", gritó el coro de los demás en la sala, sus voces colectivas teñidas de desesperación e inquietud mientras se inclinaban.

Siguió un silencio opresivo.

—He servido como Gran Rey de Urai durante cinco milenios —comenzó Daemonikai, con una voz que resonaba con autoridad y pesar—. Siempre he puesto a mi pueblo por delante, por encima de mí mismo, por encima de todo. Nadie aquí puede afirmar lo contrario. Amo profundamente a mi pueblo.

Las cabezas asintieron en la sala. Algunos murmuraron en señal de aprobación.

Durante la Luna Eclipse, luché por salvar incontables vidas. Incluso mientras mis fuerzas se agotaban y mi cordura se tambaleaba al borde del colapso, luché incansablemente por sus familias. Di todo lo que tenía para proteger a mi gente. —Su voz se volvió sombría—. Y al hacerlo, perdí a mi familia. A quienes significaban más para mí que cualquier cosa en este mundo. Aunque protegí a sus seres queridos, no logré salvar a los míos.

La culpa y el dolor brillaron en sus ojos.

Lentamente, las cabezas bajaron y sus miradas se dirigieron hacia abajo, incluida la de Belzebob.

"Nunca los culpé por lo que perdí. En cambio, soporté mi dolor solo, incluso después de que la pérdida me enloqueciera. Incluso en mis horas más oscuras…" La voz de Daemonikai tenía un dolor que se palpaba en cada rincón de la habitación. "Sin embargo, por primera vez en cinco mil años, elijo algo para mí. Tomo algo que me trae felicidad, algo que me recuerda lo que se siente vivir en lugar de simplemente existir."

Su tono se volvió más firme. «Puede que a muchos no les guste la idea de que corteje a la princesa Emeriel por ser humana. Pero eso es algo que simplemente tendrás que aprender a aceptar. Ella es mi *alma unida* . La única mujer en todo el universo hecha para mí». Sus ojos ardían con fuego mientras recorrían la habitación. «No la abandonaré. Ni por nadie ni por nada. Si aceptarla como mi mujer

es demasiado para ti, que así sea. Pero no te equivoques. *Preferiría renunciar al gran trono antes que dejarla ir de nuevo».*

Se oyeron exclamaciones de sorpresa y todas las mandíbulas se quedaron abiertas con incredulidad colectiva.

Algunos pares de ojos estaban a punto de salirse de sus cráneos por el puro asombro.

Daemonikai casi se permitió sonreír al ver sus rostros atónitos. Casi.

No esperaban que llegara tan lejos, pero ya estaba decidido. Su decisión se había consolidado mucho antes de ese momento.

Lo he dado todo por este reino. Mi fuerza, mi familia, mi cordura. Hoy, exijo algo a cambio. Si mi pueblo no puede apoyarme en esto, quizás no me merezca como su rey.

—Pero, Su Gracia, no hemos llegado a eso —dijo Jakal con absoluto horror.

Preferiría renunciar al gran trono antes que desperdiciar esta segunda oportunidad. Una oportunidad única de felicidad que los propios dioses me han regalado.

Nadie dijo una palabra.

Una punzada de compasión se apoderó de Daemonikai al ver sus rostros. No habían pedido esto.

Entiendo que esto no es lo que esperaban. Sé que es difícil para ustedes. Mi gente no pidió estas circunstancias, ni yo tampoco. —Respiró hondo, y su tono cambió a uno de súplica sincera—. No los obligaré a aceptar a la Princesa Emeriel. Solo les pido que le den una oportunidad. No la vean como una humana; véanla como mía. Mi Sirena, mi mujer, mi *Alma Vinculada* .

Su voz se profundizó por la emoción. «Ha demostrado ser digna una y otra vez. No hay nadie más apto para ser Gran Reina. Solo pido que le des una oportunidad».

Se volvió hacia Emeriel y su mirada se fijó en su rostro surcado de lágrimas; sus sollozos ahogados amenazaban con romper el frágil silencio de la corte.

Una calidez llenó su pecho y una feroz protección creció en él.

—Únete a mí, amada —dijo suavemente, extendiendo su mano hacia ella una vez más.

Los pasos de Emeriel eran tímidos, pero cada pisada resonaba; su vestido de seda crujía suavemente. Su mano encontró la de él, y Daemonikai la jaló hacia el podio, junto a él.

Se giró, la encaró y la miró fijamente a los ojos. «Sé que me disculpé contigo en privado, pero quiero disculparme formalmente aquí, delante de todos».

"Demonio-"

—Siento haberte hecho daño —su voz suave resonó con facilidad por la habitación—. Por hacerte soportar el dolor insoportable de un vínculo roto. Por cada momento de sufrimiento que te causé. Te pido disculpas por todo.

—Shhh, está bien. —Emeriel se tapó la boca con la mano, y su sonrisa llorosa iluminó su rostro lloroso—. ¿Cuántas veces te disculparás, Daemon? Para, por favor. Lo he oído todo, y... —Tragó saliva con dificultad—. No te merezco.

Volvió la mirada hacia la corte con voz temblorosa. «No merezco nada de esto».

Sus ojos volvieron a él, brillando con nuevas lágrimas. «Pero espero que algún día lo haga. Espero que algún día pueda estar orgullosa a tu lado, con la frente en alto, segura de que merezco estar ahí». Sonrió.

—A la corte, deseo ofrecer mis más sinceras disculpas —dijo, encarando al consejo con la mirada, respirando hondo—. Los engañé a todos en el pasado, disfrazándome de hombre cuando en realidad era mujer. Hice lo que creí necesario para sobrevivir. Sé que eso quizá no justifique mis acciones, pero es la única explicación que puedo dar.

Colocando ambas manos con gracia sobre su vientre, Emeriel se irguió ante ellos, manteniendo la voz firme. «Amo profundamente al gran rey. Lo he amado desde hace mucho tiempo, incluso cuando solo era un salvaje sin mente. Por favor, concédeme una oportunidad. Enséñame a ser mejor. Deseo aprender de los nobles señores de esta corte cómo servir a Urai como es debido».

Su mirada recorrió el salón, firme pero tierna. «Sé que tardará en aceptarme, pero esperaré. Trabajaré incansablemente para conseguirlo. Para que un día, la gente mire más allá de mi especie y

me vea solo a mí... Emeriel Evenstone, la Sirena. El *vínculo de almas* del Gran Rey Daemonikai».

Dicho esto, hizo una profunda reverencia, con el vientre lleno, en señal de humildad y respeto.

Silencio completo.

Sólo el suave susurro del vestido de Emeriel y el eco silencioso de sus últimas palabras flotaban en el aire.

Un solo par de manos comenzó a aplaudir: las de Vladya. Sus ojos brillaban con un respeto recién adquirido.

Pronto, Ottai se unió a ellos, con sus aplausos entusiastas y resonantes.

Luego, un alto señor de la mesa redonda. Y otro.

Uno a uno, los demás alrededor de la mesa redonda se unieron a los aplausos, y el sonido aumentó y reverberó por todo el gran salón.

No era solo cortesía; era genuino. Con un trasfondo de aprobación.

Muchos altos señores asintieron, algunos incluso mostraron sonrisas que rara vez se veían en la fría austeridad de la corte.

El pecho de Daemonikai se hinchó de orgullo. Lo recorrió, calentándolo como un trago de buen vino.

Había esperado una resistencia larga y agotadora. Una batalla lenta y cuesta arriba para ganar la cancha.

Pero allí estaba ella, su mujer, haciendo progresos impresionantes. Ya estaba acortando distancias con su sinceridad y fuerza.

Emeriel levantó la cabeza, con lágrimas en los ojos. Les dedicó una sonrisa llorosa, secándose las mejillas. «Gracias a todos por escucharme».

*Es posible que estén haciendo más que simplemente escucharte, amado.*

Cuando los aplausos cesaron, algunos altos señores se levantaron de sus asientos… e *inclinaron sus cabezas hacia un lado* .

Emeriel estaba confundido.

Sin apartar la vista de ellos, se acercó a él. "¿Qué están haciendo?", susurró con aprensión.

Pero Daemonikai no pudo hablar, pues estaba aturdido. No esperaba esto, no tan pronto.

—¿Su Gracia? —susurró de nuevo, con tono inseguro.

—Están reconociendo tu posición superior —intervino Henry. El compañero de vínculo de Merilyn.

Se puso de pie. «Princesa, significa que los altos señores de Urai están dispuestos a brindarle la oportunidad y el apoyo que pidió».

—Nuestro Gran Rey tenía razón; no lo tendríamos aquí hoy de no ser por ti —dijo Belzebob, con una voz áspera que ahora se alzaba sorprendentemente suave—. Y quizá no te des cuenta, pero no tomamos a la ligera a nuestro Gobernante Supremo. Su bienestar está profundamente ligado al nuestro.

—Nuestro pueblo le tiene un profundo apego —añadió Gaff, de pie junto a Belzebob—. Y si existe la más mínima esperanza de que pueda encontrar la felicidad de nuevo, no queremos interponernos en su camino.

Henry inclinó la cabeza. «Así que, para demostrarte que no solo te concedemos la oportunidad que pediste, sino que también te reconocemos como la mujer a la que corteja, nos desnudamos ante ti».

Uno por uno, los señores de pie imitaron el gesto, con las gargantas expuestas.

***

Inmóvil, Emeriel solo pudo observar a los señores que tenía delante, atónita por su gesto. No pudo articular palabra.

—No los hagas esperar, querida —murmuró Daemonikai, con un tono tan tierno como alentador.

"No sé qué hacer."

Sonrió suavemente, con los ojos brillantes de orgullo. «Acérquense a ellos, uno por uno, y apóyenles la nariz en el cuello para aceptar el respeto que les ofrecen. Acéptenlo como lo dan».

Habiendo presenciado este gesto sagrado antes, Emeriel comprendió el peso del acto.

No se trataba de un simple reconocimiento, sino de su *aceptación* . Le ofrecían no solo respeto, sino también una confianza provisional.

Era más de lo que ella se había atrevido a esperar.

La alegría creció dentro de ella, un calor naciente se extendió a cada rincón de su ser, despertando una esperanza que brilló como un sol recién nacido en lo profundo de su pecho.

Sollozando, se armó de valor, obligando a sus piernas a moverse incluso cuando sus músculos doloridos protestaban.

Llegó hasta Lord Gaff, quien se inclinó ligeramente para recibirla, ahorrándole así la incomodidad de estar de puntillas.

Con el corazón palpitante, Emeriel se inclinó y presionó su nariz suavemente contra su cuello, un acto que lo hizo sentir humilde y empoderado a la vez.

"Gracias", susurró.

Gaff inclinó la cabeza y su expresión estoica se suavizó.

Emeriel pasó al siguiente señor, luego al siguiente, repitiendo el acto con cada uno.

Cuando llegó hasta el Gran Señor Henry y le susurró su gratitud, su tranquila respuesta la dejó sin aliento.

Cuídalo, mi señora. Se merece la verdadera felicidad.

Ella asintió. «Lo haré, mi señor». Una promesa que pretendía cumplir con todo su corazón.

A medida que completaba sus rondas, la carga que había presionado sus hombros durante tanto tiempo se sintió más liviana.

Ella echó un vistazo alrededor de la mesa redonda, su mirada se detuvo en los rostros de los señores que se habían inclinado ante ella en señal de respeto.

Por primera vez, no vio adversarios, sino un consejo justo. Quizás la corte no fuera tan terrible después de todo. Quizás estos nobles no fueran tan despiadados como ella creía.

Una repentina punzada la golpeó en el pecho. La nostalgia, envuelta en melancolía, la invadió mientras sus pensamientos daban vueltas.

*Gran Señor Herodis.*

Las lágrimas volvieron a llenar sus ojos, incluso mientras sonreía.

*Querido amigo, espero que estés bien dondequiera que estés. Tenías razón, después de todo. Hace dos años no fue el fin del mundo. Llegó el día en que el mundo me daría una oportunidad.*

Su mirada recorrió la corte una vez más, al consejo que una vez la había sentenciado a muerte, aceptándola ahora como la mujer de su gran gobernante.

—Mírame ahora, Señor Herodes —murmuró entre lágrimas—. Mira a tu amiga esclava, quien, antaño, tuvo que vestirse de niño para sobrevivir. Hoy se presenta ante el consejo de Urai, no como un niño esclavo escondido, sino como un *vínculo espiritual* con su Gobernante Supremo.

Chapter Thirty-Three

# UN VÍNCULO TAN ANTIGUO COMO EL TIEMPO.



"¿ESTÁS BIEN?" LA VOZ de Vladya tenía un deje de preocupación mientras desmontaban de sus caballos. Los guardias tomaron las riendas rápidamente y se llevaron a los corceles.

—Lo soy —mintió Daemonikai.

El mareo que lo había plagado antes estaba empeorando, un dolor punzante detrás de sus ojos.

Durante la cacería, su visión se volvió borrosa, los árboles se mezclaron en una neblina verde y en un momento casi perdió el equilibrio.

—Te estás recuperando de un veneno que corroe los órganos. Ojalá hayas estado bebiendo sangre. —Vladya se acercó a él, observándolo con ojos penetrantes.

—No he sentido sed —respondió Daemonikai con frialdad, obligándose a caminar con paso firme—. La cacería ha durado más de lo previsto.

—¿Por qué? ¿Tiene tantas ganas de volver con su mujer, Su Gracia? —La voz de Ottai resonó con picardía al unirse a ellos.

Daemonikai puso los ojos en blanco, pero una sonrisa se dibujó en sus labios. No podía negarlo.

—Se nota que lo es, su sonrisa lo dice todo —añadió Zaiper, acercándose por detrás—. Felicidades, Su Gracia. De verdad.

—Gracias, Zaiper. —Con un breve asentimiento, Daemonikai guió al pequeño grupo por los senderos de la fortaleza.

Cuando llegaron a la intersección que marcaba sus rutas separadas, todos tomaron caminos separados.

Daemonikai intentó mantener un ritmo constante, pero Ottai tenía razón. Estaba ansioso por volver a ver a Emeriel.

La cacería real, una actividad habitualmente placentera, se había sentido como una eternidad.

El sonido de pasos suaves detrás de él lo hizo detenerse.

Se giró, arqueando una ceja. "¿Por qué no me sorprende que me sigas?"

—Quiero hablar contigo —gruñó Vladya, alcanzándolo.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —preguntó Daemonikai, reanudando su caminata—. Ambos sabemos que tienes prisa por volver a Aekeira.

Una vez dentro de los aposentos de Daemonikai, Vladya se acomodó perezosamente en un sillón; el cuero crujió levemente bajo su peso. "¿Qué planes tienes para tu anfitrión de sangre?"

Daemonikai se quitó la capa de caza, doblándola con cuidado antes de responder con voz monótona. «Todavía no tengo ninguna».

—Quizás deberías, Daemon. Cuanto antes lo hagas, antes calmarás tu sed. —Vladya respiró hondo—. Sinceramente, no sé por qué no bebes de ella. Aunque no quieras verla, hay muchas maneras de conseguir su sangre.

—Lo *sé* —espetó Daemonikai mientras su dolor de cabeza empeoraba.

Se frotó la sien antes de acercarse a servir agua de una jarra; el goteo constante del líquido llenó brevemente la habitación.

Ignoró el vaso una vez lleno. «No puedo beber de ella. No lo haré».

—Morirse de hambre no es la solución —añadió Vladya en voz baja.

Intentó matar a Emeriel. Mi anfitrión de sangre, la única persona cuya existencia depende de mi vida, envenenó y casi mata a mi *vínculo de alma,* la única persona que existe y que *es* mi vida. Las palabras salieron con furia contenida, vibrando por la habitación.

Su mano se aferró al borde de la mesa hasta que sus nudillos se pusieron blancos. «Sabía que Sinaí era duro, incluso cruel, pero ¿esto? Esto es *vil* ... Esto me hace cuestionar qué más ha hecho. Qué otros horrores ha ocultado».

—La necesitas —dijo Vladya con calma, aunque la comprensión brillaba en sus ojos gris plateado—. Los anfitriones de sangre no son cualquiera, Daemon. No tienes otro, ni nadie más. Son extremadamente raros, lo sabes. Para que surja otro, el actual debe morir, e incluso entonces, podría llevar años. Muchos de los nuestros no sobreviven a la espera.

"No me estás diciendo nada que no sepa ya."

—Me pregunto sobre eso. Necesitas un recordatorio, evidentemente —añadió Vladya—. Tu control es legendario, pero tienes hambre. Muy pronto empezarás a lanzar feromonas.

—No llegará a eso —espetó Daemonikai, mientras su paciencia se agotaba.

—No pueden darle a Sinaí el máximo castigo —dijo Vladya con cautela—. Debe salir airosa con el mínimo. Lo sé, lo saben, el tribunal lo sabe. ¿Por qué no acabar con esto de una vez?

Daemonikai miró el vaso de agua abandonado, con los labios apretados en una fina línea. Sabía todo eso. Precisamente por eso intentaba evitar pensar en Sinai y su crimen.

Aunque alejarte podría ser un castigo para ella, también te estás castigando a ti mismo. Aún te estás recuperando de la muerte del alma, y además, te estás recuperando del veneno que está devastando tus órganos. Necesitas *alimentarte* .

Daemonikai suspiró, hundiéndose en la silla frente a su amigo, reclinándose y cerrando los ojos.

Intentó bloquear el incesante martilleo en su cráneo, el dolor de cabeza ahora constante. A este paso, ganaría un trofeo por soportar la cantidad de dolores de cabeza que lo aquejaban.

Era raro que su mente estuviera clara y libre de dolor, y sabía, en el fondo, que no podría seguir así por mucho más tiempo.

—Me alimentaré de Emeriel cuando sea demasiado —murmuró, con palabras cargadas de reticencia.

Vladya asintió. «Qué bien, incluso genial. Su sangre es especial para ti; debería calmar el hambre, al menos por un tiempo». Dudó, con la mirada fija en Daemonikai. «Sin embargo, detesto ser el portador de malas noticias, amigo mío, pero sabes que no puedes vivir con ella. No te saciará ni te restaurará por completo. Puede que sea tu alma gemela, Daemon, pero no es tu huésped de sangre».

—¿Lo has olvidado? Hace mil años, sobreviví cinco años sin la sangre del Sinaí. —gruñó Daemonikai.

—Claro que lo recuerdo. La desterraron de Urai. —La expresión de Vladya se ensombreció—. ¿Sabes qué más recuerdo? El sufrimiento que soportaste durante ese tiempo. Evie casi *muere* porque la estabas drenando y casi perdimos a más de quinientas personas en este reino... veinte que perdimos *porque* no pudiste parar.

Daemonikai hizo una mueca. Eran tiempos oscuros, de intenso sufrimiento y pérdida que prefería no revivir.

—Piénsalo bien, amigo mío —dijo Vladya, levantándose—. Resuelve esta situación, y rápido. Aunque pretendas alimentarte de Emeriel, sabes que nunca te perdonarías si pusieras su vida en peligro.

***

Emeriel se hundió más en el agua tibia, dejando que el calor reconfortante penetrara sus músculos palpitantes. El dolor que había sentido durante todo el día finalmente comenzaba a desaparecer.

Reclinándose, cerró los ojos; el leve murmullo del agua rozaba la bañera. Sonrió con placer.

Emeriel no se arrepentía de haberse quedado. Lo que sí lamentaba era el tiempo que había perdido siendo miserable. Había pasado tanto tiempo resistiéndose, negándose a darle a su Amado, a ella misma, la oportunidad de ser feliz.

Un suave golpe interrumpió sus pensamientos.

Emeriel abrió la boca, dispuesta a despedir a quienquiera que fuera.

"Em, ¿estás ahí?"

*Aekeira.* Su corazón dio un vuelco.

Tarde o temprano, sabía que tendría que enfrentarse a su hermana. Si había alguien a quien extrañaba tanto como a su gran rey, era Aekeira.

"Estoy aquí", gritó en voz baja.

La puerta se abrió y Aekeira entró apresuradamente, con una sonrisa radiante y contagiosa. "¡Ay, Em, me enteré de todo!", exclamó, rebosando de emoción. "Estoy tan feliz, tan feliz por ti".

A toda prisa, Aekeira se agachó junto a la bañera y abrazó a Emeriel con fuerza. "¡Me alegro mucho de que hayas vuelto!"

Emeriel cerró los ojos y se dejó llevar por la calidez familiar del abrazo de su hermana. *¡Cielos, cuánto he extrañado esto!*

"Me alegro de haber vuelto también", admitió Emeriel en un murmullo.

—¿De verdad ibas a irte? —Aekeira se apartó, con una expresión de dolor—. ¿Sin decírselo a nadie? ¿Sin decírmelo *a mí* ? ¿Ibas a dejarme aquí... sola?

—Eres feliz aquí —dijo Emeriel, mirándola a los ojos—. No quería decírtelo porque no quería ponerlo en peligro, o peor aún, hacerte sentir que necesitabas irte conmigo. Y no me arrepiento de haber protegido tu felicidad.

—Eres una hermana horrible —la voz de Aekeira se quebró, mientras su labio inferior temblaba—. Terrible, absolutamente horrible... y completamente adorable hermana.

Emeriel resopló.

“Cuando empezaron a circular rumores sobre lo ocurrido en el tribunal, me costaba creerlos.” Akeira soltó una risa llorosa. “Pero entonces Vlad me lo contó todo, y…”

—¿Vlad? —Emeriel arqueó una ceja—. ¿Como Lord Vladya?

Un suave rubor se extendió por las mejillas de Aekeira.

—Vaya. Interesante. —Emeriel contuvo una sonrisa.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó Aekeira rápidamente, desviando la conversación.

—No pude cruzar el Lago Boundary —dijo Emeriel en voz baja—. Cada paso me arrancaba el corazón. —Dudó—. Anoche, yo... eh...

"¿Qué hiciste?"

Emeriel bajó la mirada, con una pequeña sonrisa melancólica dibujada en sus labios. «Tuvimos intimidad. Y fue perfecto. No solo el acto en sí, sino todo. La forma en que me rodeaba con sus brazos... las cosas que decía. El solo hecho de mirarlo a los ojos mientras estábamos...» Su voz se apagó, con el rostro acalorado al recordarlo. «Digamos que reprimir mis sentimientos después de eso no fue precisamente fácil».

La mirada de su hermana se suavizó. «No sabes cuánto me alegra oír esto».

Mientras Emeriel salía de la bañera, su hermana se apresuró a hurgar en los cajones y sacó un cepillo.

Emeriel se puso su pijama, y sus movimientos se ralentizaron al ver a Aekeira. Una oleada de nostalgia la invadió.

Era su vieja rutina, cuidarse así. Parecía que había pasado una eternidad.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Aekeira, mirándola de reojo mientras dejaba el pincel. Sus ojos reflejaban preocupación—. ¿En serio? ¿En el fondo?

—Feliz —suspiró Emeriel con sinceridad—. Increíblemente feliz.

Radiantemente, Aekeira señaló la silla.

Emeriel tomó asiento, tragando saliva con dificultad mientras sus ojos se encontraban con su reflejo en el espejo.

Por primera vez, notó algo diferente en su hermana. Un brillo radiante que parecía brillar desde lo más profundo de su ser.

Aekeira había estado sonriendo desde que entró por la puerta, luciendo tan contenta.

Su hermana estaba… más feliz. Verdadera y completamente feliz.

Emeriel se aclaró la garganta. —Háblame de ti y de Lord Vladya. ¿Cómo está su... salud?

Aekeira se cepilló el pelo, deslizándose con suaves caricias desde la raíz hasta las puntas. «Ha mejorado mucho. Todavía hay días difíciles, cuando sus episodios son realmente malos. Las voces en su cabeza se hacen más fuertes y su bestia se vuelve despiadada. Pero hemos aprendido a sobrellevar esos días juntos, mejor que antes».

Sus pinceladas vacilaron, deteniéndose en el aire mientras la luz de sus ojos se apagaba. «Aun así, esos días, aunque raros, me

recuerdan lo inevitable... que él no siempre estará aquí».

Emeriel apretó los puños sobre su regazo.

Quiso levantarse, abrazar a su hermana con el tipo de abrazo que pudiera ahuyentar el dolor de su voz. Pero la vacilación la inmovilizó.

*Hace más de dos años que no la abrazo para consolarla. ¿Cómo empiezo ahora?*

Aekeira respiró hondo, sus ojos se aclararon y la profunda tristeza la abandonó. "Pero no dejaremos que días como ese dominen nuestras vidas, ni las suyas."

La tristeza se desvaneció de su voz mientras volvía a cepillarse. "Me pidió que me conectara con él, y dije que sí".

La cabeza de Emeriel se levantó de golpe.

Se giró bruscamente, con los ojos muy abiertos clavados en su hermana. "¿Quieres decir que el Señor Vladya te pidió que fueras su compañera? ¿Para realizar el ritual de unión y todo eso?"

Aekeira asintió con entusiasmo y sonrió ampliamente.

Emeriel la miró fijamente, sintiendo el peso de la revelación como una tormenta que se desata en el horizonte. Desconocía todos los detalles del ritual de unión, pero la historia de Lord Vladya con él era infame.

La idea de que estuviera dispuesto a darle *una verdadera oportunidad a esta relación con Aekeira,* hasta el punto de comprometerse con el ritual, era asombrosa. Incomprensible.

*No es de extrañar que mi hermana esté tan feliz.*

Emeriel se levantó lentamente y cruzó la habitación. De pie frente a Aekeira, tomó la mano de su hermana y la apretó suavemente.

Me alegro muchísimo por ti, Aekeira. Me llena de alegría verte así. Te lo mereces, después de todo lo que has pasado.

Extendiendo la mano, colocó un mechón suelto del cabello de Aekeira detrás de su oreja con una ternura que le resultó a la vez extraña y familiar. «Este fue mi único sueño durante tanto tiempo. Que encontraras la felicidad con un hombre que te amara y apreciara de verdad. Un hombre que pudiera poner esa luz en tus ojos y sonreír en tu rostro». Sus labios se curvaron en una leve sonrisa. «Nunca en mis sueños más locos imaginé que ese hombre sería el Gran Señor Vladya».

Aekeira también asintió, mirando sus manos entrelazadas.

No el día en que ese aterrador señor estuvo en la corte de Navia, sujetándote las mejillas y examinándote con tanto asco. Ciertamente no en aquellos primeros meses tras nuestra llegada a Urai, cuando te miró con un odio tan intenso que daba miedo. Y definitivamente no el día en que te castigó en la corte, ni más tarde esa noche en sus aposentos privados.

Los ojos de Aekeira se llenaron de lágrimas y su voz tembló al hablar. «Hemos recorrido un largo camino, ¿verdad?»

Emeriel asintió con una sonrisa agridulce en los labios. «De verdad, el amor se encuentra en los lugares más inesperados. Me alegro muchísimo por ti, Keira. Si hay un hombre que puede cuidarte y protegerte, ese es él. Esto me ha alegrado la noche».

"¿Sabes qué me hizo feliz?" Aekeira levantó la vista, con los ojos brillantes mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. "Esto. Nosotras, juntas de nuevo. Tú y yo." Su voz se quebró en un susurro. "Tú, Em. Verte así de nuevo me ha alegrado la noche."

El corazón de Emeriel se sintió demasiado pesado.

Aekeira, como siempre, nunca dudó ni fue tacaña con sus abrazos y abrazó a Emeriel de nuevo. "Gracias por volver con nosotras. Por volver conmigo". Se acercó más, su aliento suave contra el oído de Emeriel. "Durante tanto tiempo, temí perderte para siempre".

Los ojos de Emeriel se llenaron de lágrimas. «Siento mucho haberte alejado. Ha sido muy duro mantener la distancia entre nosotros todos estos años, pero...» *Necesitaba sobrevivir.*

—¿Qué pasó? —Aekeira se apartó lo suficiente para mirar a su hermana a los ojos. Su voz era débil, su mirada inquisitiva, implorante—. Dime qué pasó. Un día te despertaste... cambiada. Se acabaron el duelo, el llanto y la tristeza. Me sentí aliviada; al menos una de nosotras tuvo el valor de afrontarlo. Pero en el fondo, siempre he sentido que había algo más. Algo que no me estás contando.

Emeriel negó con la cabeza lentamente. —No, Keira. No hablemos de eso.

—Así que hay *algo* . —Aekeira pareció decidida de repente—. No, necesito saberlo.

—No hay nada. —Emeriel dio un paso atrás; el calor desapareció y un escalofrío se extendió por sus venas.

Sus dedos se apretaron sobre su prenda, con los nudillos blancos. «No pasó nada».

—Basta de secretos, Em, por favor. —Aekeira parecía desesperada y frustrada—. Lo he pensado durante años. ¿Te envió el gran rey una carta de rechazo a Navia? ¿Es eso?

—De verdad que no quiero hablar de eso —la voz de Emeriel tembló. Su cuerpo la traicionó al temblar, temblores imposibles de ocultar—. Keira, por favor, déjalo ir.

—¡Mírate! —La voz de Aekeira se alzó, y su preocupación se transformó en ira—. Estás temblando, ¡todavía te afecta! ¿Qué ha pasado, Em?

—¡No! —gritó angustiada—. ¡Déjalo ir! ¡Todo es cosa del pasado!

—¡Dime, necesito saberlo! —gritó Aekeira de inmediato.

"¡Perdí a mi hijo!"

La confesión estalló en Emeriel con un grito agonizante que le salió de lo más profundo del alma. "¡Estaba embarazada y perdí a mi bebé!"

El pecho de Emeriel estaba demasiado lleno, le dolía demasiado. Y como ya no había espacio para el dolor, este la desbordaba.

L-lloraba demasiado, me hacía demasiado daño. Estaba demasiado débil, y por eso, ¡perdí mi p-embarazo! Cuanto más gritaba, más le dolía.

Las lágrimas corrían por su rostro en ríos interminables. Ahora que la presa había reventado, las palabras se negaban a detenerse. «Me quedé allí parada en ese baño mientras mi hijo me dejaba en un charco de sangre, y no pude hacer nada al respecto». Una risa amarga y ahogada la abandonó. «Ni siquiera sabía que estaba embarazada. Estaba tan débil que perdí lo más preciado de...»

Los brazos de Aekeira la rodearon ferozmente otra vez, y esta vez, Emeriel se desplomó en su cuerpo, mientras violentos sollozos le destrozaban la garganta.

—¿Estabas pre-embarazada? —balbuceó Aekeira, mientras sus propias lágrimas caían a raudales—. ¡Por los dioses, por los dioses, *por los dioses...!* ¿Cómo pudo pasar algo así? ¿Cómo viviste con

esto? ¿Por qué no me lo dijiste? i¿Llevabas algo tan pesado dentro de ti?! *¡Dioses de la luz, Emeriel!*

Aekeira la abrazó aún más fuerte, como si solo sus brazos pudieran proteger a Emeriel de la agonía.

"Por eso nunca hablo de ello", sollozó. "Después de todos estos años... no debería doler tanto. Pero sí. Siento que *me estoy desgarrando por dentro".*

—¡No fue tu culpa, ¿me oyes?! —susurró Aekeira con severidad y convicción—. ¡Deja de culparte! ¡Deja...!

Sus palabras se congelaron a media frase. Se apartó, con el rostro surcado por las lágrimas repentinamente tenso.

—¿Qué pasa? —preguntó Emeriel con voz temblorosa y débil.

Se secó las mejillas y mantuvo la mirada fija en algo detrás de Emeriel.

El miedo se enroscó en el estómago de Emeriel mientras giraba lentamente.

Allí, de pie en la puerta, pálido como la muerte misma, estaba el Gran Rey Daemonikai.

*Oh cielos… no.*

Chapter Thirty-Four

# FUSIÓN: BAJO LA LUNA DESNUDA.



EL GRAN SEÑOR HERODIS estaba de pie junto a la ventana, mirando el campo abierto bañado por la luz de la luna.

La brisa nocturna susurraba a su alrededor, trayendo un encantador aroma a hierba y bosques lejanos.

La noticia del juicio había llegado a sus oídos y no podía dejar de sonreír.

—Estoy tan feliz por ti, mi querido amigo —murmuró suavemente, su voz apenas audible por encima del susurro de las hojas afuera.

¿Con quién estás hablando?

Herodes se giró al oír la voz familiar y vio a Dale entrando en la habitación.

La mirada aguda e inquisitiva de su hijo lo recorrió cuando entró.

—Nadie, hijo —dijo Herodes, suavizándole el semblante.

Dale arqueó la ceja, su escepticismo era evidente. "¿Así que ahora hablas solo?", suspiró, caminando hacia la cama y dejándose caer en ella con un gesto exagerado. "Te lo dije, padre, esta soledad te está empezando a afectar".

—No me siento solo. Te tengo a ti —replicó Herodes a la defensiva —. Además, no estoy loco.

Dale resopló, negando con la cabeza. "Si tú lo dices." Se recostó en la cama y apoyó la cabeza en las manos. "Pero dime, ¿por qué

sonríes? No creas que me lo perdí."

Herodes rió entre dientes. «Estoy agradecido, eso es todo. Por fin las cosas empiezan a mejorar para mi amigo».

"¿Amigo?" Dale frunció el ceño un instante antes de comprenderlo. "Ah, ¿te refieres al *vínculo de almas del gran rey* ? ¿La princesa humana?"

—Sí, es ése —la sonrisa de Herodes se hizo más profunda.

Dale sabía todo sobre su amistad con Emeriel... Herodes le había contado la historia completa hacía años.

"Hoy, el Gran Rey hizo una declaración oficial, y mi amigo incluso pudo dirigirse a la corte", le informó a su hijo, intentando controlar sus emociones, aunque una oleada de calor le inundó el pecho. "Aún recuerdo vívidamente lo imposible que parecía este día hace dos años".

—Vives peligrosamente, Padre. —La voz de Dale tenía un matiz de incredulidad, un tono al que Herodes se había acostumbrado con los años—. ¡Cielos! De entre todas las mujeres con las que podrías ser amigo, ¿elegiste a *la mujer del Máximo* ? Todavía me asombra todo. No te imaginas el miedo que sentí cuando leí tu carta con todo lo sucedido.

—Te lo dije, no fue así…

Mira, sé que te sientes solo, padre. Lo entiendo. Pero, por favor, abstente de tomar decisiones imprudentes y correr riesgos mortales solo por compañía.

Herodes resistió el impulso de poner los ojos en blanco y mantuvo una sonrisa firme.

—Sí, señor —dijo con ligereza y el humor bailaba en su voz.

No importaba cuántas veces le aseguró a Dale que su relación con Emeriel había sido puramente platónica, su hijo seguía sin estar convencido.

Algunos días, Dale parecía creerle. Otros, hablaba como si esperara que las puertas principales se abrieran de golpe y que el gran rey irrumpiera para vengarse rápidamente por haberse atrevido a hacerse amigo de su *Alma Vinculada* .

Herodes comprendió de dónde provenían las preocupaciones de su hijo, por fuera de lugar que fuesen.

Dale afirmó que su regreso a casa se debía únicamente a negocios en la ciudad, pero Herodes no se lo creyó. Estaba seguro de que su hijo había regresado para hacerle compañía, y su llegada ocurrió solo tres meses después de recibir la emotiva carta de Herodes.

Al mirar a su hijo, ahora reclinado con los ojos cerrados, un profundo sentimiento de orgullo llenó a Herodes.

A sus trescientos cincuenta años, Dale era en todo sentido el caballero maduro y refinado que él y Rivera lo habían criado para ser.

Independientemente de las razones de Dale para regresar, Herodes simplemente estaba agradecido de tenerlo en casa. Por mucho que lo negara, la soledad se había apoderado de su vida en los últimos años.

La presencia de su hijo lo hacía más llevadero. Tal como lo había sido antaño la compañía de Emeriel.

La extrañaba, la extrañaba . Extrañaba la facilidad con la que una vez llenaba los silencios.

Herodes estaba contento de que ella hubiera regresado a Urai y estaba orgulloso del progreso que estaba haciendo.

Volviéndose hacia la ventana, dejó que la brisa fresca le acariciara el rostro. El campo se extendía ante él, infinito, bañado por la plateada luz de la luna.

Cerró los ojos brevemente, su corazón se sentía más ligero que en años.

***

Al ver al Gran Rey Daemonikai, el dolor de Emeriel… se atenuó. Pasó a un segundo plano.

Solo podía concentrarse en él. En cómo protegerlo de la agonía que sabía que se avecinaba.

—Daemon... —Su voz tembló al acercarse a él, sacudiendo ligeramente la cabeza. *Nunca se suponía que lo descubriría.*

—¿Es cierto? —preguntó con voz ronca y temblorosa—. ¿Tuvimos un hijo hace dos años y...? —Le costó la garganta—. ¿ *Perdimos un hijo?*

El miedo en su rostro era innegable.

Sus ojos prácticamente le rogaban que dijera que no. Que le dijera que no era cierto.

Que era una mentira, una broma cruel. Una historia inventada para apaciguar a Aekeira.

Emeriel lo vio todo en su mirada. El miedo puro, la negativa a creer.

Y por un instante, consideró mentirle. Decirle exactamente lo que quería oír. Cualquier cosa para ahorrarle el peso de esta insoportable miseria.

Pero mentir no los salvaría. No de esto.

—Sí —admitió—. Tuve un aborto espontáneo.

Se tambaleó hacia atrás como si lo hubieran golpeado.

—No —suspiró, sus ojos buscando en el techo, las paredes, cualquier lugar excepto su rostro.

—No puede ser. —Negó con la cabeza con fuerza, como si intentara quitarse la verdad de encima—. No puede ser.

Los ojos de Emeriel filtraron más lágrimas.

Su hermana se movió a su alrededor, secándose las lágrimas. Aekeira la miró a los ojos brevemente y articuló: *«Volveré más tarde».*

Apenas se oyó el sonido de la puerta al cerrarse. Emeriel seguía con la mirada fija en su Amado. "Daemon, lo siento."

—Pero no puede ser. —Acortó la distancia entre ellos en un instante, aferrándose a sus hombros. No con fuerza, sino con la fuerza desesperada de un hombre que apenas aguanta—. No es posible.

—Lo es. —Su rostro se arrugó mientras nuevos sollozos la atormentaban—. Me quedé embarazada, Su Gracia. Llevé su hijo. Y luego yo...

Se llevó las manos a la boca, ahogando el llanto. «Y entonces lo perdí. Ni siquiera sabía que estaba embarazada. Yo...»

Las manos de Daemon temblaron contra sus hombros antes de caer repentinamente. Fue como si toda su fuerza lo hubiera abandonado en un instante.

Se giró sin decir palabra, con movimientos lentos y pesados, y comenzó a caminar.

Salimos de las cámaras y entramos en el salón.

Sus hombros estaban encorvados y su cabeza colgaba gacha.

Parecía tan *derrotado* que a Emeriel le dolió profundamente.

Wegai dio un paso adelante como para seguirla, pero ella negó con la cabeza y le ordenó en silencio que se quedara atrás.

El jefe de la guardia obedeció, aunque parecía claramente preocupado.

Emeriel siguió a Daemonikai, manteniéndose a dos pasos de él mientras deambulaba sin rumbo por el pasillo. Sus pasos eran pesados, arrastrados... como si cada uno fuera una batalla.

Salió del edificio y entró en el patio.

El aire nocturno era fresco, la brisa los envolvía, tirando de sus ropas. Emeriel quería decir algo, lo que fuera, para consolarlo. Pero no se le ocurrían las palabras.

*A veces, las palabras simplemente no eran suficientes.*

Su cuerpo se tambaleó y se tambaleó sobre sus pies.

Emeriel cerró rápidamente la distancia entre ellos, envolviendo sus brazos fuertemente alrededor de su abdomen.

—Daemon… —susurró ella en tono de súplica.

Por un momento, lo permitió.

Él la dejó soportar la mitad de su peso, apoyándose en ella como si la carga fuera demasiado para llevarla solo.

Con lágrimas corriendo por su rostro, ella lo sostuvo así por un rato.

Daemonikai miró fijamente a la distancia, su respiración era entrecortada y sus ojos estaban secos.

Emeriel agradeció esa pequeña misericordia. No sabía si soportaría verlo llorar. Sin duda la destrozaría por completo.

La brisa susurraba a su alrededor, tranquila y suave. Ojalá su refrescante roce pudiera llegar a su interior y calmar el dolor que los atormentaba.

Por fin, Daemonikai se enderezó y se soltó de su abrazo. No la miró mientras volvía a caminar con pasos lentos y errantes.

Emeriel lo observó un momento antes de seguirlo. Dos pasos atrás, igual que antes.

Salieron del patio hacia el prado, con las estrellas centelleando como diamantes dispersos sobre ellos. El resplandor de la luna sobre el campo vacío, siguiendo su camino.

Cuando llegaron al centro del campo, Daemonikai se detuvo abruptamente.

Emeriel se detuvo unos pasos detrás de él, observando cómo sus hombros se hundían una vez más en desesperación.

Luego cayó de rodillas, con los brazos colgando flácidamente a los costados.

Echando la cabeza hacia atrás, miró fijamente el cielo infinito. "¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Cómo pudiste…?"

Emeriel se secó las lágrimas, aunque aún le brotaban nuevas. Se quedó donde estaba, resistiendo la tentación de acercarse a él. Le dio el espacio que necesitaba.

—Te llevaste a mi primer hijo —su voz tembló en el silencio—. A mi segundo hijo. Y ahora...

Su cabeza cayó hacia adelante, con la barbilla casi rozándole el pecho. Mientras su cuerpo se balanceaba, extendió los brazos para sostenerse, apoyándose en el suelo con las manos, evitando caer de bruces. "¿Cómo pudiste permitir que esto volviera a suceder? *¿Cómo pudiste castigarme así?*"

Cada palabra, cada pregunta desgarradora era una daga en el corazón de Emeriel.

Todo su ser gritaba para consolarlo. Ansiaba acercarse a él, abrazarlo, pero no lo hizo.

*Cielos, fue tan duro.* ¿Y si su alma, tan frágil después de todo lo que había pasado, volviera a morir?

Llorando en silencio, obligó a sus pies a permanecer plantados.

—Podrías haberme castigado de cualquier otra manera, pero no así. —Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, brillando a la luz de la luna.

—Esto no... —Se le quebró la voz al mirarse las manos temblorosas—. ¿No es mejor no dármelas nunca si sigues arrancándomelas de los brazos así?

Con la resolución desmoronándose, caminó hacia él tambaleándose hasta que se detuvo frente a él.

—Levántate, por favor. —Se agachó y lo agarró por debajo del brazo, intentando levantarlo, pero era demasiado pesado.

Afortunadamente, él la ayudó, cambiando su peso y enderezándose hasta quedar de rodillas.

Pero antes de que pudiera ayudarlo a ponerse de pie, él la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. La abrazó con tanta desesperación, como un ancla... como para evitar desmoronarse por completo.

—¿Cómo pudo pasarnos esto? —preguntó tembloroso, mirándola. Otra lágrima le resbaló lentamente por la cara—. ¿Cómo pudimos perder a un hijo?

Las lágrimas de Emeriel fluían libremente, imposibles de contener. "Por favor, para. Verte así me destroza".

Una tercera lágrima cayó, su rostro se contorsionó de angustia. "Lo siento mucho..."

“No te disculpes, por favor.”

Lo siento muchísimo, Emeriel. Todo esto fue culpa mía. Fue mi...

—¡Deja de culparte! —siseó con fiereza—. No todas las desgracias son tuyas, ¿me oyes? ¡Tenía que pasar! ¡Era inevitable! ¡Debemos intentar superarlo! Lamentamos lo que pudo haber sido, pero no podemos culparnos eternamente.

Otra lágrima cayó, y ella se la secó; sus propias lágrimas fluyeron como un río. «Somos seres vivos, Daemon. Estamos destinados a cometer errores, y a veces... los accidentes ocurren. Algunas cosas simplemente están destinadas a ser. Otras no se pueden evitar».

Mientras hablaba, sus palabras resonaron profundamente dentro de ella.

Todos estos años, se había culpado a sí misma. Algunas noches, en la oscuridad, incluso lo culpaba a él. Los había odiado a ambos por lo sucedido.

—Echar la culpa no soluciona nada —continuó en un tono más suave—. Solo empeora el dolor. ¿Cómo podemos sanar y seguir adelante si dejamos que la culpa nos domine?

“Riel… me duele.”

—Lo sé. —Se secó las lágrimas con la manga—. No pasa nada, déjalo salir. Te tengo, mi querido Amado. Déjalo salir todo.

Ella apretó su cabeza contra su vientre, rodeándolo con sus brazos apasionadamente. Mientras su cuerpo temblaba bajo su abrazo, le acarició el cabello con dulzura, acariciándolo.

Está bien soltarlo todo. No le des a la culpa el poder que anhela. La culpa quita el bálsamo de una herida, dejándola en carne viva... con cicatrices... para nunca sanar.

El viento barría el prado, tirando de sus ropas y susurrando entre la hierba.

"Todo a mi alrededor muere", murmuró, mientras sus lágrimas empapaban su vestido. "Todos los que debían pertenecerme *mueren* ".

—Deberías correr, Emeriel. Corre lejos, lejos de mí. —Pero la abrazó con más fuerza—. No debería haberte impedido irte hoy.

—Por favor, deja de decir esas tonterías. Ya no quiero seguir corriendo —le enredó los dedos en el pelo—. Y tú, Su Gracia, no puedes huir de mí. Porque esta vez, te perseguiré hasta el fin del mundo si es necesario.

Sus brazos se contrajeron sobre ella, acercándola aún más. Las emociones crudas que irradiaba eran como olas rompiendo contra la orilla.

Negó con la cabeza. «Si no te hubiera rechazado así... si no te hubiera despedido, nada de esto habría pasado».

—Tomaste la decisión correcta. Mírame. —Emeriel le acarició la mejilla, animándole a levantar el rostro surcado por las lágrimas. Sus ojos rojos y atormentados se encontraron con los de ella.

"Nunca pensé que diría esto, pero *hiciste lo correcto al enviarme lejos,* y lamento mucho que me haya llevado tanto tiempo darme cuenta de eso".

Él empezó a negar con la cabeza, pero ella lo retuvo, trazando círculos con el pulgar sobre su piel. «Necesitabas encontrarte a ti mismo. Yo necesitaba encontrarme. Era un esclavo, y tú habías sido salvaje durante siglos. Ni siquiera tuviste tiempo de llorar, de procesar de verdad tu pérdida, y de repente, me arrojaron a ti. Alguien que no elegiste. Alguien de la misma especie que se llevó a

tu familia, que tiene el potencial de reemplazar lo que perdiste. ¿Cómo podía alguien esperar que actuaras de otra manera? *Tú. Hiciste. Lo. Correcto.»*

Sus labios temblaron y no la miró a los ojos, pero ella sabía que toda su atención estaba centrada en ella.

—Deberíamos habernos comunicado mejor —razonó ella, rozándole la mandíbula con la mano—. Nos habría ayudado mucho. Ninguno de los dos estaba preparado para la ruptura del vínculo ni para el dolor que trajo consigo. Pero esa separación fue necesaria. Nos obligó a crecer. A comprender lo que realmente queríamos. Necesitábamos ese tiempo separados, Daemon. Necesitábamos encontrarnos a nosotros mismos para poder *elegirnos* el uno al otro.

Lentamente, su cabeza volvió a descansar contra su abdomen y Emeriel continuó acariciando su cabello.

El dolor que se había aferrado a su corazón durante años comenzó a disminuir, reemplazado por una sensación de liberación que no sabía que necesitaba.

Al consolarlo, ella también se encontró consolada.

La culpa y los remordimientos que había cargado durante tanto tiempo (la autorrecriminación y los "¿y si...?") comenzaron a disolverse como humo en el viento.

Emeriel se sintió mucho más ligera. Más libre. El peso que llevaba se alivió.

El tiempo pasó desapercibido. Perdió la noción de cuánto tiempo permanecieron así.

A su alrededor, la noche avanzaba. Las estrellas, la luna y el viento fueron testigos de este momento vulnerable. Este instante desgarrador en el que ella, de pie, vio cómo su hombre *se desmoronaba ante ella, pieza a pieza, lenta y agonizantemente.*

Aún así, ella no se movió.

Ni siquiera cuando le empezaron a doler las piernas por estar de pie tanto tiempo y la cintura por la fuerza de su agarre. Emeriel no movió ni un músculo porque la necesitaba.

Por fin, se movió y su agarre se aflojó mientras se apartaba.

"¿Te sientes mejor?" preguntó con ternura.

—Muchísimo —respondió con dulzura en la mirada, con un dejo de gratitud brillando a través del dolor—. Emeriel, eres un tesoro excepcional. Gracias por estar aquí.

—Nunca tienes que agradecerme. No por eso.

Daemonikai se irguió por completo, estirándose, y luego la abrazó de nuevo. Sus labios le dieron un beso suave y reverente en la frente.

Ella cerró los ojos, disfrutando de su calidez.

—Ha sido una noche larga —murmuró con cansancio.

"Lo ha hecho."

"¿Qué te parece si nos vamos de aquí? Salgamos de la fortaleza un rato, solos los dos", sugirió.

Sus cejas se alzaron ligeramente sorprendida, pero la idea le atrajo al instante. "Suena divino. Pero... tus deberes..."

Pueden esperar. Vladya puede encargarse de todo un par de días. Ahora mismo, necesitamos esto. Solos tú y yo, dejando atrás el resto del mundo.

La sencillez de sus palabras, la honestidad de su mirada. Algo profundo la conmovió. Asintió, con el corazón henchido de anticipación.

Daemonikai le dio la espalda. "Sube."

Ella parpadeó, momentáneamente confundida, pero luego comprendió.

Con una sonrisa tímida, colocó sus manos sobre sus anchos hombros y saltó sobre su espalda.

"Agárrate fuerte."

Chapter Thirty-Five

# EN LOS BRAZOS DEL GRAN REY



FUE UN LARGO VIAJE más allá de la fortaleza hacia el bosque.

Durante horas, el Gran Rey Daemonikai corrió velozmente entre los altos árboles, mientras Emeriel se aferraba a él con fuerza, con las manos aferradas a sus hombros. El viento los azotaba, silbando a su alrededor.

El viaje fue al mismo tiempo estimulante y relajante.

Cuando finalmente llegaron a una pequeña cabaña ubicada más allá de las montañas, redujo la velocidad.

La estructura apareció a la vista, elegante, rodeada por una cerca de estacas entrelazada con enredaderas floridas. La cabaña parecía apacible.

Daemonikai la depositó con cuidado frente a la puerta, tomándola de la mano mientras la conducía al interior. El interior, prístino pero acogedor, conservaba un tenue aroma a lavanda en el aire.

Se movieron a través del espacio en un silencio agradable.

Mientras Daemon llenaba la bañera con agua humeante, Emeriel entró al dormitorio, recorriendo con los dedos la madera pulida de los muebles.

Abrió el armario y descubrió una variedad de ropa: filas de trajes masculinos a medida junto con un surtido de ropa femenina.

Las prendas de las mujeres le llamaron la atención. Cada pieza, de hermosa confección, desde elaborados vestidos ceremoniales hasta suaves y delicados camisones.

*¿Son sus difuntos compañeros de vínculo?*

"No son de Evie".

Ella se giró, sobresaltada al encontrarlo apoyado casualmente contra la puerta, con los brazos cruzados.

Hice que los sirvientes te prepararan el armario después de despertarme. Siempre quise que viniéramos aquí.

—No tienes que explicarme —dijo ella, rozando la tela de un vestido con los dedos—. Pero gracias.

Él asintió una vez. "Ven, el baño está listo".

***

Minutos después, estaban en la bañera, bañándose en silencio. El calor del agua aliviaba el cansancio de sus cuerpos.

Siguiendo sus indicaciones, Emeriel se giró, dándole la espalda mientras él pasaba la toallita suavemente por su piel. Al terminar, le ofreció su ancha espalda.

Ella imitó sus movimientos anteriores, recorriendo la tela con la mano sobre la extensión de sus hombros; los músculos bajo su toque eran fuertes.

Después, se vistieron para dormir y se acostaron en la cama, uno frente al otro. Se miraron fijamente durante un largo rato.

Daemonikai extendió la mano, tomó la de ella y se la llevó a los labios. Le dio un suave beso.

"¿Cómo te sientes?" preguntó Emeriel en voz baja.

—Mejor. Agotado, pero mejor. —Su mirada se posó en la de ella—. ¿Cómo te sientes? Todo esto no debe haber sido fácil para ti. No puedo ni imaginarlo...

"Ese día en el bosque, me dijiste que tuviste que perder lo mejor de ti para salir de tu tumba." Bajó la mirada hacia sus manos unidas. "No me di cuenta de que querías decir eso. Con razón no pudiste perdonarme. Con razón no pudiste encontrar en tu interior la fuerza para darnos una segunda oportunidad. Si hubiera sabido lo que

sufriste…” Negó con la cabeza. “Nunca te habría molestado tanto. Nunca habría intentado forzarlo.”

—Entonces me alegra que no lo supieras —dijo Emeriel con frialdad—. La verdad es que nunca quise que lo supieras. Sabía lo que te haría, así que se convirtió en una carga que estaba dispuesto a llevar solo a la tumba.

Es demasiado para que alguien lo soporte solo. Agradezco saberlo ahora. Aunque me rompa el corazón, no lo cambiaría por nada. Ahora puedo compartir esta carga contigo.

Emeriel no dijo que le alegraba que él lo supiera, no del todo. Pero no podía negar el alivio que sentía. Compartirlo con él era liberador.

Habían pasado muchas cosas esta noche.

Finalmente había enfrentado la pérdida de la que siempre había huido. Durante mucho tiempo, creyó que hablar de ella reabriría heridas demasiado profundas para sanar, por eso la refugió en lo más profundo de sí misma, en la oscuridad.

Pero se había equivocado. Hablar de ello le había traído alivio.

—Ya vendrá otro. —Emeriel envolvió su otra mano alrededor de sus dedos ya entrelazados, apretándolos suavemente—. Tendremos un hijo en el futuro.

«Ojalá funcionara así», dijo con nostalgia, con un suave dolor en la voz. «Este sí que fue un milagro».

«Ten un poco de fe, amado». Mientras lo tranquilizaba, también se tranquilizaba a sí misma, aferrándose a la esperanza. *Tendríamos otro... ¿verdad?*

"¿Cuándo es tu próximo celo?"

“No lo sé”, confesó.

“¿No llevas la cuenta?” No había juicio en su tono, solo curiosidad envuelta en un hilo de preocupación.

Emeriel negó con la cabeza. «Una sanadora me dijo una vez que era errático».

Frunció el ceño. "Aun así, deberías haber notado algún patrón a lo largo del tiempo. ¿No hay ningún plazo predecible?"

Sus ojos se posaron en sus manos entrelazadas y no respondió.

—Riel, hay algo que no me estás contando. —La voz de Daemonikai era tranquila—. Basta de secretos. Te lo pregunto

porque no quiero que sufras en tu próximo celo. Necesito asegurarme de estar aquí cuando suceda.

Emeriel se humedeció los labios con nerviosismo. «Llevo años tomando supresores. Supresores del calor».

De repente, el crepitante sonido de la chimenea detrás de ellos comenzó a sonar demasiado fuerte.

"Emeriel…"

"Fue lo primero que hice al salir de Urai", dijo en una confesión discreta. "Estaba furiosa contigo, con el corazón roto… pero incluso con el paso de los años, nunca me arrepentí de tomar los supresores. Me aterrorizaban, sí. Algunos días, los efectos secundarios me llenaban de pánico. Pero nunca me arrepentí. ¿Sabes por qué?"

Él permaneció en silencio, pero Emeriel pudo ver en sus ojos que ya lo sabía.

Porque no quería el contacto de otro hombre. No podía soportarlo, ni siquiera fuera del calor. Cuando intenté seguir adelante, permití que me buscaran. Me cortejaron, pero incluso un beso en el dorso de la mano me exigía todo lo que podía soportar.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. «Me has arruinado para otros hombres, Su Gracia».

—Lo siento —dijo con seriedad, pero no había ni la más remota disculpa en su expresión—. La verdad es que no. ¿Sabes qué? No creo que lo esté.

Una risita burbujeó en el pecho de Emeriel. "Lo sé. No pareces arrepentido en absoluto. De hecho, pareces... casi feliz".

—No hay casi nada. —Los labios de Daemonikai se curvaron en una sonrisa posesiva, deslizando su mano libre hasta su cintura—. Eres mi mujer, y me alegro de que ninguno de esos idiotas humanos te haya puesto la mano encima. Ahora podrán conservar sus vidas.

"Suenas como un cavernícola", lo amonestó, aunque sus palabras carecían de contundencia mientras una oleada de amor se extendía por su pecho.

—Mi especie es cavernícola —dijo con orgullo—. Somos menos evolucionados que los humanos.

Pero a medida que la alegría se desvanecía de su rostro, la preocupación la reemplazaba. «Lo que hiciste fue peligroso, Riel. Arriesgaste tu vida».

Emeriel asintió levemente, reconociendo la verdad en sus palabras.

Me ha molestado durante años, ¿sabes? Tus celos y cómo los pasaste. Siempre quise preguntar, pero no tenía derecho. Así que intenté reprimir esa parte de mí. La parte primitiva que te quiere solo para mí. Pero la parte racional... Esperaba con todas mis fuerzas que tus celos se hubieran vuelto más fáciles.

Daemonikai la acarició, moviendo la mano rítmicamente desde su cadera hasta su hombro. «Esperaba que ya no te hicieran daño como antes. Que encontraras a alguien amable que te cuidara. Alguien que priorizara tus necesidades y se asegurara de que nunca sufrieras».

Saber que él se preocupaba por ella de esa manera, tocó una fibra sensible en ella.

Pero después de haber bloqueado la calefacción durante años, tu próxima minicalefacción podría ser incluso peor que una completa. Incluso podría ser…

"¿Peligro de muerte?"

«No dejaré que te pase nada», prometió. «Estaré aquí y te cuidaré bien».

—Me da miedo, ¿sabes? —admitió, bajando la mirada con el miedo reflejado en sus ojos—. Sobre todo ahora que he dejado de tomar las pastillas. Las olvidé en Navia y no he intentado conseguir otras. Y con lo que hicimos anoche... llegará en cualquier momento.

"Y estaremos listos para ello." Girándola, la abrazó con fuerza por detrás. "No será como la última vez."

Ella suspiró profundamente. Su cuerpo se fundió con el de él, con los ojos cerrados.

—¿Cómo está tu amigo Herodis? —Sus labios rozaron su mejilla como una suave brisa—. ¿Lo has visto desde tu regreso?

Con todo lo que está pasando, no he tenido la oportunidad. —Hubo una pequeña pausa—. Me preocupa. ¿Está bien? ¿Qué está haciendo últimamente?

“Tal vez deberías tomarte un tiempo para ir a verlo”.

Ladeó la cabeza ligeramente, intentando vislumbrar su expresión, pero desistió al darse cuenta de que eso significaría abandonar el capullo de sus brazos. "Me sorprende que digas eso. Sé que no..."

Eso ya es cosa del pasado. Era un amigo de verdad. Un buen amigo que te apoyó en los momentos difíciles. Es un amigo que vale la pena tener.

—Sí —coincidió ella, con un deje de agotamiento en su voz—. ¿Sabes? Cuando los lores se arriesgaron hoy por mí en la corte, pensé en él. Siempre me decía que todo saldría bien. Que debía tener un poco de fe.

Me alegra que tengas un amigo así. Las amistades auténticas trascienden el tiempo.

“¿Como tú y el Señor Vladya?”

Sintió su cabeza asentir contra la suya. El sueño empezó a acosarla, la calidez de su presencia la envolvió como una manta.

Ella se estaba quedando dormida cuando sintió que sus manos temblaban.

Al principio fue sutil. Un leve temblor se hizo inconfundible mientras intentaba calmarlos, apretando los nudillos hasta formar un puño.

—Ya lo he notado varias veces —murmuró somnolienta—. Los temblores.

—No es nada. Duérmete, cariño.

“¿Es el veneno?”

Él no respondió.

—Se acabaron los secretos, ¿recuerdas? —bostezó—. Cuéntamelo.

Exhaló. "No he estado comiendo".

Sus ojos se abrieron de golpe. "¿Alimentación de sangre?"

—Mmm... —Su respuesta fue apenas audible—. Con todo lo que ha pasado últimamente, necesito alimentarme más para sanar más rápido, para sanar del todo. Pero...

Se incorporó, se desenredó de sus brazos y se giró para mirarlo. "¿Cuánto tiempo ha pasado?"

—Una semana, quizá dos. —Luego, en voz baja, añadió—: Quizá tres.

Emeriel abrió mucho los ojos hasta la línea del cabello. "¿Te has estado matando de hambre? ¿Por qué? Deberías saberlo."

—Sí, la verdad. —Suspiró de nuevo, con los hombros tensos—. Al principio, no sentí la necesidad. Cuanto más mayor se hace, más tiempo puede pasar sin necesitar alimentarse de sangre regularmente. Yo puedo aguantar bastante tiempo sin hacerlo. Pero entonces apareció la flecha.

Apretó la mandíbula y frunció el ceño. «Descubrir que fue mi anfitrión de sangre quien hizo eso...»

—Sí, bueno, la señora siempre me ha odiado, así que no me sorprende —dijo Emeriel con un bufido—. Pero eso no es motivo para que sufras. Debería ser ella quien sufra, no tú.

Su ceño se disipó y sonrió con suficiencia. "Ella también lo es".

Emeriel ladeó la cabeza, ofreciéndole el cuello. «Bebe de mí, mi rey».

Los ojos de Daemonikai se quedaron fijos en la curva de su cuello. «Darnos de alta nos va a excitar». Su voz se notaba contención. «Y por mucho que me gustaría volver a estar dentro de ti... ayer fue tu primera vez, y estaba insaciable. Necesitas descansar».

Verdadero.

Incluso con el baño caliente y las hierbas calmantes, el cuerpo de Emeriel aún no se recuperaba de su pasión. Todavía estaba dolorida. Pero aun así...

—Tienes hambre. No me importa —insistió.

Sus manos la apretaron por la cintura, acercándola más. «Estoy bien, Riel. Aún no es tan grave», murmuró, rozando su sien con los labios. «Además, alimentarme de sangre solo despertará aún más mi apetito, haciéndome sentir más hambre de tu sangre y de tu cuerpo».

—Si quieres... —se aclaró la garganta, susurrando—. Te dejaría.

—No, primero necesitas recuperarte. Ya me has dado suficiente. —Dicho esto, la acompañó hasta apoyar la cabeza en su pecho—. Ahora, duerme un poco. Hablaremos de esto mañana.

Sus párpados se hicieron más pesados y ella asintió contra él.

—Maldita sea, ahora estoy pensando en estar dentro de ti otra vez —gruñó.

Los labios de Emeriel se curvaron en una pequeña sonrisa y su cuerpo se relajó aún más contra el de él mientras el sueño la reclamaba.

***

La señora Sinaí se inclinó y su cuerpo se convulsionó violentamente mientras vomitaba.

El sabor cobrizo de la sangre inundó su boca antes de derramarse en un chorro, salpicando el frío suelo de piedra.

—¡Traigan los cubos! Está vomitando otra vez —gritó un soldado desde su puesto junto a la puerta.

Se oyó el ruido de pasos apresurados y luego el crujido de unas puertas metálicas abriéndose y cerrándose de golpe.

Sinai apenas percibió la conmoción, meciéndose incómodamente. Tan concentrada en el dolor. La sensación de que sus entrañas se desgarraban.

Sus manos se agarraron a su abdomen mientras vomitaba otra vez, tan violentamente que no quedó nada para expulsar.

Entonces, se desplomó hacia adelante. Su visión se nubló y su respiración se volvió ruidosa.

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Horas? ¿ *Días?*

Sinaí ya no tenía noción del tiempo. Su tortura se prolongó *sin fin* .

Débilmente, se alejó arrastrándose del charco carmesí que había creado, sus dedos manchando la sangre resbaladiza sobre la piedra mientras se arrastraba hasta una esquina.

Se desplomó contra la pared, levantó las piernas y las envolvió con los brazos en un débil intento de protegerse del frío.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas y su estómago se revolvió violentamente.

Sentía la piel tirante. Estirada hasta el punto de romperse. Como si su cuerpo fuera a estallar desde dentro.

Cada nervio gritaba en protesta y sus músculos le dolían muchísimo.

*Todo porque su amo no se había alimentado de ella durante semanas* .

Pickspin para drenar el exceso de sangre de forma segura, estaría bien .

Pero a Sinaí le habían negado el acceso.

*Mi Daemon estaba siendo tan cruel. Tan monstruoso al castigarme de esta manera.*

"¿Cómo pudiste hacerme esto?", gritó en voz baja mientras más lágrimas corrían por su rostro.

Los sucios humanos que limpiaban el desastre que ella había causado la estaban observando.

Ella los miró fijamente, con el asco y la rabia acumulándose en su pecho.

*Quiero matarlos a todos.*

Las uñas de Sinaí se clavaron en sus muslos. *Estos humanos inmundos e indignos... ¿Por qué debo sufrir así por culpa de uno de ellos?*

La presión en su interior volvió a aumentar. Sus venas latían como si fueran a estallar.

—No, no, no. —Sinaí se tapó los oídos con las manos, meciéndose con más fuerza—. No es real. Todo está en tu cabeza, Sinaí. Tu piel no se estira. Tus vasos sanguíneos no se hinchan. Todo está en tu cabeza, no es real. ¡ *No es real* !

No sirvió de nada.

La náusea burbujeó. Imparable como la tormenta abrasadora.

Con un profundo gemido de pura desesperación, Sinaí se dobló de nuevo.

La sangre brotó de su boca en un violento chorro, salpicando el suelo y las paredes, pintando la celda de su sufrimiento.

Su cuerpo se estremeció una y otra vez, sus gritos amortiguados por el sonido de sus vómitos.

Oh, Diosa, ¡sufrió muchísimo! ¡Demasiado…!

Con la visión perdida, se desmayó.

Chapter Thirty-Six

# LEJOS Y JUNTOS



—¡NO! ¡PASA POR ATRÁS! ¡Sálvate! —La orden tajante resonó en el tenue silencio de la habitación, seguida de jadeos agudos y forzados —. ¡Protege a tu madre!

Los ojos de Emeriel se abrieron de golpe ante la tenue luz del amanecer que se filtraba a través de las cortinas abiertas.

Ella se giró, con el corazón encogido al ver a Daemonikai revolviéndose a su lado, con el pecho agitado y los puños apretados contra las sábanas.

—Son demasiados. Yo... —Su voz se quebró, desgarrada por el pánico—. Son demasiados.

"Daemon…" Su mano flotaba a centímetros de su hombro.

El recuerdo de la última vez que él despertó de una pesadilla a su lado brilló vívidamente en su mente. Un momento que casi le costó la vida.

—Myka, ¿dónde está Alvin? —su voz se alzó de nuevo, desesperada—. ¿Dónde está tu hermano?

Se le obstruyó la garganta y las lágrimas le picaron en los ojos. *Estaba atrapado allí otra vez.*

Reviviendo el terror de un padre que no pudo salvar a sus hijos. No era real, pero el horror en su voz era evidente, atravesándola como una espada.

*Al diablo con esto.*

"Despierta", susurró, y luego más fuerte, "¡Daemon, despierta!"

Sus manos se cerraron sobre sus anchos hombros, sacudiéndolo. "No vuelvas a pasar por eso, estoy aquí".

—¿Cómo pudiste contarles a los humanos sobre nosotros, Alvin? Por muy borracho que estuvieras, no debiste... —su jadeo se hizo más fuerte, frenético.

Emeriel se subió a medias sobre él, abrazándolo temblorosamente. "Vuelve conmigo, por favor".

Sus ojos se abrieron de golpe y su pecho subió y bajó rápidamente contra el de ella.

—Estás bien —lo tranquilizó, intentando convencerlo—. Es solo una pesadilla. Estás a salvo.

"¿Emeriel?" Su voz sonaba desorientada, sus ojos recorriendo todo su rostro.

—Sí, soy yo. —Se acomodó para ver mejor su rostro, mientras sus manos apartaban el cabello húmedo de su frente empapada de sudor.

Parecía un hombre que había logrado salir del infierno a duras penas.

¿Sigues teniendo estos sueños con frecuencia? ¿O es por... lo que pasó? *Perder a nuestro hijo.*

—De vez en cuando —dijo con voz ronca—. Pero… no puedo pensar en esto ahora. Prefiero no pensar en esto. —Había una mirada salvaje y desesperada en su rostro—. Necesito olvidar. Ayúdame a olvidar.

"¿Qué necesitas?"

—Te necesito. Necesito estar dentro de ti. —Debió de comprender lo que pedía, porque el horror se unió a la desesperación—. Joder, me disculpo. No debería pedirte esto. ¿Qué estoy haciendo? Yo...

—Oye, no pasa nada, cariño. —Lo atrajo hacia sí y se giró boca arriba, separando los muslos. Levantándose el dobladillo del camisón, se desnudó para él—. Aquí…

—No, no puedo usarte así. No es justo para ti. Yo... —Tragó saliva con dificultad, luchando consigo mismo.

—Quiero que lo hagas. Soy tu mujer, mi Gran Rey. Déjame cuidarte —lo persuadió, animándolo a avanzar—. Úsame si te ayuda a aliviar el dolor.

El conflicto se reflejaba en sus ojos. «No quiero hacerte daño...»

Te ofrezco voluntariamente porque lo deseo. Por favor, no me hagas rogar. Quiero sentirte dentro de mí otra vez.

"Emeriel…" La gratitud y el alivio suavizaron su mirada atormentada.

Con una fuerte exhalación, se movió entre sus piernas, sus manos temblaban mientras se quitaba rápidamente los pantalones.

Su excitación presionó su feminidad, pero no entró.

Agarrando el escote de su prenda, rasgándolo de un tirón, expuso las suaves curvas de su pecho. Inclinando la cabeza, su boca se cerró sobre su pezón, succionándolo con avidez.

Emeriel se mordió el labio, conteniendo la respiración. Sus pechos aún estaban sensibles.

Aun así, ella acunó su cabeza más cerca, sosteniéndolo contra ella.

—Sí, te amo muchísimo. Mi poderoso, poderoso hombre. —Los murmullos brotaron naturalmente de sus labios, mientras una calidez la invadía—. Mi amado.

Él gruñó bajo en su garganta, su boca tirando con fuerza de su pezón mientras su mano amasaba y presionaba el otro pecho.

Él succionó con el entusiasmo de un hombre hambriento, haciéndola sentir cada tirón, cada succión fuerte. Enviando intensas pulsaciones de placer directamente a su centro.

El deseo de Emeriel se agitó, aumentando con cada toque... con cada tirón de su boca.

Empezaba a sospechar que su querida tenía una predilección particular por los pechos.

Había algo profundamente erótico en verlo así. Aferrado a ella, perdido en su hambre, mientras Emeriel lo abrazaba.

Con los ojos cerrados, sus mejillas se hundían con cada succión y ella no podía evitar el suave gemido que se escapaba de sus labios mientras intentaba no retorcerse.

Sin desviar su atención ni soltarla, Daemonikai se movió, levantando su pierna sobre su cadera. Entonces, con un movimiento

fluido, la penetró.

Emeriel se mordió el labio con fuerza, tratando de sofocar el agudo grito que subía a su garganta por la incomodidad.

—Eso es —lo animó—. Eso es, mi querido rey.

Sus caderas comenzaron a moverse, lenta y profundamente, su gruesa longitud estirándola.

Largos y bajos gemidos de placer retumbaron en su garganta mientras se inclinaba en una posición que parecía incómoda, negándose a dejarla ir o perder el contacto.

Emeriel ahuecó su pecho y se lo ofreció mientras pequeños gritos escapaban de ella.

Su succión incesante en su pezón, combinada con el ritmo constante de sus embestidas, creó una dulce agonía que la dejó sin aliento. La sensación de placer y dolor era casi insoportable.

No esperaba alcanzar su punto máximo, pero la liberación la invadió de repente, sin previo aviso ni preparación. La recorrió en suaves olas.

Entregándose a él, dejó escapar un gemido largo y prolongado, pequeños temblores recorrieron su cuerpo.

Mientras aguantaba, Daemonikai mantuvo las mismas caricias, la misma atracción sobre su pecho hipersensible. Las réplicas se volvieron más intensas, su cuerpo protestando por la sobreestimulación.

Emeriel gimió, sus dedos de los pies se curvaron, sin estar segura de cuánto tiempo más podría soportarlo.

Afortunadamente, su ritmo comenzó a acelerarse y perdió la coordinación, una señal reveladora de su inminente liberación.

Los murmullos sordos de su pecho se convirtieron en gemidos guturales, y finalmente, su boca liberó su pezón maltratado. Sus labios se separaron ligeramente en un éxtasis silencioso al alcanzar el clímax.

Sacudiendo su interior, empujó con más fuerza, como si intentara penetrar en las partes más profundas de ella.

Su semen desencadenó sensaciones como mini-orgasmos, y sus gritos llenaron la habitación oscura mientras se aferraba a él.

Finalmente, sus embestidas se hicieron más lentas, sus manos recorrieron su cuerpo, ahuecando su trasero, acariciando su espalda, tocando todo lo que podía alcanzar.

Cuando las últimas olas disminuyeron, Emeriel abrió los ojos.

Los ojos de Daemonikai seguían cerrados; sus movimientos eran lentos. Estaba volviéndose a dormir.

"¿Estás bien?" preguntó suavemente, rozando sus dedos contra su cabello húmedo.

Él murmuró algo que ella no pudo entender, antes de encontrar ciegamente su otro pezón y fijar su ansiosa boca sobre él.

Su garganta se movió mientras comenzaba a succionar, incluso cuando el sueño lo reclamaba por completo.

Y él no se retiró, permaneciendo enterrado profundamente dentro de ella.

Una tierna sonrisa adornó los labios de Emeriel. Suspirando suavemente, pasó los dedos por su cabello mientras sus ojos también se cerraban, un sueño apacible la arrastró.

***

El Gran Rey Daemonikai se despertó sintiéndose sorprendentemente bien descansado.

Sus ojos se acostumbraron a la luminosidad de la habitación, a la luz del sol que entraba a raudales por la ventana abierta. *¿Cuánto tiempo habían dormido?*

Se movió levemente y se encontró cara a cara con el suave y cremoso pecho de Emeriel.

Su oscuro y sonrojado pezón, tentador, lo señalaba directamente, y se le hizo agua la boca al verlo. Su pene se retorció dentro de ella, atrayendo su atención hacia la íntima unión de sus cuerpos.

Los recuerdos de sus pesadillas… y el febril acto amoroso que siguió, inundaron su mente.

Apretando los dientes, Daemonikai hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no volver a tomarla.

Se apartó de su calor apretado y cálido, aunque se aferraba a él, intentando atraerlo de nuevo hacia sí, y la sensación casi lo deshizo.

Pero persistió, liberándose finalmente.

Él levantó su túnica rasgada, cubriendo su suculento pecho para protegerlo de sus ojos errantes.

Luego simplemente la observó dormir.

Durante largos y tranquilos minutos, Daemonikai bebió la suave curva de sus labios, la pequeña peca que adornaba su nariz y el constante subir y bajar de su pecho.

—Sabes, pensé que siempre tendría que lidiar con todo solo — murmuró al silencio de la habitación—. Y para alguien que no ha estado realmente solo en siglos, era una idea aterradora. Pero entonces llegaste tú. Quizás Ukrae no me odia tanto como a veces creo.

Suspiró, y un deseo repentino lo invadió. *Si tan solo tuviera talento artístico...* Daemonikai la dibujaría así.

Su expresión serena. Su cabello se extendía a su alrededor como un halo. Belleza como *magia* .

—Nunca en mi vida esperé una sorpresa como la tuya. —Se inclinó y le dio un tierno beso en la nariz—. Gracias por anoche... y por esta mañana.

En silencio, se levantó y cruzó la habitación para llenar una palangana con agua, cogiendo una toallita.

Regresando a la cama, se arrodilló a su lado y suavemente separó sus muslos, exponiendo sus lindas y dulces partes privadas a sus ojos una vez más.

Daemonikai comenzó a limpiarla, limpiando su fluido de la parte interna de sus muslos. Cuando la tela rozó directamente su tierno centro, ella hizo una mueca, pero no despertó.

La culpa lo invadió. Probablemente le dolía todo el cuerpo, porque él estaba siendo insaciable y egoísta.

Continuó limpiándola, ahora con más suavidad, tomándose mucho más tiempo del necesario para asegurarse de que estuviera bien cuidada sin perturbar su descanso.

Cuando terminó, le puso la manta encima, arropándola con cuidado y la dejó dormir tranquila.

Después de su propio baño, Daemonikai salió de caza. *Hora de tratarla como la verdadera princesa que es.*

Los senderos familiares lo recibieron con aire fresco y el susurro de las hojas mientras corría entre los árboles. Mantuvo la concentración, pues necesitaba regresar a la cabaña antes de que ella despertara.

No tardó mucho en localizar a su presa. La criatura percibió su presencia y huyó.

Daemonikai lo persiguió a toda velocidad, acortando la distancia sin esfuerzo. Con un movimiento fluido, atrapó al animal y le retorció el cuello, acabándolo al instante.

Cargando la presa sin vida sobre sus hombros, satisfecho con la muerte limpia, regresó a la cabaña.

***

Emeriel se despertó sobresaltada, su corazón se hundió cuando su mano encontró el espacio vacío a su lado. Las sábanas estaban frías.

Mirando hacia el gran reloj de pared, hizo una mueca. Había dormido todo el día; ya era de noche.

Su estómago rugió con fuerza en la habitación silenciosa. *Cielos, me muero de hambre.*

Después de un baño rápido, se vistió con ropa limpia y se dirigió a la sala de estar.

Allí, tendido casualmente sobre los cojines, estaba el Rey Daemonikai.

Levantó una hoja de noticias doblada y sus ojos recorrieron la letra.

En el momento en que ella entró, él la bajó, fijando su mirada aguda en ella con facilidad.

—La diosa dormida despierta —dijo arrastrando las palabras.

El timbre bajo de su voz envió calor a sus mejillas y sus pasos vacilaron.

Intentó —sin éxito— no mirar fijamente los definidos músculos de sus brazos. La fina túnica interior que llevaba no lograba disimular sus poderosos bíceps.

—Su Gracia. —Emeriel hizo una reverencia, incapaz de mirarlo a los ojos.

Ahora que por fin se habían reconciliado, Emeriel se sentía extrañamente inseguro. *¿Qué se esperaba de mí ahora?*

Ella nunca había dejado que ningún hombre la cortejara adecuadamente antes, y mucho menos uno que despertara en ella fuertes emociones como él lo hacía.

"Ven aquí, joven princesa."

Ella dio un paso más cerca, deteniéndose a un paso de distancia, con las manos entrelazadas nerviosamente frente a ella.

—Así no se saluda a un hombre. —Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona—. Salúdame como es debido.

Su corazón dio un vuelco. *Él quiere... ¿qué? ¿Un abrazo?*

Ella lo miró fijamente. *Eso podría ser incómodo.*

Se aclaró la garganta, abrió los brazos tímidamente, inclinándose hacia delante para lo que esperaba que pasara como un abrazo aceptable.

Antes de que pudiera seguir adelante, su fuerte brazo la agarró por la cintura y la arrastró hacia adelante.

Ella jadeó al perder el equilibrio y caer sobre él. Sus brazos la rodearon posesivamente y ladeó la cabeza, reclamando sus labios con los suyos.

El beso fue ligero, suave e increíblemente cálido.

Su sorpresa inicial se transformó en un suspiro al relajarse contra él, sus manos encontrando su lugar en su pecho. Su corazón latía firme y fuerte bajo sus dedos.

Emeriel le devolvió el beso y su incertidumbre se desvaneció con el calor de su tacto.

*¿Entonces esto es lo que habría renunciado?* El pensamiento le cruzó la mente. *No me importaría despertar así todos los días.*

Cuando finalmente se apartó, la cabeza le daba vueltas y respiraba entrecortadamente. Parpadeó un par de veces, intentando disipar el mareo que le nublaba los sentidos.

—Eso —dijo con una sonrisa burlona—. Mi querida Riel, así es como recibes a tu *alma unida* .

*Cielos, ojalá siempre fuera así.* Emeriel rezó. *Por favor, llena nuestros días con más dicha como esta.*

***

Al regresar a sus aposentos de madrugada, el Gran Lord Zaiper olía a sexo y silbaba alegremente. Sus pasos denotaban una arrogancia inconfundible.

Su jefe de soldados lo observó con curiosidad, pero respetuosamente mantuvo la boca cerrada.

Zaiper lo notó y sonrió al entrar en su habitación. "Adelante, puedes preguntar".

Razarr inclinó levemente la cabeza. «Parece inusualmente alegre esta mañana, Su Alteza. ¿Hay alguna ocasión especial?»

—Ah, sí que lo hay. —Zaiper echó un vistazo por encima del hombro y le guiñó un ojo—. Estoy preparando algo realmente especial para dos personas muy importantes de este reino. Ya verás.

La curiosidad de Razarr aumentó, aunque su tono permaneció mesurado. "¿Eso significa que tu plan especial es infalible?"

"Absolutamente." Los ojos de Zaiper brillaron de pura emoción. "Solo pensarlo me acelera el corazón. Después de tantos fracasos, estás a punto de presenciar una victoria como nunca antes has visto. Espéralo, Razarr." Empezó a desvestirse, silbando una alegre melodía. *"Va a ser espectacular."*

Chapter Thirty-Seven

# LA RED DE LA PERDICIÓN



LOS TRES DÍAS SIGUIENTES fueron los mejores de la vida de Emeriel. Ella y el rey Daemonikai pasaron casi cada momento juntos, y ella atesoraba cada uno.

Hablaron de todo: de su tiempo en el mundo humano, de su entrenamiento físico, de sus aficiones y de sus recuerdos de infancia. A su vez, él se sinceró sobre su propia juventud, incluso compartiendo detalles de su difunta familia.

Emeriel tarareaba suavemente mientras guardaba los platos. Una alegría cálida y vibrante bullía en su interior. Incluso los temas que podrían haber sido incómodos o dolorosos se abordaron, aunque solo fuera superficialmente, sin tensión ni evasión.

Ella estaba verdadera y profundamente feliz por el increíble progreso que habían logrado juntos.

Dejando a un lado la corte, su pasado y su dolor, habían pasado estos días simplemente estando juntos. La paz, la tranquilidad y la sencillez del entorno eran un cambio agradable. Esta cabaña, enclavada en una de las aldeas de las afueras de Urai, se había convertido en un santuario para ellos, y a ella le encantaba.

Anoche, Daemonikai la llevó a dar un paseo por los sinuosos senderos de la aldea. Los lugareños recibieron a su gran rey con entusiasmo y amabilidad, mostrándole la misma calidez.

Cuando regresaron a casa, Daemonikai la sentó en su regazo junto a la chimenea crepitante, donde hablaron y se abrazaron hasta altas horas de la noche.

A ella le encantaba tener toda su atención, verlo sonreír, verlo tan a gusto.

Pero una ligera preocupación la inquietaba.

El rey Daemonikai no la había tocado íntimamente en días.

No era que no le demostrara cariño. De hecho, a veces la abrazaba demasiado, como si fuera lo más preciado del mundo. Sus manos siempre eran ávidas al acariciarla mientras se acurrucaban.

Y de vez en cuando, cuando ella pasaba junto a él, le ahuecaba el trasero o le tocaba los pechos de forma tan inesperada que la hacía estremecerse. Pero ahí terminaba todo.

A pesar de las noches en las que su hombría la pinchaba durante las horas oscuras, o las mañanas en las que se despertaba con una clara excitación, no había intentado tomar su cuerpo de nuevo.

Ella intentó no dejar que eso la molestara, pero lo hizo.

Emeriel lo extrañaba de esa manera. Quería sentirlo de nuevo. No podía creer cuántas veces pensaba en ello.

Le preocupaba cuánto ansiaba abrirse de piernas para él... dejarlo entrar de nuevo en su cuerpo. Un *ansia tan poco femenina.*

Emeriel nunca se imaginó así.

Tan solo tres años antes, la idea de la intimidad sexual la llenaba de pavor. El corazón se le salía del pecho y se le escapaba cada vez que tenía que salvar a su hermana de otro aristócrata.

Lo que compartía con su Amado no se parecía en nada al acto repugnante y degradante que esos ministros le habían impuesto a su hermana, Emeriel lo sabía. Lo que tenían era diferente, especial y, *ay, tan hermoso.*

Pero aun así... no debería desearlo tanto. No debería pensarlo tanto, *como una prostituta en un burdel.*

Así que ella permaneció en silencio, reprimiendo sus deseos incluso cuando la dejaban en un estado constante de hambre del que no podía deshacerse.

Por suerte, sus pesadillas no habían regresado en días. Había momentos en que miraba a lo lejos con tristeza, pero cada vez que

la veía, la mirada se aclaraba y su postura se relajaba. Siempre completamente presente y atento. Como si nada más en el mundo importara excepto ella.

Emeriel lo disfrutaba. Disfrutaba de la sensación de ser el centro de su universo. Casi deseaba que pudieran quedarse allí para siempre, sin el contacto del mundo exterior.

Pero ella sabía que el indulto era temporal. El deber la llamaba.

Abandonaron este refugio en unos días.

***

Después de terminar en la cocina, Emeriel fue a buscarlo.

Su dormitorio estaba vacío, la cama intacta.

Al salir, la fresca brisa de la tarde rozó su piel mientras se dirigía al campo de tiro con arco, uno de sus lugares favoritos para pasar el tiempo, pero estaba en silencio, su amado no estaba a la vista.

Ella revisó el jardín y vio al jardinero cuidando las plantas.

El jardinero hizo una reverencia respetuosa. "Su Alteza,"

"¿Has visto a Su Majestad?" preguntó, apartándose el cabello de la cara mientras la brisa de la tarde jugaba con él.

—Sí, mi princesa. Se fue por aquí. —Señaló hacia atrás, hacia el bosque.

—Gracias. —Le hizo un leve gesto con la cabeza—. Puede volver a su trabajo.

Emeriel se giró hacia la densa arboleda. Las sombras se alargaban en la luz que se desvanecía, y el canto de los pájaros la saludó al pasar bajo el dosel. El viento se movía entre los árboles, agitando las hojas, haciendo que su larga cabellera ondeara sobre sus hombros y sus ropas ondearan como el agua.

"¿Mi Rey…?"

No hay respuesta.

Cuanto más se adentraba en el bosque, más diferente se sentía la atmósfera. Se le erizaron los pelos de los brazos y se detuvo.

*Algo la estaba observando.*

Pero no era miedo lo que sentía, era algo completamente distinto. *Conciencia.*

*Mi compañero.*

Él estaba aquí. Observándola. Cazándola.

Su respiración se aceleró, el corazón latía erráticamente en su pecho. No podía verlo, pero lo *sentía* .

Sentí la intensidad familiar de esa mirada como un roce físico. Ella era la presa, y él, el depredador.

¿Era por ser Syren o por su *vínculo espiritual* ? Un impulso repentino la invadió.

*Correr.*

Y entonces, ella salió corriendo.

Los pies de Emeriel apenas tocaban el suelo mientras corría por el bosque, con los árboles pasando rápidamente como un borrón.

El viento rugía en sus oídos, su cabello ondeando tras ella como un estandarte. Corría como si el mismísimo diablo la pisara.

Un gruñido profundo recorrió el aire y envió un escalofrío por su columna.

Miró a su alrededor, con la vista fija en los árboles, pero no distinguía de dónde venía. No se detuvo.

El recuerdo de la última vez que había corrido así afloró. Tres años atrás, cuando unos asesinos la persiguieron con la intención de acabar con su vida y ella los dejó atrás.

*¿Sabe mi Amado que soy muy bueno en esto?*

Sonriendo desafiante, se esforzó más, inclinándose contra el viento. Si su macho quería cazar, ella se lo daría.

Se sintió eufórica y la risa le brotaba a raudales mientras se movía con una velocidad y una gracia que le resultaban naturales.

*Ven, mi Gran Rey. Atrápame si puedes.*

***

—Tienes una visita —gritó la voz de un soldado, resonando en el pasillo.

Sinai se levantó del suelo de golpe, con el corazón acelerado. Se movió tan rápido que casi tropezó al correr hacia la barricada. "¿Quién es? ¿Quién...?"

El Gran Señor Zaiper apareció a la vista, caminando con su habitual aire de superioridad mientras se acercaba a su celda.

La emoción de verlo fue tan grande que Sinai se encontró saltando sobre sus pies.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sabía que vendrías a buscarme! —exclamó con voz aliviada—. ¿Por qué tardaste tanto? ¡Me he estado pudriendo aquí!

—¿Así es como saluda a su gobernante, Señora? —preguntó Zaiper arrastrando las palabras, con una sonrisa arrogante al detenerse frente a su celda. La recorrió con la mirada, observando su aspecto desaliñado—. Vaya, vaya, vaya. Debo decir que este lugar no le sienta bien.

—Déjese de bromas, mi señor, y sáqueme de aquí —gruñó con un tono de voz cargado de frustración—. Echo de menos mi cama, un buen baño. Este lugar apesta. Por favor, sáqueme de aquí.

Zaiper ladeó la cabeza. «Seguro que no puedes ser tan ingenuo, Sinai. Ambos sabemos que no puedo liberarte. Daemonikai es quien te castiga. Podría haber intervenido si se tratara de Ottai o Vladya, pero no del Gran Rey».

Sinai apretó los dientes y apretó los puños a los costados. Ya lo sabía, pero el recordatorio la hizo derramar veneno. «Ah, sí, lo olvidé. No tienes tanto poder. Daemonikai siempre será el líder supremo».

La sonrisa se desvaneció de la de Zapier, reemplazada por una furia gélida. "¿Cómo te atreves?"

Maldita sea. Tenía que andarse con cuidado. Este hombre era su única oportunidad de libertad. «Le pido disculpas, mi señor. No estaba pensando con claridad».

“Estoy tentado de ordenar a los guardias que te den treinta latigazos”.

—¡No, por favor! —Sinaí juntó las manos en un gesto de súplica—. Perdóname, te lo ruego. Llevo aquí semanas; mi cordura se está desvaneciendo. Por favor, el segundo gobernante más grande, debes hacer algo para sacarme de aquí.

Zaiper exhaló lentamente, con los labios curvados en una mueca de desprecio. «Te disculparé solo por esta vez por tu situación. Pero la próxima vez que me hables así...» Extendió la mano, agarrándola

del cuello con fuerza y estrellándola contra los fríos barrotes de metal. «...te mataré con mis propias manos».

Un dolor intenso le recorrió el cráneo y la visión se le nubló. Forzó una respuesta nerviosa y tensa. «Gracias, mi señor. Su benevolencia es asombrosa».

—Idiota. —La soltó con un movimiento de muñeca, como si tirara basura, sacudiéndose las manos dramáticamente.

—Por favor, ¿qué está pasando ahí fuera? ¿Se ha dicho algo de mí en el tribunal? —Sinaí respiró hondo y se tocó el cuello con cuidado mientras intentaba recobrar la compostura—. ¿Dónde está Daemonikai y por qué no ha venido?

—Ah, tu Daemon está lejos de Ravenshadow, disfrutando de una especie de éxtasis amoroso —dijo Zaiper, recuperando su sonrisa como si nunca la hubiera perdido—. Ya han pasado tres días, pero ¿quién lleva la cuenta?

"¿¡QUÉ!?" La invadieron unos celos intensos, revolviéndole las entrañas. "¡Antes que nada, ella NO es su mujer!"

—Me temo que sí —respondió Zaiper con suavidad, apenas disimulando su diversión—. Ah, se me olvidó mencionar que ya es oficial. Anunció su cortejo y la reclamó públicamente. Ahora es reconocida en todo Urai no solo como su mujer, sino como su compañera predestinada.

Sinaí esperaba la habitual oleada de ira y rabia. Y sí, allí estaban, ardiendo con furia.

Pero también había algo más.

Dolor.

Un dolor crudo, profundo e intenso. De esos que se hunden en los huesos.

Las lágrimas llenaron sus ojos, y Sinai ni siquiera intentó contenerlas. Corrieron por sus mejillas, calientes y descontroladas, como riachuelos que surcaban un campo árido.

—Sécate esas lágrimas. —Zaiper hizo un gesto de desdén con la mano—. Es vergonzoso ver tanta debilidad en ti, Sinai.

¿Por qué no te molesta? ¿No deberías sentirte tan miserable como yo? —Se aferró a los fríos barrotes de hierro de su celda con tanta fuerza que le temblaban las manos—. Cada vez que está con mi

Daemon, él se recupera más. La vida lo recobra. No es una persona común; fue hecha para él. *Su ... vínculo de almas.* —Sinaí escupió las palabras.

Eso significa que si se aparea con ella, su vínculo será mucho más fuerte que el que tenía con la Gran Reina Evielyn. Estará tan sano como un recién nacido, y tú, Gran Señor Zaiper, jamás lo derrocarás. Volverás al punto de partida y ese gran trono *jamás* será tuyo.

"Eso nunca pasará", afirmó Zaiper rotundamente. "Nunca se aparearán".

"¿Y eso por qué?"

"Estoy haciendo planes para asegurarlo."

—Planes, planes, planes. ¡Eso es todo lo que tenemos, planes! —Su voz destilaba amargura—. Y nunca envejecen bien. ¡Uno de tus 'planes sin sentido' es lo que me metió en este lío!

—No, lo que te trajo aquí fue tu incompetencia. Tú, más que nadie, deberías saber que nunca debes sangrar en la escena de un crimen —espetó Zaiper.

Sinai cerró los ojos con fuerza, contando hasta diez. Esa gota de sangre era algo de lo que se arrepentía hasta el día de hoy.

"¿Qué plan tienes?", preguntó en cambio. "¿Cuándo va a ser Emeriel solo una historia olvidada? Estoy harta de ella."

—No has aprendido nada, ¿verdad? —Zaiper negó con la cabeza, decepcionado—. Uno pensaría que, después de todo este tiempo encerrado, empezarías a pensar con el cerebro en lugar de dejarte llevar por las emociones.

Sinaí bajó la mirada, secándose furiosamente las lágrimas.

—Tsk —Zaiper chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. No te preocupes. Esta vez, estoy planeando algo grandioso, algo que los destruirá por completo.

La curiosidad de Sinai se despertó. "Dime."

"No lo haré", declaró Zaiper con calma. "Estás entre rejas, Sinai. Nadie sabe qué clase de tortura mental podría infligirte "tu Daemon" cuando finalmente te conceda su tiempo, ni los secretos que podrías estar tentada a revelar solo para obtener tu libertad y quedarte con sus favores". Su mirada penetrante la atravesó, evaluando su reacción.

Sinai se revolvió incómoda bajo su escrutinio. Eso sonaba… inquietantemente a algo que ella haría.

"Nunca revelaría nuestros secretos", dijo a la defensiva, con la voz un poco demasiado alta.

"Claro que no. Porque si lo hicieras, te asesinaría aquí mismo", dijo Zaiper con el mismo tono suave que se usa para hablar del clima. "Te envenenaría con el veneno más atroz jamás creado, uno que te garantizaría una muerte rápida pero increíblemente dolorosa".

Ella palideció. Un escalofrío le recorrió la espalda.

"Solo vine a decirte esto", continuó con una sonrisa fácil. "Sé que eres inteligente bajo toda esa rabia y enojo, así que usa tu cerebro con sabiduría, Sinai. Eres vulnerable aquí. No hay dónde escapar. No me des una razón para matarte".

—Esto es completamente innecesario —murmuró, evitando su mirada—. ¿Por qué iba a acusarte de algo tan absurdo sin pruebas contundentes? Podrías negarlo fácilmente y hacer que me condenaran a muerte. No soy estúpida.

"¿Ves? Listo." Zaiper retrocedió. "Ahora que lo hemos establecido, intenta ser paciente. Puede que estés sufriendo, pero consuélate con la certeza de que no recibirás ningún castigo real. Después de todo, no eres un simple *anfitrión* de sangre, eres *su* anfitrión de sangre."

Continuó: «Daemonikai es fuerte, con más autocontrol que la mayoría, pero nadie puede resistir la sangre de un anfitrión de sangre por mucho tiempo. Tarde o temprano, llegará a su límite. Aunque, con lo que tengo en mente, se arrepentiría de no haber bebido de ti antes».

Sus orejas se aguzaron con interés. "Por favor, cuéntame ese plan, tengo muchísima curiosidad".

"Digamos que Emeriel morirá en manos *de su Alma Vinculada* muy pronto", dijo Zaiper arrastrando las palabras, sonriendo. "Este plan es infalible. Nadie puede interferir en él".

Sinai no pudo resistirse a un codazo. "Bueno, excepto por el Oráculo."

El rostro de Zaiper palideció.

"¡Ni siquiera *bromees* con algo así!" se burló.

Sinaí se estremeció ante las implicaciones de su propia broma y bajó la cabeza. "Le pido disculpas, mi señor."

Al darse la vuelta para irse, miró por encima del hombro. «En cuanto a estar aquí, haz lo de siempre, preciosa Sinaí. Suplica, manipula, suplica. En cierto modo, conoces a ese hombre mejor que cualquiera de nosotros. Apela a sus sentidos más profundos y serás libre en un abrir y cerrar de ojos».

Ella lo miró fijamente y su ira seguía hirviendo incluso después de que él había desaparecido.

"Suplica, manipula, suplica", se burló en voz baja, con el rostro disgustado. "Tú no eres quien se pudre aquí, vomitando sangre a veces solo para sentirse normal". Dándose la vuelta, siseó. "Bastardo".

Chapter Thirty-Eight

# PRESAS DE CAZA



LA TENSIÓN EN EL cuerpo del Gran Rey Daemonikai era casi insoportable mientras lo perseguía. No, mientras *cazaba* ...

No era una simple persecución; no corrió a toda velocidad para terminar la persecución rápidamente. La acechó, manteniéndose lo suficientemente cerca para seguir cada uno de sus movimientos, pero lo suficientemente lejos para prolongar la deliciosa cacería.

Su compañera era ágil, y él se enorgullecía enormemente de ello. Su forma de moverse, su agilidad y velocidad hacían que la persecución *fuera emocionante* , alimentando al depredador que rugía en su interior.

La desventaja era que su pene estaba tan duro que probablemente podría partir un tronco con él.

Cuanto más la perseguía, más difícil le resultaba controlar sus instintos. Ese impulso primario que le gritaba que atrapara a su presa, la derribara y le arrancara la ropa. Que se enterrara en su cuerpo, que se *aferrara* a ella hasta que todas las criaturas del bosque oyeran sus gritos.

Apretando los dientes, Daemonikai luchó contra el impulso. No podía, no quería tocarla. Todavía no.

Fue una tortura. Una agonía absoluta. Pero él estaba decidido a ser el compañero que ella merecía, el tipo que la priorizaba a ella, no

a sus propios deseos carnales.

Lo que no había previsto era lo difícil que sería.

Para un hombre que se enorgullecía de su férreo control, fruto de más que la edad, Emeriel superó todos sus límites. No podía dejar de pensar en su cuerpo. El vaivén de sus caderas, la perfecta curva de su trasero, la seductora curva de sus pechos bajo la ropa... y la idea de ese dulce y adictivo paraíso que aguardaba entre sus muslos...

*Joder.* Resistirse a ella durante los últimos días casi lo había llevado al borde del abismo.

De repente, ella cambió de dirección, devolviéndolo al presente. La perdió de vista.

Pero sólo por un breve momento.

Ella estaba agachada detrás de un árbol, con los ojos escaneando todas las direcciones, buscándolo.

La suave luz del atardecer se filtraba entre los árboles, iluminándola mientras intentaba controlar su respiración. Él estaba cerca, pero ella no podía verlo.

Las habilidades que había dominado en batalla ahora le eran muy útiles, permitiéndole integrarse sin problemas.

ella debió haberlo *sentido* , porque se puso de pie bruscamente y salió corriendo otra vez.

Un gruñido de pura lujuria surgió en su pecho mientras avanzaba a una velocidad rápida y borrosa, su mano se disparó para agarrar su cintura, levantándola y arrojándola al suelo.

Ella gritó de sorpresa y empezó a forcejear. Pero él ya estaba encima de ella, sujetándola con su peso.

—Atrapado. —Su voz salió como un gruñido gutural, lleno de lujuria.

¡Caramba! Estaba más fuera de control de lo que creía. Su siguiente orden lo confirmó.

*"Entregar."*

Sus ojos se abrieron de par en par. «Tus ojos…»

"¿Qué ves?"

Amarillo. Pura bestia.

—Es la cacería —dijo con voz áspera—. Lucho por controlarme. Quédate quieto, Riel. —Su pecho subía y bajaba rápidamente, con todos los músculos tensos—. No te muevas. A estas alturas, no puedo controlar lo que haré a continuación.

Esperaba miedo. No… deseo.

Estaba en sus ojos, en la suave separación de sus labios, en la forma en que su cuerpo se arqueaba ligeramente debajo de él.

"¿Qué instinto tienes?" su voz tenía un ligero temblor.

—No querrás descubrirlo —le advirtió. Bajó la frente hacia la de ella y la presionó con más fuerza con su peso, dejándola sentir su gruesa erección. Su control se desvanecía rápidamente—. Joder, joder, joder. Quédate quieta.

"No."

Esa sola palabra fue un rayo que congeló cada músculo de su cuerpo.

Daemonikai echó la cabeza hacia atrás de golpe, su mirada se fijó en la de ella con incredulidad. "¿Qué acabas de decir?"

—No, no me someteré —suspiró—. Me niego a someterme.

"¿Qué estás haciendo?" Los músculos de Daemonikai se tensaron, temblando visiblemente mientras luchaba contra sí mismo.

Su bestia rugía en su interior, golpeándose el pecho, intentando forzar un cambio. i *Debe someterse a nosotros! ¡Es nuestra compañera!*

—No hagas esto, Emeriel —le advirtió—. Si te llevo así, será… brutal.

—Hazlo. —Su desafío ardía con la misma intensidad que el rubor en sus mejillas—. Demuéstrame que eres mi Alfa Urekai.

Su cuerpo vibró con más fuerza, el deseo y la restricción en pugna. Podía sentir a su bestia alzarse, clavándole las garras.

*No, aléjate de esto. No te necesitamos aquí.*

—Quizás Lord Herod sería un mejor alfa —se burló Emeriel—. Es lo suficientemente fuerte como para sujetarme y darme lo que yo...

El rugido que le partió la garganta fue animal, silenciando el bosque que los rodeaba... y todo se volvió borroso.

Apenas se dio cuenta de que la volteó y le arrancó la ropa. Ahora, yacía boca abajo, con él apretado contra ella, sujetándole las manos

por encima de la cabeza, con la cara pegada al suelo.

Apenas era consciente de abrirle los muslos con las rodillas, desatar sus pantalones con movimientos rápidos y bruscos y sumergirse en ella.

Ella gimió, arqueándose hacia él y moviéndose mientras trataba de adaptarse a él, pero él no le dio ninguna oportunidad.

La folló duro, sin restricciones, golpeándola contra el suelo.

Cada embestida alimentaba a su bestia, cada grito de sus labios alimentaba el placer que lo recorría.

—Síííií —gimió con un grito entrecortado—. ¡Dios mío, qué lleno, qué rico, qué grande...! ¡Más! —Un galimatías se le escapaba de los labios mientras su voz cambiaba con cada sonido: gemidos, gritos, jadeos desesperados. Se estremecía bajo él, aguantando cada embestida.

El sexo era todo lo que él le había advertido y más. Era salvaje y animal.

Había intentado *—maldita sea, había intentado—* contenerse, reducir la velocidad, pero su control estaba completamente *quemado* .

Necesitaba saber, sentirlo en los huesos y en el alma, que era suya. Hecha para él y solo para él *.*

*¡Y grabaré ese conocimiento en ella hasta que no quede ninguna duda!*

Ella lo apretó como un tornillo de banco, su grito desgarró la noche mientras llegaba al orgasmo.

Daemonikai maldijo en una tormenta de vulgaridades que nunca usaría en un día normal mientras sus embestidas vacilaban.

Su estrechez exprimió su liberación, estrangulándolo tan bien, arrastrándolo hacia una marea de sensaciones tan grande que pensó que podría perder la cabeza.

Sus manos sujetando sus muñecas se apretaron mientras él reanudaba el sexo dentro de ella nuevamente.

"¿A quién perteneces?" gruñó.

"¡Tú!", gritó.

—No. Puedo. Oír. Eso. —Sus embestidas eran puñetazos furiosos que se clavaban sin piedad en sus glándulas de sirena con cada

palabra—. ¿¡A. Quién. Perteneces!?

"¡Tuya!", aulló rindiéndose. "¡Soy tuya! ¡Soy tuya, oh dioses...!" Cada respiración era un siseo, alargando el ssss, mientras sus ojos se volvían hacia adentro.

Su rendición debería bastar, pero no lo fue. Ni para él, ni mucho menos para su bestia furiosa.

*¡Fuera! ¡Fuera!* Se estrelló contra su mente, queriendo control, queriendo montarla en su propia forma.

*No. NO voy a desatarme sobre ella en este estado.* Apretó los dientes con tanta fuerza que casi se le quebraron, canalizando su deseo salvaje en sus embestidas. La tomó con más fuerza, obligándose a concentrarse en sus gritos y en cómo su cuerpo lo recibía.

Su voz se elevó de nuevo en un crescendo de placer mientras se tensaba bajo él, otro pico creándose rápidamente.

Cuando llegó al clímax, su bestia aprovechó la oportunidad y el cambio comenzó antes de que pudiera detenerlo.

No fue hasta que sintió el estiramiento de sus manos —ahora una pata, garras alargándose— que se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Luchó contra ello, abriéndose paso a zarpazos, obligando a la bestia a caer antes de que pudiera completar su transformación. Pero no pudo volver por completo a su forma masculina, pues su bestia ya tenía la ventaja.

*Bien, la compartimos. Tú y yo, medio turno. ¿Trato?*

*Trato,* su bestia ronroneó con satisfacción.

Su virilidad, ya bien dotada, aumentó aún más de tamaño. Pero ella *era* una Sirena. Su Sirena.

Su cuerpo se estiró para acomodarlo, aunque la tensión seguía siendo insoportable. Le *machacaban* las glándulas hipersensibles y sobreestimulaban las paredes incluso con las caricias más leves.

Su joven princesa gemía debajo de él, sus uñas se clavaban en su mano mientras otra liberación la destrozaba.

Puede que estuvieran en lo más profundo del bosque, pero sus gritos resonaron entre los árboles con tanta fuerza que estaba seguro de que se oían mucho más allá de la linde del bosque. Y eso satisfizo enormemente su lado primitivo.

Hasta que sus paredes lo apretaban con tanta fuerza que no le quedaba espacio para moverse. Aun así, él hacía embestidas superficiales, sus gruñidos y gemidos se mezclaban con el sonido de sus gritos mientras buscaba su propia liberación de nuevo.

Y cuando la liberación de Daemonikai llegó nuevamente, lo *aniquiló* .

Ella exprimió hasta la última gota de su semen mientras él se estremecía violentamente, sin control, como si estuviera atrapado en medio de una convulsión...

Detrás de sus párpados bailaban chispas como fuegos artificiales y su visión se oscureció hasta casi volverse negra.

Cuando finalmente su mundo volvió a estar en orden, dejó escapar un suspiro lento y entrecortado y regresó a su forma masculina completa.

Debajo de él, su tesoro humano yacía completamente inmóvil, con el cuerpo exhausto y la respiración entrecortada. Había perdido el conocimiento. GRAN REY DAEMONIKAI

Se quedó acostado junto a su princesa hasta que ella se despertó. El sol se ocultaba tras los árboles, tiñendo el bosque de tonos dorados y carmesí. La observó abrir los párpados. Estaban tan cerca que sus narices casi se rozaban.

—Hola... —murmuró, mientras sus dedos recorrían su cabello—. Bienvenida.

"Su Gracia—"

—Daemon —corrigió suavemente.

—Daemon. —Una pequeña sonrisa complacida curvó sus labios—. ¿Estuve inconsciente mucho tiempo?

Negó con la cabeza. "Vamos, volvamos. Ya anochece".

Daemonikai se levantó primero y luego la ayudó a ponerse de pie. Su mirada se posó en su cuerpo desnudo, en las tenues marcas rojas de sus caderas.

Ella se sonrojó y levantó las manos para cubrirse los pechos mientras miraba a su alrededor los restos destrozados de su ropa.

Se quitó la bata y la colocó sobre sus pequeños hombros. Ella se desplomó ligeramente bajo su peso.

"Es muy pesado", susurró sorprendida.

Daemonikai rió levemente y recuperó la túnica. Se quitó la camisa, guiando sus brazos hacia el suave lino. "¿Mejor?"

Ella asintió, haciendo una ligera mueca mientras daba un paso.

Su lado primitivo se sentía satisfecho, pero también sentía remordimiento. Notó cómo ella se apoyaba en una pierna coja.

¿Por qué hiciste eso? Podrías haberte lastimado.

—Pero no lo era. —Una tímida sonrisa se dibujó en sus labios mientras probaba su peso, dando un pequeño salto hacia adelante.

La agarró por la cintura, la abrazó y le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos. «Entiendo el deseo sexual que conlleva la caza, pero esto fue diferente. ¿Por qué me provocaste así, Riel?»

Ella apartó la mirada, arañando el suelo con el pie. «Siempre eres tan reservado, y no... eh... me tocaste. Y yo... quería que lo hicieras, pero no pude... eh... pedírtelo».

"¿Entonces creíste que provocarme de esa manera era la respuesta?"

"No te castigues. Me... encantó. Disfruté lo que hicimos". Sus mejillas se sonrojaron aún más. "No soy tan delicada como crees. Me gusta... eh... cuando no te contienes tanto".

Su princesa, correcta y reservada, se sentía lo suficientemente cómoda como para comunicarle sus deseos. Daemonikai sintió un gran orgullo.

Pero no le gustó el tono de vergüenza en su voz.

"Mírame", ordenó.

Emeriel levantó lentamente la mirada hacia él.

Nunca te avergüences de lo que tenemos. Es completamente natural desearlo. —Le tomó el rostro entre las manos y le acarició las mejillas con los pulgares—. Eres mi *alma gemela* , joven princesa. Lo que compartimos es especial, y me encanta saber que no soy el único que se siente así. Eres como una adicción para mí. Si te tomara cada vez que te quisiera, nunca te irías de mi cama.

El rubor en sus mejillas se profundizó, extendiéndose hasta su cuello, pero la vergüenza inicial comenzó a desaparecer, reemplazada por una sonrisa genuina.

—Ya ves, querida, lo que sientes es perfectamente normal. Y tienes razón: no eres frágil. —Se acercó más, su aliento cálido contra

su oído—. Cuando quieras que sea duro y fuerte, solo tienes que pedirlo y te lo daré exactamente así.

Emeriel hundió la cara en su pecho, murmurando contra su piel desnuda. "De acuerdo."

"Esa es Galilea, mi princesita guarrilla, justo ahí."

Ella le sonrió radiante, con los ojos brillantes. No hubo vacilación en su voz cuando susurró: «Te amo».

—No deseo nada más que poder devolverte esas palabras algún día —gimió, besando la coronilla de su cabeza.

—Está bien —trazó las líneas de su pecho con los dedos—. Por favor, no lo digas hasta que lo sientas de verdad. Estaré aquí todo el tiempo que sea necesario.

Daemonikai volvió a alzar la barbilla y le dio un tierno beso en la nariz. *Ya significas mucho para mí. No puedo perderte, mi dulce y testaruda princesa.*

—Volvamos. Ya hace tiempo que deberíamos habernos bañado. — La levantó sin esfuerzo, acunándola contra su pecho.

Ella apoyó la cabeza contra él y una sonrisa suave y satisfecha curvó sus labios mientras él la sacaba del bosque.

***

El fuego en el hogar se había apagado, iluminando la habitación con un resplandor parpadeante.

Emeriel y Daemonikai yacían acurrucados juntos en la lujosa cama, después de bañarse, y él le aplicó ungüento en los moretones. Se apoyaron sobre los codos, uno frente al otro.

Emeriel trazó un patrón perezoso en su pecho con la punta de su dedo.

—Estás absorto en tus pensamientos —observó Daemonikai—. ¿En qué piensas?

"¿Mmm?" Emeriel parpadeó, mirándolo a los ojos. "Oh, no es nada, de verdad. Es solo... mi hermana", confesó con un suspiro. "La dejé en un buen susto antes de nuestro viaje inesperado".

"Nuestro hijo."

Emeriel asintió con tristeza.

"Ella estará bien. Vladya está con ella. Él se asegurará de que no se preocupe demasiado."

—Lo sé. Es solo que... se culpará por no saberlo antes. Y estará preocupada por mí.

Él asintió con comprensión. «Vladya también estará preocupado por cómo llevo todo esto. Él me conoce mejor que nadie».

"Es cierto. El Señor Vladya se preocupa profundamente por ti."

Se preocupa por mí tanto como yo por él. Me alegra que ya no esté tan solo. Ha estado solo durante tanto tiempo.

"Aekeira me dijo que planean unirse", confesó Emeriel. "Espero de verdad que les funcione. Estará devastada si no". Hizo una pausa. "¿De verdad no puede Lord Vladya recuperar su alma? ¿De verdad no hay nada más que se pueda hacer?"

La expresión de Daemonikai se tornó sombría. «Solo mediante magia oscura. Hay que dar algo de igual valor a cambio». Exhaló profundamente. «El Oráculo quizá conozca otra forma, pero duerme».

—Ya mencionaste al Oráculo antes. Háblame de ella —dijo Emeriel con curiosidad.

"Ella es una Anciana. Una de las más antiguas y poderosas de nuestra especie. Incluso mayor que yo."

"¿En serio?" Emeriel abrió mucho los ojos. "¿Cuántos años tiene? ¡Tienes más de cinco mil años! ¿Tiene siete mil? ¿ *Nueve* ?"

Daemonikai sonrió. «El Oráculo tiene veinticinco mil años, Emeriel».

A Emeriel se le cayó la mandíbula.

Ella se incorporó de golpe, mirándolo con incredulidad. "¡¿Alguien es *tan* viejo?!"

Él asintió, divertido por su reacción. «Hay muy pocos seres tan antiguos. Quizás diez en todo el mundo. Nuestra Oráculo ha visto surgir y caer civilizaciones, ha presenciado el paso de las eras. Es la conexión más estrecha que tenemos con los dioses, especialmente con Ukrae, la diosa de los seres poderosos».

Lentamente, Emeriel se recostó, con la mente dando vueltas. «Hablas de ella con tanto respeto».

"Como todos", confirmó Daemonikai. "Conoció a mi bisabuelo, y a su padre antes que a él. Incluso estuvo presente la noche en que nací". Sus ojos, fijos en ella, estaban llenos de calidez. "Es un ser sabio y poderoso, Emeriel. Una verdadera guardiana de nuestro pueblo".

"Es inconcebible pensar..." La voz de Emeriel sonó ahogada por el asombro. "O sea, tú eres *tú* ... Solía pensar que eras el ser vivo más antiguo."

Su risa era un leve rumor en su pecho. "Espero que no, querida. Entonces ya me habría quedado profundamente dormido."

"¿Cómo funciona este sueño profundo?"

«Al llegar a cierta edad, el deseo de dormir se intensifica. Pero a diferencia del sueño normal, el sueño profundo no dura una sola noche. Es más largo y mágico», explicó Daemonikai, con una voz distante. «Uno podría acostarse en su lecho-ataúd y despertar cien años después, o dos, o incluso tres. Los ancianos se cansan del mundo, ¿sabes? Usan el sueño profundo para pasar el tiempo».

—Espera. —La mirada de Emeriel se posó en la línea del cabello—. ¿Ataúd-cama?

Hay tanto que desconoces sobre mi especie, Emeriel. Nuestro conocimiento es vasto y profundo, tan antiguo como nuestra edad, tan antiguo como el tiempo mismo.

—Pero yo pensaba que sólo los vampiros usaban ataúdes —dijo avergonzada.

La sonrisa de Daemonikai se ensanchó. «Quizás no te hayas dado cuenta, Riel, pero también bebemos sangre».

—Oh… casi lo olvido por un momento —admitió tímidamente.

Los vampiros son repugnantes. *Sus* ataúdes son literales, mientras que los nuestros son camas diseñadas para parecerse a ataúdes.

—Ah —asintió Emeriel, al comprenderlo—. Entonces, ¿cuánto tiempo lleva dormido el Oráculo?

—Setecientos. Duerme más que la mayoría. —Una sombra de tristeza cruzó su rostro—. Si hubiera estado despierta, la noche de eclipse lunar podría no haber terminado como lo hizo. El Oráculo no interfiere, pero ella lo ve todo. El pasado, el presente y el futuro... puede que haya dado pistas.

"Pero el sueño profundo es vital para los ancianos", continuó con un suspiro. "Los mantiene cuerdos, relajados... completos. Lo único que uno puede controlar es cuándo entran en el sueño. El tiempo que permanecen allí escapa a su voluntad."

"Lo entiendo." Y así lo hizo.

—La extraño, ¿sabes? —confesó Daemonikai, con la mirada fija en las brasas de la chimenea—. Es como una figura materna para mí... para muchos de nosotros. Todos somos sus hijos.

Emeriel quedó cautivado. «Espero conocerla algún día. Parece una figura a tener en cuenta».

—Lo es —coincidió Daemonikai—. La única fuerza que todo Urai respeta más que el gran trono.

A Emeriel se le ocurrió una idea: "¿Alguna vez has considerado el sueño profundo?"

Daemonikai negó con la cabeza. «Nunca he tenido una razón para hacerlo. Tenía una vida plena antes de esa terrible noche. Después, me perdí a mí mismo y solo perdí la cordura».

Hizo una pausa, pensándolo. «Supongo que si no estuvieras aquí, si no tuviera esto... ahora sería el momento de empezar a considerarlo».

El corazón de Emeriel se llenó de amor. «Me alegra estar aquí», susurró, extendiendo la mano para tomar la suya. «Me alegra que no te hayas dormido».

Su sonrisa se suavizó, las arrugas de preocupación en su frente se suavizaron. "Yo también, Emeriel", le apretó la mano. "Yo también".

***

EN UNA CUEVA, PERDIDA EN EL TIEMPO Y LA MEMORIA.

Siempre lucieron tan normales como el resto de su especie, pero no lo eran. Eso era lo que pasaba con los magos oscuros: su apariencia era completamente engañosa.

—Repite tu petición, gobernante —dijo con voz áspera el mago oscuro, y su voz resonó en la caverna.

"Quiero que separes la consciencia de la mente de alguien", dijo Zaiper, apoyándose tranquilamente contra la pared áspera. "Por

completo."

El mago se giró levemente; un sutil movimiento en los pliegues de su capa negra. "¿Quién es esta persona?"

"Daemonikai Vipertheriov Naelzharoth".

"¿Y tu nombre?"

"Zaiper Thoryk Dragaxlov."

—Lo que pides es magia peligrosa y prohibida —dijo el mago—. ¿Entiendes el precio?

Zaiper se burló. «No buscaría un mago *oscuro* si no lo hiciera».

—Mmm. —El mago permaneció en la sombra, de espaldas.

Incluso después de siglos de trabajar con él, Zaiper jamás había visto su rostro. La capa negra y ondulante lo ocultaba todo.

"Sin embargo", continuó el mago, "debo explicarte las consecuencias. A cambio, debes dar una vida... una que amas".

"Razarr, trae a la chica."

Su jefe de guardia entró en la cueva, seguido de otros dos. Arrastraron a una joven entre ellos, con un saco echado bruscamente sobre su cabeza.

Ella gimió y pidió misericordia mientras la arrastraban al centro de la cueva, colocándola entre el mago y el gobernante.

"Aquí hay una vida", le dijo Zaiper.

"¿Quién es ella para ti?"

—Una de mis mejores putas —Zaiper se mordió los dientes—. Para que sepas, disfruto muchísimo de esta chica. Te estás llevando algo valioso, te lo aseguro.

El mago se giró, con el rostro oculto bajo su capa. Extendió una mano y un espejo negro se materializó en su agarre.

Lo sostuvo frente al rostro de la niña; su superficie brillaba antes de volverse roja.

El mago lo retiró, guardándolo entre los pliegues de su capa.

"Uno de los cuales eres querido", repitió la figura en un tono monótono y plano.

*Maldito zombi.* "Me temo que no tengo ningún aprecio por la gente."

—Entonces, hemos terminado aquí. —El mago se giró hacia la entrada de la cueva; su figura sombría comenzaba a fundirse con la

oscuridad.

"¿Y la chica? Y..." Zaiper hizo una pausa, pensativo. "Voy a reclamar el favor que me debes."

El mago oscuro se detuvo en seco.

Giró la cabeza lentamente. "¿Quieres cobrar ahora? ¿De verdad vale la pena?"

"Veamos... El único obstáculo entre mis sueños y yo volverá a perder el control de su mente, sin otra opción que satisfacer su instinto básico. Enloquecido, matará a todo aquel que se interponga en su camino... con suerte, Vladya lo hará. Luego, terminará brutalizando su *vínculo de almas. y* drenándola hasta la muerte." Zaiper sonrió aún más, con malicia en sus ojos. "Mataré muchos pájaros de un tiro. Créeme, vale *mucho* la pena."

Cuanto más lo pensaba, más emocionado estaba. «Parecerá tan natural. Todos saben que su mente es frágil; nadie sospechará jamás de magia negra».

El mago lo observó en silencio durante un largo instante. «Me salvaste cuando mi gente iba a quemarme vivo por practicar magia oscura. Y por eso, te he ayudado durante siglos».

Zaiper asintió con firmeza.

—Te ayudé a sembrar el falso recuerdo en la mente del niño borracho, haciéndole creer que reveló el secreto de tu pueblo a los humanos, lo que provocó el ataque. Te ayudé a derribar tu propio reino. —El mago hizo una pausa, con la mirada invisible clavada en Zaiper—. ¿Y ahora pides la desintegración mental del Primer Gobernante de Urai?

—Sí —siseó Zaiper, impaciente.

—La vida de la niña y mi brazo deberían bastar —dijo el mago—. Mi brazo quedará paralizado durante un mes si la magia tiene éxito. Pero después de esto, estamos a mano. Si deseas más hechizos, debes cumplir los requisitos.

"¡Trato hecho!" exclamó Zaiper, prácticamente dando saltos, casi desquiciado por la alegría.

—De acuerdo —la voz del mago era un eco ominoso—. Si la magia tiene éxito, en pocos días, Su Majestad el Primero, el poderoso y

supremo soberano de Urai, Su Gracia, el Gran Rey Daemonikai, perderá la cabeza.

Chapter Thirty-Nine

# FUERA DE CONTROL



DOS DÍAS DESPUÉS

Emeriel tocó una vez antes de abrir la puerta del dormitorio de su hermana, pero se quedó paralizada.

Se separaron de golpe —o mejor dicho, Aekeira lo hizo—, saltando del abrazo del Gran Señor Vladya como si su toque la hubiera quemado de repente. Se habían estado besando.

¡Em! La cara de Aekeira estaba roja como un tomate. Parecía emocionada y nerviosa a la vez.

"Soy yo", respondió Emeriel con una sonrisa amable, intentando disimular la incomodidad. "Disculpe mi intrusión. Debí haber esperado una invitación. No sabía que iba a interrumpir..."

—¡No, no, no pasa nada! —Aekeira se apresuró a acercarse y le dio un rápido abrazo a su hermana—. Me alegra verte. ¿Cómo estás?

Esta era la misma pregunta que Aekeira le había hecho al regresar a la fortaleza el día anterior. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Emeriel, la preocupación de su hermana persistía.

"Estoy bien, de verdad", insistió Emeriel, y luego se volvió hacia el tercer gobernante con una respetuosa reverencia. "Su Alteza."

—Princesa. —Lord Vladya inclinó la cabeza en señal de reconocimiento, con su habitual compostura—. ¿Ha regresado Daemonikai del campo de entrenamiento?

—Todavía no. —Emeriel intentó disimular el anhelo en su voz.

Su gran rey había estado ausente desde el amanecer, dejando a Emeriel ocupado en ocupar las horas cuidando los jardines y supervisando la plantación de nuevos cultivos.

Había regresado a la fortaleza solo para enterarse de que aún no había regresado del entrenamiento. Lo extrañaba muchísimo.

"Debería regresar pronto", dijo Lord Vladya. "Disfruta de la compañía de tu hermana mientras tanto. Me despido". Juntó las manos a la espalda, y Emeriel abrió los ojos de par en par, sorprendido.

—Señor Vladya, su mano... —jadeó, incapaz de contener su asombro.

La mano que había quedado atrapada en su forma bestial ahora estaba completa y completamente restaurada.

—En efecto. —Vladya levantó su mano restaurada y la examinó con una sonrisa genuina.

La sonrisa era más sorprendente que la propia mano curada. Emeriel no recordaba haber visto jamás una sonrisa en su rostro que no fuera una mueca de desprecio o una sonrisa burlona. Era... agradable.

—Ocurrió esta mañana —explicó Lord Vladya—. Tengo la intención de sorprender a Daemonikai con la noticia.

A su lado, Aekeira irradiaba alegría. Emeriel se maravilló de lo alegre que se había vuelto su hermana últimamente.

"Me alegro mucho por usted, Su Alteza", dijo Emeriel con sinceridad, haciendo una nueva reverencia. "Y al igual que mi hermana, rezo para que su mente sane tan completamente como la del Gran Rey".

Hizo una pausa. "También quería expresar mi gratitud por su ayuda en el pasado. Nunca tuve la oportunidad."

—Tuve un papel menor. —El gran señor hizo un gesto con la mano —. Y no fingiré que mis motivos fueron completamente altruistas. Mantener a Daemonikai al margen de tu identidad era mi principal preocupación.

"Aun así, gracias por hacer la vista gorda", insistió Emeriel. "Y por visitarme después de que se revelara mi secreto, cuando todos me

dejaron en paz".

La expresión de Lord Vladya se suavizó. «Has madurado considerablemente estos últimos años. Una vez cuestioné la sabiduría de Ukrae al elegirte como *el Alma Vinculada de Daemonikai* , pero ahora comprendo que los dioses sabían exactamente lo que hacían. Eres ideal para él, Emeriel».

Emeriel no esperaba semejante cumplido, sobre todo viniendo de él. Fue inesperadamente gratificante. «Gracias, mi señor».

***

¡Mantén la postura, soldado! ¡Un escudo tambaleante te costará la vida en el campo de batalla! La voz del Gran Rey Daemonikai resonó por todo el campo de entrenamiento.

Un joven soldado ajustó rápidamente su agarre, su rostro enrojecido bajo el escrutinio.

El Gran Señor Ottai se encontraba a pocos pasos de distancia, observando atentamente al gran rey. Sus propios soldados lo flanqueaban, imitando su postura atenta. Observó cómo Daemonikai avanzaba por la línea, corrigiendo la postura de un joven arquero.

En momentos como estos, Daemonikai era una fuerza a tener en cuenta. Durante milenios, los había liderado en incontables batallas, asegurando una victoria tras otra. Ya no quedaba rastro del gobernante juguetón... solo del despiadado comandante.

¡Arqueros! ¡Muéstrenme lo que tienen!

A su orden, los soldados en formación alzaron sus arcos al unísono. Hubo un movimiento ondulante antes de que una lluvia de flechas atravesara el aire.

"Muchos de ustedes están mejorando", resonó la voz del gran rey por todo el campo. "Su precisión ha aumentado, ¡pero su resistencia aún es baja! En el campo de batalla, ¡esa debilidad puede ser fatal! Necesitan…"

Sus palabras se cortaron.

Él dejó de moverse.

Un silencio invadió el campo de entrenamiento. Todos estaban concentrados en él, esperando su siguiente orden, pero Daemonikai

parecía... congelado. Miraba fijamente a un punto lejano en el horizonte.

Sus ojos se volvieron fríos, su mandíbula apretada, sus puños apretados a los costados. La tensión irradiaba de él.

¿Estaba perdido en sus pensamientos?

—¿Su Gracia? —gritó Ottai con cautela.

No hubo respuesta. Las fosas nasales de Daemonikai se dilataron.

Algo estaba profundamente mal.

—¿Rey Daemonikai? —Ottai se acercó, con la aprensión subiendo por su espalda.

Sus instintos le gritaban que procediera con cautela mientras su propia bestia se agitaba inquieta dentro de él.

Puso una mano sobre el hombro de Daemonikai. "¿Estás bien?"

Daemonikai se giró y lo empujó con una fuerza que envió a Ottai volando hacia atrás.

El empujón fue tan repentino y violento que Ottai no tuvo tiempo de reaccionar. Cayó con fuerza al suelo, y el impacto le destrozó los huesos.

Los soldados que los rodeaban dejaron escapar un grito ahogado y su sorpresa fue palpable.

¡Por los dioses, algo no va bien! —rugió Ottai, poniéndose de pie —. ¡Todos a cubierto! ¡Protéjanse! ¡Wegai, consigan refuerzos! ¡Manténganlos cerca, pero fuera del terreno!

Los soldados se dispersaron y estalló el caos mientras obedecían sus frenéticas órdenes.

Mientras tanto, el gran rey permaneció inmóvil, murmurando palabras que Ottai no pudo entender.

*¿Qué decía?* Ottai se acercó sigilosamente, esforzándose por oír.

"Mi mujer. Mía."

*¿Qué?*

Él no es él mismo.

¿Qué carajo está pasando?

—Tengo que ir con ella —murmuró Daemonikai—. Tengo que tenerla.

La mirada vacía en los ojos del gran rey añadió un enfoque peligroso que parecía… depredador. Avanzó a grandes zancadas,

decidido.

Ottai se movió para interceptarlo. "¡No, espera, Daemon! ¡ *No puedes* ir con ella así!"

El puño de Daemonikai impactó contra la mandíbula de Ottai.

El cuarto gobernante se tambaleó hacia atrás, pero se recuperó rápidamente y empujó al rey. "¡No! ¡Reacciona!"

Las garras de Daemonikai se extendieron y atacaron a Ottai con una velocidad que le heló la sangre.

La intención letal del golpe era inconfundible, lo que obligó a Ottai a esquivarlo con reflejos fulminantes. Por los pelos, logró evitar *tres* zarpazos más.

Ahora más decidido que nunca a detener al gran rey, Ottai rugió una orden: "¡Llamen a Vladya y a Zaiper! ¡Díganles que es urgente! ¡Vayan!"

Sin perder tiempo valioso esperándolos, Ottai cambió a su forma mitad bestia, preparándose para lo que claramente era un ataque total.

Cada golpe, cada ataque de Daemonikai tenía como objetivo infligir daños graves.

Esto no era un combate de entrenamiento, era una lucha por la supervivencia.

—Tengo que llegar hasta ella. Tengo que tenerla —gruñó Daemonikai, furioso—. ¡Quítate de mi camino!

Sus frases cortas, sus palabras ásperas... como si estuviera impulsado puramente por el instinto. *Sin mente* .

Le dio un golpe brutal en el estómago a Ottai, dejándolo sin aliento, y Ottai se tambaleó hacia atrás, jadeando en busca de aire.

—¿Qué ocurre, Su Gracia? —jadeó, limpiándose la sangre de la boca mientras se obligaba a ponerse de pie—. ¡Contrólese! ¡Ni siquiera usted en su sano juicio querría acercarse a ella en este estado!

Daemonikai echó a correr a toda velocidad, moviéndose con una velocidad que desafiaba su gracia habitual.

Ottai lo persiguió pero no pudo igualar su velocidad.

La gente se dispersó fuera del camino de su gran rey, sus gritos y alaridos llenaron el aire.

Los trabajadores abandonaron sus vagones, las madres recogieron a sus pequeños que lloraban y todos corrieron a ponerse a salvo.

—¡¿Qué pasa?! —Zaiper apareció desde la dirección opuesta, corriendo hacia Ottai alarmado.

¡Deténganlo! —gritó Ottai con voz desesperada—. ¡Ha perdido el control! ¡Así no puede alcanzar a su mujer!

Zaiper maldijo, sus ojos se abrieron con aprensión y... algo más, mientras se unía a la persecución.

Algo que Ottai no pudo descifrar.

***

En la puerta, Lord Vladya se giró para mirar a Emeriel. «Gracias por estar ahí para él esa noche. Cuando Aekeira me informó del bebé, estuve... preocupada toda la noche. Sabía que la pérdida le dolería mucho».

El dolor se reflejó en sus rasgos. «Ya ha sufrido bastante... está al borde del abismo por ello...». Su voz se fue apagando, frunciendo el ceño con preocupación.

"No necesitas agradecerme, mi Señor. Siempre estaré ahí para él. Lo amo tanto", dijo Emeriel con una suave sonrisa, sin avergonzarse de admitirlo.

"¿Y tú?", preguntó Vladya, escrutándola con la mirada. "Para ti tampoco debió ser fácil."

"No lo fue", admitió con sinceridad. "Pero lo tenía a él. Nos teníamos el uno al otro".

La expresión del Señor Vladya se tornó pensativa. "¿Sabes? Anhelaba tener un hijo durante tanto tiempo que era un anhelo profundo en mi corazón desalmado. Este anhelo ha estado dentro de mí tanto tiempo que siento que se ha convertido en parte de mí".

Exhaló con fuerza. «Pero entonces, cuando pienso en las pérdidas de Daemonikai, me pregunto qué es peor: ¿nunca tenerlas, o tenerlas y perderlas?»

Emeriel enmascaró cuidadosamente su sorpresa, aun cuando su corazón dolía por él.

Nunca se habría imaginado que este formidable gobernante confiaría en ella, compartiendo algo tan personal. No era ninguna novedad para ella cuánto deseaba tener descendencia, pero que se lo contara le pareció... especial.

"Quise a sus hijos fallecidos como si fueran míos", continuó Vladya, con la voz más baja. "Vi a Alvin y a Myka crecer, de niños a jóvenes ejemplares. Cuando murieron y su padre enloqueció, tuve que enterrarlos. Esa pérdida me ha acompañado hasta el día de hoy, y ni siquiera fui su padre". Apartó la mirada, con la mandíbula apretada. "Solo... gracias por no renunciar a él".

Aekeira deslizó su mano en la de Emeriel. Cuando Emeriel miró a su hermana, vio una sonrisa llorosa en su rostro.

—No siempre acertará. —La mirada del Señor Vladya se desvió hacia Aekeira mientras hablaba. Como si también le implorara—. Pero no te rindas con él.

—Ten la seguridad, Señor Vladya, de que nunca me rendiré —dijo Emeriel con convicción—. Mi único arrepentimiento fue haber esperado tanto tiempo para reavivar lo que tenemos. Pero aun así, nunca dejé de amarlo, ni lo dejé ir. Y nunca lo haré.

Afuera se produjo un alboroto.

Gritos lejanos, llantos y pasos apresurados.

Aekeira volvió la vista hacia la puerta, alarmada. "¿Qué pasa?"

El Señor Vladya salió de la habitación, solo para chocar con... Daemonikai.

¿Daemon? ¿Por qué corres? —Vladya frunció el ceño al ver que Lord Ottai y Lord Zaiper aparecían tras él, pisándole los talones—. ¿Qué ocurre?

—Míralo bien, Vladya. —Lord Ottai lo miró con profunda tristeza y confusión a la vez—. Solo míralo.

¿Qué *estaba* pasando? Emeriel permaneció dentro de la habitación, observando el intercambio con creciente inquietud, con el corazón latiéndole con fuerza.

El señor Vladya se giró hacia Daemonikai y lo observó con ojos escrutadores.

—Ve a por ella. Tómala —gruñó Daemonikai con voz primitiva—. Bébela. *Monta, monta, monta* .

Lo que el Señor Vladya vio en esos ojos pareció alarmarlo también porque todo su cuerpo se tensó visiblemente.

—Daemon, no puedes llevártela en este estado —dijo Vladya con firmeza, intentando razonar con él—. La lastimarás muchísimo.

"Tengo tanta sed. Tengo *tanta hambre* ."

Al Señor Vladya le quedó claro que sus palabras caían en saco roto, y miró fijamente al Señor Ottai y al Señor Zaiper. "¿Qué demonios es esto? *¿Por qué es un descerebrado?"*

A Emeriel le zumbaron los oídos. ¿Insensata? *¿Lo oyó con claridad?*

Dando un paso al frente, intentó intervenir. "¿Qué es…?"

—¡Quédate ahí y no digas ni una palabra! —gritaron al unísono el Señor Vladya y Ottai.

Emeriel estuvo a punto de preguntar por qué, pero... no hizo falta. Porque ante sus ojos, su Amado *enloqueció* .

Gruñendo y rugiendo en su dirección, se abalanzó hacia adelante, intentando abrirse paso entre los demás.

*Su voz había actuado como un detonante de algún tipo.*

El Señor Vladya lo sujetó. "No, Daemon..."

"¡Compañero! ¡Mío!" gruñó, extendiendo sus garras con un fuerte *sonido* .

"No tenemos ni idea de cómo sucedió", explicó Lord Ottai, tenso. "De repente se puso así".

Lord Zaiper preguntó: "¿Qué le pasa?"

"Daemon, Daemon, escúchame..." La voz del Señor Vladya era desesperada y apaciguadora.

Ignorando las garras, agarró los hombros del gran rey, intentando obligarlo a mirarlo a los ojos. «No puedes tocar a tu compañera así. Si la montas o bebes de ella en este estado, pondrás en grave peligro su vida».

Daemonikai atacó sin sutileza ni advertencia. Con una ferocidad sorprendentemente brutal, atacó a Lord Vladya.

El hombre (su Daemon, o al menos el que llevaba su rostro) atacó a su mejor amigo, a quien más amaba, *con la intención de matar.*

El Señor Vladya tomó su forma de medio cambio, rugiendo mientras contraatacaba.

Lord Ottai y Zaiper se movieron rápidamente, intentando contener a Daemonikai desde atrás.

El alboroto era ensordecedor. Se estaba reuniendo una multitud.

Emeriel podía oír otras voces a lo lejos, asustadas y en pánico.

—¡Jamás debe entrar en esta cámara! —ladró Lord Vladya con la voz tensa por el esfuerzo—. ¡Aekeira, coge a tu hermana y entra por la ventana! ¡Ottai, agárrale las muñecas!

—¡Tenemos que llegar hasta ella! —rugió Daemonikai, lanzando sus garras hacia el cuello de Vladya.

El Señor Vladya desvió el golpe, pero las garras aún lo rozaron. La sangre goteaba.

El corazón de Emeriel latía con fuerza contra su costilla. *¿Qué le pasa a mi pareja?*

Verlo tan fuera de control, gobernado completamente por el instinto, la llenó de un pavor que le heló los huesos.

Ella anhelaba llamarlo, intentar llegar a los Daemonikai que conocía, pero las advertencias de los grandes gobernantes la detuvieron.

*Y sus ojos...* esos ojos verdes y amarillos...

Permanecieron fijos en ella, ardiendo de lujuria y algo... *Algo salvaje y mortal.*

No se parecían a nada que hubiera visto antes en ellos.

Me vino a la mente la primera noche que Emeriel conoció a la bestia. La noche en que el salvaje la montó.

Sus manos se humedecieron y se aferró con fuerza a su prenda. El vívido recuerdo de aquella noche... cuán intensa y *desagradable* había sido.

Esa noche, la bestia la había olido, reconociéndola en cierta medida por el vínculo que compartían.

Su hombre y su bestia no eran completamente conscientes, pero tenían una apariencia de instinto que los impulsaba a mantenerla con vida... sin importar lo que le hicieran.

Pero su vínculo ahora estaba roto.

Y mientras su mirada buscaba sus ojos, no encontró... nada.

Ninguna chispa de reconocimiento.

No hay rastro de conexión.

Sólo lujuria salvaje y *sed* , una cacería por la mujer en la que quería saciarla.

Y por primera vez en mucho tiempo, Emeriel le tenía miedo.

Al observar la forma en que estaba decidido a matar a las personas que se interponían en su camino, un feo presentimiento se apoderó de sus entrañas.

Uno que le dijo... *esta noche no terminará bien.*

**NOTA DEL AUTOR**

QUERIDO LECTOR,

Pido disculpas por esta interrupción y les aseguro que no la haría si no fuera importante.

Si eres un lector sensible, podrías considerar terminar el Libro 3 aquí y luego reanudarlo con el Libro 4. Aunque no lo parezca, tu salud mental es importante para mí.

PERO, si decide continuar, considere esto como un recordatorio amable para que *proceda con precaución* .

Chapter Forty

# UNA NOCHE OSCURA



—¡VAMOS, EM, SALGAMOS DE aquí! —la instó Aekeira, tirándola hacia la ventana.

Emeriel intentaba obligarse a moverse. Pero aunque el miedo la sacudía, no soportaba dejar a su Amado en ese estado.

—¡No podemos retenerlo mucho tiempo! —gritó Lord Ottai—. ¡Tenemos que decidir qué hacer antes de que se transforme!

¡Mierda! ¡Me ha llamado la atención su puño! —gruñó Lord Zaiper desde atrás—. Tenemos que decidir rápido.

—O lo noqueas o lo llevas a las cámaras prohibidas —dijo Lord Vladya, con la voz más profunda y distorsionada en su forma medio transformada.

*¿Noquearlo? ¿Las cámaras prohibidas?*

—¡No! ¡No! —Emeriel intentó correr hacia la puerta, pero Aekeira la detuvo—. ¡No lo encierren! ¡No le hagan daño!

—Puede que no tengamos otra opción, princesa. ¡Intentamos salvarte! —La mano de Lord Ottai se cerró en el cabello del gran rey mientras Daemonikai forcejeaba con más fuerza al oír su voz.

—¿Qué le pasará si no satisface el instinto que lo impulsa ahora mismo? —preguntó Emeriel con voz temblorosa.

"Realmente podría volverlo loco", respondió Lord Zaiper.

“Podemos seguir noqueándolo hasta que consigamos curanderos o vayamos al santuario... o a cualquiera que pueda examinarlo y decirnos qué diablos está pasando”, dijo Lord Vladya.

A Emeriel no le gustó eso. "¡No puedes seguir dejándolo inconsciente, no es un animal!"

—¡Está actuando de forma salvaje, estamos actuando a ciegas! ¡Si no actuamos, no solo tú, sino todos en esta fortaleza están en peligro! —replicó Lord Ottai.

—Vete, Emeriel —añadió Lord Vladya con firmeza—. Ya es bastante malo que te huela; tu voz solo lo alimenta. ¡Vete!

Sabía que tenían razón, pero ver cómo retenían a Daemonikai, cómo él se retorcía y luchaba contra ellos, le dolía el alma. Todo su cuerpo temblaba.

¡Mierda! ¡Me dio en la maldita nariz! —rugió Lord Zaiper, y furioso, le dio un cabezazo a Daemonikai por detrás.

El gran rey tomó represalias de inmediato, golpeando su cabeza contra la de Zaiper con tanta fuerza que el impacto resonó a su alrededor.

El Señor Ottai y el Señor Vladya hicieron una mueca mientras el Señor Zaiper se agarraba la cabeza, rugiendo de dolor.

"Eso va a doler muchísimo", dijo Lord Ottai haciendo una mueca.

Emeriel liberó su mano del agarre de su hermana y corrió hacia ellos, ignorando sus gritos que los obligaban a quedarse atrás.

—¡Suéltenlo! —gritó, empujando a ciegas al Señor Vladya—. ¡Suéltenlo todos!

Sus instintos le gritaban que protegiera a Daemonikai. Racionalmente, sabía que eran los demás quienes necesitaban protección del rey insensato y poderoso. Pero a su mente no le importaba.

—¡Deja de hacerle daño! ¡Suéltalo! —gritó, interponiéndose entre el Señor Vladya y Daemonikai.

Los grandes señores no tuvieron más remedio que liberar a Daemonikai para evitar hacerle daño.

“Lo que sea que estés pensando, es una muy mala idea”, advirtió Lord Ottai.

Los brazos de Daemonikai la rodearon de inmediato, sosteniéndola en un abrazo feroz y posesivo mientras la acompañaba de regreso a la habitación.

Aekeira se escabulló entre ellos, corriendo hacia la puerta. El Señor Vladya se abalanzó sobre ella, atrapándola al llegar a la puerta, sujetándola firmemente contra él.

Entonces se giró, fijando la mirada en Emeriel. «No hagas esto, Emeriel. No lo hagas».

Emeriel miró por encima del amplio brazo de Daemonikai. «Soy a quien busca, ¿verdad? No hay necesidad de que los demás salgan lastimados».

El agarre de su amado se apretó posesivamente sobre su trasero, clavando sus garras en su piel de una manera que era al mismo tiempo dolorosamente sexual y cruda.

Se mordió el labio con fuerza por el escozor.

—No le obligues a hacer esto, Emeriel —imploró Lord Vladya, negando con la cabeza—. Nunca se lo perdonará.

Parpadeó para contener las lágrimas, esbozando una leve sonrisa de dolor. "Igual que él jamás se perdonaría haberte hecho daño... o a ti..." Su mirada se movió entre Vladya y Lord Ottai. Incluso hacia Lord Zaiper, cuyo rostro ya estaba hinchado. "Una vez me dijiste que nadie que valore su vida se interpone entre un depredador Urekai y su presa."

—Sí, pero entonces no estaba dispuesto a arriesgar nada. Apenas me importaba nada. —La voz de Vladya sonaba tensa, llena de urgencia—. Ahora estoy dispuesto a arriesgarlo todo. Solo dime una palabra y entraré a buscarte, cueste lo que cueste.

El sonido de su ropa rasgándose resonó en la cámara. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Emeriel, por favor —añadió Lord Ottai—. Te hará mucho daño.

—No puedo dejar que sufra. No quiero que lo vuelvan a encarcelar. —Emeriel miró a los ojos desenfocados mientras se le escapaba otra lágrima—. Es mío, y no lo abandonaré en un momento como este. Nunca más. ¡ *Cierra la puerta* !

—¡No lo entiendes! ¡Puede matarte, Emeriel! —gritó Vladya.

Detrás de él, Aekeira sollozaba. "¡Por favor, escúchalos, Em!"

"Lo llevé antes cuando estaba así—"

—¡No es *lo mismo!* —intervino Lord Ottai bruscamente—. Estabas en celo entonces. Su bestia aún te *reconoció* . Esto no es reconocimiento, es puro instinto. ¡Coger, alimentar y matar!

—¡Por favor, Em, escúchalos! —gritó Aekeira desesperada—. ¿Recuerdas cómo fue al principio? No va a ser agradable; ¡quizás no sobrevivas!

***

Frustrado y desesperado, el corazón de Vladya dolía y su mente daba vueltas.

Lo que le estaba sucediendo a su amigo era incomprensible. Era una locura, inexplicable.

Pero peor aún fue la elección de su hembra de satisfacer sus instintos básicos en ese estado.

La niña estaba visiblemente aterrorizada. Su cuerpo temblaba como una hoja y sus grandes ojos azules *rebosaban* de miedo. Aun así, se aferró a Daemonikai, negándose a soltarlo.

Vladya ya podía oler la sangre.

Daemonikai la estaba lastimando, y ni siquiera la había montado aún.

Su ropa estaba rasgada, dejándola desnuda, aunque su enorme cuerpo ocultaba la mayor parte de su cuerpo.

Ottai seguía discutiendo, intentando razonar con ella. "¡Esto es una locura! Tienes que..."

Pero Vladya podía ver la verdad en sus ojos.

Junto al miedo había una determinación *inquebrantable* .

No iba a dejar a Daemonikai en ese estado, no iba a arriesgarse a la locura absoluta... sin importar el coste. Incluso si eso significaba sufrir un dolor inimaginable en sus manos.

—¡Nunca he conocido a una mujer tan testaruda como tú! —rugió Ottai, levantando las manos. Entonces, su rostro se arrugó, revelando la miseria que se ocultaba—. Por favor, Emeriel, no hagas esto. ¡Déjanos sacarte de ahí!

Nuevas lágrimas corrieron por las mejillas de la princesa, pero sonrió a través de ellas, negando con la cabeza. "No voy a dejarlo".

"Elige una palabra de seguridad", dijo Vladya finalmente en tono resignado y con los hombros hundidos en señal de derrota.

La cámara quedó en silencio y todas las miradas se volvieron hacia él.

Si vas a hacer esto, necesitarás una palabra de seguridad. Estaré aquí. Si la dices, si la gritas, entraré y te sacaré de sus manos, pase lo que pase.

Emeriel dejó escapar un grito agudo y dolorido.

Daemonikai le había hecho algo, pero nadie podía ver qué.

Aun así, lo miró fijamente, acariciándole la mejilla con una mano temblorosa. "Está bien, cariño." Su voz era suave, llena de amor. "Estoy aquí. Soy toda tuya."

Aekeira negó con la cabeza con vehemencia, sus hombros temblaban entre sollozos. "¡Em, por favor!"

—Keira. Esa es mi palabra de seguridad —dijo Emeriel, con la atención fija en Daemon—. Prométeme que no entrarás, oigas lo que oigas. Prométeme que no entrarás a menos que use la palabra de seguridad.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Vladya. "Lo prometo."

Daemonikai se transformó por completo en su forma bestial, con una erección enorme y lista, reluciente de líquido preseminal. Levantó a Emeriel, arrojándola sobre la cama, y su enorme cuerpo lo siguió al instante.

Vladya se dirigió a la puerta y la cerró firmemente detrás de él.

Aekeira se puso furiosa y se abalanzó sobre él. "¡No, no, no, no! ¿Qué haces? ¡Tengo que ir con mi hermana!"

Vladya mantuvo sus emociones bajo control y respondió con calma: «Ya está en forma de bestia, Aekeira. Ha comenzado, no hay nada que podamos hacer ahora».

—¡No pueden hacer nada! ¿Y se hacen llamar gobernantes? —gritó Aekeira. Se apartó de él y se giró para encararlos a todos—. ¿Se hacen llamar poderosos?

Ottai la alcanzó. "Aekeira—"

Apartándose de su alcance, volvió a encarar a Vladya. "¿¡No puedes entrar ahí y salvar a una chica de un solo hombre!? Mi hermana está en grave peligro y...", lo empujó con fuerza. "¡Muévete, lo haré yo misma!"

Vladya no se movió ni un centímetro.

—¡Quítate de mi camino! —gritó, golpeándole el pecho con los puños—. ¡Muévete antes de que empiece...!

Emeriel gritó.

Era un tono tan agudo, tan dolorosamente fuerte... que era *absolutamente desgarrador.*

Aekeira se volvió blanca fantasmal.

Otro grito se escuchó de nuevo, tan penetrante y crudo como el primero.

La ira huyó de su mujer, reemplazada por un dolor tan visible que retorció por completo el corazón de Vladya.

Sus rodillas golpearon el suelo. "P-Por favor, Vlad." Se frotó las manos en una súplica desesperada. "Haré lo que quieras, solo haz que pare."

El pecho de Vladya se volvió aún más pesado. Era el pasado de nuevo, cuando la bestia montó a su hermana y ella no pudo hacer nada para detenerla.

"¿P-Por favor? Hazlo por mí." Aekeira parecía muy esperanzada, con el rostro empapado de lágrimas y sudor.

Vladya se dio la vuelta. «Zaiper, dispersa a la gente y cierra Blackstone. No se permiten visitas hasta nuevo aviso». Hizo una pausa. «Ottai, llévate a Aekeira».

—¿¡Qué!? *¡No!* —gritó Aekeira, mirándolo con una mirada traicionera en sus ojos llorosos—. ¡No, no puedes hacer eso!

*"¿Debería ponerla a dormir?",* articuló Ottai con el rostro sombrío. *"No puede estar despierta para esto".*

Emeriel gritó de nuevo, y Vladya, incluso en su estado sin alma, sintió su dolor como una daga en el corazón.

"Sí", respondió.

Ottai avanzó y levantó a Aekeira en sus brazos mientras ella pateaba y gritaba.

—¡No! ¡Bájame! *¿Cómo pudiste hacerme esto, Vladya?* —gimió mientras Ottai la llevaba por el pasillo. Su voz se volvió distante, desvaneciéndose en el silencio.

Solo, la mano de Vladya se apretó sobre el pomo de la puerta, otro grito ensordecedor resonó en el aire.

Podía oír el inconfundible sonido de carne contra carne. Embestidas fuertes, increíblemente rápidas.

Apoyado en la puerta, Vladya cerró los ojos con fuerza. *Ojalá su cuerpo produzca suficiente humedad para esto y no se seque ni un segundo.*

"¿Cómo pudo pasar esto?", gimió en voz baja, con la angustia impregnada en su voz. "¿Significa esto que su mente nunca se curó del todo de su feralidad? ¿Cómo pudo pasar esto?"

En su interior, la bestia emitió un gruñido particularmente alto y profundo: señal de orgasmo.

Los gritos de la princesa se convirtieron en llantos agudos y temblorosos. Incluso en su agonía, su semen provocó su liberación.

Por unos segundos hubo un bendito silencio.

Entonces los golpes comenzaron de nuevo. Duros y rápidos, sin tregua.

Y también sus gritos.

El tiempo se prolongó dolorosamente.

En un momento dado, los gritos de Emeriel se interrumpieron bruscamente, aunque las implacables embestidas persistían. Vladya supo que había perdido el conocimiento.

*Gracias a los dioses.*

Se deslizó hasta el suelo, apoyando la cabeza contra la pared mientras intentaba respirar de manera uniforme.

"¿Sigue en ello?" preguntó Ottai con temor mientras se acercaba.

Vladya no respondió, sabiendo que el sensible oído de Ottai podría proporcionar la respuesta.

Ottai palideció. «Han pasado tres horas».

*¿Tres horas?* Vladya miró por la ventana del fondo. El sol se había puesto.

—Sus gritos han cesado. ¿Y si...? —Ottai se quedó callado, tragando saliva con dificultad. De repente, parecía tener tres mil

años.

No está muerta. Solo perdió el conocimiento otra vez.

"¿Cómo lo sabes?"

"Soy mayor, estoy a punto de volverme loco, mi audición es excepcional". Luego, con una risa amarga, añadió: "Aunque lo de la locura... parece que Daemonikai me gana otra vez".

—Ni se te ocurra bromear, el gran rey ya no es salvaje —siseó Ottai, sentándose a su lado—. i *No lo es!*

Vladya no dijo ni una palabra. Sabía que debajo de toda esa ira había miedo. E incertidumbre. Ottai intentaba convencerse.

—¿Cómo pudo pasar esto? —Ottai se palmeó la cara mientras se le quebraba la voz—. Encontró la felicidad de nuevo. Era verdaderamente feliz. Los síntomas de la locura se manifiestan cuando uno no tiene alegría, cuando su mundo se descolora. O cuando algo repentino y trágico lo empuja a ello. Daemonikai no experimentó *nada* de eso. Entonces, ¿cómo... *cómo* pudo volver a perder la cabeza?

—No lo sé, Tee. De verdad que no —dijo Vladya con voz ronca—. Mi teoría es que... quizá nunca se curó del todo.

—¿Y si es magia negra? —preguntó Ottai—. ¿Y si alguien le hizo esto?

Vladya volvió a negar con la cabeza, sin saber qué decir. A estas alturas, podría ser cualquier cosa.

Ottai volvió a hablar. —La magia oscura deja rastros, ¿verdad?

—Sí. Si fuera magia negra, un ritual de esta magnitud implicaría un sacrificio o intercambio enorme. Habría que morir. —Vladya apartó la mirada—. Hasta ahora no hemos oído nada.

—Rezo para que permanezca inconsciente mucho tiempo. —Ottai negó con la cabeza, mirando la puerta cerrada tras él—. Vladya, ni siquiera está en celo. Emeriel no tiene el impulso hormonal necesario para estimular su apetito sexual, su resistencia ni sus fluidos corporales.

El grito de dolor de Emeriel se escuchó de nuevo.

—Ha despertado de nuevo —dijo Ottai con una mueca—. Ukrae, esa pobre chica ha despertado de nuevo...

Los gritos de Emeriel comenzaron de nuevo. Atravesaron el silencio de la noche como un trueno.

Fuerte. Roto. Crudo.

Vladya se presionó la palma de la mano contra la cabeza palpitante. *Iba a ser una noche larga y oscura.*

*Primero, no tenía idea de cómo terminaría.*

Chapter Forty-One

# EL AROMA DE LA VICTORIA



EN GREYROCK, EL GRAN Señor Zaiper estaba de pie junto a su ventana, con una enorme sonrisa en su rostro hinchado mientras los gritos torturados de Emeriel perforaban la noche.

Saboreaba cada grito de dolor.

*Ahora sí que es así. Así es como debería ser.*

¿De verdad creían que podían ser felices? Zaiper resopló con desdén.

—Lo he arruinado todo —dijo con alegría—. Daemonikai jamás se perdonará lo de esta noche. Aunque sobreviva, he acabado con esta tontería entre ellos de una vez por todas.

Su risa era de triunfo.

—Es el rey loco —murmuró Zaiper amenazante—. Siempre será el rey loco.

Otra risa escalofriante salió de él.

Quizás esto finalmente le abra los ojos a nuestra gente. Si no puede controlarse, si puede lastimar a la mujer que decía querer tanto, a la que se atrevió a presentar ante la corte, entonces quizás finalmente vean que es un caso perdido.

La idea le encantó.

*Sí, que vean a su glorioso rey tal como es: una bestia rota y peligrosa.*

Después de todo, tendré el gran trono. ¿Por qué no se me ocurrió este plan antes?

Su mano rozó su mejilla palpitante y se estremeció ante el dolor agudo causado por la hinchazón.

Joder, le dolía toda la cara. Casi le quitaba la alegría.

Casi.

¿Cómo podría serlo, cuando los gritos de la mujer de Daemonikai resonaban tan alto en el aire? Como música para los oídos.

Los redobles de tambor de la victoria.

"La chica hace unos sonidos deliciosos", reflexionó el Gran Señor Zaiper con nostalgia. "Lástima no haber podido saborearla cuando era solo una esclava. Se habría sentido divina debajo de mí, tomando mi polla".

La idea lo emocionó. Quizás, algún día, aún tenga su oportunidad.

Entonces, su sonrisa se atenuó un poco. *Me he acostado con innumerables mujeres buscando un heredero y no he conseguido nada. Sin embargo, un solo celo con ella, y Daemonikai casi vuelve a ser padre.*

*Ridículo.*

*La suerte de Daemonikai es absurda.*

—Gracias a los dioses por ese bendito aborto que se llevó a ese pequeño desgraciado. —Su sonrisa regresó—. Un milagro oportuno. Los dioses, después de todo, estaban de su lado.

Detrás de él se oía el sonido de un calzado de tacón golpeando el suelo.

—Traje ungüento para tu rostro, mi señor —interrumpió la voz de Gaille.

Ella se acercó a él, destapó la botella y empapó un algodón con el líquido. Lo presionó suavemente contra su mejilla hinchada. «Esto va a escocer».

Zaiper siseó entre dientes, pero el tacto de Gaille se mantuvo suave. Era una de las razones por las que era su amante favorita. No solo era experta en la cama, sino que también poseía una rara vena protectora que él encontraba tolerable.

Los gritos del exterior se cortaron de repente, dejando tras de sí un enorme silencio.

—La pobre se ha desmayado otra vez. —Gaille negó con la cabeza con lástima—. Pero la princesa es fuerte. Nunca imaginé que un humano pudiera soportar tanto. Con razón es su alma gemela. Los dioses no se equivocan.

Zaiper gruñó, sin querer responder.

"Recé por él esta noche", continuó Gaille como un idiota, sin darse cuenta de cómo estaba arruinando un momento tan feliz. "Los santuarios y las casas de oración estaban abarrotados. Todos rezaban por él. La gente está devastada. No saben qué está pasando".

"Todos esperamos lo mejor", dijo Zaiper con su tono más dulce, lleno de compasión y tristeza. "Sería terrible que esta noche terminara trágicamente para su humano. Qué situación tan terrible".

"Superarán esto", dijo Gaille con firmeza, como para convencerse a sí misma, mientras frotaba el algodón húmedo sobre su ojo hinchado. "Han superado tantos obstáculos antes. Nuestro Gran Rey ha enfrentado innumerables desafíos y ha triunfado. Creo que también superarán esto".

*¡Eres una idiota! ¡Debería tirarte de esta torre!*

Tragándose la rabia, Zapier se obligó a mantener la calma. Nada podría arruinarle la noche. Era el comienzo de su victoria.

Podía sentirlo, saborearlo, oírlo en los ecos de los gritos de Emeriel.

El olor de la victoria era embriagador.

***

En la quietud de la noche, la Señora Sinaí inclinó la cabeza, escuchando las dulces melodías que flotaban en el aire.

*Ahora bien, así es como suenan las festividades.*

Antes, cuando escuchó el alboroto por primera vez, estaba fuera de sí por la preocupación, dando vueltas por el estrecho espacio de su celda, con mil preguntas dándole vueltas en la cabeza. ¿Qué estaría pasando ahí fuera?

Pero una criada había llegado con comida, y Sinaí había acorralado a la joven, obligando a la temblorosa criada a revelar cada detalle.

Ahora, ella no podía dejar de sonreír.

Rebosante de alegría, prácticamente brillando de placer.

*Así que esto es lo que significa cuando dicen que los dioses responden las oraciones después de todo.*

El capítulo de Emeriel terminaría esta noche. No por la mano de Sinaí, sino por la de su Amado. Su compañero *predestinado* .

La ironía poética era casi demasiado dulce para soportarla.

E incluso si la humana de alguna manera sobreviviera, incluso si se aferrara a la vida por algún milagro, el nauseabundo romance entre ella y Daemonikai se convertiría *oficialmente* en polvo.

Hay algunas heridas que ni siquiera un vínculo predestinado puede reparar.

Mientras los gritos de Emeriel resonaban en la distancia, Sinai comenzó a silbar, sus pasos ligeros mientras giraba alrededor de los confines de su celda.

Tan solo una semana antes, los gritos de Emeriel habían sido completamente distintos. Gemidos de placer se derramaban descaradamente en la noche mientras yacía enredada en los brazos de su Daemon.

Sinaí no olvidó lo repugnante que había sido escuchar esos sonidos repugnantes.

Pero esta noche, ay, esta noche, era una melodía completamente diferente. Una que el Sinaí encontró mucho más hermosa.

Se detuvo a medio paso, cerrando los ojos para saborear los sonidos distantes y atormentados. Una risa lenta brotó de su pecho.

Por primera vez desde que la habían arrojado a ese pozo infernal abandonado por Dios, Sinaí se sintió verdadera y completamente feliz.

Tarareando alegremente, reanudó su baile, girando y dando vueltas al son de sus melodiosos gritos. "¿Quién hubiera pensado que el Festival de los Faroles de este año llegaría tan temprano?"

***

Vladya y Ottai se sentaron en la puerta hasta las primeras horas del amanecer.

La voz de Emeriel le había fallado hacía tiempo.

Reducida a crudos y entrecortados susurros de sufrimiento. La niña estaba completamente agotada.

De vez en cuando, un sollozo cansado se escapaba de sus labios, pero por lo demás, el aire estaba mortalmente silencioso, aunque ambos sabían que la bestia interior todavía estaba activa.

En un momento dado de la noche, Ottai había empapado sus túnicas con lágrimas.

Sus hombros temblaban mientras escuchaba los horrores que ocurrían más allá de la gruesa puerta de madera.

Sin embargo, ninguno de los dos se había movido; su promesa los mantenía cautivos en esa misma posición. Esperando. Esperando.

Como Vladya estaba en plena sintonía con la habitación que se extendía más allá, lo captó primero. El leve, casi imperceptible, sonido de colmillos perforando la carne.

Su cuerpo se irguió de golpe, con todos los músculos tensos y alerta.

—¿Qué pasa? —graznó Ottai, despertándose sobresaltado del sueño superficial que finalmente lo había invadido.

"Se está acabando", le dijo Vladya. "Por fin está bebiendo de ella".

Las orejas puntiagudas de Ottai se ensancharon y sus sentidos se agudizaron mientras él también sintonizaba.

Vladya oyó el ritmo entrecortado de los golpes de la bestia. Gruñidos bajos y apagados se oían en el aire mientras Daemonikai alcanzaba su máximo apogeo.

Pero la bebida continuó, alargándose mientras los segundos se convertían en minutos agonizantes.

Ottai se puso de pie. «Tenemos que entrar. La va a vaciar por completo».

Pero Vladya presionó con firmeza la rodilla de Ottai. "No hasta que use la palabra de seguridad. Lo prometimos".

—Lo *sé* —espetó, rechinando los dientes audiblemente—. ¡La hemos escuchado *sufrir* toda la noche por esa maldita promesa! Pero Vlad, la chica está *agotada* ... ¿Y si no puede decirlo? ¿Y si está demasiado débil? ¿O si no lo *recuerda* ? ¿Y si...?

"K-Keira..."

El grito suave y débil los silenció.

Vladya y Ottai se pusieron de pie al unísono, corriendo hacia la manija de la puerta, pero Vladya la agarró primero. Apretándola con fuerza, abrió la puerta de golpe, con una fuerza que hizo vibrar las bisagras.

La escena que les esperaba era algo sacado de una *pesadilla* .

Daemonikai todavía estaba en su forma bestial, flotando sobre Emeriel en el otro extremo de la habitación.

Estaban tendidos en el suelo y el olor a sangre y sexo flotaba en el aire.

La cama, antes inmaculada, estaba empapada de sangre. Los rastros marcaban cada rincón de la habitación... *dondequiera que la hubiera arrastrado, tomado, destrozado.*

Su intrusión hizo que la bestia dejara de alimentarse, moviendo la cabeza rápidamente y mostrando sus colmillos ensangrentados en señal de amenaza.

Pero cuando cesó el acto de beber, las últimas fuerzas que le quedaban lo abandonaron y la bestia se desplomó en el suelo junto a la mujer inmóvil.

Emeriel no se había movido desde que entraron. Ni un sobresalto.

—¡Ucrania! —gritó Ottai con tristeza, mirándola fijamente.

Vladya intentó no mirar.

Evitando la figura rota que yacía en el suelo, se quedó mirando a la bestia ahora satisfecha y durmiendo pacíficamente.

—Ahora es nuestra oportunidad —murmuró con voz ronca—. Tenemos que moverlo.

Apartando la mirada de la chica, Ottai observó a la bestia inconsciente. "¿Qué hacemos con él?"

—Sigue en forma de bestia —respondió Vladya con gravedad—. Y no sabemos cuándo, o *si* , lo que le esté sucediendo desaparecerá. Lo llevaremos a las Cámaras Prohibidas.

Ottai asintió, su rostro pálido.

Los dos adoptaron sus formas bestiales y sacaron a Daemon de la habitación empapada de sangre hacia los oscuros pasillos de Blackstone.

La fortaleza estaba inquietantemente silenciosa. Los pasillos se extendían frente a ella, vacíos de vida. Ningún sirviente se movía, ningún esclavo merodeaba. Solo los soldados permanecían en sus puestos, inmóviles como estatuas.

Como si toda la ciudadela estuviera de *luto* .

Quizás lo eran.

Fue esa noche de hace dos años, una vez más, cuando el tribunal tomó la decisión de matar a Feral Daemonikai.

El viaje a las Cámaras Prohibidas de la Escarcha fue largo. Cuando finalmente llegaron, sellaron a la bestia en su interior, cerrando tras ellos las enormes puertas de roble y los portones metálicos.

Despidieron al guardia solitario estacionado allí y regresaron a Blackstone, dirigiéndose directamente al dormitorio de Aekeira, donde sucedió todo.

Emeriel todavía yacía exactamente como la habían dejado.

Ella no se había movido de la posición fetal en la que estaba acurrucada, con su rostro oculto bajo una cascada de cabello enredado.

—La llevaré —le dijo Vladya a Ottai, quien asintió con dolor y permaneció en la puerta.

Inclinándose, Vladya levantó a Emeriel en sus brazos. La sentía tan ligera, tan pequeña, despertando su instinto alfa. *Proteger.*

*Demasiado tarde* .

Tratando de no notar sus moretones, mantuvo su mirada hacia adelante, acunando su cuerpo roto como si fuera vidrio.

Vladya la sacó de la cámara al pasillo y la llevó a una de las cámaras principales en Blackstone.

Livia esperaba dentro con algunos esclavos humanos y sirvientas urekai. Su rostro estaba sereno, pero sus ojos hinchados y enrojecidos delataban cuánto había llorado.

Cuando Vladya entró, una joven humana comenzó a sollozar abiertamente al ver a Emeriel.

—Amie, no es momento de llorar —dijo Livia con severidad, aunque le temblaba la voz—. ¡Trae la bolsa de hierbas, rápido!

La niña se apresuró a obedecer.

—Yella —continuó Livia—, empieza a preparar las pociones.

Mientras daba más órdenes, Vladya colocó a la niña inconsciente en la cama, mientras Ottai permaneció afuera.

Finalmente, se permitió mirarla bien.

Las rodillas de Emeriel estaban cubiertas de costras, oscuras por la sangre seca. Un brazo estaba hinchado... amoratado y moteado.

Se le habían caído varios mechones de cabello, adheridos a su piel desnuda y sudorosa. Tenía moretones por casi *todo* el cuerpo.

Su tez estaba casi blanca, desangrada. Incluso la marca de la mordedura en su cuello era áspera y abierta; la bestia no cerró la herida. Dejaría cicatriz, de eso Vladya estaba segura.

Armándose de valor, alargó los colmillos y se inclinó sobre su cuello. Presionando suavemente los dientes sobre la mordedura, la atravesó lo justo para extraer un leve rastro de sangre. El elixir de su saliva se activó, y se pasó la lengua por la herida para cerrarla.

Era una cosa pequeña, una sola herida entre innumerables otras, pero era algo.

Cuando él retrocedió, Livia se subió a la cama y separó los muslos de Emeriel. Vladya apartó la mirada.

—Oh, cielos… —dijo Livia, con un tembloroso susurro de horror.

A pesar de sí mismo, Vladya giró la cabeza… y dejó de respirar.

Los moretones en sus muslos eran *peores* . Más profundos. Más enojados.

La sangre y el semen se mezclaron, manchando su piel y las sábanas debajo de ella.

Se veía tan pequeña. Tan rota.

Vladya sentía el pecho como plomo. Como si un carruaje acabara de descargar su carga sobre él.

¿Cómo se llegó a esto? ¿Qué pudo haber salido mal?

¿Cómo habían llegado Daemonikai y Emeriel a ese acantilado?

*¿Era un camino que algún día podrían cruzar o era este el final del camino para ambos?*

Mientras Livia comenzaba a limpiar a la niña, la sensación en el pecho de Vladya se intensificaba. Se frotó la mano, intentando aliviar el dolor... una y otra vez.

Livia limpió cuidadosamente con un paño las partes privadas de Emeriel, lastimadas y ensangrentadas, y la niña se movió por

primera vez, sus párpados revolotearon débilmente.

—Para... por favor. —Las lágrimas brotaban de las comisuras de sus ojos fuertemente cerrados—. Duele...

Los ojos de Vladya *se llenaron de lágrimas* .

Dándose la vuelta bruscamente, se alejó.

**ATENCIÓN A LA PARTE FINAL**
**[EL VÍNCULO DEL ALMA Y SU AMADO]**

# Acerca del autor



CUANDO KISS LEILANI TENÍA doce años, se coló en la habitación de su hermana mayor mientras dormía para robarle una de sus novelas románticas, curiosa por descubrir por qué su hermana siempre estaba absorta en un libro. Ese simple acto de rebeldía desató una obsesión que la atormentó toda la vida.

A partir de ese momento, nació un secuestrador de libros empedernido. Uno que se convirtió en un lector ávido y, con el tiempo, en un escritor igualmente apasionado.

Para Kiss Leilani, escribir se ha convertido desde entonces en algo más que un pasatiempo: es una alegría profunda y una parte integral de su vida.